

BLANCO BUENO BUSCA NEGRO POBRE

Gustau Nerín

UNA CRÍTICA A LOS ORGANISMOS DE COOPERACIÓN Y LAS ONG.



ESPA
PDF

Hace cincuenta años que se inició la cooperación. Cincuenta años que no han servido para tanto como nos creemos. Europa ha demostrado ser un pozo sin fondo de donantes y África, un pozo sin fondo de fracasos. Por ineptitud, por poca sostenibilidad, por corrupción, por intereses ocultos, por ignorancia de las formas de vida africanas...

Aún así ha calado la idea de que los problemas africanos se solucionarán con proyectos de desarrollo, que la opinión pública juzga por las buenas

intenciones y no por los buenos resultados.

El autor desmitifica la cooperación internacional. A través de su propia experiencia, y con argumentos económicos, sociológicos, morales y, cómo no, antropológicos pone en entredicho las bondades de las ONG y las ayudas oficiales para el desarrollo.



Gustau Nerín

Blanco bueno busca negro pobre

**Una crítica a los organismos de
cooperación y las ONG**

ePub r1.0

marianico_elcorto 10.11.13

Título original: *Blanc bo busca negre
pobre*

Gustau Nerín, 2011

Traducción: Gustau Nerín

Editor digital: marianico_elcorto
ePub base r1.0

más libros en espaebok.com

Advertencia

Este libro no pretende ser una crítica a los cooperantes. Sería demasiado fácil personificar los males de la cooperación y atribuirlos a aquellas personas que trabajan en África en el mundo de la ayuda, cuando el problema, en realidad, no radica en ellos, sino en el sistema de cooperación (en consecuencia, las responsabilidades están muy repartidas). Entre los cooperantes hay gente tan competente y tan generosa como entre los repartidores de butano, los camareros, los fontaneros o los tenderos; de la misma forma que hay

entre ellos gente tan incompetente y tan malévola como entre los abogados, los panaderos o los cajeros de supermercado. Hay cooperantes que son conscientes de las deficiencias del sistema de cooperación internacional y luchan por modificarlo y lograr unas relaciones más justas entre África y Occidente. En realidad, algunos de ellos han colaborado en la redacción de este libro. Quiero expresarles aquí mi agradecimiento y hacerlo extensivo a todos los amigos que, en África o en Europa, me han ayudado a la redacción de este texto.

G. N.

Introducción

En muchos pueblos africanos hay una fuente. No es una fuente con un chorro continuo y juguetón, como las que manan aguas contaminadas en los pueblos del Mediterráneo. No. Lo que hay en África, en gran abundancia, son fuentes metálicas, fuentes «con bomba», como se las llama vulgarmente: sobrios robots que suministran unas decenas de litros de agua a costa de un ingente esfuerzo. Para llenar unos pocos cubos, las mujeres y los niños han de sacudir como desesperados un largo mango metálico, con frecuencia tras pasarse un buen rato

bajo el sol guardando cola. Pero, en realidad, en pocos pueblos se ven niños y mujeres dándole a la bomba, dado que la mayoría de las fuentes no dejan salir ni una mísera gota de agua. Un día vino alguien de un proyecto de cooperación y la construyó; se marchó y, al cabo de poco tiempo, la bomba dejó de funcionar. Y la gente volvió a buscar su agua al río, o a los viejos pozos con una simple cuerda, tal y como lo había hecho siempre.

El continente africano es un inmenso cementerio. Un cementerio plagado de proyectos abandonados: hospitales que nunca llegaron a ser inaugurados,

letrinas que no se utilizaron, granjas de pollos que han durado tanto como las subvenciones, guarderías en ruinas que jamás han visto un niño, ordenadores viejos parados por falta de electricidad...

En África todo el mundo sabe que las políticas de cooperación no funcionan o, como mínimo, que no sirven para lo que se supone que deberían servir. Pero este secreto de dominio público no llega a Occidente, donde la acción humanitaria se presenta como la solución a todos los problemas africanos. Los políticos europeos viajan a África para hacerse una foto junto a

«sus» proyectos. Los jóvenes alternativos occidentales que van a campos de trabajo durante el verano vuelven con llamativas ropas estampadas y con centenares de fotografías de los «maravillosos» niños a los que han «ayudado». Los periodistas, en la televisión y en la radio, presentan a los cooperantes como eficientes emisarios de un Norte solidario que cada día salva a los negros.

La población del Norte traga. En realidad, la mayoría de los ciudadanos no sabe nada de lo que pasa en África, y no lo sabe, básicamente, porque no le

importa demasiado. Pero sí conoce, en cambio, que los europeos envían cooperación a los negros y piensa que los africanos se están desarrollando gracias a ellos. Todos los occidentales han sufrido, de alguna forma, el bombardeo de publicidad de los organismos de cooperación gubernamentales y no gubernamentales. No hay escapatoria: la encuentran en los medios de comunicación, la ven en los anuncios de las carreteras... A veces la oyen, resignados, cuando son asaltados por la calle por individuos con chalecos de alguna ONG. Y los padres y las madres la vuelven a oír cuando llegan a

casa, cansados tras el trabajo, porque los maestros de sus hijos, con pasión sectaria, se han encargado de convencerlos de que tienen que divulgar este mensaje de bondad universal. Evidentemente, al fin tanta publicidad convence a cualquiera.

No hay nadie que critique los proyectos de cooperación. Nadie se atreve a cuestionar una cosa que se ha hecho con «buena voluntad». Nadie investiga sobre las fuentes averiadas, las vacunas caducadas y los quirófanos por estrenar que se pueden encontrar en cualquier rincón del continente africano. Los medios de comunicación, cuando

hablan de cooperación, lo hacen siempre desde un punto de vista propagandístico; no aportan ni pizca de espíritu crítico, como se supone que es su deber. Los parlamentarios, que en teoría deberían controlar cómo se gasta el dinero público, no son capaces de hurgar en este tema por miedo a herir sensibilidades...

De esta forma, la cooperación se ha convertido en un icono incuestionable. Los políticos dedicados a temas de cooperación, las instituciones internacionales, las ONG y los «expertos» son intocables, porque se supone que encarnan todas las bondades

de Occidente.

Ante este papanatismo, es imprescindible decir algunas cosas bien claras: la historia de la cooperación al desarrollo en África es la historia de un fracaso. Nunca tanta gente con tan buenas intenciones había dedicado tantas energías a una causa tan inútil. Hace ya cincuenta años que se impulsan políticas de desarrollo en el continente africano. A lo largo de estos cincuenta años, estas políticas de bien poco han servido. Y, en numerosos casos, incluso han sido contraproducentes. Con este libro me gustaría poner de manifiesto las contradicciones que presenta en África

este gran negocio que es la industria del desarrollo.

Capítulo I

Un mundo fantástico. La cooperación con África en los medios de comunicación

Ir al cine por la tarde, o tomarse un aperitivo con aceitunas rellenas en la terraza de un bar al mediodía supone, para muchos de nosotros, un simple pasatiempo. Pero hay quien trata de convencernos de que esto constituye todo un crimen contra la humanidad: el gasto realizado va en detrimento del bienestar de millones de desgraciados de todo el planeta. La publicidad de las

ONG lo deja bien claro: «Con 6 euros puedes tomarte una copa o... facilitar el consumo de agua potable a miles de personas en Etiopía» (Intermón Oxfam); «Con 10 euros al mes durante un año vacunaremos a 400 niños contra la meningitis» (Manos Unidas); «Con 6 euros al mes, un niño de Mozambique aprenderá a leer y escribir» (Intermón Oxfam)... Pese a todo, no hay duda que los publicistas con más ingenio son los de Médicos Sin Fronteras (MSF), quienes se limitaban a sugerir que «Con 10 euros al mes puedes hacer más de lo que te imaginas».

El principal problema del donante

consistirá, pues, en escoger entre el abanico de posibles opciones: «Con tu apoyo podremos llevarlos a la escuela para que aprendan a leer y escribir. Necesitamos personas como tú, personas IO» (Intermón Oxfam); «Necesitamos que respondas Cuanto antes» (MSF); «Con tu aportación, las jóvenes de Mpeketoni-Lamu dispondrán de un centro de secundaria que les ofrecerá educación, alojamiento, alimentación y educación higiénica» (Manos Unidas); «Acabas de vacunar a 250 niños contra la meningitis. Haciéndote socio de Médicos Sin Fronteras haces esto y mucho más»

(MSF); «Una simple X puede cambiar la vida de 80 millones de niñas que tendrán, por fin, educación» (UNICEF)
...

Solo un auténtico desalmado podría mantenerse indiferente ante tantos y tantos problemas como existen en el mundo, especialmente si tienen una solución tan simple. Las ONG se han inventado mil y una formas de solventar los problemas de los africanos: hacer un ingreso en una cuenta bancaria, enviar un SMS solidario, consumir café de comercio justo aunque tenga sabor a alfalfa, participar en un torneo de pádel para empresas, pasar las vacaciones

haciendo camas en un hospital para enfermos terminales de Malawi, comprar una camiseta con dibujos «étnicos» a una ONG... El único problema es que todas estas opciones cuestan dinero. Eso sí, siempre queda la opción de desgravar las donaciones en la declaración de renta, tal y como las ONG explican detalladamente. Hacienda nos ayuda a ser buenos.

La compra de la impunidad

Los «negritos» de África siempre han sido un reclamo muy útil para movilizar las buenas conciencias de los ciudadanos de Occidente y vaciar sus

carteras. Tradicionalmente, los especialistas en explotar este recurso casi inagotable eran los misioneros de las distintas confesiones. Las monjas, los curas y los pastores de las metrópolis dedicaban grandes esfuerzos a perseguir a empresarios, políticos, funcionarios y simples ciudadanos para conseguir fondos para las misiones de ultramar. Su tenacidad era proverbial, y obtenían grandes donativos a cambio de cuatro estampitas, un par de rosarios y unos cuantos tapetes hechos por las alumnas de las escuelas de monjas del África tropical...

La voracidad de los curas para

obtener fondos públicos y privados se mantiene, pero su eficacia se ha reducido: hace ya algún tiempo que la laicización de la sociedad les pasó factura. A lo largo de las primeras décadas del siglo XX la prioridad de los occidentales era salvar las almas en peligro de los africanos; pero hoy en día el discurso se ha modificado, y lo que se considera realmente importante es la salvación de sus cuerpos (tan desamparados, al parecer, como sus almas). Y los nuevos especialistas en exprimir el malestar de Occidente son las ONG, que, en realidad, en algunos casos se derivan de las antiguas

organizaciones misionales.

Las ONG disponen de más capacidad de ataque que los viejos misioneros. Antes los sistemas más efectivos de generar mala conciencia y recaudar dinero eran las conferencias en los locales parroquiales, los sermones en las misas y las charlas en las escuelas; buena parte de la población adulta se libraba de las súplicas de los religiosos, porque ni iba a misa, ni acudía a los locales parroquiales. En el siglo XXI, el bombardeo de los mensajes solidarios nos llega cuando menos lo esperamos, en cualquier lugar: en las páginas de Internet cuando queremos

leer el correo, en los márgenes del periódico cuando consultamos las noticias, en la pantalla de la tele cuando tratamos de ver una película, en las estaciones cuando esperamos el metro, en las latas de refresco cuando queremos aliviar la sed...

La efectividad de la recaudación depende del impacto emocional de la publicidad: son necesarias altas dosis de culpabilización para lograr óptimos niveles de cotización. La culpabilización empieza con una cuidadosa presentación del continente africano basada en el miserabilismo. Las llagas, los vientres hinchados, los

mutilados, los niños soldados, las sequías, los campos de refugiados y los buitres son de gran utilidad en las campañas de marketing: estropean la cena de los occidentales y los ponen a punto para la campaña recaudatoria.

Las ONG (y los organismos internacionales) se han convertido en los mediadores perfectos entre la cuenta corriente de los ciudadanos del Norte y su tranquilidad de espíritu. Auténticos terapeutas de grupo, psicoanalizan a la sociedad de la abundancia y le devuelven el bienestar mediante la catarsis del pago. Cuando Acción Contra el Hambre habla de «involucrar

a los ciudadanos en la lucha contra el hambre», se refiere únicamente a obtener más donaciones. Un folleto de la Cruz Roja destinado a la ayuda al desarrollo invitaba a sus lectores a rellenar un impreso de donación bancaria con un lema no exento de cinismo: «Ahora tienes la ocasión de sacar lo mejor de ti. Y de expresar toda la solidaridad que llevas dentro». Lo mejor de cada uno, obviamente, es su dinero.

La clave para que todo este mecanismo funcione de forma eficaz es que el donante nunca sepa exactamente qué se hace con su dinero. Él quiere

creer que gracias a su donación hay una fuente en un rincón perdido del Sahel, o que se ha erradicado una enfermedad extraña en algún país selvático... No quiere saber que la fuente se ha secado por falta de mantenimiento, ni que las vacunas han resultado ser ineficaces porque no hay neveras donde conservarlas. No desea que se le hable de la dificultad de crear infraestructuras sanitarias, ni de la escasa gobernabilidad de los países africanos, ni del expolio de sus recursos... El cliente de la solidaridad paga por la satisfacción de saber que «se hace alguna cosa», y su fidelidad está

garantizada mientras esta ilusión se mantenga. El desarrollo de África no es su prioridad, y las ONG lo saben. La propaganda simple y muy emotiva es útil porque evita cualquier cuestionamiento intelectual sobre lo que realmente se está haciendo. Es mucho más fácil hacer publicidad sobre el gran número de contenedores que se está enviando al Tercer Mundo que explicar qué se hará exactamente con este material.

Las ONG son conscientes de que su publicidad es engañosa. El receptor de la propaganda fácilmente puede deducir que con su aportación se está desarrollando África, aunque las

instituciones que encargan estos anuncios saben perfectamente que esto no es así; el desarrollo es muy complicado y no se consigue con unas aportaciones monetarias aisladas. Acción Contra el Hambre, en un folleto de petición de fondos, anunciaba: «Gracias a esta ayuda, el hambre retrocede». No cabe ninguna duda que los responsables de la entidad saben que los problemas vinculados con el hambre están lejos de retroceder, y que si se resuelven, no será gracias a los proyectos, sino a partir de cambios sustanciales en las relaciones internacionales.

La regla básica de cualquier publicidad es que se deben presentar problemas muy simples y ofrecer soluciones también muy sencillas. Los departamentos de marketing del «sector social» lo saben muy bien. Los mensajes de las ONG, como todos los anuncios, son breves, simples, emotivos... Las ONG hacen mucha publicidad de sus proyectos, pero nunca suelen explicar los problemas con que estos se encuentran. Sistemáticamente presentan todas las obras que están llevando a cabo como proyectos satisfactorios, que funcionarán tal y como se había previsto al diseñarlos, aunque saben que en

África la tasa de fracaso es muy elevada y la sostenibilidad muy baja. Ningún donante llegará a saber que la fuente que financió se secó, ni que su donativo se lo metió en el bolsillo un delegado de Sanidad corrupto.

En los últimos años hay ONG que, ante la feroz competencia que impera en el sector, tratan de ganarse la confianza de su clientela presumiendo de su buena gestión. Presentan a sus asociados y a sus financiadores exhaustivos balances de ingresos y gastos, y algunas asociaciones incluso los publican en las revistas que envían a sus socios. En cambio, hay mucha menos transparencia

en lo referente a los resultados de los proyectos impulsados. La auditoría contable acaba por camuflar la realidad del trabajo de las ONG porque desvía la atención del público sobre lo que se debería controlar más estrictamente: el impacto sobre el desarrollo. Ninguna ONG está interesada en que se sepa si sus proyectos llevan el desarrollo a África o no. Y es que todas quieren recibir dinero de las instituciones y de los particulares, y esto no se consigue si se explican los problemas con que se encuentran sobre el terreno.

Finalmente, los organismos dedicados a la ayuda internacional tratan

de convencer a los ciudadanos de una cuestión sobre la cual ellos mismos tienen muchas dudas: que es posible llegar al desarrollo a través de proyectos puntuales (es decir, que la granja de pollos es la antesala de la modernidad). Es necesario conocer a fondo el mundo de las organizaciones humanitarias para saber que defienden un crecimiento sostenible de las sociedades africanas y que creen imprescindible una relación Norte-Sur más justa, con un mejor acceso del Sur a los mercados y a las tecnologías. Si nos guiáramos por lo que figura en su propaganda, pensaríamos que solo se

preocupan de pesar bebés y de distribuir leche en polvo.

Negros profesionales

En los países europeos, las ONG y las escuelas, cuando quieren saber cosas sobre África, buscan a africanos. A veces reclutan a intelectuales para que hablen sobre temas que dominan: abogados que hablan de derechos

humanos, escritores que hablan de cultura... Pero otras veces llaman a africanos que son fontaneros mediocres, comerciantes ambiciosos o ni siquiera nada de todo esto. Y además, les exigen que expliquen «cómo es África» o cómo se ven determinadas cosas «desde el punto de vista de los africanos». Sus oyentes suelen estar tan emocionados al ver

cómo un negro les explica cómo son los negros que no se plantean qué papel harían ellos explicando cómo es su continente, sin haber salido de su país o, todavía más difícil, contando cómo se ven determinadas cosas «desde el punto de vista de los europeos» (así, genéricamente). No hay nada que frustre más a estos públicos, para los cuales el color de la piel

es lo esencial, que ir a una conferencia de un escritor africano y encontrarse a un angoleño, a un mozambiqueño o a un sudafricano blanco. Se sienten estafados.

Algunos de los africanos que han sabido responder a las expectativas de las organizaciones multiculturales biempensantes han conseguido convertir su

origen en su modo de vida, y se pasan la vida impartiendo charlas y conferencias. Eso sí, han de cumplir un requisito esencial: explicar cuentos «tradicionales». En las casas, en las escuelas y en los medios de comunicación occidentales se han olvidado los cuentos locales y se han sustituido por nuevos símbolos mediáticos como Spiderman o Bola

de Dragón, pero se sigue creyendo que los cuentos son el máximo exponente de la «rica cultura africana», formada, básicamente, por relatos, danzas tradicionales, tamtanes y vestidos estampados. El África de Tarzán, pero en versión políticamente correcta.

El donante y su doble

La mayoría de los donantes no llegará a

ver jamás los proyectos que contribuyen a financiar. Por eso la propaganda de las ONG y de los organismos internacionales trata de permitir que el público occidental se convierta en coprotagonista de estas iniciativas. La forma más sencilla de hacerlo es presentando en anuncios, documentales y folletos imágenes de cooperantes blancos, tan blancos como el donante, curando heridas, repartiendo comida o labrando campos. Además, en todas las revistas o boletines de las organizaciones de ayuda se suelen insertar entrevistas a los cooperantes que trabajan sobre el terreno para que

canten las virtudes de su trabajo: nunca explican que están hasta el gorro del personal local porque siempre llega tarde, ni que la criada es tan estúpida que no sabe prepararles los espaguetis al punto (que son los comentarios más frecuentes entre los cooperantes cuando hablan entre ellos en África). Se presenta al cooperante como un héroe moderno, como el difusor de la civilización con elementos de mártir... En realidad, si exceptuamos la cuestión del celibato, constatamos que la imagen que se nos ofrece de él no es muy distinta de la que se daba del misionero clásico. Por eso «hacer cooperación» es

la ilusión de un sinnúmero de jóvenes europeos que no tienen nada que hacer en Europa, pero que, con absoluta prepotencia, están convencidos de que en África servirían para muchas cosas.

Desde este punto de vista no importa en absoluto el desarrollo: lo que importa realmente es la cooperación. Los resultados son indiferentes; lo que es básico es el simple hecho de «hacer algo». Las organizaciones de ayuda, en sus análisis más serios, elaborados por especialistas, argumentan que el protagonismo del proceso de desarrollo debe corresponder a las sociedades africanas y que las ONG no deben

sustituirlas, sino mantener «una relación y un diálogo enriquecedor» con ellas. Pero su propaganda es radicalmente contraria a este planteamiento: en la mayor parte de los carteles y folletos de las ONG se ve a los africanos sin pegar ni golpe y a los europeos trabajando para ellos. Médicos Sin Fronteras (MSF) emplea de forma sistemática esta propaganda: en la publicidad de esta organización siempre aparecen imágenes de miembros de MSF, con sus vistosos chalecos, curando, alimentando o educando a africanos. Se refuerza así una vieja imagen estereotipada, la de una África pasiva que espera

haraganeando la salvación que les llegará del Norte. A través de la propaganda de las ONG se hace difícil pensar en un continente africano que afronta sus problemas, con ayuda occidental o sin ella. Da la impresión que no hay carpinteros, taxistas, oficinistas, empresarios, pastores ni abogados africanos.

Con este tipo de mensajes se da una falsa imagen de los africanos y se hace creer al público occidental que los verdaderos protagonistas del desarrollo son el cooperante, que lo hace todo en África, y el donante, que hace posible que el cooperante permanezca sobre el

terreno. Las comunidades implicadas son sistemáticamente ninguneadas. En muchos materiales de ONG europeas ni siquiera se menciona a las ONG africanas que ejecutan los proyectos patrocinados por ellas. De esta forma, ante los ojos del público occidental, los africanos se convierten en simples receptores pasivos de sus ayudas. Sin los occidentales no serían capaces de hacer nada de nada: ni de ir a la escuela, ni de lavarse, ni de curarse, ni de defenderse...

Amor a primera

vista

La publicidad de las ONG alterna las imágenes de africanos llenos de legañas y de moscas con imágenes de africanos de gran belleza física. Un chico italiano vio en un folleto de una organización de cooperación la foto de una preciosa chica keniana. Ésta se había escogido, justamente, para que a todos los italianos les entraran

muchas ganas de salvar a los kenianos. Al chico en cuestión le dieron unas ganas locas de salvar a las kenianas, especialmente a esa en concreto. Tras remover cielo y tierra logró viajar a Kenia. Conoció a la chica, se casó con ella y se la llevó a Italia.

Tirar piedras sobre el propio tejado

Ciertas organizaciones utilizan una

estrategia todavía más brutal. Algunas ONG argumentan que los africanos no solo son incapaces de desarrollarse por sí solos, sino que incluso suponen un obstáculo para el mismo. Save the Children distribuye unos materiales en los que se argumenta que «en casi todas las sociedades» los niños son castigados de forma indebida; en consecuencia propone que en todas partes se aplique nuestro modelo educativo, que es el único que se considera correcto y válido para proteger a los pequeños (aunque en Europa cada vez resulta más evidente que la falta de castigos a los niños produce pequeños monstruos arrogantes

e incapaces de cualquier convivencia en sociedad). Save the Children condena cualquier tipo de trabajo infantil, argumentando que el trabajo limita el acceso del niño a la educación. Según esta organización, no habría educación al margen de la tiza y la pizarra (o el ordenador e Internet, para los más pudientes). Pero hay muchas sociedades cuyos modelos educativos pasan, justamente, por el aprendizaje laboral. En realidad, en las sociedades cazadoras, recolectoras, campesinas o pescadoras, los niños aprenden a sobrevivir en su medio desde pequeños, acompañando a sus padres al trabajo.

UNICEF, la agencia de la ONU encargada de la infancia, actúa de forma similar a Save the Children. Considera que «300 millones de niños no tienen acceso a la información» porque no disponen de radio, de periódicos ni de revistas, sin tener en cuenta que hay otros canales de transmisión de la información, que tal vez sean más participativos y fiables que los medios de comunicación de masas. En muchos sitios de África, los niños del pueblo o del barrio pasan muchos ratos libres con los adolescentes que los cuidan; y son estos los que les enseñan a vivir en comunidad, a hablar adecuadamente, a

jugar a fútbol, a bailar, a cazar pajaritos... Un aprendizaje mucho más útil y mucho más rico que el que ofrecen la mayoría de programas televisivos para chavales.

En el mundo de la cooperación todavía son muchos los que creen que es necesario cambiar a los africanos para que estos se puedan desarrollar. Evidentemente, si para desarrollar una sociedad se ha de luchar contra ella, el fracaso del experimento está asegurado desde el principio.

¡SOS! ¡Niños!

Aldeas infantiles SOS es una ONG internacional que se ha especializado en la atención a los huérfanos. Esta organización abrió un internado en Guinea Ecuatorial para garantizar a los niños sin familia el derecho a gozar de una infancia digna y de una buena educación. Pero no encontraron a niños desamparados, y aceptaron a muchos

internos que realmente no eran huérfanos argumentando que, como mínimo, sería positivo que algunos niños guineanos recibieran la mejor formación. No ahorraron recursos en esta tarea y construyeron una buena escuela, un dispensario, campos de deporte... Los niños internos cuentan con una correcta alimentación, tienen todas sus necesidades cubiertas y

disponen de todos los avances derivados de la pedagogía más moderna.

Pero también son muy conocidos en su entorno. Sus compañeros de clase los conocen porque continuamente organizan peleas y agresiones; sus profesores, por su incapacidad para finalizar los estudios; los vecinos del barrio porque de vez en cuando se escapan del internado

y cometen hurtos y pequeños robos. A algunos de ellos ya los empieza a conocer, incluso, la policía...

La tragedia de África

Cuando Somalia pasaba por sus peores momentos, con una guerra generalizada, centenares de miles de desplazados y una gravísima falta de alimentos, un periodista fotografió a un niño cadavérico tirado en el suelo, vigilado de cerca por un siniestro buitre. Esta

imagen generó mucha polémica. Para algunos se limitaba a ofrecer información sobre lo que estaba ocurriendo en el Cuerno de África; para otros vulneraba los códigos éticos más elementales. Unos años más tarde, dos aviones se estrellaban contra las Torres Gemelas de Nueva York. Los hechos se desarrollaron en unas pocas horas, pero acudieron allí muchísimos más periodistas gráficos que a la lejana Mogadiscio (al fin y al cabo, para los periódicos no es lo mismo el centro neurálgico del mundo que una capital africana). Pero a pesar de que se publicaron miles de fotografías sobre

los hechos de Nueva York, los medios de comunicación decidieron no mostrar ninguna imagen de los muertos ni de los heridos causados por el atentado. Decían que lo hacían por respeto a las víctimas y a sus familiares. Incluso presumían de lo ético que era su comportamiento. Eso sí, nunca han aplicado el mismo criterio a África. Parece ser que los comportamientos éticos son selectivos: dependen de dónde venga la víctima.

Las ONG viven en un mundo terriblemente competitivo, en el cual para arrebatarse donativos a las otras organizaciones no se puede recurrir a

argumentos complicados. No es cuestión de iniciar un complejo debate sobre las estrategias de desarrollo, difíciles de entender, sino de sacudir al ciudadano mediante las emociones. Y para conseguirlo, nada mejor que ofrecer imágenes impactantes: niños con vientres hinchados, casas arrasadas por huracanes, inundaciones que arrastran cadáveres putrefactos... La imagen debe ser lo suficientemente directa para que quien la vea se sienta aludido de inmediato. Se deben mostrar lágrimas, dolor, miedo... Hay ONG que no dudan en emplear fotos que podríamos calificar de «pornografía humanitaria».

Las imágenes cargadas de patetismo ayudan a consolidar una visión paternalista de África. Hacen que el público sienta repulsión hacia lo que se le muestra: en los anuncios más crudos el espectador no ve hombres, sino infrahombres. Los africanos son tratados como meras víctimas de lo que pasa en su continente y nunca asumen el papel de protagonistas de su desarrollo (en muchas ocasiones se les designa, simplemente, como «víctimas»). Cuando un occidental ve estas imágenes, no puede pensar en una sociedad que funciona: no piensa en enfermeros que curan, en camareros que sirven, en

taxistas que transportan a la gente... sino en parados, en enfermos, en hambrientos... Gente desgraciada, sin nada que aportar. Individuos que parece que no tengan nada que ver con la persona que los mira en la pantalla de su televisor. Seres de otro planeta.

Periódicamente, las federaciones de ONG recriminan a algunos de sus miembros el uso de estas ilustraciones, argumentando que dan una mala imagen de los africanos (también luchan para que los medios de comunicación den otra visión de África, y a veces incluso lo consiguen). A pesar de todo, hay organizaciones que no paran de utilizar

este tipo de materiales, porque saben que les resultan muy rentables.

Bondad y cursilería

Las ONG no solo tratan de desarrollar el Sur, sino que además pretenden sintetizar todos los valores políticamente correctos de la izquierda «alternativa».

Numerosas entidades dedican muchos esfuerzos a las

cuestiones de género; en cualquier proyecto se hace un estudio detallado sobre el impacto que tendrá sobre las relaciones de género (incluso cuando se trata de la compra de ordenadores para una oficina). Muchas ONG indican que sus trípticos y sus revistas se imprimen en papel ecológico, o que sus proyectos respetan el medio ambiente. Todas

estas asociaciones son fervientes pacifistas, en la más pura tradición gandhiana...

Evidentemente, están más pendientes de las modas ideológicas de Occidente que de las demandas reales del continente africano.

Buena parte de los mensajes de las ONG son de una cursilería impresionante. Nadie con un mínimo de sentido del ridículo podría

leerlos sin abochornarse. Un panfleto argumentaba: «En Ganda no hay comercios, pero abundan las estrellas. —Y a continuación añadía—: Debes venir para que sonría una niña [...], para que escuchemos a los que gritan y no oímos». «El futuro está en tus manos. ¿Crees en nosotros?» pedía un folleto de PROIDE, que mostraba en portada a un grupo de niños mirando a

la cámara. Otro organismo aseguraba que trabajaba para un mundo «que escuche a los niños y que aprenda de ellos»... Había un proyecto titulado «Una sonrisa para África», y una ONG portuguesa se llamaba Sol Sin Fronteras. Según la lógica de las ONG, todos los africanos son buenos y Cándidos, felices e ingenuos... Y el resto del mundo debería ser como

ellos.

Niños con mosca en la boca

Marcelo Ndong era uno de los dos únicos negros de Santiago de Compostela en 1970. Actualmente este guineano es un artista de cierto renombre, pero sus excelentes representaciones de Darío Fo o sus divertidas actuaciones como mimo no tienen tanto éxito como el que tenía su paseo anual, cuando era niño, en el día del Domund. En esta jornada, destinada a recaudar fondos para las misiones, los

curas repartían entre los niños de las escuelas de toda España huchas en forma de cabeza de negro, de chino o de indio apache, y los hacían salir a la calle para pedir contribuciones a los paseantes. Marcelo Ndong, invariablemente, recibía la hucha en forma de cabeza de negro e, invariablemente, era la estrella del día. Ningún niño de ninguna escuela de Santiago recaudaba tanto dinero como él... Los habitantes de la pequeña ciudad gallega mostraban una gran predisposición a ofrecer sus monedas a un niño negro, representación palpable de las desgraciadas criaturas del

continente africano.

Son escasos los turistas que visitan el continente africano y que resisten la tentación de hacerse decenas de fotografías con niños africanos. Todos valen: niños desnudos bañándose en el río, niñas con trencitas y vestidos tradicionales, bebés atados a la espalda de su madre, pequeños vendedores ambulantes harapientos, escolares uniformados escuchando atentamente a su maestro en una modesta aula de madera... Ahora bien, parece ser que los niños más efectivos para recoger donaciones son los que están desnutridos y cubiertos de moscas (y si

por azar están solos y sucios, al parecer todavía funcionan mejor). A pesar de todo, actualmente se detectan signos de cambio: como el feminismo se cotiza al alza en Occidente, también tienen mucho éxito las fotos de mujeres ciegas, cojas o en estado crítico.

Los que recaudan dinero para la cooperación internacional son muy conscientes del valor simbólico de los niños negros, y por ello los explotan hasta la extenuación. Entre los objetivos de las distintas ONG no suele faltar alguna referencia a la infancia, que resulta muy útil para captar subvenciones y obtener donaciones.

Muchos anuncios de organismos humanitarios se centran en la imagen de un niño negro, acompañado de un lema dirigido directamente al lector: «Ayúdanos a crecer», decía un crío sonriente en la propaganda de Acción Contra el Hambre... Incluso hay ONG que han convertido a los niños en objetivo exclusivo de su acción: solo trabajan para el bienestar de los pequeños, no de los mayores. Es el caso de Save the Children, del portugués Instituto de Apoio á Crianza, de la ultraconservadora Mensajeros de la Paz o de la cándida África Arco Iris (que promociona la vacunación infantil a

través de la venta de «belenes solidarios»). Pero, en realidad, la mayor parte de los problemas de la infancia africana (sanitarios, alimentarios...) son comunes a los de todo el resto de la sociedad: si no hay hospitales, no hay para nadie. Y es obvio que la mejor forma de ayudar a los niños es ayudar a sus familias. Lo mejor para un niño, ¿no es que su padre tenga empleo?

La soledad del niño africano

Con frecuencia los niños que aparecen en la publicidad de las ONG se presentan solos o en compañía de cooperantes. Si creyéramos que África

es aquello que nos enseñan algunas ONG pensaríamos que es un continente donde solo hay menores, sin adultos. En algunos folletos de organizaciones de ayuda no se ve a ninguna persona mayor. De esa forma se refuerza el estereotipo de una infancia africana «abandonada» por sus adultos, que para subsistir depende de la cooperación. Si aparece alguna persona mayor con los niños, es un cooperante que los ayuda.

En algunos casos, incluso, los organismos de ayuda describen en sus textos a los progenitores de los niños como sus enemigos: padres que no dejan estudiar a sus niñas o que las inducen a

prostituirse, parientes que obligan a los niños a trabajar en circunstancias inhumanas, campesinos iletrados que se niegan a que su descendencia reciba una atención médica «adecuada», maestros que pegan a los alumnos porque no han aprendido la lección... El mensaje que se transmite es que las sociedades del Sur han fracasado y que los donantes deberían suplantearlas para garantizar el bienestar de los niños desvalidos.

En el discurso de muchas organizaciones humanitarias los africanos son presentados como adultos irresponsables, incapaces de cuidar a los pequeños que deberían proteger.

Ante esta «realidad», los occidentales se erigen en protectores de los niños africanos. Mucha gente que en Europa ha renunciado a la paternidad está plenamente convencida de que educaría mejor a los niños africanos que sus propios padres.

Muchas ONG han heredado las tácticas publicitarias ya ensayadas con éxito, durante décadas, por los organismos religiosos. A lo largo de la historia se ha demostrado que el niño negro con una mosca en la boca resulta un anzuelo muy eficaz para remover conciencias y complimentar cheques. Durante el período colonial los

burgueses pagaban grandes cantidades de dinero para que bautizaran a un niño africano con su nombre. Para hacer más convincente la sangría, los misioneros informaban al donante de detalles del entorno del niño (si asistía a la escuela, cuántos hermanos tenía, si sus padres eran paganos o cristianos...). Ahora las ceremonias religiosas ya no se cotizan tanto, y lo que más se lleva es el apadrinamiento laico. A cambio de una módica cantidad (o no tan módica), el europeo conseguirá un ahijado africano; incluso recibirá cartas suyas y se sentirá un poco padre y salvador. La ONG espera que ofreciendo periódicamente

informaciones sobre el niño, conseguirá fidelizar al donante.

En muchos anuncios de programas de apadrinamiento subyace un trasfondo de sustitución: ante unos progenitores incapaces, se requiere la actuación de los padrinos. Los europeos han de apropiarse de los niños africanos para salvarlos. Pero de esta forma usurpan la responsabilidad del desarrollo del continente africano bajo el pretexto de proteger a una infancia «desvalida». Se sienten protagonistas del desarrollo de una sociedad de la que no forman parte y de la que, además, no saben nada de nada.

El europeo medio ha interiorizado completamente este discurso. Un día, una chica africana que viajaba con su hijo en el metro madrileño se quedó muy sorprendida cuando la mujer española que estaba sentada a su lado le pidió que le entregara a su hijo ya que ella «no sabría cuidarlo bien». Expresaba, de forma burda, un discurso que se repite una y otra vez en muchos anuncios.

Padrino a medida

Las empresas de trabajo temporal (ETT) son famosas por ofrecer

trabajos mal pagados. Los que figuran en las listas de las ETT pueden ser llamados a hacer todo tipo de labores. A una joven catalana le tocó un trabajo surrealista encargado por la ONG Intervida. Se avecinaba la Navidad e Intervida había aprovechado el «espíritu navideño» para lanzar una agresiva campaña de apadrinamientos. Mucha gente había decidido

apadrinar a un niño del Sur y habían llenado un cuestionario para expresar sus preferencias (los padrinos son selectivos y no aceptan a cualquier ahijado). Los jóvenes reclutados por la ETT tenían que comparar las preferencias de los padrinos con las fichas y las fotos de los distintos niños, y aparejarlos a toda velocidad. No se sabe qué pasaba con los niños que no conseguían

padrinos. Al parecer, los derechos del niño se reservan para los niños guapos, simpáticos, inteligentes y sociables.

La versión lúdica de los apadrinamientos son las acogidas. Diversas asociaciones organizan estancias de niños africanos en Europa. Argumentan que, de esta forma, pasan unas «vacaciones saludables con buena alimentación, diversión, revisiones médicas...». Esta justificación es, evidentemente, insostenible: resultaría

mucho más económico facilitar buena alimentación y revisiones médicas a estos niños en su lugar de origen (y a los niños africanos no les faltan diversiones en sus pueblos, aunque no cuenten con Internet ni con videoconsolas). La clave de estas acogidas es que los niños africanos se conviertan en magníficos juguetes para las familias europeas (que, lógicamente, prefieren a un niño africano no problemático a un adolescente local procedente de un reformatorio). Curiosamente, mucha gente está dispuesta a acoger a un niño congoleño o tanzano «para ayudarlo», pero nadie quiere meterse en su casa a

toda una familia congoleña o a un jubilado tanzano. Eso sí, para que la relación acogedor-acogido funcione, el acogido ha de cumplir bien su papel de juguete de la familia de recepción. En algunos casos las familias de acogida han rechazado a los niños por considerar que no eran lo «suficientemente» simpáticos.

El arca de la vergüenza

En 2007 las autoridades chadianas inmovilizaron un avión que estaba a

punto de despegar de Chad en dirección a París. En su interior, junto a algunos cooperantes, encontraron a un centenar de niños cargados de vendas. Los responsables del grupo argumentaban que se trataba de huérfanos procedentes de la región sudanesa de Darfur, que se llevaban a Francia para operarlos. Pero los niños ni estaban heridos, ni estaban enfermos: les

habían puesto las vendas justo antes de subir al avión. Y tampoco eran huérfanos de Darfur: se trataba de niños chadianos que disponían de familia y que la ONG El Arca de Zoé quería llevarse a Francia para ofrecer ilegalmente en adopción.

Mientras la opinión pública africana reaccionaba con indignación ante el intento de secuestro de

«sus» niños, en Europa no faltaron los que justificaron la actuación de los cooperantes argumentando que, en cualquier caso, los niños estarían mejor en cualquier país europeo que en África. El gobierno francés no apoyó explícitamente a los miembros de la ONG, pero exigió que el ejecutivo chadiano no los retuviese en Chad, y reclamó que en caso de

que fueran condenados a prisión, se íes trasladara a Francia para cumplir su pena. Los chadianos no cedieron, en principio. Pero unos meses más tarde, la guerrilla llegó a las puertas de N'Djamena, la capital de Chad, y el dictador Idriss Déby estuvo a punto de ser derrocado. Lo salvaron, *in extremis*, los helicópteros del ejército francés, que hicieron

retroceder a sus enemigos. Unos días más tarde, los cooperantes de El Arca de Zoé volvían a Francia.

No era la primera vez que los europeos aprovechaban una crisis para apoderarse de niños africanos, empleando el pretexto de que los negros no eran suficientemente buenos como para cuidar de sus hijos. En 1994, durante el genocidio de Ruanda,

en plena emergencia, unas monjas italianas sacaron a ciento cincuenta niños de internados y se los llevaron a Italia. Algunos de ellos eran huérfanos; otros, hijos de padres sin recursos. Sin consultar ni a las familias ni a las autoridades ruandesas, estos niños fueron dados en adopción en Italia. Diez años más tarde, la prensa italiana reaccionó con indignación porque

los jueces italianos
«robaban» a los niños a
sus padres adoptivos y
los devolvían a Ruanda.

Cuando las ONG forman parte de la galaxia mediática

Las relaciones entre ONG y medios de comunicación son extremadamente complejas. Las organizaciones de ayuda hacen todo lo posible por aparecer continuamente en televisiones, radios y periódicos, y por ello disponen de departamentos de comunicación muy

activos. Su presencia en los medios les garantiza un flujo continuo de donativos de particulares, y además les da cierto prestigio, lo que repercute en un aumento de las subvenciones.

En realidad, cuando las ONG tienen acceso a los medios de comunicación no suelen utilizarlos para sensibilizar a la población del Norte sobre los problemas del Sur, sino para hacerse propaganda mediante una presentación mitificada de sus proyectos. En este campo cuentan con la complicidad de algunos periodistas que cuando viajan a África para informar sobre una ONG olvidan todo lo que les enseñaron en la

facultad sobre el sentido crítico para convertirse en meros propagandistas. Generalmente, los periodistas no contrastan los datos que les ofrecen las ONG porque consideran, cándidamente, que estas organizaciones son fiables porque actúan «de buena fe».

Un alto cargo de una televisión autonómica, tras visitar una serie de proyectos de cooperación de una ONG española, escribió un artículo en el que indicaba que «viajaba al encuentro de nuevos rostros [...]. Nuevas miradas en nuevos rostros que nos enseñen a leer, a conocer de nuevo el mundo». Parece ser que la cursilería oenegística puede ser

contagiosa. O tal vez es que, en muchos casos, son los cooperantes quienes acogen a los periodistas que van a África: les buscan casa y coche, les reservan vuelos, les facilitan guías... Los cronistas se benefician de los conocimientos que los cooperantes tienen del lugar y, a cambio, se dedican a la promoción de los proyectos de su organización. En las zonas de conflicto hay disputas entre los organismos humanitarios para ver cuál de ellos es capaz de captar la atención de los periodistas y organizarles una visita guiada a sus proyectos. De esta forma, se establece una verdadera simbiosis

entre el periodista y la ONG que va en detrimento de la imparcialidad de la información. El público solo se entera de lo que a la ONG le interesa que se entere.

Los medios de comunicación utilizan la cooperación en otro sentido: en un mundo con una grave crisis de modelos, los cooperantes son presentados como personas que luchan por la justicia en situaciones extremas; son los héroes modernos, que han sustituido a los santos y a los militares muertos en combate. Incluso hay programas de radio y de televisión protagonizados por cooperantes y miembros de ONG

destinados a un público entusiasta de la cooperación. Los medios nos muestran cómo estos «héroes» enseñan en escuelas o curan heridas, y los glorifican, presentándolos como el compendio de todas las virtudes modernas. Pero el velo de benevolencia que cubre a los cooperantes produce, evidentemente, un déficit de transparencia. Aunque se pontifique sobre sus vidas, nunca hay un debate ni una discusión sobre la cooperación. Es realmente difícil averiguar qué pasa con la ayuda internacional.

El show de la cooperación

Las ONG pretenden que los medios de comunicación se dediquen a la educación para el desarrollo. Pero estos son, ante todo, empresas, y su objetivo principal, por definición, es obtener beneficios. Y no se gana dinero con la educación para el desarrollo, sino empleando aquellos mecanismos que se sabe que son eficaces para ganar audiencia, como simplificar al máximo los mensajes. En un programa de entretenimiento, a las cuatro de la tarde, está muy bien hablar de una escuela en medio de la sabana camerunesa, pero resulta indigesto para el oyente soportar disquisiciones sobre los problemas

básicos de África como la huida de cerebros o el acceso a los medicamentos contra el sida. Lo que es verdaderamente importante para los periodistas es la «experiencia humana»; por tanto, están encantados de entrevistar a cualquier cooperante, siempre que no hable demasiado del desarrollo de África y se centre en sus sufrimientos personales. Eso sí, todo el mundo espera que diga que «sus» africanos son «maravillosos».

Los medios saben también que, para tener público, es necesario evitar la superposición de temas similares. Hay una norma periodística que establece

que en un telediario no tienen cabida dos terremotos. Si por casualidad se han producido dos a la vez, se debe dar cobertura al que resulta más próximo al espectador y olvidar el segundo. En consecuencia, si se dedica un programa televisivo a un proyecto de desarrollo sanitario en África, debe pasar un tiempo prudencial hasta que se dedique otro a temas de cooperación: los pobres cansan. Los programadores de televisión saben, además, que la mejor forma de recaudar fondos para un proyecto no es explicar las ventajas de esta iniciativa para los africanos, sino organizar un telemaratón: que un artista famoso cante,

que una modelo espectacular haga un *striptease*, que algún niño repelente lea poemas y que los habitantes de una aldea superen un récord Guinness...

Para ganar audiencia para los espacios sobre cooperación, los medios de comunicación tienden a banalizarla. Cada vez hay más organizaciones de ayuda que se involucran en montajes mediáticos: documentales sensacionalistas, multitudinarias recaudaciones de fondos, concursos... Las televisiones y las radios creen que han de apoyar «buenas causas», y en este ámbito, el desarrollo del Tercer Mundo les es de gran utilidad; tanto

como la educación vial, la lucha contra los embarazos no deseados, la prevención del tabaquismo o el buen trato a los animales.

**¡Qué suerte
padecer una catástrofe!**

Donde hay una
desgracia, hay
espectáculo, y allí
aparecen los medios de
comunicación. Se
presentan, básicamente,
para hablar de la
sociedad que los envía:

son constantes las referencias a «nuestros» voluntarios, a «nuestros» bomberos, a «nuestros» aviones, a «nuestras» ONG, a «nuestras» donaciones... Las catástrofes suponen una ocasión excepcional para demostrar las bondades de Occidente, pero, aunque en las fotografías que se publican con frecuencia solo se ve a cooperantes, en realidad en todas las crisis son

las poblaciones y los técnicos locales los que atienden a la mayoría de los afectados.

Las ONG obtienen muchos beneficios de cualquier inundación, terremoto o matanza. Una imagen vale más que mil palabras. Mucha gente, cuando ve pilas de muertos, reacciona, y lo hace ofreciendo donativos. Las ONG aprovechan estas desgracias para lanzar

grandes campañas de recaudación, aunque parte de estos donativos no se destinarán a la catástrofe en cuestión, sino a otros objetivos.

Muchas de las acciones que impulsan los organismos de ayuda durante las emergencias son vistosas y muy caras, pero no esenciales. En los proyectos de desarrollo suele haber descoordinación, pero en las emergencias con

frecuencia hay un absoluto caos. Lo que llega no es siempre aquello que se necesita. Las imágenes del aterrizaje en África de aviones llenos a reventar de productos fascina a los espectadores, pero muchas veces la carga que contienen no es la idónea: en Etiopía, en plena hambruna, se enviaron caramelos dietéticos... Muchas veces las mantas y los

hospitales de campaña que llegan son de escasa utilidad y solo complican la situación de unos aeropuertos, carreteras y puertos saturados tras la desgracia. El envío de alimentos a veces todavía es más negativo: resulta nocivo para el campesinado de la zona, que ve cómo se reparten gratuitamente miles de toneladas de excedentes europeos mientras ellos se quedan sin mercado

para sus productos.
Como colofón a la
catástrofe, les llega la
ruina.

Sin duda, es muy
espectacular contemplar
cómo los bomberos con
perros amaestrados
rescatan a un niño
moribundo de entre
toneladas de escombros,
pero en África, tras una
catástrofe, la mayor parte
de la gente no muere
enterrada, sino
abandonada en calles y

en salas de espera de hospitales, por falta de alimentos y de agua potable. Llevar una potabilizadora puede ser mucho más efectivo que llevar perros amaestrados, aunque, evidentemente, resulta mucho menos televisivo. Es conmovedor ver cómo evacúan al extranjero a niños heridos tras un terremoto, pero en el mismo país de donde

salen estos niños, desde hace muchos años, hay miles de enfermos que se podrían curar si fueran tratados en hospitales occidentales, pero no se benefician de ningún programa de evacuación...

La boca que come no habla (proverbio camerunés)

Aunque en sus cursos y seminarios las ONG aseguran que las causas del

subdesarrollo radican en la injusticia de las relaciones Norte-Sur, esto no es perceptible en su publicidad. Quien contemple los anuncios de las ONG difícilmente podrá deducir que Occidente está explotando a África. En las imágenes, el donante siempre ve a cooperantes enviados por el Norte para resolver unos problemas que el Sur es incapaz de gestionar. Además, la visión que se extrae de la mayor parte de los anuncios es que África está muy agradecida a un Occidente que la ayuda a salir de la miseria. Muchas organizaciones de cooperación insisten en la gratitud que el Sur tiene hacia el

donante del Norte: «Hazte socio. Miles de personas te lo agradecerán» (Cruz Roja), «Gracias [...] a ti por hacerlo posible» (Intermón Oxfam), «Muchas gracias en nombre de quienes se beneficiarán por tu colaboración» (Médicos Sin Fronteras, MSF) o, sencillamente, «Gracias» (Farmamundi, MSF, Cruz Roja, Intermón Oxfam...). La ayuda exterior no se plantea como un deber de los países ricos hacia los más pobres, sino como una simple forma de caridad.

En Occidente la cooperación genera mucha autocomplacencia, tanto por parte de aquellos que colaboran con sus

donativos a la ayuda internacional como de aquellos que se limitan a verlo en los anuncios. Se sienten orgullosos de la tarea de las ONG y por lo general no están nada avergonzados de la política exterior de sus países de origen. Quizás esta satisfacción sería razonable si el continente africano se desarrollara a toda velocidad gracias a los proyectos. Paradójicamente, aunque África continúa subdesarrollada, la satisfacción de los occidentales no para de crecer.

Capítulo II

Los cooperantes. Glorias y miserias de los héroes modernos

En Niamey, la capital de Níger, uno de los países más pobres del mundo, se encuentra el hotel Gaweye, gestionado por el Ministerio de Turismo nigerino. La comida es mala, las habitaciones mediocres, los precios astronómicos y las copas de garrafa, pero el espectáculo que ofrece impresiona. Las vistas al río Níger son formidables, pero todavía son mejores las vistas de las que se goza en el interior del edificio: en el vestíbulo,

en los bares, en la piscina y en los ascensores te cruzas con chicas jóvenes, guapas, elegantísimas, sofisticadas...

El motivo de tanta concentración de belleza en un espacio tan reducido es que todo lo que pasa en Níger pasa en el hotel Gaweye. Está lleno de ejecutivos con traje y corbata, porque las principales cenas de negocios tienen lugar en su restaurante. Muchas veces hay generales con su uniforme de gala porque en el hotel se organizan las juntas de Estado Mayor del ejército (y las malas lenguas dicen que allí mismo se han planificado diversos golpes de Estado, alguno de los cuales ha sido

exitoso). Hay altos funcionarios vestidos de forma impecable, porque con frecuencia allí se convocan reuniones del gobierno...

Entre tantos hombres vestidos de forma seria e irreprochable, de vez en cuando encontramos a jóvenes blancos con pantalones cortos y camisas estampadas «auténticamente africanas». Algunos de ellos van con chancletas, otros llevan gorritas de béisbol. Circulan por el hotel con la comodidad de quien conoce bien el lugar, porque lo ha visitado con frecuencia. En el hotel Gaweye hay luz sin cortes intempestivos, cómodas salas de

reuniones, piscina, bares agradables... En todo el país no hay ningún sitio mejor para preparar los programas de cooperación. Mientras la gran mayoría de los nigerinos pasan penalidades, los cooperantes organizan grandes comilonas en este lujoso hotel, y mientras disfrutan de unas gambas, discuten sobre los graves problemas que afectan a Níger y a toda África... Cuando terminan de comer se toman unas copas en el pub, se bañan en la piscina o buscan a algunas de las chicas que se pasean por el vestíbulo o por los bares del hotel y se las llevan a dar una vuelta. No es raro ver en el pub del

Gaweye a algunos cooperantes hablando con un embajador o tomando copas con algún diplomático de la ONU. Cualquier cooperante europeo, al llegar al continente africano, sube de estatus: en África le invitarán a comer personas que en Europa nunca le hubieran dirigido la palabra...

Vivir como un blanco en un país de negros

A los europeos que pagan periódicamente las cuotas de una ONG esto les puede sorprender, pero no a la gente que vive en países africanos. Los grandes hoteles de Dakar, Libreville o

Maputo sobreviven, en buena parte, gracias a los encuentros de las organizaciones humanitarias internacionales. Con frecuencia los cooperantes también son los que más usan, en África, los campos de golf, los clubes de tenis, las piscinas, los restaurantes de lujo, los videoclubes... Y también las empresas de alquiler de veleros, de quads, de ultraligeros, de planchas de surf...

Los cooperantes, en las zonas urbanas, suelen vivir en los mejores barrios residenciales. Cuando por la mañana salen a la calle ven esa África que nunca se ve en los reportajes de su

organización: chalets con jardín, vigilantes de seguridad, piscinas, calles tranquilas... En las zonas rurales, invariablemente, tienen las mejores casas de la comarca. Los todoterrenos de los organismos de ayuda se acumulan por las noches en los aparcamientos de los bares de copas y los grandes restaurantes (los camareros de estos locales nocturnos aseguran que son famosos por pedir siempre las facturas de sus gintónicos, a fin de colarlas como dietas). Los miembros de los organismos humanitarios incluso han heredado algunos de los espacios de ocio que antaño frecuentaban los

colonos: el hotel Bahía de Malabo, el bar Central de Bata, el restaurante Piri Piri de Maputo, el club marítimo de Beira...

Los organismos oficiales de cooperación en ocasiones construyen barrios enteros de viviendas para sus cooperantes, para garantizar que sus tropas gozan en todo momento de un nivel de vida equiparable al europeo. Para asegurar su aislamiento, estos guetos suelen estar rodeados de altas cercas y vigilados por guardias de seguridad que identifican a todos los que entran y salen de allí (en Guinea Bissau, el edificio que alberga las oficinas y las

viviendas de la ONU es un auténtico bunker). El recinto de la Cooperación Española en Bata, en Guinea Ecuatorial, fue dirigido por un especialista en seguridad (no en vano procedía del cuerpo de funcionarios de prisiones). Este burócrata, que cobraba un salario impresionante, se tomaba muy en serio su papel; a principios de siglo XXI todavía mantenía vigente el *apartheid* en su diminuta área de poder: no dejaba entrar en «su» recinto a los negros que no fueran criadas o vigilantes.

Hiperprotegidos

Para evitar que los cooperantes puedan sufrir los problemas que sufren sus vecinos africanos, con frecuencia se les recomienda que no visiten determinados barrios o ciertos locales. Algunos organismos de cooperación redactan estrictas normas de seguridad que entregan a todos los recién llegados: en estas normas se les indica tanto que no deben

fornicar sin preservativo como que hay ciertas discotecas que no es conveniente frecuentar. Médicos Sin Fronteras, en sus contratos, establecía que los cooperantes que trabajaban en Camerún no podían coger taxis después de las siete de la tarde; alegaban que lo hacían por su seguridad. Algunas congregaciones religiosas todavía son más estrictas, y no dejan

que sus voluntarias laicas europeas pisen ninguno de los bares próximos a la misión: cuando terminan su trabajo deben volver de inmediato al convento. Pese a todo, y no se sabe cómo, algunas de sus voluntarias se quedan embarazadas.

No se sabe a quién exactamente se le ocurrió contratar a centenares de personas que cobran más de 10.000

dólares al mes para resolver los problemas de aquellos que viven con menos de un dólar al día. Pero una de las dificultades inherentes a este asunto es que cobrando esos astronómicos salarios es harto improbable que llegues a coincidir con los pobres del país en el que vives y, por tanto, es prácticamente imposible que te identifiques con ellos, más allá de la pura entelequia. Algunos cooperantes acaban confundiendo su mundo de fantasía con el mundo real: «En este país no se puede vivir con menos de 4.000 euros mensuales», oí decir a un alto responsable de la cooperación a un colega suyo, en

presencia de un becario europeo que cobraba 1.200 euros, y a pocos metros de su chófer, que solo cobraba 450 (y tenía un salario muy digno para los estándares locales).

Los misioneros no son muy distintos de los cooperantes. Si nos ceñimos a lo que aparece en los boletines parroquiales, creeríamos que aquellos viven como los habitantes más pobres del continente africano. La Iglesia católica, en estos últimos años, ha insistido mucho en la necesidad de que los misioneros se inculturen, es decir, que se sumerjan en la cultura de la zona donde están establecidos. En teoría

deberían alojarse, alimentarse, trabajar y sufrir como sus vecinos. Pero, en realidad, la inculturación es más bien superficial. Las monjas europeas, en África, acostumbran a vestirse con kabás, unas amplias batas de tela africana (un tipo de vestido que, habitualmente, las africanas solo llevan en casa, para ellas el equivalente de la bata de boatiné). Los sacerdotes ni siquiera se ponen batas de tela africana: su inculturación a veces solo pasa por una gran tolerancia hacia la libertad sexual, especialmente hacia la propia.

Los misioneros no viven como los africanos pobres. Los conventos de

religiosos tienen cocinera, y los de monjas, chófer. Gastan lo que sea necesario (de las donaciones de los católicos o de las subvenciones de alguna institución occidental) para disponer de un buen pozo con agua potable y un generador de luz. Mientras los lugareños permanecen a oscuras y cargan cubos de la fuente del pueblo hasta su casa para aprovisionarse de agua, a las monjas europeas, a pesar de su voto de pobreza, no les falta la electricidad y siempre pueden ducharse cómodamente. Sus casas, espectaculares en comparación con las de la zona, suelen estar en la parte más alta y

aireada de la población. Pese a todo, los misioneros son especialistas en pedir: en los aeropuertos de Europa son conocidos por su habilidad en facturar, sin pagar sobrepeso, enormes maletas en las que, además de lápices de colores y libros escolares, cuelan queso y jamón de calidad para los compañeros de congregación. En el aeropuerto de destino jamás serán molestados por los aduaneros, porque el crucifijo que lucen todavía provoca una supersticiosa reverencia entre muchos africanos.

Aunque los misioneros compiten con los cooperantes en nivel de vida, suelen tener una relación tensa con ellos. Los

primeros presumen de sus largas estancias en África, y con frecuencia tratan a los segundos como aficionados: los acusan, sobre todo, de trabajar solo por dinero. Los cooperantes contraatacan argumentando que ellos son víctimas de la precariedad laboral, y que no tienen contratos vitalicios; además, algunos alegan que si no asumieran sus cargas familiares, tampoco se preocuparían tanto por el dinero...

Las relaciones entre los cooperantes y los empresarios occidentales residentes en África tampoco son demasiado armónicas. Aquellos suelen

acusar a los empresarios de mafiosos y piratas: dicen que se dedican a expoliar el continente africano mediante todo tipo de prácticas inmorales. Con frecuencia no les falta razón. Pero si se pregunta a los empresarios occidentales que viven en África qué piensan de los cooperantes, responderán que se trata de una panda de vividores y de fracasados, que viven a cuerpo de rey a costa del erario público y que son incapaces de desarrollar nada. A veces tampoco les falta la razón.

A oscuras, para ver

la luz

En 1952 un médico y teólogo alsaciano, Albert Schweitzer, ganó el premio Nobel de la paz por su tarea humanitaria en un hospital gabonés (en el que había cómodas habitaciones para los blancos y sencillas salas para los negros). Schweitzer se convirtió, en Europa, en todo un mito, y algunos aristócratas europeos viajaron hasta la remota

localidad de Lambarené
para tener una
experiencia mística
viendo a los leprosos del
hospital y escuchando al
culto doctor Schweitzer
tocando piezas de Bach
en un piano de cola a
orillas del río Ogooué.

Uno de los elementos
que garantizaba el éxito
de la visita, y la
consecuente donación
para el hospital «del
doctor Schweitzer» era
la autenticidad del

entorno. El hospital era «realmente africano»: no disponía de electricidad. A pesar de las cuantiosas ayudas que llegaban a Lambarené, el doctor alsaciano siempre se negó a comprar un generador, ya que creía que los africanos no necesitaban la electricidad para nada. En ese «magnífico» hospital, si se tenía que operar a alguien por la noche, se hacía a la luz

de las velas, con el riesgo que esto conllevaba para los enfermos. A los visitantes esto les parecía la mar de normal, y tras algunas veladas idílicas en Lambarené, contando historias en torno al fuego, volvían a su casa y, al llegar pulsaban el interruptor, encendían la luz y abrían su nevera para tomar una cerveza bien helada.

Los amateurs

En los últimos años han proliferado los cooperantes aficionados. Con frecuencia se trata de gente que tiene un trabajo estable o responsabilidades familiares, y que por eso no se considera capaz de pasar un montón de años en el continente africano. Pero estos individuos tienen muy buena voluntad y están convencidos de que sus conocimientos serán útiles a los africanos (entre ellos hay gente sin estudios que cree firmemente que podrá hacer «cosas» que los africanos no

saben hacer). Estos voluntarios se ofrecen insistentemente a los organismos de ayuda para pasar un mes excavando pozos, organizando juegos infantiles o atendiendo a enfermos en un hospital, en cualquier rincón del mundo, cuanto más lejos mejor. Hay ONG que los aceptan y otras que incluso diseñan proyectos especiales para ellos.

Estos «cooperantes de verano» aprovechan «la experiencia» para hacer una rápida inmersión en la cultura africana: visten con vistosas telas estampadas, se peinan con trencitas, se ponen pulseras artesanales hechas con conchas, tienen larguísimas charlas con

su cocinera o con su conductor... Generalmente, los africanos adoran a estos cooperantes, que tienen un fuerte complejo de Papá Noel. Llevan mochilas gigantescas en las que se apilaban bolígrafos, pulseras de plástico, transistores, condones, camisetas de publicidad y móviles viejos; y durante su corta estancia reparten todos estos cacharros a voleo. Después de volver a su país envían por correo algún regalo más.

Algunos de esos cooperantes, durante el tiempo que están en África, tienen una idea genial para dar continuidad a sus ilusiones: unos

planean llevar una pareja de cerdos y montar una granja para producir chorizos, otros quieren organizar un curso de bordado para liberar a las mujeres africanas de la opresión machista que las esclaviza, algunos pretenden organizar una reserva natural para proteger a las tortugas marinas y evitar que los africanos se las ventilen como desayuno... No hay peligro: por lo general, estas ideas, tal como llegan, se van. Pronto habrán olvidado sus sueños de desarrollar el continente africano.

Muchos de estos cooperantes amateurs no vuelven a poner sus pies en el continente africano. El verano

siguiente deciden que es mejor ir de vacaciones a un *resort* del Caribe, se casan o se apuntan a un *trekking* por los Picos de Europa... Pero hay un número considerable de cooperantes de verano que en su breve estancia se enamoran. Descubren que su media naranja en realidad estaba en Senegal, en Camerún o en Cabo Verde. Estos enamorados suelen volver a África, pero ya no como cooperantes, sino como prometidos. Organizan una gran fiesta, cuanto más «tradicional» mejor, se casan y se llevan a su pareja a Europa. Habitualmente sus matrimonios resultan catastróficos, pero en unos tiempos en que casi todos lo

son, eso no importa demasiado.

Los organismos de cooperación que presumen de «serios» critican la cooperación amateur: el trabajo de sus miembros suele ser de poca calidad y no tiene continuidad. Pero los cooperantes amateurs siempre están satisfechos de aquello que han hecho. Han ido a vivir una «experiencia» y vuelven con ella. Grandes cantidades de fotografías les servirán para prolongarla y para continuar «la aventura de ayudar» desde el sofá de su casa. Algunos vuelven tan emocionados y tan convencidos de que durante ese mes han conocido la «verdadera» África que incluso

publican algún libro para relatar sus «increíbles» experiencias.

Los cooperantes amateurs no se preguntan qué sentido tiene el proyecto en el que Kan colaborado, ni si sirve mínimamente para el desarrollo. Para ellos, lo que es realmente importante es «hacer algo». Cualquier cosa.

Vacunas para los pigmeos

Durante el verano del año 2002 aterrizaron en el aeropuerto de Douala un grupo de estudiantes

de medicina franceses. Iban a vacunar a los pigmeos de la zona de Bipindi, en el sur de Camerún. Llegaron al aeropuerto con un montón de vacunas, sin tener en cuenta que en este país africano se pueden comprar sin problema. En cambio, se olvidaron de prever cómo podrían guardar estos fármacos: en Camerún no es nada fácil encontrar neveras que

funcionen, especialmente en las zonas rurales. Al cabo de 48 horas las vacunas ya estaban en mal estado y deberían haberse tirado. Pero los estudiantes no habían venido desde tan lejos para nada, y decidieron proseguir la vacunación, con las vacunas estropeadas o en buen estado.

En Bipindi, mediante una pseudoONG pigmea, manipulada por un

avisgado camerunés no pigmeo, fueron de pueblo en pueblo convocando a todos los habitantes. Los reunían y los vacunaban sin ni siquiera informarles de qué los estaban vacunando. Las medicinas que les inyectaban, si hubieran estado en buen estado, habrían requerido una dosis posterior de refuerzo; por eso en todas las campañas de vacunación se facilitan

carnés en los que se indican las vacunas administradas y la fecha en que se hace. Los estudiantes franceses no llevaban carnés, y por lo tanto en el futuro habría sido imposible completar la vacunación.

Vivieron tres semanas en condiciones espartanas: comieron cada día espaguetis con sardinas de lata, bebieron agua potabilizada con lejía, no

se emborracharon, no fueron de fiesta con los negros y, evidentemente, no mantuvieron relaciones sexuales interracial.

Fueron unos auténticos mártires de la cooperación al desarrollo. Pero se fueron de Camerún muy satisfechos: dijeron que la «labor» que habían llevado a cabo era de gran importancia. Si hubieran hecho lo mismo

en Francia los hubieran
procesado por un delito
contra la salud pública.

Los profesionales

La mayoría de organizaciones de ayuda cuenta con gente que se ofrece como voluntaria, si bien estos no pueden sustituir a los profesionales. Por eso, en estos últimos años hay muchos jóvenes que se forman para convertirse en técnicos de cooperación a través de seminarios, cursos y másteres. Además, hay profesionales en diversas

especialidades (médicos, ingenieros, abogados...) que en algún momento de su carrera se vieron implicados en proyectos de cooperación y han terminado por especializarse en este ámbito.

A veces el cooperante profesional empieza a dedicarse a la ayuda internacional por buena voluntad, con la esperanza de salvar al continente africano. Pero, poco a poco, va enfrentándose a la vida real y empieza a reclamar más estabilidad, mejor salario, más comodidades... Los que viajaban en camión cuando eran jóvenes, al cabo de unos años exigen todoterrenos con

aire acondicionado y vuelos en *business class*.

Este proceso de aburguesamiento generalmente va asociado a un desengaño progresivo. El cooperante ingenuo desea hacerse amigo de todo el mundo, pero paulatinamente se va dando cuenta de que en su posición eso es terriblemente difícil. En su persona se materializa la dura frontera entre el Norte rico y el África pobre. En la comunidad donde trabaja, todos quieren sacarle algo: ropa, alimentos, medicamentos, propinas, un empleo... Y en muchas ocasiones mantiene relaciones muy tensas con sus

compañeros de trabajo africanos: el técnico de la ONG del Norte puede cobrar salarios astronómicos, en tanto que sus compañeros del Sur de la misma calificación suelen percibir salarios ridículos (según los estándares de los países desarrollados). Además, a menudo la sede central de la organización envía al cooperante europeo porque se ha constatado que los proyectos dirigidos únicamente por personal local tienden a bloquearse a causa de la inactividad o de la corrupción. Así, aquella persona que se piensa que va a ayudar, en realidad va a vigilar. Más que de técnico, hace de

policía.

Ante la imposibilidad de tejer vínculos de amistad con los africanos, normalmente el cooperante optará por relacionarse con otros blancos (los expatriados, *expats*, como les llaman los francófonos): jugará a tenis con ellos, verá películas de arte y ensayo con ellos y beberá vinos franceses con ellos. Con frecuencia pasará semanas enteras recluido en el sacrificado mundo de piscinas, criadas y bares de copas en el que sobreviven los trabajadores de la ayuda. La relación del cooperante profesional con la sociedad local muchas veces pasa solo por la

«coopulación» (simbiosis entre *cooperación* y *copulación*): las discotecas frecuentadas por chaperos y prostitutas suelen ser el punto de contacto habitual entre los cooperantes y los africanos. A algunos esto no les basta y terminan emparejados. Cualquier rubia que vaya a Senegal se arriesga a volver a Europa acompañada de un músico *rasta* con largas trenzas.

Las organizaciones de ayuda privilegian a los técnicos generalistas en cooperación sobre los especialistas en países concretos: alguien puede estar una temporada organizando el sistema sanitario de una región de Malí, para

después pasar a coordinar las agrupaciones campesinas de Zambia o a desarrollar el uso de energía solar en Pakistán. De esta forma, los cooperantes tienden a dar vueltas continuamente de un lado a otro. Son solidarios con todo el mundo, en abstracto, pero no se identifican con nadie. Pasan por todas partes, pero no dejan vínculos en ningún sitio. Afirman participar de una cultura universal que comparten con todos, y viven en su microcosmos de cooperantes, con un gran menosprecio por la realidad concreta del sitio en el que viven. Cuando hace años que dan vueltas por el mundo, la mayoría de

estos cooperantes se encuentran bien pillados porque han llegado a un punto de no retorno: no han formado familia en su país de origen, toda su experiencia laboral se centra en el ámbito de la cooperación y no tienen arraigo en ninguna parte. La única huida hacia delante que les queda es continuar cooperando, cooperando y cooperando.

Algunos sectores ultraderechistas odian profundamente a los cooperantes, porque creen que personifican los peligros de la izquierda tercermundista. «Estos cooperantes simpatizan mucho con estos talibanes de los cojones y se les hace el culo Pepsi Cola al oír hablar

de la Alianza de Civilizaciones», se podía leer en uno de los muchos blogs de la derecha radical española. Pero la mayor parte de los cooperantes, especialmente los que llevan muchos años sobre el terreno, están a años luz de ser revolucionarios izquierdistas: la mayoría son profesionales escépticos que trabajan para organismos de cooperación como otras personas trabajan como representantes de bolígrafos o como administradores de fincas.

Mendiluce: la

aventura de cooperar

José María Mendiluce es un político socialista que ha basado toda su carrera en su «prestigio» de cooperante. En cualquier entrevista o en sus discursos nunca faltan las referencias autoglorificadoras a su tarea como salvador del mundo. Para reforzar su curriculum publicó un libro, *El amor armado*, en el que explicaba su vida en el mundo de la

cooperación. Resultó todo un éxito: mezclaba en un curioso cóctel las típicas escenas de novelas de aventuras (cocodrilos, ataques con granadas, magia...) con el relato de la vida de los cooperantes: una especie de fiesta continua con comilonas, sexo, amistades incombustibles y mucho alcohol (whisky y «birras»). Todo esto regado con una

exhibición impúdica de sentimentalismo llorica, incluyendo referencias continuas a ocasiones en que había llorado viendo la desgracia ajena. Una forma de transmitir lo que definía como «efecto *enganchante* de la solidaridad».

La reflexión intelectual que subyacía en esta obra era muy simple: los cooperantes son los protectores del Sur; el autor no duda en

ningún momento de su legitimidad, porque parte de la base de su bondad. Mendiluce y los suyos son «los buenos», «los del amor», «el bando del amor armado» y se enfrentan a los «malos», a «los del odio», «al enemigo de siempre»... Todos los conflictos del planeta se reducen a uno único: el choque entre «la perversidad de unas ideas y de los que las imponen, tratando de

arrastrarnos hacia la tribu y hacia las cavernas» y «la belleza y capacidad de amor y ansias de futuro de una población masacrada». Tras esta avalancha de buenas intenciones, Mendiluce no oculta su belicismo: apela al «pacifismo beligerante para defendernos de los que nos odian». Eso sí, todo lo que hace, lo hace por una buena causa: construir «una cultura de

la paz, de la tolerancia, una cultura positiva de la diversidad». Este mensaje tan simplón se basa en la terrible arrogancia de unos occidentales que se consideran la solución para todo. Quizá por eso *El amor armado* se convirtió en el libro de cabecera de muchos cooperantes.

Los funcionarios del departamento de buena fe

Hay muchos cooperantes que trabajan sobre el terreno que en su día a día se ven obligados a plantearse muchos interrogantes. Son conscientes de los problemas de muchos proyectos y quieren solventarlos, pero no saben cómo. No reniegan de la cooperación, pero no tratan de ocultar sus limitaciones. En cambio, quienes son unos completos iluminados son los funcionarios que trabajan en las oficinas de cooperación de la función pública, que solo conocen el desarrollo a través

de los papeles. En su mayoría proceden de otros cuerpos de la administración, pero no se sabe exactamente cómo un día fueron transferidos a un departamento en el que se viaja mucho, se gestionan grandes presupuestos y, además, se salva al mundo.

Los funcionarios que se ocupan de temas de cooperación en la administración están muy solicitados: siempre tienen llamadas, visitas, reuniones de trabajo... Son ellos quienes filtran a los responsables de las ONG cuáles son las líneas que su institución está dispuesta a financiar y qué proyectos no tienen ninguna

posibilidad de recibir una subvención. Al fin, son estos funcionarios los que deciden a qué proyectos se les suelta dinero y a cuáles no. Algunos incluso llegan a creer que su papel es básico para el desarrollo del continente africano.

La clave de trabajar en estos departamentos es la deformación continuada. A base de asistir a seminarios, congresos y encuentros sobre el marco lógico, las estrategias de género, la transversalidad, la dinamización de la sociedad civil y mil cosas crípticas más, uno acaba por sumergirse en una burbuja absolutamente

hermética. Para poder mantenerse en ella solo es necesario permanecer bien desconectado de la realidad. Los funcionarios lo logran: sus cortas estancias sobre el terreno solo les sirven para ver aquello que van a ver y que ya han leído mil veces en informes, expedientes, *rapports*, análisis de situación y otros documentos sobre la cooperación. Cuando visitan una zona generalmente solo se entrevistan con la gente del entorno del proyecto, de tal forma que resulta harto improbable que algún testimonio venga a perturbarles en su estado de felicidad astral.

El único problema es que, en estos

viajes, de vez en cuando el funcionario se ve obligado a entrar en contacto con la realidad africana: a veces llega a una zona llena de mosquitos, en otras le ofrecen extraños manjares, en ocasiones ha de sufrir larguísimas esperas por el retraso de las autoridades locales, en algunos países le toca viajar horas y horas por carreteras plagadas de baches... Incluso es posible que se encuentre a alguno de sus interlocutores completamente borracho. Normalmente los funcionarios gozan de un buen comité de recepción que trata de evitarles cualquier molestia, pero a pesar de todo siempre alguien comete

algún error. En una ocasión, en Malabo, la Cooperación Española recibió la visita de un alto cargo del gobierno español adscrito a un departamento especializado en asuntos africanos. El funcionario que lo acogía se lo llevó a cenar a un restaurante local, con aspecto de taberna, en el que se come un pescado a la brasa de una calidad excepcional. El responsable de asuntos africanos se sintió profundamente ofendido de que alguien hubiera pensado que él podía comer en un lugar como ese. No quedó más opción que llevárselo al restaurante de un gran hotel para que comiera cocina europea en un

marco occidental.

Tras este rechazo apenas velado de muchos funcionarios al contacto con la sociedad local se oculta un profundo rechazo a todo lo que es negro (aunque todo se disfraza bien con un discurso paternalista). La obsesión de muchos burócratas implicados en la cooperación es cambiar a los negros para que dejen de ser como son y se conviertan en gente «razonable», como los occidentales. Por eso les resulta fantástico entenderse con los negros occidentalizados residentes en París o en Nueva York, y hacerlo en los restaurantes de lujo de Las Palmas, Marsella o Ginebra. De esta forma

pueden resolver tranquilamente los problemas de África, comiendo langosta y sin tener que soportar de fondo los ritmos de *bikutsi* o *coupé de callé* que tan frecuentemente los africanos escuchan a todo volumen.

La encarnación de las teorías del desarrollo

En muchas universidades, en los últimos años se imparten cursos sobre cooperación internacional: posgrado en estudios africanos y cooperación, máster en cooperación internacional, seminario de iniciación a la cooperación al desarrollo, curso de técnicas de

evaluación en cooperación internacional, máster para dirigentes del sector no lucrativo, máster para voluntarios internacionales en cooperación...

En los cursos de iniciación y de niveles inferiores son omnipresentes las melenas, los macutos y los vaqueros desgastados. Chicos y chicas con estética *hippy* y una gran vocación se acumulan en sus aulas. En algunos de estos cursos, más que clases, parece que se den comuniones... Normalmente se imparten en las aulas más ruinosas de la universidad, o incluso en los locales de alguna ONG, lejos de los centros

académicos. Muchos de los asistentes leen periódicos progresistas, participan en blogs alternativos, ven documentales y van a manifestaciones antiglobalización.

Los cursos de nivel más elevado suelen ser bastante distintos: se imparten en aulas lujosas y se reparte café entre clase y clase. A veces incluso se celebran en sedes de organismos oficiales. Son inaugurados por altos funcionarios bien trajeados y el perfil de los estudiantes cambia radicalmente: hay muchas americanas, cabellos bien recortados y ocasionalmente incluso se vislumbra alguna corbata...

Todos estos jóvenes de pensamiento alternativo, al cambiar de continente, pasan de ser la base de la sociedad europea a integrar la cúpula de la sociedad africana. Abogados, ingenieros, antropólogos, informáticos, sociólogos, historiadores, agrónomos, médicos o enfermeros, en África se convierten en «expertos». Nadie les discutirá esta categoría; les basta con mostrar su pálido color de piel. Además, gozarán de un nivel de vida infinitamente superior al de la población local y, normalmente, muy superior al que conseguirían en su país de origen con su nivel de experiencia y formación.

Con el tiempo, los que trabajan en proyectos, con ciertos privilegios, pueden subir de categoría y hacerse consultores; así dejarán de trabajar permanentemente sobre el terreno e incrementarán notablemente su salario. El consultor puede ser un antropólogo, un economista, un ingeniero... Su formación universitaria no es excesivamente relevante, lo que es esencial es que domine el conjunto de dogmas y sobreentendidos que definen las teorías del desarrollo. Éstas son muy complejas, pero de gran fragilidad intelectual: casi todos los análisis sobre cooperación sufrirían una

descalificación inmisericorde si fueran escrutados con los parámetros de los estudios académicos.

En realidad, el consultor debe olvidar muchas cosas serias que ha aprendido en la universidad para moverse con comodidad entre el conjunto de teorías de pacotilla que se han convertido en el credo de la cooperación. Un antropólogo deberá obviar que hay sociedades con diferentes valores y distintas estrategias de evolución; un economista deberá pasar por alto que hay países que se han desarrollado con criterios opuestos a los que defienden los organismos

internacionales... Lo que es esencial es que el consultor no cuestione en ningún momento los principios del desarrollo ni de la cooperación, y que, como mucho, se limite a hacer pequeñas variaciones a la doctrina en vigor.

El consultor en cooperación es el encargado de la «identificación», del «acompañamiento», del «monitoraje» y de la «evaluación» de los proyectos, entre muchas otras tareas de nombre altisonante (dicho de forma más comprensible, el consultor, en estancias cortas, se encarga de escoger, controlar y valorar los proyectos). En realidad, incluso hay gobiernos africanos que, por

falta de personal especializado, contratan a consultores en cooperación extranjeros para que los asesoren en temas de desarrollo. También hay ciertos gobiernos que ni siquiera tienen suficientes recursos como para contratar a este tipo de consultores; entonces son los organismos internacionales los que lo hacen por ellos. En una ocasión, el Fondo Monetario Internacional (FMI) reclutó a un economista norteamericano, Robert Klitgaard, para que asesorara al gobierno de Guinea Ecuatorial en sus negociaciones con el FMI. Como uno puede imaginar de inmediato, se trataba de un asesoramiento trampa. En

realidad, quien paga manda, y el consultor estaba sometido a fuertes presiones de quienes le pagaban, aunque oficialmente estaba allí para defender los intereses del gobierno guineano. Cuando volvió a su país publicó un libro sobre lo que había visto en Guinea y en el mundo de la cooperación: se titulaba *Tropical Gangsters*.

La tarea del consultor es muy compleja, ya que debe utilizar sistemáticamente una serie de conceptos absolutamente etéreos: el denominado «marco lógico». Un buen informe debe incorporar forzosamente términos como «limitantes externas del proyecto»;

«matriz del proyecto»; «indicadores objetivamente verificables del objetivo general»; «metodología DAFO: detección en la organización de debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades»; «fuentes de verificación»; «estándares e indicadores específicos»; «beneficiarios actuando en el proyecto como actores clave para su desarrollo»; «enfoque de derechos»; «priorización»; «monitorización»; «*advocacy*»; «procesos de evaluación interna *on-going*» y, sobre todo, «participación».

En realidad, los informes sobre cooperación son incomprensibles para

la mayoría de los mortales, así como para la mayoría de los cooperantes que trabajan sobre el terreno. Estas personas tienen problemas para identificar el hospital o la escuela en la que se han pasado cuatro o cinco años trabajando cuando leen el informe del consultor que ha estado allí veinticuatro horas para redactar cuarenta páginas de críptica prosa. Estos indigestos documentos todavía resultan más incomprensibles para las poblaciones que se benefician del proyecto, ya que con frecuencia apenas dominan el francés, el inglés, el portugués o el español. A ellos, estos documentos les suenan a chino. Quizá

podrían entenderlos mejor si se redactasen de forma algo más clara, pero así se perdería la mística del proyecto. Para solucionar el problema de comunicación entre las poblaciones locales y los consultores, los organismos de cooperación del Norte organizan cursos de gestión y elaboración de proyectos para las ONG africanas. En lugar de enseñar a los cooperantes y a los consultores a entenderse con los africanos, pretenden que sean los africanos los que se habitúen a utilizar un lenguaje «correcto».

En el fondo, tanto da entender los

informes de evaluación final de los proyectos o no entenderlos. En realidad son bastante parecidos. Por norma, en todos ellos figura una lista de aspectos positivos del proyecto y otra de negativos, a fin de que actúen de contrapeso y se evite así cualquier tipo de valoración «extrema». Nada nunca está demasiado mal. El consultor no puede decir que el proyecto estudiado es un completo desastre; de él solo se espera que apunte «aspectos a mejorar».

En 1999 un gobierno africano solo justificó con facturas un 15 por ciento de los fondos que UNICEF le había pasado para proteger los derechos de los niños

y las mujeres. El otro 85 por ciento se había volatilizado. Los responsables locales de UNICEF mantuvieron diversas reuniones con los responsables gubernamentales para tratar de convencerlos de que, en ocasiones futuras, se debía resolver esta cuestión. Al año siguiente, el gobierno aportó facturas por un 18 por ciento del total entregado. «Solo» se había esfumado el 82 por ciento. El informe anual de UNICEF sobre la cooperación con este gobierno destacaba, como aspecto negativo, que la justificación de fondos no era «correcta». Como aspecto positivo, se constataba que se iba

avanzando, ya que ese año se habían justificado «mejor» los gastos.

Sin errores

Que un proyecto reciba una valoración muy negativa en una evaluación es un hecho excepcional. Por una parte, porque el consultor suele sentirse obligado moralmente con el cooperante que lleva el proyecto. Cuando aquel visita una iniciativa de replantación de árboles en una zona semidesértica del Sahel o una rústica escuela en la selva ecuatorial, no encuentra ningún hotel. En consecuencia, se ve obligado a hospedarse en casa del cooperante que

dirige el proyecto, a alimentarse de la comida que este le ofrece e incluso a beberse su whisky. Es el cooperante quien le muestra el proyecto, quien le presenta a los trabajadores, quien le enseña quiénes son las contrapartes... Aquel que llega del otro extremo del mundo difícilmente puede evaluar un proyecto por sí solo en unos pocos días. Por tanto, lo más sencillo para él es dejarse llevar por su anfitrión, con lo que las conclusiones a las que llega probablemente no serán muy distintas a las opiniones del cooperante, quien habitualmente no se muestra demasiado crítico con su proyecto, pues si lo

cerraran se quedaría en el paro...

Pero, además, hay otro factor que determina que la mayoría de informes de proyectos sean positivos: casi todas las consultorías son financiadas por las instituciones que subvencionan los proyectos. Estas utilizan la cooperación al desarrollo como una herramienta para mejorar su imagen. Les resultaría intolerable, pues, que se hiciera público que las grandes cantidades de dinero que han invertido no han servido para desarrollar África. El consultor sabe perfectamente que ha de presentar informes positivos en los que como mucho puede incorporar algún elemento

negativo. Los consultores que resultan demasiado críticos con la ayuda al desarrollo son barridos y no vuelven a ser contratados. Las instituciones consideran que los consultores «no son útiles» si insisten en el hecho de que los proyectos no contribuyen al desarrollo.

Las evaluaciones se han convertido en una auténtica parodia. No es extraño que África, tras recibir tantos y tantos proyectos evaluados positivamente, continúe subdesarrollada.

**Brindis por un
mundo que se derrumba**

Mientras los consultores afirman que todo marcha bien en el universo de la cooperación, a su alrededor todo se hunde: en África no hay proyectos que se consoliden. Pero algo empieza a moverse. En el mundo académico cada vez hay más estudios críticos con la cooperación; en los últimos años se han producido muchos análisis en esta línea. Ya

no se trata de verificar cómo se puede mejorar la eficacia de la cooperación, sino simplemente de demostrar que los proyectos no funcionan. Pero cuando en un país africano un consultor pagado por una agencia de la ONU presenta su infecto informe sobre cualquier tema, siempre hay un refrigerio, con whisky y canapés, al que acude un montón de gente

entre los que nunca faltan ministros, embajadores, directores generales y secretarías con faldas cortísimas y uñas larguísimas. Al final del acto, el consultor recibe un succulento cheque en la moneda que él quiera. En cambio, los análisis serios sobre la cooperación suelen aparecer en revistas científicas que circulan sin claque, sin aplausos y sin generosos pagos.

Cargados de buenas intenciones

No hay ninguna duda de que en el mundo de la cooperación se encuentra gente de mucho valor. Algunos cooperantes han pasado años y años en una sociedad muy distante de la suya, en condiciones precarias, con la firme intención de ayudar a sus habitantes. Entre los cooperantes hay piratas, incompetentes y *bon vivants*, pero también hay individuos altruistas y nada autoritarios, algunos de los cuales han llegado a tener una gran empatía con los africanos.

Pero de la existencia de «buenos» cooperantes no se puede inferir que los proyectos en que trabajen desarrollen África, como uno podría deducir de lo que ve en la televisión o de lo que se lee en los prospectos de muchas ONG. En los medios de comunicación lo que se valora muy positivamente de los cooperantes es su buena voluntad, y solo excepcionalmente se menciona su habilidad para desarrollar el continente africano (una capacidad que a estas alturas ya es evidente que, si existe, es más bien reducida). Son la cara amable del Norte.

El problema es que los políticos

dedicados a temas de cooperación, los cooperantes y los «expertos» se han convertido en intocables, porque se supone que encarnan todas las bondades de Occidente. Parece un crimen cuestionar la tarea de aquellas personas que han decidido ayudar a los otros, y poner en duda la eficacia de los proyectos implica cuestionar a los cooperantes. Éstos y los expertos, al no recibir ninguna crítica hagan lo que hagan, llegan a actuar con una terrible soberbia. Algunos se consideran legitimados para hacer cualquier cosa. A veces imponen sus criterios a las poblaciones africanas en nombre del

«desarrollo» y les niegan el derecho a decidir cómo quieren construir su futuro.

Capítulo III

Las ONG del Norte. T-ONG-O

Los europeos no suelen tener muy buen concepto de los africanos: con frecuencia los consideran poco civilizados. Pero no son los únicos racistas del planeta. La gente de África Occidental y de África Oriental tampoco tiene muy buen concepto de los naturales de África Central, como los cameruneses; creen que son caóticos y desordenados. Dentro de Camerún, los cameruneses del norte y del oeste menosprecian a los autóctonos del sur,

como el mismo presidente; dicen que los del sur comen monos y que por eso se vuelven salvajes. Y las sociedades del sur de Camerún odian a los pigmeos *bagyeli*. Los consideran salvajes, sucios, brutos, vagos, drogadictos...

Hasta hace algunas décadas, los *bagyeli* eran cazadores recolectores nómadas y vivían entre Camerún y la Guinea Española. Tras las independencias tuvieron que huir de Guinea y se instalaron, todos, en el sur de Camerún. Pero ante las presiones del Estado y la reducción de las zonas de selva se fueron estabilizando en algunos poblados, en las zonas de Bipindi y

Kribi.

Además del racismo, los pigmeos tienen muchos otros problemas. Su medio de vida tradicional, la caza y la recolección, están en plena decadencia a causa de la desaparición de la selva virgen (provocada por el aumento de la población y por la extensión de las explotaciones forestales). Además, cerca de los pueblos en que viven los pigmeos se construyó, hace algunos años, un inmenso oleoducto que conduce el petróleo de Chad hasta el Atlántico. El oleoducto supone una gran barrera que divide en dos los territorios en los que antaño los pigmeos cazaban,

recolectaban y cultivaban, y les dificultaba extraordinariamente su modo de vida. Además, durante la construcción de la gran tubería se extendió la prostitución, el alcoholismo y el sida por la zona. El gobierno camerunés y los organismos internacionales prometieron ayudas para paliar los costes sociales de esta impresionante obra de ingeniería, pero no llegaron nunca.

La mayor parte de los pigmeos viven en cabañas, al margen de la «modernidad». Sus pueblos no disponen de electricidad, sus niños no van a la escuela, y son pocos los que saben leer y escribir correctamente. Por suerte, el

azar llevó a esa zona a un catalán, que tras ver la situación de los pigmeos decidió solucionarles la vida. Buscó una ONG y preparó un proyecto para hacer accesible la informática a los *bagyeli*. Recogieron ordenadores viejos en Cataluña, los llevaron a Camerún y los instalaron en una misión del sur del país, para uso exclusivo de los pigmeos. Dicen que el proyecto fue un éxito. Pero, que se sepa, todavía ningún pigmeo ha llegado a ser ingeniero informático. Tampoco se sabe de ninguno que haya creado una página web con esos ordenadores.

En África todo el mundo es necesario, y todo blanco imprescindible

En tiempos de la colonia, los europeos tenían una visión muy simple de África: pensaban que los negros necesitaban médicos para la salud de su cuerpo, maestros para la salud de su mente y misioneros para la salud de su alma. De todo el resto de asuntos, se encargaba la administración colonial. Pero tras la descolonización, los europeos se dieron cuenta del montón de cosas que necesitaban los africanos. Necesitaban gestores, para dotarse de un «buen gobierno»; necesitaban payasos, que

llevasen la felicidad a sus niños; necesitaban conservacionistas, que les enseñaran el valor del medio ambiente; necesitaban informáticos, que les transmitieran las nuevas tecnologías; necesitaban arquitectos, para dejar de vivir en construcciones «indignas»; necesitaban abogados, para gozar de leyes; necesitaban archiveros, para preservar el legado del pasado... Incluso hubo quien se dio cuenta de que los niños africanos, para ser felices, necesitaban camisetas del Fútbol Club Barcelona, y se apresuró a enviárselas.

Cada europeo piensa que lo que a él le importa es lo que es necesario para

los africanos. Por eso han proliferado las asociaciones «sin fronteras», que consideran que en África falta, justamente, eso a lo que a ellos se dedican (y aquí se combina la buena voluntad con la búsqueda de nuevos mercados). Para Arquitectos Sin Fronteras, es la arquitectura la que puede hacer «un mundo más habitable»; según Acción Contra el Hambre, la prioridad es luchar por el derecho a la vida combatiendo el hambre; Médicos Sin Fronteras apunta como objetivo principal la ayuda médica; Medicusmundi coincide en alegar que «La salud es lo más importante para

todo el mundo»; Farmamundi cree esencial garantizar el acceso a los medicamentos; Red Deporte y Cooperación, obviamente, piensa que es básico fomentar el deporte y los valores que representa; Worldreader.org argumenta que el desarrollo de África pasa por el envío de libros electrónicos; Chefs contra el Hambre pretende combatir la desnutrición mediante la sabiduría de los grandes cocineros... Durante el franquismo, el gobierno español becó a un par de guineanos para que fueran a Pamplona a aprender toreo, una práctica considerada básica para civilizar a los africanos hispanos. Según

qué cooperante llegue antes a un pueblo, allá instalarán una guardería, un campo de fútbol o un museo, de tal forma que hay zonas en que todos los pueblos tienen campo de fútbol, pero ninguno de ellos dispone de dispensario...

Todos los organismos de ayuda quieren trasladar a África sus ilusiones. Lo que más les sorprende es llegar sobre el terreno y constatar que, a pesar de las «evidentes necesidades», los africanos no acogen con fervor sus iniciativas... En realidad, algunas de esas intervenciones son innecesarias. Cuando se terminó el genocidio de Ruanda, diversos organismos

internacionales se apresuraron a crear orfanatos para internar a los hijos de las víctimas. Pero al poco tiempo la mayoría de los niños ya habían sido acogidos por sus parientes o vecinos, y gran parte de los centros se quedaron sin internos.

Con frecuencia, los europeos están más interesados en hacer cooperación que los africanos en recibirla... Y es que muchos occidentales, mientras planean cómo arreglar la vida de los africanos, en realidad están buscando la forma de arreglar la suya. En un curso para dirigentes de ONG celebrado en España, una mujer joven dejó claro cuál

era su curriculum y qué motivo la impulsaba a crear una organización de ayuda: «Mi marido me dejó, y como estaba muy deprimida por el divorcio, mi padre me montó una ONG». Son muchas las personas que llegan a África huyendo de algún problema laboral o emocional; y algunas ONG se crean para resolver la situación de paro de sus fundadores.

Preescolar en la universidad

Las universidades
europeas se desviven por

enviar a sus estudiantes a Estados Unidos; si un académico europeo ha pasado por las aulas norteamericanas tiene un plus de prestigio; si además ha publicado cualquier cosa, cualquiera, en una editorial académica americana, es considerado un auténtico genio. Evidentemente, los centros universitarios europeos se pelean por tener programas de

intercambio o de investigación con universidades de Estados Unidos. En cambio, las universidades africanas son excluidas de todos los programas científicos de intercambio diseñados desde Europa. Eso sí, muchas universidades europeas diseñan programas de «cooperación» con las universidades africanas. La mayoría son de un paternalismo

impresionante: incluso los académicos europeos más mediocres quieren añadir una línea a su curriculum impartiendo lecciones a los países neocolonizados. Las universidades norteamericanas deciden quiénes serán sus profesores invitados; las africanas deben aceptar los que les envíen las universidades europeas, que no siempre son los mejores, ni los que más

interesan a los estudiantes africanos.

Hace poco tiempo, una universidad virtual europea se incorporó a un programa innovador: crear una universidad virtual panafricana (ni siquiera se plantearon que el continente africano tiene muchos problemas para salvar la brecha tecnológica). El coordinador de esta universidad europea decidió que la iniciativa

tenía que servir para que los africanos aprendieran «cosas muy sencillas» (a diferencia de las que se enseñan en su propia universidad y en todas las universidades del Norte, que tienden a ser terriblemente complejas). Y anunció, muy satisfecho, que estaban preparando un curso virtual «universitario» para enseñar a la gente de África a lavarse las

manos. Lo explicaba muy
orgullosamente de su
genialidad.

La gran esperanza blanca

Las ONG son muy visibles tanto en Europa como en África: aparecen en los medios de comunicación, hacen campañas en las escuelas, organizan fiestas en los barrios, distribuyen camisetas por todas partes... En el rincón más insospechado encuentras sus adhesivos. Las ONG son una parte importante del imaginario occidental, y

pese a todo solo suponen una pequeña sección de la cooperación al desarrollo. Las ONG, en España, apenas controlan el 10 por ciento del presupuesto dedicado a la ayuda internacional. La parte del león de la cooperación con el Sur, en todo el mundo, va a cargo de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), los proyectos organizados directamente por los gobiernos y las instituciones internacionales. La continua exhibición de los proyectos de las ONG va asociada a la opacidad de las iniciativas institucionales, que con frecuencia pasan inadvertidas para la ciudadanía, aunque acaparan muchos más recursos que las

actividades no gubernamentales.

Alguien dijo que «el movimiento de las ONG puede ser una gran fuerza en favor del cambio, pero nadie puede decir de qué tipo es este cambio». Esta indefinición del movimiento solidario le ha dado mucha fuerza: cualquiera se puede sumar a él. Y, paradójicamente, esta misma fuerza es su mayor debilidad: se trata de un movimiento amorfo, sin dirección, que difícilmente puede llevar a ningún sitio si desde un inicio nadie sabe adonde va...

Desde hace décadas, mucha de la gente que cree en la solidaridad internacional sabe que la AOD es

ineficaz, cara y, a veces, inmoral. Las ONG se presentan, ante este público, como la alternativa «natural» a la AOD. Y es obvio que las ONG han acumulado un cierto predicamento. En realidad, las encuestas nos dicen que tienen mucho más prestigio que los partidos políticos o que los sindicatos (aunque, en realidad, hoy en día, en buena parte de los países del mundo, cualquiera tiene más prestigio que los partidos políticos).

La gente confía en las ONG. Piensan que son éticas, que son no gubernamentales y populares, y que son eficaces, que evitan los gastos excesivos

que genera la AOD. Además, creen que las ONG representan a los desfavorecidos del mundo, pues aseguran defender sus intereses. En base a todo esto, algunas ONG, con una cierta altanería, se presentan como las únicas organizaciones del planeta que preservan la moralidad y la solidaridad. Se oponen a los gobiernos y a las multinacionales, a los que califican de expoliadores y de corruptos, y se consideran una especie de contrapoder espiritual. El problema es que las premisas en que se basa esta mitificación de las ONG son absolutamente falsas. Ni son no

gubernamentales, ni son baratas, ni representan a los pueblos del Sur, ni son muy eficaces...

ONG: excrecencias de las instituciones

En la década de 1980, Naciones Unidas descubrió que las políticas oficiales de cooperación resultaban muy caras. Por otra parte, para nadie era un secreto que la ayuda de Estado a Estado resultaba altamente ineficaz, porque el subdesarrollo no parecía retroceder. A partir de ese momento, las instituciones internacionales empezaron a potenciar la participación de la «sociedad civil» en

las políticas de cooperación (una «sociedad civil» estrictamente controlada, eso sí).

La principal ventaja de las ONG es obvia: resultan muy económicas, porque tratan de reducir sus costes al máximo, y pueden recibir más o menos ayudas según lo decidan los gobiernos (es mucho más fácil recortar las ayudas a las ONG que reducir la plantilla de funcionarios de un departamento de cooperación internacional). Tienen una ventaja adicional: parte de lo que gastan no procede de las instituciones, ya que completan sus ingresos mediante las donaciones de los ciudadanos.

Hay otro factor que juega a favor de la cesión de la cooperación internacional a las ONG: estas organizaciones logran una alta rentabilidad propagandística para quien las financia, ya que los ciudadanos tienen muy buen concepto de ellas, y por tanto aprueban que se las subvencione. En realidad, el Estado solo destina una pequeña parte de su presupuesto de cooperación a apoyar a las ONG, pero a este pequeño porcentaje le saca un alto rendimiento publicitario. Se hace mucha más propaganda de las ayudas oficiales a las ONG que de la ayuda canalizada directamente por los Estados y por las

organizaciones internacionales, aunque las ONG, en España, se llevan menos del 6 por ciento del presupuesto que las instituciones destinan a la cooperación.

Los Estados han conseguido controlar estrechamente a estas organizaciones, supuestamente no gubernamentales, ya que casi todas ellas funcionan gracias a la financiación pública. Una de las grandes ONG mundiales, Care International, depende en un 70 por ciento de contribuciones de la ayuda oficial al desarrollo (AOD). Oxfam, aunque tiene muchos socios, recibe un 25 por ciento de su presupuesto del gobierno británico y de

la Unión Europea. Y muchas ONG pequeñas dependen casi exclusivamente de las subvenciones.

En España, la dependencia de las instituciones es especialmente grave, ya que las ONG han crecido muy rápidamente y tienen muy pocos socios (solo el 11 por ciento de los españoles hace donativos de forma regular, frente a un 56 por ciento de los británicos). El 57 por ciento del presupuesto de las ONG españolas procede de fondos públicos (y es probable que esta cifra, en realidad, sea más alta, porque algunas ONG suelen sobrevalorar las aportaciones de sus socios). La

progubernamental Solidaridad
Internacional recibe un 88 por ciento de
sus ingresos de las instituciones, y la
Asamblea de Cooperación Para la Paz
recibe un 95 por ciento.

La financiación pública a las ONG permite que los partidos en el poder repartan prebendas entre sus fieles. Los grandes partidos estatales tienen sus propias ONG, que sistemáticamente figuran entre las más beneficiadas en el reparto de las ayudas ministeriales cuando sus patrones ocupan el poder. Pero también hay numerosas ONG pequeñas que están vinculadas a instituciones regionales o locales que

les asignan partidas importantes de su presupuesto de cooperación. Ni siquiera es extraño que el responsable de la ONG en cuestión sea hermano, primo o amante del alcalde... Cada vez que hay un cambio de gobierno en el ámbito estatal, autonómico o local, hay alguna ONG a la que le ha tocado la lotería, y alguna otra que sufre un auténtico descalabro...

Si conocemos el presupuesto de cooperación que maneja una institución podemos prever, sin demasiado margen de error, cómo se repartirán las subvenciones entre las distintas ONG. El primer criterio es el político: reciben

más dinero las asociaciones más próximas al partido del gobierno, y las que son más críticas respecto a él resultan marginadas en el reparto. En segundo lugar, se valora la medida de la asociación: una ONG grande tiene muchos asociados, muchos contactos en los medios de comunicación y una base social importante, por lo que es necesario mimarla y darle siempre algunos proyectos. En tercer lugar impera el principio de redistribución: es conveniente dar «algo» a todos, incluso a asociaciones diminutas. Si es posible, todos deben llevarse una subvención, por pequeña que sea, para que nadie

cuestione a la institución. En definitiva, probablemente las valoraciones de los proyectos no sirven de mucho, porque las ayudas están decididas antes de que se abra la convocatoria.

Esto no quiere decir que el gobierno subvencione, de forma acrítica, todo lo que quieren las ONG. Las asociaciones que tienen buenos contactos con las instituciones y con los partidos presentan a las convocatorias proyectos que los técnicos de los gobiernos les han indicado previamente que tienen muchas posibilidades de ser subvencionados. Las ONG ya saben cuáles son las áreas geográficas prioritarias, y cuáles son los

ámbitos de actuación preferidos por los políticos de turno, por eso normalmente no se equivocan demasiado al formular sus solicitudes.

La persona esencial en el puesto clave

En la sede central de cualquier ONG hay un oficinista que ocupa una posición clave y que, para el organismo, es más importante que cualquier economista o que cualquier médico

que trabaje sobre el terreno: es el encargado de llenar las solicitudes de subvención, aquel que hace que todos los empleados de la asociación coman. Que nadie piense que es una labor fácil, al alcance de cualquiera... Hay gente que estudia másteres solo para poder llenar estos formularios, cuyo lenguaje es incomprensible para el común de los mortales.

Hay apartados como
«diseño de
intervención»,
«objetivos generales y
específicos», «árbol de
problemáticas»,
«contribución al
desarrollo en el área de
intervención»,
«descripción y
participación de la
población beneficiaria»,
«relaciones con la
contraparte local»,
«enfoque de desarrollo»,
«sostenibilidad»,

«marcadores»... Saber
qué se debe poner en
cada casilla requiere un
ejercicio de telepatía con
los funcionarios de la
administración
correspondiente.

Con frecuencia, tras abrirse una convocatoria de subvenciones, los técnicos de las ONG se desplazan a la capital para entrevistarse con los responsables de la cooperación oficial. Estos funcionarios los asesoran sobre cómo reformular los proyectos que ya

había diseñado su ONG para que puedan recibir ayudas y, además, sugieren proyectos en ámbitos completamente nuevos que la ONG ni se había planteado. Cuando vuelven de la capital, los técnicos deben estrujarse el cerebro para inventar algún proyecto que case con las prioridades oficiales. Quizá les hayan informado de que ese año se financiarán iniciativas para apoyar las actividades agrícolas de las mujeres de Malawi, un país que probablemente solo conocen de oídas. Tendrán que ponerse inmediatamente a hacer una ronda de llamadas para encontrar a alguien que les explique algo de Malawi, de su

agricultura y de sus mujeres, y que les dé algún contacto en el país. Con las cuatro informaciones recogidas de cualquier forma, y mediante alguna ONG de Malawi conocida solo de referencias, improvisarán un proyecto a la medida de la administración, con todas las probabilidades de ser subvencionado, pero también con muchas posibilidades de ser un fracaso.

En realidad, buena parte de los proyectos de las ONG son encargos del gobierno. España envía cooperación a los países con los que ha firmado acuerdos comerciales, de la misma forma que Francia la envía a los países

en los que tiene bases militares. Estos proyectos de cooperación (sanitarios, educativos, agrícolas...) no siempre son llevados a cabo por la ayuda oficial al desarrollo, sino que a veces los gobiernos los encargan a ONG diversas. De esta forma, estas entidades, que teóricamente son no gubernamentales, acaban actuando, básicamente, como subcontratistas de la cooperación oficial.

Si un gobierno europeo quiere apoyar a los dispensarios o a las escuelas de un país africano, con frecuencia se resiste a enviar a médicos o a maestros contratados por la

administración, y prefiere pagar a una ONG para que haga el trabajo en su nombre, siguiendo sus directrices. Medicusmundi tiene muchos proyectos en Mozambique porque se los encargó la cooperación oficial española y no porque los técnicos de la organización creyeran que sus proyectos eran más necesarios en Mozambique que en Botsuana. El ministerio de Asuntos Exteriores español subvenciona estos proyectos porque quiere mantener buenas relaciones con Mozambique para preservar los intereses de la industria pesquera hispana.

Muchas ONG dependen de las

ayudas públicas, pero la mayoría de las subvenciones se renuevan anualmente, lo que genera mucha inestabilidad. Para superar el problema, los gobiernos occidentales y la Unión Europea firman convenios millonarios con grandes ONG para un período de tres a cinco años. El presupuesto de un convenio es mucho mayor que el de un simple proyecto; además, la duración del mismo permite trabajar a medio plazo y planificar mejor. Con un solo convenio se pueden subvencionar diversos proyectos de grandes dimensiones. Eso sí, las instituciones definen detalladamente qué actividades deben hacer las ONG

beneficiadas por sus convenios. Estas asociaciones han de firmar un documento en el que expresan «su disposición a participar, en caso de necesidad, en el sistema de condiciones establecidas en el cuadro de la acción humanitaria». Es decir, no pueden negarse a intervenir en los proyectos que su financiador considere prioritarios. Han vendido su alma al diablo.

En algunos casos, las relaciones entre ONG y gobiernos occidentales han sido terriblemente turbias. A veces las ONG han propiciado las intervenciones neocoloniales de las grandes potencias mediante campañas en las que se

reclamaba una acción contundente en defensa de la población de ciertos países. Algunas tuvieron un papel clave en la legitimación de la intervención de las grandes potencias en Somalia y en Sudán en momentos en que los gobiernos occidentales, por distintos motivos, tenían interés en influir sobre los gobiernos de estos países.

Genocidas sin fronteras

El caso más brutal de
connivencia entre ONG e
intereses turbios de los

Estados occidentales fue el de Ruanda. El ejecutivo francés colaboró estrechamente con el gobierno hutu que organizó el genocidio tutsi (en realidad, en 1990 una operación militar franco-belga evitó que este gobierno cayera ante una ofensiva de la guerrilla del Frente Patriótico Ruandés, FPR). Francia incluso entrenó a los militares y paramilitares fieles al

gobierno radical hutu. Los «asesores militares» franceses se fueron del país cuando sus «alumnos» empezaron a afilar los machetes. Pero mientras los soldados y los civiles radicales hutus se lanzaban a matar a sus vecinos tutsis, la guerrilla tutsi del FPR impulsó una ofensiva desde Uganda que conllevó la rápida conquista del país. Francia, entonces, se vio

obligada a defender a sus aliados genocidas antes de que cayeran en manos del FPR. Las ONG francesas empezaron a pedir la intervención internacional para «proteger» a «los ruandeses» del «conflicto étnico». Francia respondió a esta petición «humanitaria». Envío a sus tropas a Ruanda y ayudó a los genocidas a huir a Zaire (la actual República

Democrática del Congo). Los criminales hutus consiguieron el control de los campos de refugiados y provocaron una fuerte inestabilidad en la región que todavía se mantiene.

Alternativas, pero no tanto

En la actualidad, las ONG constituyen uno de los sectores económicos más importantes del mundo. Ocupan a 19 millones de asalariados y, además,

ofrecen ingresos irregulares a mucha gente por colaboraciones diversas (remuneraciones en alimentos por trabajo voluntario, servicios ofrecidos por las ONG, dietas de miembros de contrapartes...). La Fundación Bill y Melinda Gates, la primera ONG del mundo, tiene una dotación de 28.800 millones de dólares anuales (aproximadamente el presupuesto anual del conjunto de los ministerios de sanidad del África Subsahariana). Evidentemente, la «industria del desarrollo» mueve mucho dinero, y donde se mueve mucho dinero, hay muchos intereses creados.

Desde hace ya bastantes años, la prioridad de las grandes ONG no es generar desarrollo sostenible, sino crecer: tener más proyectos, más subvenciones, más donaciones, más voluntarios... Y como su prioridad es crecer, muchas ONG temen enfrentarse a las instituciones que las subvencionan, y por eso renuncian a las actividades de denuncia, especialmente si afectan a sus financiadores. Cuando un dirigente europeo hace una gira por algún lugar de África, su embajada suele organizar una recepción para que se encuentre con sus compatriotas residentes en el país, entre los que suele darse un cierto

protagonismo a los cooperantes. En estos encuentros las ONG presentes en el lugar se apresuran a pedir al dirigente europeo ayuda para sus proyectos, y el mandatario está encantado de prometerla. Asegura que se enviarán medicamentos, mesas para las escuelas, becas... Casi nunca aparece nadie para reclamar a ese dirigente que impulse políticas que favorezcan el desarrollo de este país (revisión de los acuerdos pesqueros, presiones para la democratización, aceptación de las exportaciones de productos locales...). En las pocas ocasiones en que alguien rompe el guión y osa efectuar estas

reivindicaciones, el político reacciona airado, como un niño al que le han fastidiado su fiesta de cumpleaños.

En el «mercado de la solidaridad», como en tantos y tantos sectores del capitalismo, hay cierta dinámica monopolística. Las grandes ONG tienden a cubrir un porcentaje cada vez mayor del sector, y cada vez controlan más recursos estratégicos: dinero, propaganda, voluntarios, prestigio... Los gobiernos del Norte contribuyen a consolidar esta tendencia concentrando el grueso de sus ayudas en las grandes ONG (muchas de las pequeñas solo reciben ayudas de entidades locales y

regionales, y no de órganos estatales). Se alega que trabajar con pocas ONG resulta más eficaz porque es más fácil coordinarlas. Esto sin duda es cierto, pero también es obvio que así es más fácil controlarlas.

En principio se podría suponer que en el mundo de las ONG se encuentran estrategias de desarrollo muy distintas, porque hay asociaciones de tipo muy diverso: a algunas las dirigen religiosos de larga sotana, a otras *hippys* con coleta... Incluso muchas de las más recientes son gestionadas por ejecutivos encorbatados... Y, pese a todo, las diferencias entre ellas son pocas, y

tienden a reducirse. Para competir en el mundo de la cooperación, todas las ONG son propensas a utilizar las mismas estrategias: las que son validadas por los organismos internacionales, es decir, las únicas que permiten optar a subvenciones.

Para mantener una ONG, hoy en día, es casi inevitable adoptar un funcionamiento empresarial: contar con unos gestores bien remunerados, dejar las decisiones estratégicas en manos de la cúpula, trabajar con un departamento de imagen potente, ahorrar al máximo en personal, buscar fuentes de ingresos complementarias a las donaciones de los

socios... Todo esto conduce a una progresiva profesionalización de los «técnicos» del sector. En el seno de las ONG empiezan a darse los problemas propios de las empresas privadas: jerarquización, falta de democracia, explotación laboral... Las líneas estratégicas de las ONG las deciden un grupo de personas cada vez más reducido; en realidad, incluso los cooperantes tienen muy poco poder de decisión, y han de plegarse a las órdenes de sus dirigentes, que permanecen en la sede central y que con frecuencia no tienen un conocimiento suficientemente exhaustivo de lo que pasa sobre el

terreno.

Competencia desleal

En Salisbury había una pequeña tienda de libros de segunda mano. El negocio no marchaba nada mal, hasta que abrieron en el vecindario una tienda de comercio justo de Oxfam. Para recaudar dinero, la organización de ayuda vendía en esta tienda los

libros usados que la gente les regalaba. La tienda de Oxfam no solo no pagaba los libros, sino que sus dependientes no cobraban, ya que allí únicamente trabajaban voluntarios de la organización. De esta forma, Oxfam podía vender libros a un precio mucho más económico que la librería de ocasión del barrio. Finalmente, el librero

tuvo que cerrar su negocio. Parece ser que el hombre no tenía un concepto demasiado elevado del comercio justo.

La jerarquía de los solidarios

La élite de técnicos que controla las ONG no está dispuesta a perder los privilegios de que goza (entre otros, el de contar con un trabajo, que no es poco, tal y como están las cosas actualmente). Por ello tratan de impulsar cualquier

proyecto que se les proponga, sea viable o no: toda iniciativa supone recursos para su asociación.

Los dirigentes de las ONG son muy reticentes a cualquier crítica que ponga en peligro la continuidad de su asociación; por eso con frecuencia ocultan la información sobre cómo evolucionan las cosas sobre el terreno. Ni siquiera los socios-contribuyentes conocen los aspectos más negativos de los proyectos. En realidad, en la mayoría de ONG hay una absoluta falta de transparencia. Aunque buena parte de su presupuesto proviene de las arcas públicas, son muy reticentes a ofrecer

información a sus conciudadanos, más allá de la que difunden como propaganda (a pesar de todo, recientemente han surgido algunas iniciativas para combatir esta tendencia).

En África, el funcionamiento de los proyectos también es extremadamente jerárquico. Muchos cooperantes no quieren perder el trabajo y argumentan, una y otra vez, que el personal a su mando no está suficientemente preparado para tomar el relevo y dirigir el proyecto. En ocasiones ni siquiera forman al personal local, porque no quieren transferir la iniciativa y perder

sus privilegios.

**¿Ayuda para los que
ayudan? No, gracias**

Hay una ONG española que tiene treinta trabajadores fijos, con poco más de cincuenta socios. Uno podría pensar que tienen un departamento de promoción nefasto, ya que son incapaces de reclutar a más socios. No es así. No necesitan que

nadie meta sus narices en su suculento negocio. Esta ONG goza de cuantiosas ayudas oficiales, ya que funciona como una empresa de servicios destinada a suministrar proyectos a las administraciones.

Evidentemente, en esta institución la transparencia es más bien escasa. Si llamas y dices que quieres asociarte, te responden

que no es posible
sumarse a la
organización. Y es que
algunos van de sobrados.

El socio, a pagar y a callar

Las ONG del Norte suelen preocuparse mucho de que sus contrapartes africanas representen al conjunto de la población de su zona. Cuando se enteran de que los miembros de una asociación solo representan a un linaje, a un grupo étnico o a un partido político, se irritan profundamente. Piensan que la base de

la ONG africana tendría que radicar en la comunidad: todos deberían poder participar en la asociación para garantizar que esta representase los intereses colectivos. Paradójicamente, las mismas ONG del Norte que hacen este loable ejercicio democrático en el Sur se niegan a ponerlo en práctica en su propio seno. En buena parte de ellas, la cúpula directiva no representa en absoluto a su comunidad; ni siquiera puede hablar en nombre de todos sus socios, ya que estos son marginados sistemáticamente.

Hay ONG que tienen más asalariados que socios. Y la mayor parte

de estas entidades, cuando piden socios, lo único que buscan son contribuyentes: en los folletos no explican qué pueden hacer, solo se les pide que paguen. Y es que, en realidad, lo único que hacen los socios en la mayor parte de organizaciones de ayuda es pagar. Casi todas las ONG empezaron a funcionar como asociaciones: los socios participaban conjuntamente en la toma de decisiones. Con el paso del tiempo, las grandes instituciones tienden a constituirse en fundaciones. De esta forma, el papel de los socios se va diluyendo: los que establecen las líneas estratégicas de la ONG son los patrones

de la fundación (entre los que no suelen faltar los organismos públicos ni las entidades bancarias). Ya no hay una asamblea de socios capaz de rebatir las decisiones de los técnicos y de los grandes patrocinadores. Todo esto se hace en nombre del «saber» y de la «eficacia», pero los resultados de esta dinámica sobre el proceso de desarrollo de África no son nada halagüeños.

Los socios acaban por convertirse en meros consumidores de solidaridad. Las ONG solo les convocan a una especie de terapias de grupo: cenas, tómbolas, subastas, conferencias, fiestas, manifestaciones... Los locales

de la organización se convierten en un coto reservado a los «técnicos» contratados; los socios se enteran de lo que estos hacen a través de los boletines, de anuncios en los periódicos, de propaganda en las televisiones o de correos electrónicos. La mayor parte de estos mensajes son verticales: parten de la cúpula y se dirigen hacia la base, de tal forma que no hay ninguna posibilidad de rebatirlos. Da lo mismo. En el fondo la popularidad de una ONG no depende de los socios que tenga ni de cómo actúen estos, sino de los segundos que ocupen sus anuncios en televisión.

Y si los socios de las ONG

occidentales no deciden cómo hacer los proyectos de cooperación que financian, los de las africanas todavía tienen menor influencia en la planificación del desarrollo. Los planes de cooperación ya llegan a África cocinados: la receta la escriben los organismos internacionales, y las directivas de las ONG del Norte combinan los ingredientes: al Sur solo se le da la posibilidad de comerse el guisado o rechazarlo. Con frecuencia las ONG del Norte tienen un papel clave en la toma de decisiones de sus contrapartes del continente africano: les indican si han de tener más socios, si han de inclinarse

por el ámbito de la sanidad o por el de la agricultura, si han de tener en cuenta la «perspectiva de género»... En cambio, las africanas no tienen ninguna capacidad para cuestionar las decisiones de los europeos. Prácticamente ninguna ONG del Norte enseña sus cuentas a sus contrapartes africanas. La mayoría de técnicos del Sur no saben cuál es el salario de sus «colegas» del Norte. En las escuelas religiosas africanas dirigidas por misioneros y financiadas por la cooperación exterior, ni el consejo escolar ni la asociación de padres tienen la menor idea de qué presupuesto se

maneja ni de cómo se gasta. De esta forma es muy fácil que las ONG del Norte pidan ayudas millonarias para proyectos en el Sur y que allí solo lleguen migajas. La falta de transparencia, obviamente, favorece la mala gestión y la corrupción.

¿La voz del Sur?

El boletín de Manos Unidas se titulaba *La veu del Sud (La voz del Sur)*. Pero en su interior se incluían muy pocos textos escritos por gente

del Sur. No es un caso excepcional: muchas ONG pretenden erigirse en portavoces de un Sur que tiene dificultades para hacerse escuchar en el Norte, de modo que los intelectuales y los líderes sociales africanos suelen ocupar un puesto marginal en los materiales de las ONG. Son los cooperantes los que los sustituyen como «representantes» de las sociedades en las que

trabajan. Pero los cooperantes pertenecen a un universo cultural completamente diferente al de los «beneficiarios». Por eso, al hablar en su nombre, no hacen más que suplantarlos en nombre de una «ciudadanía global» que no existe más que en su mente.

En el fondo, algunos cooperantes son tan etnocéntricos como sus sociedades de origen y

tienen graves problemas para convivir con sus vecinos. Los hay que viven en el continente africano pero no conocen más negros que aquellos que trabajan en su organización, y con el único con el que han conversado largamente es con su chófer (y por aburrimiento). Con frecuencia ni siquiera son capaces de identificar a los miembros de las distintas

etnias del país. A veces detestan las costumbres locales y viven obsesionados en cambiar la forma de ser de «esta gente» (como llaman normalmente a los africanos cuando están entre blancos). Estos cooperantes rechazan la medicina tradicional, detestan las misas ruidosas, se irritan por las continuas fiestas por bodas y funerales... Evidentemente, ante

estas circunstancias es
harto difícil que
representen a unas
sociedades africanas que
desconocen y rechazan.

Las ONG del Norte
pretenden representar al
Sur. Los africanos, por lo
general, no tienen
ninguna duda de que las
ONG, en realidad,
representan al Norte.

¿Ejecutivos de la cooperación?

Las ONG siempre han presumido de ser más baratas y más eficientes que la ayuda oficial. Pero si valorásemos los proyectos de cooperación con estándares de empresa privada, probablemente despediríamos en masa al personal de todas ellas.

Las ONG tuvieron un fuerte crecimiento coincidiendo con la difusión del neoliberalismo: según los teóricos neoliberales, allí donde no alcanzaban a intervenir ni el Estado ni las empresas privadas, debían intervenir las asociaciones privadas. En realidad, se preveía que las ONG se convirtieran en empresas encargadas de ofrecer

servicios básicos al Sur gracias a la financiación del Norte. Se trataría de una especie de capitalismo sin capitalistas: unas empresas que trabajarían, no con los beneficios que generaran sus actividades, sino gracias a las ayudas que llegaran del exterior. El problema, desde el punto de vista de la misma teoría liberal, es que las ONG son impermeables a las leyes del mercado: tanto si funcionan bien como si funcionan mal, las ayudas siguen llegando.

A día de hoy, ya es evidente que las ONG no pueden sustituir a los Estados, porque no son capaces de suministrar

servicios básicos a la población (ni llegan a todas partes, ni pueden cubrir todos los ámbitos, ni están suficientemente coordinadas como para hacer acciones de amplio alcance). El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que durante mucho tiempo apostaron decididamente por la «sociedad civil», en algunos de sus informes ya empiezan a dudar de su eficacia y de su representatividad.

Nada de lo que hacen las ONG en África funciona a largo plazo: ni los hospitales, ni los pozos, ni las granjas de animales, ni las guarderías... Casi ningún proyecto es sostenible: cuando se

termina su ejecución se debe reformular y disfrazar como si fuese nuevo para presentarlo a otro donante. Un proyecto inicialmente llamado, por ejemplo, «Construcción de un dispensario en la localidad de Neves (Sao Tomé y Príncipe)», puede pasar a ser posteriormente «Consolidación de una estructura de asistencia primaria de salud en Neves» para convertirse más tarde en «Formación continuada del personal sanitario en Neves» y acabar como «Proyecto de apoyo asistencial al dispensario de Neves»... En cualquier caso, es obvio que este dispensario, como tantas y tantas otras estructuras

sanitarias africanas, no es sostenible: necesita una aportación exterior para mantenerse. Hay proyectos, como el hospital de Logbikoy (en el país Bassá, en el centro de Camerún), que han pasado por cuatro o cinco fases, gestionadas por ONG diferentes y con donantes distintos. Eso sí, cada vez el proyecto se presentaba a las instituciones como si fuera el definitivo, asegurando que en unos pocos años el hospital podría funcionar por sí mismo.

El problema de eficacia empieza por el personal de las ONG, que con frecuencia no es tan competente como sería deseable. En realidad, muchos

técnicos no han accedido a su cargo mediante un proceso de selección riguroso, sino a través de la confusa figura del «voluntario». En los países europeos (a diferencia de lo que pasa en Estados Unidos) buena parte de los «voluntarios» de organizaciones humanitarias son gente que trabaja de forma gratuita para hacer méritos, con el objetivo de conseguir un trabajo retribuido en cuanto la organización tenga alguna vacante. El sistema no puede ser más feudal: debes permanecer durante mucho tiempo sin contrato y sin ningún derecho, obedeciendo ciegamente las órdenes de la cúpula,

para más tarde poder llegar a integrarte en ella. En algunas ONG el responsable de comunicación empezó trabajando a horas libres haciendo trenzas rastafari a los niños de las escuelas, el director técnico inició su colaboración con la asociación ensobrando folletos y la coordinadora de proyectos empezó como dependienta, en sus ratos libres, en la tienda de comercio justo... En consecuencia, muchas veces el personal es más *amateur* de lo que convendría (eso se aplica tanto al personal que trabaja en las sedes centrales de las ONG como al que trabaja sobre el terreno). Como no es lo suficientemente

eficaz, muchas asociaciones dedican una parte sustancial de su presupuesto a tareas burocráticas, en detrimento de lo que se gasta en los proyectos de cooperación y en las campañas de sensibilización y denuncia.

Los costos de las ONG tienden a incrementarse con el tiempo. Para que una funcione se necesita mucho personal administrativo para preparar las propuestas de proyectos y garantizar su seguimiento (ya que comportan mucho trabajo burocrático). Además, es necesario un departamento de comunicación fuerte, que gaste mucho en publicidad, para recibir donaciones y

ayudas públicas. Y también personal para atender a los socios. Y una oficina de coordinación en cada país en que actúa... Burocracia y más burocracia. Cuando se crean, las ONG suelen trabajar con muchos voluntarios, pero pronto constatan que ciertas labores deben ser realizadas por profesionales, y que la única forma de reclutar trabajadores válidos que permanezcan mucho tiempo en la organización es pagarles bien (especialmente si han de trabajar sobre el terreno). Para proyectos cortos se puede reclutar a jóvenes que estén de vacaciones, pero si se quiere un trabajo eficaz de larga

duración, hecho por especialistas, se debe pagar muy bien al personal, porque si no se hace así, renuncia.

En definitiva: las ONG no salen tan baratas como se esperaba. El presupuesto de las diez primeras del mundo, conjuntamente, es superior al PIB de sesenta y cinco países del planeta. El presupuesto de muchas es superior al de todo un ministerio de Educación de un país africano con millones de habitantes. Deberíamos plantearnos hasta qué punto los depauperados Estados africanos, que tan mala fama tienen, son más eficaces que las ONG, ya que con sus migrados

recursos, de una forma u otra, ofrecen ciertos servicios a sus ciudadanos.

Photo finish

Cuando se termina la financiación externa de un proyecto de cooperación, la iniciativa debería seguir adelante, pero gestionada y financiada por los habitantes de la zona o por las instituciones locales. Muchos donantes y muchas ONG culminan este proceso con una especie de ritual de transferencia del proyecto a la sociedad local. Es un momento que los cooperantes temen (porque pasan a estar en el paro) pero que los financiadores adoran. Si el

proyecto tiene una cierta entidad, en el acto no faltarán los representantes de la ONG y del organismo financiador. Además asistirán los técnicos locales, los cooperantes y la comunidad en pleno, todos vestidos con sus mejores galas. Aquel día se harán muchas fotos: de los donantes, de los técnicos locales, de los técnicos extranjeros... Se sacará mucho rendimiento a estas fotos: aparecerán en la memoria del proyecto, en los folletos de la ONG, en la propaganda institucional, en los álbumes de fotos de los cooperantes... Pero lo que raramente queda grabado es lo que dice la gente de la zona en estos actos.

Normalmente, tras agradecer solemne e insistentemente la tarea de los donantes y de los cooperantes, formula una larga lista de nuevas «necesidades» que los donantes y los cooperantes deberían asumir de inmediato. Y es que la cooperación es la historia interminable.

Capítulo IV

La cooperación ficticia. Del *dolce far niente* a la estafa

Cuando era pequeño, los niños de mi escuela, cuando terminábamos de comer un bocadillo, guardábamos cuidadosamente el papel de aluminio («de plata», se le llamaba por aquel entonces). En algunas escuelas y parroquias lo recogían «para los chinitos». Nunca he llegado a saber qué hacían exactamente las monjas y los chinos con las grandes bolas de aluminio que lográbamos acumular. Pero

nosotros estábamos muy satisfechos de que con los restos de nuestro desayuno se pudiera salvar a media humanidad, aunque ninguno de nosotros habría sacrificado ni un solo mordisquito de su bocadillo para entregarlo a un niño «chinito», «negrito» ni «gitanillo».

Poco a poco, la fiebre recolectora de aluminio fue cediendo. Yo creí que las escuelas europeas ya no funcionaban como plantas de reciclaje para enviar nuestros restos al Tercer Mundo. Hasta que en una ocasión, en Guinea Ecuatorial, tuve el curioso privilegio de encargarme de abrir decenas de cajas que diferentes escuelas españolas

enviaban para ayudar al continente africano. En ellas, de un tamaño inmenso, se amontonaban los objetos sin ningún orden. La contribución al desarrollo de los generosos donantes hispanos no podía ser más patética. Había muchos libros: la mayoría cuadernos infantiles para colorear, todos ya pintados; también manuales de circulación del año de Maricastaña y libros de cuentos a los que les faltaban las tapas y diversas páginas. Mezclados con estos textos encontré muchos números sueltos de fascículos coleccionables de quiosco, así como revistas de gimnasia con más de dos

décadas de antigüedad. Todo estaba viejo, sucio y arrugado. Lo único que llegó en buen estado eran decenas de ejemplares del libro de ejercicios preparado por el Parque Botánico de Madrid para sus visitas guiadas. Evidentemente, resultaban de escasa utilidad para los habitantes de un país en el que no hay ningún jardín botánico.

Pero el envío no solo constaba de libros: también había vídeos VHS; probablemente enviados porque en ninguna escuela española quedan equipos de vídeo de este tipo. En Guinea, donde la vida media de los electrodomésticos es mínima, tampoco

quedan vídeos VHS en ninguna casa, y en las escuelas no ha habido nunca. Para llenar los espacios vacíos de las cajas habían colocado grandes cantidades de puzzles, rotuladores y lápices de colores. No había ningún puzzle al que no le faltaran piezas. Los rotuladores estaban todos secos. Y la mayoría de los lápices estaban partidos por la mitad.

Las escuelas, mediante estos envíos, se erigen en mediadoras entre los ciudadanos del Norte y los «necesitados» de África y, paralelamente, se convierten en portavoces de las buenas intenciones de nuestro mundo y de las virtudes que los

niños deben aprender. Pero, además, con estas campañas refuerzan la fe ecologista de los escolares. Aquello realmente importante no es que los niños del Norte aprendan que viven en un mundo injusto. Para ganarse el cielo, a las tiernas criaturas de Europa les basta con tirar las cosas en el sitio adecuado: las botellas en el contenedor verde, los cartones en el contenedor azul y los trastos inservibles a las cajas para los negritos, que «necesitan de todo».

Generosidad miserable

Los europeos arrastran una larga tradición de repartir baratijas entre los

africanos. En tiempos de la trata de esclavos, los europeos intercambiaban negros por botellas de alcohol de pésima calidad y cuentas de cristal para hacer collares. Durante la colonia daban rosarios y estampitas a los negros a cambio de largas jornadas de trabajo en las obras de construcción de las iglesias. Con la llegada del turismo, los niños de algunos rincones de África se han acostumbrado a esperar el *cadeau* (regalo) del *toubab* (blanco) que, por algún misterioso motivo, viaja cargado de globos, bolígrafos, medicamentos y pendientes de plástico y los va distribuyendo entre los niños que

encuentra por la calle, y entre los camareros de hotel, taxistas, guías y otros «nativos» especializados en el trato con el extraño hombre que viene del Norte.

Hoy en día hay ONG especializadas en la recogida de todo tipo de cosas que en Europa se consideran inservibles: gafas viejas, ordenadores con diez años de antigüedad, ropa usada y rota, máquinas de escribir, cajas de medicamentos empezadas... Todas estas iniciativas parten de una hipótesis ampliamente difundida por Occidente: a los europeos nos sobran cosas que a los africanos les faltan (y de esta

proposición se suele deducir otra todavía más perniciosa: lo que sobra a los europeos es lo que falta a los africanos). De esta forma, África se ve reducida a la función de inmenso vertedero donde van a parar los restos del continente europeo. Tras estas lógicas se oculta un viejo prejuicio: los negros son felices con poco. No necesitan las mismas cosas que los occidentales; con las que tiran estos, les basta para ser inmensamente felices. Ya se sabe que los africanos son risueños, sencillos y buena gente...

De esta forma, los donantes, con un esfuerzo mínimo, se pueden sentir

inmensamente buenos. Parece ser que ayudar, así, crea adicción: quien ha recogido latas de fabada para enviarlas a los refugiados congoleños, pronto estará dispuesto a hacer una colecta de bolígrafos para los escolares de Somalia. Al donante prototípico le da lo mismo hacer colectas para los ugandeses, para los senegaleses o para los indonesios, porque, para él, el Tercer Mundo es una masa informe de gente. En la práctica, identificarse con todos es una forma fácil de no identificarse con nadie y de no comprometerse con nada.

Los donantes suelen tener mala

conciencia por los pecados cometidos por Occidente en África; una mala conciencia que suele ir asociada a una idealización de los africanos (a la que las ONG han contribuido notoriamente). A pesar de todo, el donante tiene la solución para superar este malestar vital: cree que Occidente ha jugado un papel altamente destructivo con la trata de esclavos, el colonialismo y el neocolonialismo, pero que también tiene un altísimo poder de reconstrucción a través del envío de bolígrafos, la construcción de letrinas y el apadrinamiento de niños. En cualquier caso, el donante está convencido de que

él es capaz de hacer grandes cosas para África, tanto si conoce el continente como si no... Su bienestar depende de su capacidad de generar bienestar para los africanos. Alguien dijo: «Si el sufrimiento no existiera, deberían inventarlo».

Así, el protagonismo de la cooperación se desplaza hacia el donante. En los últimos años las ONG, para obtener más donaciones, se esfuerzan especialmente en contentar a los particulares del Norte que las financian. Antes el personal de estas organizaciones solo se preocupaba por las poblaciones del Sur; ahora, con la

experiencia que dan los años, saben que deben mimar a los socios y a los posibles socios del Norte, que son quienes le aseguran su pan. Si pudieran, algunas ONG dejarían de preocuparse por los negros, que solo piden, y se preocuparían exclusivamente por los blancos, que solo dan.

Tradicionalmente, las ONG mantenían oculto el nombre de sus benefactores: parecía estridente hacer público quién hacía donativos y cuál era la cantidad de los mismos. Ahora el colaborador de las ONG adquiere un nuevo rango. En algunos boletines, o incluso en trípticos publicitarios, se le

entrevista para que explique a quien quiera oírlo la satisfacción que le produce colaborar con la entidad. A veces incluso se publica su foto, y en el pie de esta se especifica la cuantía de su donativo. Se espera que su ejemplo fructifique y que gracias a él la asociación capte a nuevos donantes. Son muy pocos los que cuestionan esta exhibición impúdica de la propia bondad.

La Iglesia y la mentira

Los hermanos de La

Salle tienen fama de ser muy eficaces en el continente africano. Diversos dictadores han pasado por sus aulas y muchos padres envían a sus hijos a las escuelas de La Salle con la esperanza de que alcancen su nivel. En un país centroafricano esta congregación tenía un directivo que parecía más un político que un religioso: era elegante, demostraba un gran

savoir faire, tenía una gran capacidad de organización, se expresaba con elocuencia... Todo el mundo le auguraba un gran futuro en el mundo eclesiástico. Un día los profesores de una escuela de La Salle vieron con sorpresa cómo llegaba un vehículo cargado de comida y empezaba a repartir un opíparo desayuno a todos los

niños del centro, que hasta aquel entonces nunca habían recibido ni un miserable vaso de leche. La cuestión se aclaró cuando vieron aparecer al religioso-ejecutivo con una cámara digital para fotografiar la distribución de alimentos; al parecer la congregación recibía una subvención para alimentar a los niños pobres de África, y necesitaba alguna prueba

gráfica para justificar el dinero recibido. Tras el día de la sesión fotográfica, no volvió a haber desayuno a la hora del patio. Pero la escuela siguió recibiendo ayudas, y el religioso-ejecutivo prosiguió su meteórica carrera en el mundo misional.

El circo de la donación

A veces resulta muy difícil recaudar

fondos sin anestesia, y por ello las organizaciones humanitarias han recuperado la vieja costumbre de la función benéfica, de larga tradición en las parroquias católicas y anglicanas... Los defensores de África, en lugar de pedir dinero en frío, organizan «actos solidarios» y destinan los beneficios obtenidos a la cooperación. Estos actos son muy útiles para las ONG, ya que además de ofrecerles ganancias en metálico, les sirven para captar la atención de los medios de comunicación, y esto repercute en la recluta de nuevos donantes.

Estas iniciativas de las ONG son

oficialmente calificadas de «acciones de sensibilización», y gracias a ellas pueden beneficiarse de las subvenciones institucionales destinadas a concienciar a las poblaciones del Norte sobre los problemas del Sur. Pero los beneficios que generan se quedan en manos de la ONG que las promueven. En realidad, muchas de estas iniciativas solo pretenden captar fondos y fidelizar a los socios de la entidad mediante encuentros de afirmación colectiva (ya a principios de siglo XX, las «damas» de la alta sociedad organizaban grandes banquetes para los miembros de las clases pudientes con el fin de recaudar fondos

para ofrecer la sopa boba a los pobres de los barrios obreros).

La «participación» de la población europea en los actos lúdicos de las ONG es interpretada como un triunfo de la causa desarrollista, aunque en realidad estas actividades forman parte, sencillamente de la oferta de tiempo libre en la sociedad del ocio. Se va a un acto de una ONG como se va al teatro o al cine. Eso sí, estos encuentros tienen el «valor añadido» de vehicular discursos políticamente correctos, y por eso muchos padres se sienten obligados a llevar allí a sus hijos, aunque en el fondo de su corazón detesten ir. En

algunos de estos actos, los invitados se pintan la cara como payasos, cantan cancioncitas al son de la guitarra, rezan plegarias multiconfesionales por la paz, se disfrazan con ropas «étnicas», bailan danzas al son del tamtan, escuchan leyendas pigmeas o cuentos esquimales, aplauden a un niño congolés que recita poemas... Y todo esto debe hacerse, en teoría, henchido de felicidad y con una inmensa sonrisa. No es extraño que muchos individuos prefieran pasar el sábado por la tarde tirados en el sofá, viendo fútbol por televisión.

Hay «actos solidarios» para todos los gustos: Semana para la Solidaridad y

Torneo de Pádel para Empresas (Ayuda en Acción); Concurso de Narraciones Solidarias, Encuentro de bailes populares para recoger fondos para Nicaragua, Sabadell enciende 5.000 velas por Bolivia y La Plaza de Vic, inundada de manos de colores (Manos Unidas); Maratón de Cuentos Solidarios (Medicusmundi Catalunya); Día Universal del Niño y Día Internacional de la Radio y la Televisión a favor de la Infancia (UNICEF); Concierto de ópera a favor de Arquitectos Sin Fronteras; Kilómetros de solidaridad (Save the Children); Conciertos rescatémoslos del olvido (Médicos Sin Fronteras y

Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo); Fiesta del Comercio Justo (Intermón, SETEM, Alternativa 3 y Red de Consumo Solidario)... Así pues, uno puede ayudar al Sur escuchando ópera, encendiendo velas, jugando al pádel, explicando cuentos, pintándose las manos de colores, bailando danzas tradicionales, dando la mano a los desconocidos que se pongan a su lado o, sencillamente, yendo de fiesta. Incluso uno puede ser solidario participando en la surrealista Cena del Hambre que organiza Manos Unidas (sea lo que sea una «cena del hambre»).

Mucha gente acude a estos actos y,

tras jugar al pádel, probar un empalagoso té con menta, comprar una cruz de plata hecha por los tuaregs de Níger, pintarse las manos de colores o comerse un pastoso arroz senegalés, considera que ya ha realizado su aportación al bienestar del continente africano y que con eso ya puede dormir tranquila. Las ONG que organizan estos actos les han vendido entretenimiento y tranquilidad de conciencia a cambio de una pequeña suma de dinero.

Pese a todo, hay donantes a los que no les basta jugar a tenis o salir en el *Libro Guinness de los Récords* como uno de los 35.428 participantes en la

cadena solidaria más larga del mundo. Quieren asumir un nivel más alto de compromiso y pretenden identificarse con los cooperantes que trabajan sobre el terreno, pero sin dejar de ver sus series favoritas de televisión y sin arriesgarse a sufrir diarreas ni malaria. Acción Contra el Hambre ha encontrado la solución ideal para esta gente: convertirlos en donantes-cooperantes virtuales. Los llama Cooperantes 2.0 y trabajan, de forma gratuita, desde el ordenador de su casa, en sus ratos libres. Ayudan a captar socios, a diseñar acciones y al buen funcionamiento de la ONG, pero no tienen que bañarse en

aguas putrefactas ni ver arañas peludas. Dicen que los cooperantes 2.0 se identifican tanto con las «víctimas» africanas como los que permanecen sobre el terreno. O quizá incluso más. Los pobres, en la pantalla del ordenador, siempre son menos conflictivos.

El negocio de pasear solidarios

A la mayor parte de los donantes les basta con entregar donativos periódicamente a las

organizaciones
humanitarias. Consideran
que así hacen su buena
obra y se olvidan por una
larga temporada de las
miserias de África. Pero
hay ciudadanos mucho
más voluntariosos que no
tienen bastante con
pagar, sino que quieren
vivir, en propia carne, la
experiencia de cooperar.
Estos «turistas
solidarios» no solo
pretenden visitar
proyectos, sino que

quieren jugar a hacer de cooperantes, ya que están convencidos de que ellos «pueden aportar algo» a África. En algunos casos, oficinistas europeos van a pueblos africanos a cavar letrinas que los campesinos africanos, auténticos maestros de la azada, supuestamente no saben cavar.

Los donantes italianos, por 2.000, euros pueden visitar los proyectos de una ONG

de su país en la isla de Bolama, en Guinea Bissau. Allí, en una semana, tendrán la posibilidad de sentirse útiles, ya que además de soltar la mosca para los proyectos, destinarán un día a repintar la escuela local (para completar el viaje, obviamente, se les ofrecerá una mañana en una espectacular playa tropical). Diversas ONG europeas ofrecen estancias en hospitales,

escuelas rurales u obras de canalización de agua para aquellos que quieran vivir en primera persona «la aventura de ayudar».

Estas oportunidades son tan apreciadas que una ONG española sorteaba entre todos sus donantes un viaje de ensueño para hacer de auxiliar de clínica en un hospital africano durante quince días (debo decir, en favor de los africanos,

que aunque conozco a algunos que han ido de vacaciones a sitios insólitos, no tengo noticia de ninguno que se haya planteado la posibilidad de destinar dos semanas de sus vacaciones a ayudar a los enfermos desconocidos de un hospital europeo).

Ante el éxito de las «rutas solidarias» y de los «campos de

solidaridad» organizados por ONG, algunas empresas de turismo decidieron proponer en sus catálogos vacaciones solidarias. Diversos turoperadores franceses ofrecen «estancias solidarias» en África francófona, y agencias de viajes inglesas y norteamericanas organizan viajes turístico-altruistas a países anglófonos como Gambia o Sudáfrica. En estas iniciativas se combina el turismo solidario («Puedes hacer tu aportación participando en una misión de ayuda», dice la publicidad) con el turismo étnico («Una estancia auténtica en constante relación con los habitantes y sus costumbres») y el

turismo de aventura («Participar en excursiones en pequeños grupos, fuera de las rutas explotadas»). En resumen, por un módico precio puedes hacer de Madre Teresa de Calcuta, vivir como Lawrence de Arabia y sentirte como un personaje de Verne.

La moda del turismo solidario, solo al alcance de las clases altas y medias-altas de Occidente, constituye una magnífica terapia para limpiar conciencias y recuperar la felicidad. Cuando vuelven a Europa, los turistas solidarios explican a los que no han cruzado el Mediterráneo que África les ha enseñado muchas cosas. Tienen toda

la razón. Cada vez que van a cagar comparan su lujoso lavabo con la letrina apestosa que han cavado en Zambia y se sienten profundamente orgullosos de ser occidentales.

El espectáculo itinerante

Para aquellos que quieren vivir la solidaridad de forma todavía más intensa, pero que no están dispuestos a renunciar a su plaza en la administración, o al confort de su casa de veraneo en la playa, se han inventado las llamadas «caravanas solidarias». Éstas han sabido venderse de forma atractiva: los vehículos van cubiertos de

adhesivos, como en un rally; los cooperantes lucen chalecos caquis llenos de bolsillos, como los *marines*; los vehículos se organizan en columnas, como en cualquier operativo militar; y entre los cooperantes nunca faltan periodistas u operadores de cine que hacen un seguimiento exhaustivo de todas las actividades de la caravana. Su planteamiento es muy sencillo: los vehículos se llenan en Europa, cruzan el norte de África discretamente y, al llegar a África Negra, la iniciativa deriva en una especie de cabalgata de Reyes Magos, con paradas en mil y un poblados para depositar las donaciones.

La verdad es que, aparte de sus obvias cualidades desde el punto de vista escenográfico, las caravanas solidarias nunca han demostrado ser de utilidad alguna para el desarrollo de África. Por algo será que todos los comerciantes que llevan mercancías de Europa a África Negra lo hacen en barco; resulta la forma más cómoda, rápida y económica de enviar cualquier cosa. En las caravanas, cada vez que un vehículo se estropea, todos paran; por eso su eficacia es nula. Y, a fin de cuentas, el transporte sale a un precio astronómico. Paradójicamente, lo que se mete en la caja de los camiones no

parece importar demasiado: en las caravanas se habla, globalmente, de los kilos de carga que se transportan, pero no se aclara qué es exactamente, ni para qué va a servir. Una caravana se definía como «15 vehículos, 24 voluntarios y voluntarias, 105,000 kg de material y muchas toneladas de ilusión». En realidad, lo que realmente importa de las caravanas es su «visibilidad»: algunos de los participantes incluso llevan puesto su chaleco de camuflaje cuando se van a vacunar a los centros de medicina tropical de Barcelona.

Estas iniciativas suelen convertirse en una ocasión fantástica para practicar

el turismo de aventura a costa del erario público. Normalmente a estas caravanas no les falta de nada: algunas incluso llevan a su propio médico o enfermero, no para curar a los africanos, sino para distribuir tiritas y antidiarreicos a los supuestos cooperantes. El viaje acostumbra a ser una especie de vía crucis, perfectamente programado, en el que las columnas se van parando en los distintos proyectos con los que colaboran, y allí los sacrificados viajeros aprovechan la ocasión para ducharse, beber unas cervezas bien heladas y degustar sus platos preferidos. Para los que desean reducir su sacrificio

al mínimo, incluso se contempla la posibilidad de viajar en avión y sumarse a la caravana a medio recorrido. En realidad, incluso hay «miembros» de las caravanas que vuelan directamente a Dakar para incorporarse al equipo cuando ya se ha cruzado el Sahara, la parte más cansada del viaje.

Caravanas de desvergüenza

En noviembre de 2009,
en el desierto mauritano,
la organización terrorista
Al Qaeda del Magreb

Islámico secuestró a tres catalanes que participaban en una caravana organizada por Barcelona Solidaria, una ONG estrechamente vinculada al Ayuntamiento de Barcelona y al Partido Socialista. Fueron liberados unos meses más tarde, tras largas negociaciones del gobierno español con el grupo armado. Cuando volvieron a Cataluña

algunos medios de comunicación les recibieron como héroes y dieron amplia cobertura a su «gesta».

Pero en este caso el mundo de las ONG les dio la espalda. Algunos ciudadanos se preguntaron qué hacían el director de una de las grandes infraestructuras viarias catalanas, la mujer del alcalde de Barcelona y un montón de altos cargos de la

función pública jugando a hacer de camioneros en medio del desierto. Otros trataron de averiguar cuánto había costado toda la operación a los bolsillos de los contribuyentes (hay tanta confusión sobre el coste de la caravana oficialista no gubernamental como sobre el importe del rescate de los secuestrados). Y muchos africanos se mostraron

preocupados porque los europeos estaban financiando, con sus rescates, a los integristas de Al Qaeda. Además, algunos habitantes de África Occidental estaban indignados porque el gobierno español, con sus presiones, consiguió que el ejecutivo mauritano liberara a un peligroso terrorista a cambio de los pseudocooperantes. Se preguntaban si el

gobierno español habría liberado a algún preso etarra si ETA hubiera secuestrado a un mauritano en el desierto de Los Monegros.

A pesar de que las críticas llovieron sobre esta iniciativa, algunos medios de comunicación siguieron glorificando a los secuestrados. No se sabe si lo hacían por lealtad partidista o si, realmente, eran tan ingenuos que se lo

creían.

Empresas de buen corazón

Todo el mundo sabe que el principal objetivo de cualquier empresa es obtener beneficios. En realidad, gracias a esto funciona, bien que mal, el sistema capitalista. Pero hay quien se ha emperrado en convencernos de que las empresas tienen otro objetivo: ayudar a los pobres del mundo. Cruz Roja reclama donativos a las «empresas con corazón». Y el Contrato Global, el decálogo sobre el desarrollo diseñado

por Naciones Unidas, define a las empresas como «agentes de desarrollo». Si bien esto puede ser cierto en algunos casos, tampoco hay muchas dudas de que algunas empresas han actuado como agentes de subdesarrollo (sería el caso de las compañías mineras que, durante décadas, han estado expoliando los recursos de Congo Kinshasa). A pesar de todo, la ONU ha propiciado que se destinaran cantidades ingentes de dinero público a las empresas occidentales, con el objetivo de facilitarles la penetración en África. Paradóricamente, el modelo neoliberal se introduce en este continente mediante inyecciones de

dinero público. La asociación entre las empresas y los organismos internacionales resulta beneficiosa para ambas partes: las primeras consiguen recursos que les permiten ganar nuevos mercados con un riesgo mínimo, y los países que controlan la ONU consiguen que se difunda el modelo liberal por África.

En muchos países del Norte, las empresas compiten con las ONG para acaparar los fondos destinados a la cooperación. El caso más paradójico es el de Afganistán, donde las tareas de reconstrucción se encargaron, mayoritariamente, a empresas, en su

mayoría de Estados Unidos, el país que había dirigido la ofensiva militar que había destruido este territorio asiático. Las ayudas internacionales a la reconstrucción beneficiaban, prioritariamente, a los mismos que habían provocado la guerra. Estados Unidos alegó que tenía «derecho» a obtener beneficios allí, para compensar los gastos habidos durante el conflicto. Y es que, evidentemente, las bombas salen caras.

Pero además de las empresas que se involucran en proyectos de «cooperación» en el Sur, también las hay que emplean la ayuda internacional

como un instrumento publicitario: colaborar con un proyecto de cooperación es una forma de vender una imagen de marca positiva. En realidad, fue la ONU quien inventó este sistema, como una forma de aumentar sus ingresos: por eso hay quien habla del «lavado azul».

Hay muchos tipos de colaboraciones publicitarias entre empresas y organizaciones humanitarias. Algunos bancos proponen tarjetas de crédito con la colaboración de determinadas ONG. Una pequeña parte de cada pago efectuado con estas tarjetas va destinado a proyectos de cooperación: cuanto más

dinero gaste uno, más ayuda a los pobres del mundo. Bancaja es uno de los bancos que cuenta con su propia «tarjeta solidaria»: la anunciaba con un eslogan no exento de cinismo: «El Tercer Mundo necesita tu ayuda. Vuelve a gastarte cien euros en una crema facial».

Cuando España entró en la zona euro, en 2002, las grandes ONG españolas se aliaron con más de doscientas empresas, lideradas por Coca-Cola y el banco Santander, con el objetivo de recoger mediante huchas 5.000 millones de pesetas en viejas monedas que la gente tuviera en sus casas. Tras un gran despliegue

publicitario, del cual se beneficiaron las doscientas empresas, solo se recaudaron 1.000 millones. Los objetivos de las organizaciones humanitarias no se cumplieron. Los de las empresas, sí.

En otra ocasión, El Corte Inglés, Hipercor, la fábrica de betón Kiwi y la multinacional Sara Lee (Bimbo) se pusieron de acuerdo para ayudar a los países africanos. Lideraba la iniciativa el futbolista Samuel Eto'o, pero también le daban apoyo el cineasta Pedro Almodóvar y decenas de famosillos de segunda fila (de los que aparecen en los *reality show* y en las revistas del corazón). Un despliegue mediático

impresionante rodeaba una iniciativa destinada a recoger uno de los objetos más humildes que se encuentra en nuestras casas: los zapatos viejos. Bajo el atractivo eslogan «Deja tu huella en África» se hizo acopio de todo tipo de zapatos: mocasines deformados, zapatillas rotas, botas agujereadas, sandalias gastadas... En teoría, los africanos debían recibir con inmensa alegría estos zapatones, cuidadosamente cepillados y enlustrados con betún Kiwi por el personal de las empresas colaboradoras.

Entre el alud de iniciativas empresariales pintorescas, logró

destacarse la firma de moda Missing Johnny. Esta marca, con la colaboración de Cruz Roja, organizó una colección de otoño-invierno basada en el «*look* cooperante». En el catálogo se podía ver a unas chicas monísimas, vestidas de forma pintoresca y con kilos de maquillaje, curando a inmigrantes y haciendo labores asistenciales en un campo de refugiados. El mundo de la cooperación reaccionó con indignación por la utilización mercantil de la figura del cooperante. Pero también fueron muchos los que optaron por la hilaridad, de tan rocambolesca como era la idea. Cruz Roja, finalmente, retiró su apoyo a

esta iniciativa.

Muchas empresas ofrecen, como contribución al desarrollo africano, los *stocks* que no pueden colocar en el mercado. Así, en vez de destruir sus excedentes discretamente, convierten la operación en una gran campaña de propaganda. No les importa si lo que les sobra es lo que necesita el continente africano, ni si en África hay medios para distribuir lo que ellos ofrecen: solo les interesa la foto. Porque, en realidad, hay pocas empresas dispuestas a hacer donativos a las organizaciones humanitarias a cuenta de sus propios beneficios. Entre las que lo han resuelto

mejor cabe destacar Air France. Esta compañía aérea, en una ocasión, decidió hacer cooperación con el Sur «a petición de sus clientes». Aquellos pasajeros habituales de la compañía que tenían puntos canjeables por vuelos podían renunciar a ellos y, a cambio, la compañía cedía a las ONG espacio en la bodega de sus aviones. De esta forma, Air France figuraba como benefactora de las organizaciones humanitarias, cuando en realidad quienes realmente habían realizado la donación eran sus clientes.

Hay compañías que aprovechan la cooperación como publicidad

corporativa y, simultáneamente, actúan en contra de los intereses de los africanos. Con las organizaciones humanitarias han colaborado empresas de todo tipo: eléctricas que han construido grandes presas a costa de expulsar a los habitantes de la zona sin ninguna indemnización; empresas del sector de la alimentación que han aprovechado las hambrunas para exportar sus excedentes y que han arruinado a los campesinos africanos; bancos que tienen participaciones en fábricas de armamento; constructoras que destinan cuantiosos sobornos a los dictadores africanos...

En los últimos años han llovido las críticas sobre las organizaciones humanitarias por su colaboración con empresas consideradas poco ejemplares. Por eso, ahora algunas ONG rechazan las ofertas de empresas catalogadas como poco éticas, y controlan un poco con quién se asocian.

El altruismo de los famosos

Dicen que cualquier músico, para triunfar, además de hacer música, debe bailar, divorciarse y colaborar con una buena causa. De esta forma, la cooperación internacional se convierte en una magnífica herramienta de

promoción para artistas y famosos en busca de notoriedad. No hay nada que resulte más atractivo que un «famoso con conciencia». Carla Bruni, la esposa de Sarkozy, cedió una fotografía suya en que aparecía desnuda para que la subastaran y destinaran sus beneficios a los niños africanos (curiosamente la reina de Inglaterra no la imitó). Muchos otros famosos, sin necesidad de mostrar sus desnudeces, también hacen ostentación de los donativos que entregan a organizaciones humanitarias. Lady Di, especialista en el sector, era miembro de más de cien ONG. La familia real de Mónaco no se queda

atrás: no hay otra familia que dedique más horas a ir a galas, fiestas y recepciones benéficas.

Pero dar no basta. El acto de dar es poco vistoso: para captar la atención de los medios de comunicación de masas lo más conveniente es cooperar *in situ*. Cualquier famoso que se precie quiere salir en una revista del corazón ayudando a algunos niños negros. Las escuelas y los hospitales africanos forman parte de las rutas turísticas habituales de la gente guapa de Hollywood. Las *top models* adoran hacerse fotos con niños desnutridos. Por ello, el destino más codiciado, aunque

muy difícil de visitar, son los campos de refugiados. En estos hay mucho trabajo y mucho desorden, y por ello la gente que los controla es muy reticente a aceptar a cualquier visita, especialmente a aquellas visitas que necesitan aire acondicionado y vajillas de porcelana. Por tanto, solo dejan visitar los campos a aquellos que, como Shakira, Angelina Jolie o Brad Pitt, pagan donativos muy cuantiosos o tienen muchos contactos.

La alternativa a ayudar a los niños africanos en sus escuelas o en los campos de refugiados es llevárselos al Norte, bajo el pretexto que en África siempre serán infelices. La adopción de

niños negros por parte de estrellas como Madonna o Angelina Jolie ha causado furor entre los lectores de prensa rosa. Que algunas de estas criaturas hayan sido adoptadas al margen de la legalidad, en una operación que se parece más a una compra que a una adopción, no ha generado mucha polémica.

La situación de los famosos es simétrica a la de las ONG. Los famosos necesitan una buena causa para triunfar, y las ONG se supone que las respaldan, pero necesitan un anzuelo para que los donantes les entreguen el dinero a ellas y no a cualquier otra organización

humanitaria. En esta lucha por los recursos escasos, la asociación entre los famosos y las ONG beneficia a ambas partes: es muy difícil que un proyecto tire adelante sin un famoso que lo apoye. La mayoría de los donantes son incapaces de escoger entre financiar un pozo en Malawi o pagar las pruebas de una vacuna contra la malaria; aquello que al fin les ayudará a decidirse será la voz de un cantante, las piernas de una *top model* o la cara de un torero.

Las ONG, en función de sus orientaciones ideológicas, optan por distintos perfiles de promotores. Hay elecciones para todos los gustos: para

los más retrógados, miembros de las casas reales; para los más populistas, famosillos de *reality show*, para los más finos, escritores o directores de cine... Y en todas, todas, todas las campañas, nunca faltan los músicos y artistas. Incluso hay algunos cantantes que gracias a los africanos se han convertido en auténticos iconos antisistema: usan los mecanismos mediáticos más rancios para darse autobombo y, a la vez, para erigirse en portavoces de los más desfavorecidos. Es el caso de Bono: no se sabe por qué narices, cada vez que el papa de Roma o el presidente de Estados Unidos quieren saber alguna

cosa sobre el continente africano, convocan al cantante de U2.

Estados Unidos se ha especializado en las grandes operaciones musicales de rescate del continente africano: no hay problema en África que los norteamericanos no resuelvan con un concierto. El atractivo publicitario de estas operaciones es tan grande, que pueden aglutinar a los cantantes y artistas más diversos, a pesar de las eternas disputas y envidias que caracterizan al mundo de la farándula. En 1985, en la campaña USA for Africa, Michael Jackson, Stevie Wonder y Lionel Richie dirigieron a una pila de

artistas que pretendían luchar contra el hambre en África. Lo hacían al ritmo de una canción que decía: «Amor es todo lo que necesitamos» y «Somos el mundo [...] nosotros somos aquellos que hacemos un día más brillante». La operación de marketing resultó un éxito rotundo y la cancioncilla en cuestión todavía se escucha hoy en día en las radios de todo el mundo, pero parece ser que los efectos de estos macroconciertos sobre el hambre en África fueron más bien dudosos. Aun así, la saga de las estrellas solidarias no se ha interrumpido, y han proliferado las operaciones mediáticas, con frecuencia

basadas en melodías pegajosas acompañadas de imágenes de niños negros.

Hay famosos que aprovechan la cooperación para consolidar su fama, pero también hay individuos que se mueven en el ámbito de la cooperación que explotan la buena imagen que el ciudadano medio tiene de los cooperantes para saltar a la fama. Algunos personajes han utilizado su carrera en el mundo de la cooperación para posteriormente dar el salto a la política. Entre ellos deberíamos destacar a los franceses Bernard Kouchner, Jean-Christophe Rufin,

Claude Malhuret y Xavier Emmanuelli (todos ellos procedentes de Médicos Sin Fronteras, MSF); el belga Reginald Moreets (también de MSF), o los españoles José María Mendiluce (del Alto Comisionado para los Refugiados de la ONU) y Leire Fajín. Esta última se benefició de una carrera meteórica, del Partido Socialista Obrero Español a la ONG filo-socialista Solidaridad Internacional, para más tarde ocupar la plaza de secretaria de Estado de Cooperación en el gobierno socialista y ministra de Sanidad después. Una vez en la Secretaría de Cooperación devolvió el favor a la ONG que la había

promovido otorgándole subvenciones multimillonarias (algunas de ellas de dudosa legalidad).

Las organizaciones humanitarias resultan también un excelente refugio para aquellos políticos en horas bajas que quieren purificar su expediente dedicándose a las buenas obras, tras haberse sumergido durante años en las cloacas de la vida pública. Cualquier antiguo presidente o ministro que se sienta orgulloso de serlo colaborará en acciones solidarias: dará apoyo a un coro parroquial o participará en un programa televisivo para combatir el cáncer de mama. Pero a algunos esto no

les basta: Colin Powell, secretario de Estado norteamericano con la administración Bush, fundó la ONG America's Promise. El hombre que en el Consejo de Seguridad mostraba mapas y fotografías de las supuestas armas de destrucción masiva iraquíes con la finalidad de justificar un bombardeo inminente sobre Irak, ahora dedica su tiempo libre a organizar actividades extraescolares para los pequeños de familias con pocos recursos. Powell no está solo: muchos de sus subordinados que se destacaron como militares en las ofensivas contra las poblaciones iraquíes ahora se han pasado a

organismos humanitarios. Los que ordenaban el lanzamiento de bombas desde aviones norteamericanos para calcinar enemigos, ahora se han reconvertido en especialistas en usar estos mismos aviones para tirar ayuda humanitaria sobre poblaciones hambrientas.

**Bernard Kouchner,
de mesías de los
africanos a mesías de
los franceses**

El ministro de Asuntos
Exteriores francés,

Bernard Kouchner, *Mister K* para sus enemigos, empezó a hacerse popular en Médicos Sin Fronteras (MSF). Aunque había estudiado medicina, su especialidad no eran las vacunas, ni el paludismo, ni la cirugía estética, sino la agitación mediática: en todas las fotografías de MSF aparecía él. En la guerra de Biafra, en los años sesenta, ya colaboró,

consciente o
inconscientemente, con
los servicios secretos
franceses. Con el tiempo,
decidió que para que la
cooperación progresara
era inevitable que se
involucrara directamente
en política, con el
argumento de que los
grandes problemas del
mundo eran de naturaleza
política y, en
consecuencia, no se
podían superar sin
acciones vinculadas a la

misma.

Pero quien enseguida
progresó gracias a
involucrarse
directamente en política
fue él mismo. El
gobierno socialista
francés lo nombró
ministro de Sanidad y
«Acción Humanitaria», y
a partir de ahí empezaría
una larga carrera
política. En esa época,
Mister K resultó un
fichaje estrella para los
socialistas: no en vano

los medios lo habían presentado como una «buena persona», capaz de enfrentarse a todas las injusticias del planeta. Su simplismo, al denunciar un mundo dividido entre buenos íél y los suyos) y malos («los otros») le ayudaba a ganar altas cuotas de popularidad.

Como ministro impulsó acciones humanitarias espectaculares, que

fueron ampliamente retransmitidas por televisión pero que resultaron de una eficacia más que dudosa. En 1991, durante la guerra del Golfo, envió ayuda en paracaídas a las poblaciones iraquíes, aunque en ese momento la carretera era transitable. Buena parte de la ayuda caída del cielo no llegó a manos de sus destinatarios. En 1992 fue uno de los

impulsores de la desastrosa intervención humanitaria en Somalia. Allí, en el puerto de Mogadiscio, realizó uno de los actos centrales de su peculiar campaña para las elecciones francesas; ante las televisiones de todo el mundo se pasó un buen rato cargando sobre su hombro un voluminoso saco de arroz. En 1994 Kouchner tuvo un papel destacado en la

organización de la
intervención militar
francesa en Ruanda, la
cual desequilibró
gravemente toda la
región de los Grandes
Lagos (muchos
especialistas la
criticaron severamente,
entre ellos diversos
comandantes militares
franceses).

El político-
cooperante se hizo amigo
del matrimonio
Mitterrand y él y su

mujer, la periodista Christine Ockrent, pasaron algunos días de vacaciones con la pareja presidencial gala. Gracias a los contactos políticos de su marido, Ockrent fue nombrada responsable de las emisiones de la radio y la televisión públicas francesas en el exterior, con un salario de 40.000 euros al mes. Se hizo famosa por despedir a cualquier periodista que

se mostrara crítico con el gobierno. Y es que, como tanta gente que había vivido el mayo del 1968 en París, Kouchner pasó de la mitificación de la bohemia a una vida de lujos y de alterne con la *jet set*. Y como esta vida resulta extremadamente cara, Kouchner no tuvo ningún escrúpulo en hacer consultorías por encargo de dictadores africanos como Ornar Bongo, Idriss Déby o

Sassou Nguesso
(consultorías que no
obtuvo por casualidad,
sino gracias a las
presiones realizadas por
las siempre eficaces
embajadas francesas).

Cuando estos
contratos salieron a la
luz, Kouchner se excusó
alegando que, a pesar de
toda su sabiduría, «solo»
cobraba 6.000 euros
mensuales por estos
trabajos (otros cálculos
apuntaban a que cobraba,

como mínimo, cuatro veces más). También dirigió un estudio por encargo de la multinacional petrolera francesa Total; en él demostraba que esta compañía no vulneraba los derechos de sus trabajadores en Birmania. Con cinco días de estancia en este país le bastó para redactar un informe que desmentía lo que diversas organizaciones

humanitarias habían
demostrado
ampliamente.

En 2006 la posición
de Kouchner peligró a
causa de las trifulcas en
el seno del Partido
Socialista Francés. En
realidad, para él no
constituía un problema
especialmente grave, ya
que mediante diversas
irregularidades
administrativas había
conseguído una plaza
universitaria, que se

reservaba para el día que perdiera su ministerio. Pero Kouchner se resistía a abandonar el poder; además, en algunos temas estaba más cerca de los *neocons* norteamericanos que de los socialistas europeos. Así que, el que años antes se había presentado como abanderado de una nueva izquierda, no tuvo ningún problema en incorporarse como ministro al gobierno

derechista de Sarkozy.
Una vez en este cargo
continuó dedicándose a
su afición favorita:
hacerse fotografías como
salvador del mundo.

Buena gente

Los que tienen acciones de cualquier empresa mercantil intentan saber qué hacen sus directivos, ya que esperan que sean ellos quienes hagan crecer su fortuna. En cambio, a los socios de las ONG rara vez se les ocurre fiscalizar a

aquellos a quien confían sus dineros. Al recibir la memoria anual de la organización no suelen dedicar mucha atención a las cuentas; generalmente se limitan a mirar las fotografías de los proyectos y a confiar en la buena fe de sus dirigentes.

Lo sorprendente es que, en este contexto, los niveles de corrupción en el mundo de la cooperación no sean todavía más elevados; al fin y al cabo, nadie es de piedra, y a todo el mundo le apetece lucrarse, aunque trabaje en el «sector no lucrativo». La falta de fiscalización sobre los resultados ha convertido a las ONG en un refugio

seguro para gente con pocos escrúpulos y pocas ganas de trabajar. Cuatro amigos, si tienen una cierta habilidad para redactar proyectos y presentar justificaciones, pueden crear una ONG y empezar a recibir subvenciones. Hay quien, tras crear una se dedica, simplemente, a vivir.

Muchas instituciones que financian iniciativas de cooperación no evalúan el impacto sobre el terreno de todas estas acciones, sino que se limitan a hacer un balance contable de los proyectos: recogen las facturas de la ONG y comprueban que se ajusten al presupuesto que anteriormente se había

presentado. El problema es que en muchos países africanos es prácticamente imposible conseguir facturas por los servicios recibidos. En ciertas zonas se vuela en avión sin que ni siquiera te entreguen un billete, y en las notarías no hay impresos de factura. Evidentemente, los taxistas jamás dan justificantes de haber pagado. La única forma de conseguir facturas en el continente africano es moverse dentro de los círculos más lujosos: en los hoteles de cinco estrellas nunca faltan los justificantes de gasto, como tampoco faltan en las carísimas compañías de aerotaxi que suelen emplear los

dirigentes de los organismos de cooperación internacional. La gran ventaja del continente africano es que no hace falta ser muy mafioso para obtener una factura falsa: a cambio de una módica cantidad, cualquier camarero de hotel o dependiente de tienda te entrega un formulario vacío, con el sello del establecimiento bien estampado, para que tú mismo incluyas los gastos que creas más convenientes. La mayoría de las ONG que trabajan en el continente africano, en alguna ocasión, se han visto obligadas a falsificar facturas para justificar sus gastos. El problema es que también hay organizaciones allí que se

han limitado a falsificar facturas y que no han realizado ningún gasto en proyectos.

Al haber ONG que se gestionan de forma poco clara, y al repercutir esto en el desprestigio de todo el sector, se han creado algunos organismos para regular su buen funcionamiento. En España se ha constituido la Fundación Lealtad, que audita a todas aquellas ONG que lo desean. Eso sí, en los informes de esta organización se aclara, en letra pequeña, que Lealtad «asume que la información facilitada por las ONG es auténtica y completa y que no hay ninguna al margen de la documentación facilitada sobre las

cuestiones analizadas que complemente o contradiga la información entregada». Es decir, que no se verifica ni que los documentos sean auténticos, ni que se presente toda la documentación existente. Si en las multinacionales las cosas funcionaran de la misma forma, sus ejecutivos no estarían tan estresados y probablemente todavía serían mucho más ricos.

Ante todo este desbarajuste, no es extraño que algunos responsables de ONG hayan decidido desviar pequeñas cantidades para sus vicios personales. En España, la Fundación Iberoamérica Europa (FIE-CIPIE), dirigida por un

diputado del conservador Partido Popular, destinaba parte de los tres millones de euros recibidos de las arcas públicas al alquiler de un céntrico piso de Madrid para su presidente, así como para puros Montecristo, comidas en restaurantes de lujo y copas nocturnas en bares de salsa. Para acompañar los puros, el presidente también compraba, con el dinero de las subvenciones de la Fundación, botellas del mejor ron caribeño. Y es que en más de una ocasión los donativos de los ciudadanos bienintencionados han acabado en la caja de algún elegante bar de copas. El problema más grave es que hay quien

tiene vicios exageradamente caros: en 2010 el secretario de Estado para la Cooperación francés tuvo que dimitir cuando se supo que había alquilado un avión privado, por 116.500 euros, para que le llevara a una reunión oficial a Martinica (una reunión para ayudar al Tercer Mundo, evidentemente).

El ministro, la ayuda y los hoteles

En 1998 el ministro de
Asuntos Exteriores
español, el cacique
ibicenco Abel Matutes,

visitó Cabo Verde. Iba al archipiélago africano, teóricamente, para explorar las posibilidades de cooperación bilateral y para establecer acuerdos en materia turística. Al mismo tiempo llegó a estas islas una misión de la empresa turística Doliga, cuyos principales accionistas eran, casualmente, parientes de Matutes. En la delegación incluso

viajaban dos hijas del ministro. Gracias a estas visitas Doliga consiguió un convenio para construir un complejo turístico en la isla de Boa Vista. La familia del ministro quedó muy satisfecha con este impulso a la cooperación España-África.

Algunos no se limitan a pagarse sus caprichos, caros o baratos, con fondos públicos, sino que se han especializado

en saquear los fondos destinados a la cooperación. La ONG Intervida, una de las mayores de España, se dio a conocer por sus truculentos anuncios, que sacudían las tripas de los televidentes: el niño con la mosca en la boca era omnipresente en su publicidad. Intervida ofrecía al público la posibilidad de tranquilizar su conciencia mediante un programa de apadrinamiento de niños del Tercer Mundo. Buena parte de los fondos entregados por los «padrinos» no llegaba al Sur, sino que permanecía en los bolsillos del auténtico «padrino»: el dirigente de la organización, que se hizo con 45 millones de euros con esta estafa.

ANESVAD era otra ONG especializada en publicidad escandalosa: en sus anuncios chantajeaba moralmente a los europeos, asegurándoles que si no le entregaban donativos para las familias del Sur, estas venderían a sus hijas a redes de trata de blancas para comprarse una lavadora. ANESVAD competía con Intervida en el arte de provocar insomnio a los teleespectadores, pero también en el desvío de fondos. Al parecer en esta última competición ganó ANESVAD: su estafa se cifró en 90 millones de euros... Su líder, José Luis Gamarra, terminó en prisión.

No son las únicas ONG que se han especializado en exprimir en beneficio propio la solidaridad ajena. Humana, la ONG surgida de la secta danesa Tvind, ha logrado acumular grandes sumas de dinero mediante la recogida de ropa usada con el supuesto objetivo de ayudar a los pobres. En toda África topamos con proyectos que se han subvencionado y que, o no se han llevado a cabo, o se han realizado con presupuestos muy inferiores a lo previsto: una granja de pollos en un internado de misioneros en el oeste de Camerún que nunca ha visto un ave, un museo en construcción de Guinea

Ecuatorial que ha tragado ingentes cantidades de dinero público de toda Europa...

Algunas ONG se han dedicado a asuntos turbios, pero no en beneficio de sus directivos, sino con intenciones teóricamente más honorables. En España, en 2001 se destapó el escándalo Gescartera: quebró una agencia de valores que ofrecía a sus clientes rendimientos elevadísimos. Cuando se hizo pública la lista de los afectados por el caso, la opinión pública descubrió, incrédula, que entre ellos constaban diversas ONG católicas, como Manos Unidas, y numerosas órdenes religiosas,

algunas de ellas especializadas en tareas misionales. Nadie sospechaba que los organismos sin ánimo de lucro se dedicaran a la especulación.

¿Focas en el desierto?

El manatí es un mamífero acuático que antaño se encontraba en los grandes ríos africanos. En las últimas décadas ha ido extinguiéndose paulatinamente en casi todas partes. En el río

Níger, antes, había muchos, pero al parecer su población se ha reducido sensiblemente. Por ello, la Unión Europea (UE) subvencionó los estudios de una bióloga europea que quería investigar los manatíes de la antigua colonia francesa de Níger.

La bióloga recibió un puñado de miles de euros, y se pasó algunos meses en Níger. Al final

de su «investigación» presentó un informe, a doble espacio, de siete páginas (incluyendo la portada, el sumario y la contraportada) en el cual explicaba que había llegado a este país en una estación poco adecuada, ya que las aguas del río Níger estaban muy turbias. Alegaba que por ello no había tenido ocasión de observar las poblaciones de manatíes. Eso sí,

había entrevistado a unos cuantos pescadores, que le habían explicado que antes veían de vez en cuando a mamíferos de este tipo y que últimamente no los encontraban. Una de las siete páginas la ocupaba una foto de un enorme cráneo de manatí que la bióloga había encontrado decorando la entrada de una cabaña.

Los responsables diplomáticos de la Unión

Europea en Niamey, la capital nigerina, no quedaron muy satisfechos de esta investigación. La bióloga, sí. Al cabo de algunos meses presentó una petición para estudiar la población de jirafas de Níger. Como mínimo, sabía bien dónde encontrarlas. La reserva en la que están estos animales se sitúa a pocos kilómetros de la capital. Incluso hay

señales de precaución en la carretera nacional para evitar que los coches las atropellen.

Mucha moral para el Sur, descontrol en el Norte

Con frecuencia las ONG del Norte se muestran indignadas por la corrupción que impera en el Sur, y tienen toda la razón para ello. La corrupción es omnipresente en los organismos africanos vinculados con la cooperación, como ONG, universidades,

ministerios de Asuntos Sociales, agencias de la ONU... Para ningún cooperante es un secreto que algunos funcionarios de ministerios de Sanidad africanos exigen sobornos a las organizaciones humanitarias para permitirles vacunar a los niños de su país.

Pero también hay casos de corrupción entre los cuadros europeos del mundo de la cooperación. Lógicamente. La tentación de robar es demasiado grande, especialmente cuando sabes que tu sociedad renuncia a controlarte porque te considera «buena persona».

En Europa de vez en cuando han salido a la luz escándalos vinculados a organismos de cooperación. En España los escándalos no han parado de surgir. Curiosamente, los medios de comunicación, ante cada uno de estos casos, se han limitado a argumentar que se trata de un comportamiento aislado. Y nunca se ha realizado una supervisión financiera seria de todos los organismos de cooperación.

Capítulo V

La ayuda oficial al desarrollo, o como pasar de la cultura de la ayuda a la autoayuda

Verano de 1994. Aeropuerto de Libreville. Un aparato de Air Gabon procedente de Senegal aterriza en la terminal de pasajeros, donde la actividad es mínima. El aeropuerto es bastante grande, pero no hay mucho tráfico de pasajeros. La mayoría de los empleados de la instalación vagabundean a la sombra de los edificios. Pero en el otro extremo de la

pista de aterrizaje, la actividad es frenética. Un gran número de soldados blancos, cerca de un hangar, descargan un enorme avión pintado de camuflaje; otros, fuertemente armados, custodian la operación. Junto al aeropuerto civil de la capital gabonesa, y compartiendo la pista con este, se encuentra una de las grandes bases militares francesas del continente africano. Y es aquí donde los paracaidistas franceses están preparando la Operación Turquesa, que en teoría debería llevar la paz a Ruanda y a la zona de los Grandes Lagos.

El ejército francés es omnipresente en la ciudad. Las tropas galas, en calzón

corto, desfilan marcialmente por el bulevar Triomphal, la avenida principal de la capital. Los aviones de caza Mirage sobrevuelan las casas a baja altura y, de vez en cuando, sobresaltan a la población al romper la barrera del sonido. Camiones militares que arrastran cañones y morteros se dirigen hacia las afueras de la ciudad, para hacer prácticas de tiro (según como sopla el viento, desde el casco urbano se oyen los tiros y las explosiones). Por la noche, los bares de copas y las discotecas se llenan de jovencitos blancos cuidadosamente rapados. Muchos gaboneses los rehuyen, porque

tienen fama de violentos y de groseros, pero siempre hay chicas que se les acercan, porque saben que se gastan buena parte de su paga en fiestas y prostitutas. En un par de ocasiones, paracaidistas violentos han matado a las chicas con las que habían pasado la noche. Pero las autoridades gabonesas no les han perseguido: han sido juzgados por tribunales militares galos, que en estos casos normalmente no dictan sentencias muy severas.

En Gabón, nadie se extraña de esta situación: están acostumbrados a que los franceses manden en todos los ámbitos. El presidente del país, Ornar Bongo, fue

impuesto por las autoridades francesas mientras su antecesor, Léon M'Ba, agonizaba en un hospital parisino. Bongo, que lleva tres décadas en el poder, mantiene unas relaciones excelentes con algunos miembros del entorno de la presidencia francesa (tan longevos en el cargo como él mismo). Bongo y sus protectores galos pertenecen a una misma corriente masónica, que tiene su sede central en París. Francia está muy interesada en Gabón y es una empresa francesa, Elf Aquitaine, la que explota las reservas de petróleo de este país hasta agotarlas. El personal de Elf, y de otras muchas

empresas francesas, goza de un alto nivel de vida y ocupa barrios residenciales enteros de las grandes ciudades gabonesas. La moneda de Gabón, como la de tantos otros países africanos, está vinculada a la moneda gala: cien francos CFA equivalen a un franco francés. Radio France Internacional, una emisora francesa que tiene un fuerte impacto en el África francófona, tiene su principal repetidor en Gabón. En cualquier ministerio gabonés hay un «asesor» francés. En el de Defensa no hay un asesor: hay muchos.

Francia, a pesar de todo, no es nada

desagradecida, y ha dejado constancia de su apoyo incondicional al presidente Bongo siempre que este se lo ha requerido. Cuando los opositores se han lanzado a la calle y han amenazado con desalojar el palacio presidencial, los paracaidistas franceses han salido de sus cuarteles para defender el orden establecido. Tras treinta y cinco años de independencia, Gabón sigue dependiendo de Francia. Esta dependencia se articula en base a la cooperación: «cooperación militar», «cooperación policial», «cooperación monetaria», «asistencia técnica», «cooperación en materia de medios de

comunicación»...

El caso gabonés es un caso extremo, pero esta dinámica no es excepcional en el África francófona. Hace cincuenta años que Francia dio la independencia a sus colonias. Pero el gobierno francés, imbuido de chauvinismo, no estaba dispuesto a sacrificar la *grandeur* y a controlar solo el Hexágono. Francia planificó hasta el mínimo detalle la operación de descolonización, de tal forma que se convirtió, automáticamente, en un proceso de neocolonización en el que se mezclaba el paternalismo con la coacción.

La cooperación económica y la

asistencia técnica (el nombramiento de asesores para los gobiernos africanos) permitieron a Francia mantener el control de las economías de buena parte del África francófona. Posteriormente se institucionalizó la Francofonía, el organismo internacional que agrupa a los países de lengua oficial francesa bajo la tutela de París. Por si las cosas se complicaban, Francia firmó numerosos tratados de «cooperación militar», que le servían para preservar por la fuerza sus intereses africanos. Las tropas francesas, después de las independencias, han protagonizado sangrientas operaciones en Camerún,

Chad y República Centroafricana, así como en muchos otros países.

En caso de que algún jefe de Estado africano francófono trate de desmarcarse del dominio de Francia, los servicios secretos franceses son especialistas en preparar golpes militares como los que acabaron con la vida del presidente de Togo, Sylvanus Olympio, y del de Burkina Faso, Thomas Sankara. El poeta senegalés Léopold Sédar Senghor, que llegó a ser presidente de su país, se refirió en una ocasión a «esta civilización de lo universal que es la francofonía». La verdad es bastante más prosaica.

La madre del cordero

Mucha gente cree que el eje central de la cooperación al desarrollo se encuentra en las monjas hospitalarias que limpian el culo de los bebés congoleños o en los *rumbos* de Médicos Sin Fronteras que aparecen en las pantallas de nuestros televisores, con sus vistosos chalecos, sus enormes todoterrenos y sus espectaculares emisoras cada vez que estalla un conflicto armado. Pero estos agentes de cooperación tan populares solo representan las migajas del verdadero negocio del desarrollo, que está centrado en la cooperación de los

gobiernos, la llamada ayuda oficial al desarrollo (AOD).

Con frecuencia se ha criticado a los gobiernos de los países ricos, argumentando que destinan pocos recursos a los países pobres.

Es cierto. Las ayudas internacionales a los países menos avanzados son mucho menores que las ayudas comunitarias que reciben los países más pobres de la Unión Europea. A nivel mundial, las remesas de dinero de los emigrantes son más cuantiosas que las ayudas internacionales. En África, los envíos de los emigrantes no alcanzan el volumen económico de la cooperación, pero

probablemente tienen un impacto sobre el nivel de vida de la población más positivo que esta. Gambia probablemente se beneficia más de sus ciudadanos que recogen flores en el Maresme y berenjenas en Almería que de muchos ambiciosos proyectos de ayuda.

Los Estados ricos movilizaron muchos más recursos para frenar la crisis financiera a lo largo del año 2009 que los que habían gastado para resolver la pobreza en el mundo en las décadas anteriores. Mientras la OMS libera pocos fondos para combatir enfermedades tropicales terriblemente

mortíferas, como la malaria, destina millonadas a fantasmagóricas amenazas sanitarias temidas por el Norte, como la gripe aviar o la gripe A...

Son muy pocos los gobiernos del Norte que llegan a destinar el 0,7 por ciento de su producto interior bruto (PIB) a la ayuda al desarrollo, a pesar de que desde hace muchos años anuncian este objetivo. Y cuando las cosas se tuercen, no dudan en hacer un recorte despiadado a estos presupuestos (cuando estalló la crisis en 2009, todos los países del Norte se apresuraron a sacar dinero de las partidas de ayuda a los países pobres y a destinarlas al

rescate de la «pobre» banca). A grandes rasgos, la cooperación no es esencial para la economía europea, pero en cambio tiene un papel clave (e incluso excesivo) en muchos países africanos.

La ayuda oficial al desarrollo (AOD) supone el grueso de la cooperación. En España, el 90 por ciento de lo que se gasta en este concepto es a través de vías oficiales. Pero esta cooperación, la mayor en volumen, también es la más criticada. La gente, tanto del Norte como del Sur, tiene muy mal concepto de los organismos que diseñan las políticas mundiales en materia económica y de

desarrollo. Se les acusa de hacer mucho para defender los intereses de los ricos y muy poco para combatir la pobreza. Cada vez que el Fondo Monetario Internacional (FMI) se reúne, debe hacerlo entre impresionantes medidas de seguridad, ante las multitudinarias protestas que siempre genera.

Muchas ONG no ahorran críticas a la ayuda oficial; el problema es que justamente la ayuda oficial es la que dicta las directrices que seguirán buena parte de las ONG (a pesar de su nombre).

Quien paga, manda

Las grandes potencias lo controlan casi todo en el mundo. No es extraño que sean también las que controlan la cooperación. Más de dos tercios del dinero destinado a la ayuda oficial al desarrollo lo aportan cinco países: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia y Gran Bretaña. Estos utilizan la ayuda como una herramienta de política exterior: tratan de que les ofrezca el máximo de beneficios, a veces incluso a costa de crear perjuicios en los países que reciben su «cooperación». En realidad, muchos políticos y diplomáticos que deciden en temas de cooperación solo se preocupan de

garantizar que su país obtenga beneficios de la ayuda, porque al fin y al cabo no son los africanos quienes les pagan ni quienes los nombran.

**Cooperantes
involuntarios y
escépticos**

Los embajadores tienen un papel clave en las políticas de cooperación del Norte: representan al país donante, asesoran sobre los proyectos que se deben financiar, dan

apoyo a los cooperantes sobre el terreno... Pero muchos de estos diplomáticos no tienen la menor confianza en la cooperación. Una vez, al insinuarle a un embajador español en Camerún que los proyectos financiados por su embajada no tenían mucha calidad, contestó con toda franqueza que eso era cierto, pero que se trataba de dinero «del

0,7 por ciento» y que se debía gastar de todas formas. Para mantener buenas relaciones con todos los cooperantes instalados en el país, el embajador se limitaba a repartir la partida de presupuesto disponible entre todos los solicitantes.

En Guinea Ecuatorial había un embajador tan afable como su colega de Camerún. En una ocasión me vi obligado a ir a

verlo, con unos compañeros, porque el gobierno del país bloqueaba un proyecto de ayuda que había encargado, justamente, la agencia de cooperación española. Pensábamos que el embajador haría alguna gestión para tratar de desbloquear la situación, pero enseguida nos desanimó, alegando que él no podía hacer nada al respecto. Eso sí, trató de tranquilizarnos,

mientras nos empujaba hacia la puerta: «No se preocupen. Éste es un país maravilloso. Vayan a la playa... Hay unas playas magníficas. Y no sufran. Yo responderé por ustedes... Ya haré una carta. Eso sí... por favor... no hagan fotos. La semana pasada expulsaron del país a dos españoles por hacer fotos. Pero paseen tranquilos y pásenlo bien». En ese tiempo yo

era tan cándido y tan bobo que no le hice caso y traté de proseguir el proyecto de cooperación.

Los Estados no dan porque sí. No cooperan para resolver el problema de la pobreza en el mundo: lo hacen para evitarse problemas como el terrorismo o las migraciones, para satisfacer al electorado y, sobre todo, para encontrar nuevos mercados para su producción. El Plan África del gobierno español habla de un «enfoque integral» de la cooperación: se trata de un eufemismo

para indicar que la AOD se otorgará en función de las relaciones comerciales, los pactos de política exterior y los acuerdos migratorios. En pocas palabras: que la ayuda no se destinará a los territorios con más pobreza, sino a aquellos en que haya más intereses.

Cada donante destina la AOD a aquellas zonas de África que le resultan más sensibles. Francia orienta buena parte de su cooperación hacia sus antiguas colonias, que en la práctica resultan ser sus neocolonias. Portugal gasta muchos recursos en los Países Africanos de Lengua Oficial Portuguesa (PALOP) pero, especialmente, concentra

buena parte de su cooperación en Angola, el más rico de todos ellos. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) reservan una parte sustancial de sus ayudas a los «alumnos modelo» que han aplicado estrictas medidas liberalizadoras, como Uganda o Ghana. España destina buena parte de su ayuda a países con un rico banco pesquero en el que faenan sus barcos (como Mozambique, Mauritania, Senegal o Namibia). Taiwán otorga cooperación a aquellos países que, en la ONU, reconocen a su gobierno y no al chino, como Santo Tomé y Príncipe... Los estados del Sur no actúan de forma

muy distinta. Angola, que es un país relativamente rico, intenta preservar su liderazgo regional mediante la cooperación (y, cuando es necesario, con intervenciones militares en la subregión). Y Cuba trata de que se le reconozca un cierto liderazgo en África mediante el envío de abundante cooperación sanitaria, educativa y militar.

La aparición de cualquier intruso en el complejo paisaje de los donantes molesta profundamente, porque altera los equilibrios preexistentes y pone en peligro la «influencia» de los donantes que llevan años en la zona. En la década

de 1990, Francia reaccionó con indignación porque Estados Unidos se hizo presente en el continente africano con inversiones y cooperación. Los políticos franceses, profundamente neocoloniales, protestaron por la entrada de los norteamericanos en unos territorios que Francia todavía consideraba suyos. Pronto tuvieron que redoblar su indignación, pero dirigiéndola hacia un nuevo actor. La llegada masiva de chinos a África, a partir del año 2000, provocó mucho revuelo entre los políticos, periodistas y académicos galos. Durante décadas, los gobiernos franceses expoliaron buena

parte del continente y apoyaron a los jefes de Estado más impresentables. Pero, de repente, han descubierto que los chinos, en África, actúan sin ningún escrúpulo. Esto les escandaliza.

**Cuba, de la
revolución
afrosocialista a la
prohibición de la
revolución**

Los latinoamericanos
actúan con frecuencia
con una cierta
prepotencia en el

continente africano. Se consideran la élite de todos los subdesarrollados, y tratan a los africanos con un cierto paternalismo. Los cubanos son quizá los más paternalistas de todos ellos. Los cubanos progubernamentales están convencidos de que su país dispone del mejor sistema en todos los ámbitos, y quieren copiarlo, de forma acrítica, allí donde van.

Donde tienen cooperación, aplican el modelo cubano a la educación, a la sanidad, a la agricultura... Creen que ellos saben todo lo que cualquier tercermundista debería saber, y por eso se atreven a enviar a maestros a enseñar a Angola sin ninguna necesidad de que aprendan previamente el portugués.

A los cubanos les

sobran cuadros, pero les faltan medios, y por eso son especialistas en enviar a África divisiones enteras de médicos o de profesores sin ningún recurso. Los cooperantes cubanos gestionan hospitales sin ninguna aspirina o crean facultades sin ningún libro. Organizan el sistema de salud de un país entero sin haber pisado el terreno, porque no disponen de

presupuesto para coches ni para carburante... En Gabú, en Guinea Bissau, crearon una «facultad de Medicina» con cinco profesores. Aseguraban que a sus alumnos se les formaba «de forma tan rigurosa» como en la Universidad de La Habana.

El Che es un auténtico icono del régimen cubano, pero también de la presencia cubana en África. El

Che, en 1965, se pasó todo un año en el Congo luchando contra el régimen reaccionario de Kasabuvu (uno de los inductores del asesinato de Patrice Lumumba). En la práctica, luchó básicamente contra sus subordinados cubanos, porque querían pasarse el día fornicando con las congoleñas, y contra sus aliados de la guerrilla congoleña, porque no querían luchar como el

Che les indicaba. La conclusión del revolucionario latinoamericano fue muy simple: el «pueblo africano» sufría un «atraso secular» y la única forma de civilizarlo era la guerra, ya que según él en el proceso bélico se forjaba la unidad nacional. Eso sí, como el Che no se fiaba mucho de los africanos, insistió en que, para liberarlos,

era imprescindible «el apoyo de hombres de fuera, para educarlos en la lucha».

Así, durante años Cuba dio un apoyo incondicional a los regímenes africanos pretendidamente progresistas, a veces incluso en contra de la voluntad del gran padrino soviético. Los «internacionalistas» cubanos fueron muy activos en la Argelia de

Ben Bella, en la Guinea Conakry de Sékou Touré, en Congo Brazzaville en tiempos de la revolución socialista, en la Etiopía de Mengistu, en Guinea Bissau durante la lucha de liberación nacional... Pero fue en Angola donde vertieron más energías. La guerra de Angola terminó por convertirse en el Vietnam cubano, con millares de muertos en combate, y también de sida. Pese a

la censura, este conflicto tuvo un efecto desmoralizador inmenso para la juventud cubana.

En estos momentos, Cuba parece haber renunciado por completo a sus aspiraciones revolucionarias para África. Los Castro colaboran con algunos regímenes capitalistas muy corruptos. Los cubanos ya no defienden una revolución popular africana, sino la no

injerencia en los asuntos internos de los países africanos. A cambio de apoyo diplomático para su régimen, los líderes cubanos refuerzan los sueños megalómanos de algunos dictadores y facilitan su enriquecimiento. A los cooperantes cubanos les da lo mismo... Ya no van a África a hacer la revolución. Van allí para ahorrar y comprarse un DVD o un ordenador

portátil (los DVD y los ordenadores portátiles que atiborran las bodegas de los vuelos de Cubana de Aviación cuando los «internacionalistas» vuelven a su país). Por si acaso, están fuertemente encuadrados por los jefes del partido. Una maraña de delatores los vigila estrechamente, para evitar que alguno de ellos algún día recuerde que es comunista y

quiera luchar por una
sociedad más justa.

Ayuda bumerán

El presidente del Banco Mundial, en una ocasión, definió la ayuda oficial al desarrollo como «el negocio del desarrollo». No se trataba de un *lapsus linguae*; era sincero. Los Estados del Norte tienen la rara habilidad de hacer ver que ayudan a los países del Sur cuando en realidad se dedican, básicamente, a hacer negocios. Cuando una ONG solicita a la Agencia Española

de Cooperación una ayuda para algún proyecto, es necesario que detalle el impacto que puede tener sobre la economía española. Siempre es bueno saber cómo nos ayuda la ayuda...

Con frecuencia, los Estados del Norte ofrecen ayuda a los del Sur como contrapartida a acuerdos comerciales o de inversión. La Unión Europea considera oficialmente los acuerdos de pesca como un «instrumento comunitario de cooperación» (en realidad, los arroces con bogavante de los restaurantes de playa hispanos son un subproducto de la cooperación internacional).

La mayor parte de los discursos públicos sobre el desarrollo del Sur insisten en la reducción de la pobreza, que en los últimos años se ha convertido en un objetivo prioritario de la comunidad internacional. Pese a todo, cuando analizamos la distribución de la AOD, nos damos cuenta de que la mayor parte de las ayudas no van destinadas a países muy pobres, como Níger o Santo Tomé y Príncipe, donde las inversiones son muy poco rentables, sino hacia países con muchas posibilidades económicas, donde el donante puede invertir y sacar beneficios, como China, Marruecos, Argelia o México (y,

evidentemente, se destinan a zonas urbanas, y no a zonas depauperadas, sin infraestructuras). Además, buena parte de la AOD no se orienta hacia acciones sociales en el ámbito de la sanidad, la educación o la agricultura de subsistencia, sino hacia sectores que reportan grandes beneficios. La mayor parte del gasto, con frecuencia, se destina a infraestructuras, lo que permite a las empresas constructoras del país donante acceder a nuevos mercados en el exterior (incluso se han ofrecido ayudas «al desarrollo» para la rehabilitación del mejor hotel de N'Djamena). En realidad, los

financiadores públicos evitan cuidadosamente hacer estudios del impacto social de sus proyectos, porque saben perfectamente que no están combatiendo la pobreza.

La primera condición de cualquier financiación de la AOD es que el país que la recibe debe trabajar mediante empresas del país donante. Estas empresas son consideradas como «agentes de desarrollo» por los organismos oficiales de cooperación: las petroleras son agentes de desarrollo, las constructoras también, lo son los supermercados... Se supone que los zapateros y los repartidores de butano

también deben ser «agentes de desarrollo».

Buena parte de las ayudas norteamericanas para la lucha contra el sida acaban en cuentas de empresas farmacéuticas de Estados Unidos. Las empresas francesas SOTRÉCOM y France Cable et Radio se metían en el bolsillo buena parte de la AOD gala en materia de telecomunicaciones. Y muchas empresas europeas de construcción han consolidado sus actividades en el continente africano gracias a la AOD. En realidad, en casi todos estos casos se podría hablar de inversiones, pero no de cooperación.

Cuando alguien abre un bar en un barrio, no está «cooperando» con el vecindario, sencillamente está tratando de ganarse la vida.

Esta utilización de la AOD no es exclusiva de los países occidentales. El país que practica con mayor habilidad el tándem negocio-cooperación es China, un territorio que se está desarrollando a un ritmo vertiginoso (y no gracias a la cooperación internacional). El Estado chino articula estrechamente su política africana con empresas públicas y privadas chinas; el gobierno otorga cooperación a los países africanos como contrapartida a los convenios

comerciales: puede ofrecer cooperación, incluso militar, a los regímenes más impresentables en las circunstancias más extremas. Las empresas petroleras chinas estuvieron trabajando en Sudán en plena guerra de Darfur (ya que el crudo africano es vital para China). Los chinos suelen ocultar celosamente los datos de su cooperación; pese a todo, se ha descubierto que algunos de sus proyectos han implicado un altísimo endeudamiento de los Estados africanos, lo que ha originado muchas críticas del Fondo Monetario Internacional.

En el negocio de la cooperación, la

inversión estrella es la llamada «ayuda reembolsable»; en realidad se trata de créditos a un bajo interés. Si un país africano quiere un puente, el gobierno francés subvenciona a una empresa francesa para que lo construya, y más tarde los africanos van pagándolo a crédito y con intereses. Estos créditos sirven para que los países occidentales se hagan competencia desleal entre ellos, ya que un gobierno africano contratará con mucha más facilidad a una constructora que ofrece un pago a plazos que a otra que no lo ofrece. Hay Estados, como España, que canalizan casi una cuarta parte de su AOD

mediante créditos. Los organismos internacionales y numerosos gobiernos regionales también ofrecen ayuda reembolsable: no quieren quedar excluidos del negocio del desarrollo.

FAD: la estafa más descarada

Un alto porcentaje de los presupuestos de la AOD, en la Unión Europea, se canalizan a través de los créditos Fondo de Ayuda al Desarrollo (FAD), que son contabilizados como

cooperación al desarrollo. La mayoría de estos créditos se conceden de forma muy turbia. Con frecuencia la iniciativa no surge de los gobiernos africanos ni de los europeos, sino de algún empresario con contacto con las administraciones del Norte y del Sur. Este individuo se presenta ante algún cargo de un gobierno africano y le ofrece la posibilidad de

crear alguna infraestructura o abrir algún negocio en su país, asegurándole que en caso de que esta propuesta progrese, contará con algún crédito europeo para su realización. El alto funcionario normalmente exige al empresario una buena comisión para defender este proyecto ante su gobierno, puesto que muchos de sus colegas también querrán sacar

tajada del asunto. A causa de todas estas corruptelas, las obras y servicios contratados con créditos FAD se pagan, de media, entre un 15 y un 50 por ciento más caros que el precio de mercado.

Además, con frecuencia estos proyectos no encajan en ningún plan de desarrollo, porque solo responden a intereses empresariales. Con los

FAD se financian desde hoteles de lujo hasta instalaciones para empresas pesqueras europeas. A veces con estos créditos se han pagado ventas de armas a gobiernos africanos, aunque últimamente esto es ilegal. España vendió camiones militares Pegaso a la dictadura de Siad Barre; lo disfrazaron contabilizándolos como «material para el

transporte terrestre». Angola, en plena guerra civil, recibió aviones y vehículos militares españoles mediante estos préstamos. Hay países que todavía hoy están pagando los intereses de estos créditos para armamento, otorgados a gobiernos altamente impopulares.

Al gobierno español, a pesar de todo, no le bastaban los FAD y decidió inventarse otro

mecanismo similar, el Fondo de Internacionalización de la Empresa, que se contabiliza parcialmente como ayuda oficial al desarrollo. De esta forma, el gobierno pretende satisfacer a sus empresarios, y a la vez trata de convencer a sus electores de que destina el 0,7 por ciento del PIB a ayudar al Tercer Mundo.

Cooperación armada

A veces los países del Norte cooperan con África para librarse de los problemas que les pueden llegar desde allí, como la inmigración (no es infrecuente que se envíe ayuda por insolidaridad, y no por solidaridad). Para los países africanos, la emigración no constituye ningún problema, ya que las remesas de dinero de los emigrantes ayudan a la supervivencia de millones de personas y son un pilar del crecimiento económico (como lo fueron, hace décadas, en el territorio español). Pero la Unión Europea y los países

europesos han incluido en los acuerdos de cooperación con los países africanos medidas en materia migratoria que refuerzan el control de la emigración y facilitan la repatriación de los «sin papeles». La Unión Europea ha instalado en Senegal un montón de guardias civiles españoles, con patrulleras, para impedir las salidas clandestinas de trabajadores. Durante la guerra fría se consideraba una barbaridad que un gobierno no dejara salir de su país a sus ciudadanos; ahora, en cambio, se exige a muchos regímenes africanos que controlen a sus ciudadanos y no los dejen salir. Lo llaman

«cooperación en materia migratoria».

Además de los guardias civiles enviados para controlar las migraciones ilegales, en los países africanos hay muchos otros militares del Norte. En realidad, la cooperación militar tiene mucha demanda. Casi todos los frágiles Estados africanos han firmado convenios en materia de defensa con estados capitalistas o comunistas (y, a veces, con los dos simultáneamente) para reforzar el gobierno existente ante el peligro latente de golpes de Estado o de intervenciones mercenarias. Los países del Norte están encantados de facilitar cooperación militar, ya que así

se garantizan una cierta influencia sobre sus aliados.

Muchas veces, el envío de asesores militares, helicópteros, kalashnikovs y tanques se presupuesta dentro de las partidas de cooperación. Y, ciertamente, en muchos casos, han «cooperado» en mantener a algunos dictadores en el poder, a pesar de las protestas de sus súbditos. Francia se ha especializado en mantener dictaduras a través de los convenios de «cooperación militar»: en diversas ocasiones ha salvado, *in extremis*, a los jefes de Estado de Gabón, Chad, Congo Brazzaville y Congo Kinshasa...

Cuando se desintegró la URSS, muchos países ex soviéticos se apresuraron a firmar tratados con gobiernos africanos. De esta forma, los aviones más roñosos de la compañía Aeroflot, que solían destinarse a los vuelos internos de Tayikistán o de Turkmenistán, se vendieron a países africanos (en algunos casos no se vendieron, sino que se alquilaron, con sus tripulaciones incorporadas). Con los desperdicios aéreos, llegaron los desperdicios humanos. Mercenarios ucranianos, letones, serbios y bielorrusos, algunos de ellos veteranos de Afganistán, fueron contratados por

diversos dictadores africanos para defenderse de su propio pueblo y de su propio ejército.

Los países del Norte también dedican muchos esfuerzos a la «cooperación policial» con los gobiernos africanos. A principios de los años noventa, los policías guineanos iban a estudiar a Zaragoza, llevaban el uniforme color mierda de la policía española, y conducían las «porqueras» (furgonetas) que en España se habían retirado por viejas. En muchos países francófonos la Gendarmería está entrenada por su homóloga francesa y sus miembros lucen su mismo uniforme y

su mismo quepis. Israel también tiene una amplia experiencia en este sector y ha «cooperado policialmente» con los regímenes más impresentables del continente, como el de Idi Amin en Uganda o el de Moussa Dadis Camara en Guinea Conakry. El gobierno de Estados Unidos también asesora a numerosas policías africanas, a veces a través de empresas privadas...

Uno de los únicos campos en que hay una fluida cooperación Sur-Sur es, justamente, en el campo policial y militar. Durante muchos años, Marruecos garantizaba, mediante el envío de guardaespaldas y militares de

élite, la seguridad de los presidentes de Gabón, Zaire y Guinea Ecuatorial. Libia asesoraba en materia de seguridad a diversos gobiernos antioccidentales (como el de Idi Amin Dada en Uganda o el de Thomas Sankara en Burkina Faso). Y la Etiopía de Mengistu envió torturadores a muchos países africanos para que enseñaran a sus colegas cómo tratar a los detenidos... colgándolos de una barra de hierro horizontal, en una posición muy dolorosa. Mientras están así atados, se les golpea repetidamente. Es la llamada «tortura etíope», el fruto más destacado de la cooperación policial interafricana.

Cooperación militar limitada

En el siglo XIX el rey merina de Madagascar se puso en contacto con los ingleses y les pidió asesores militares. Éstos le enviaron misioneros y lingüistas, para que se dedicara a preparar la paz mientras ellos se preparaban para la guerra encuadrando uno de los ejércitos más potentes del planeta. En

realidad, la cooperación militar de los países del Norte con sus aliados del Sur siempre se ha racionado estrictamente: desde tiempos de la trata de esclavos, Occidente nunca ha entregado a los africanos las armas más modernas, para así preservar su superioridad militar.

Idi Amin Dada, el dictador ugandés, recibió la cooperación militar de Israel, pero su ejército

nunca dejó de ser un desastre; cuando Uganda cambió de alianzas y colaboró con las organizaciones armadas palestinas en el secuestro de un avión israelí, las fuerzas israelíes aniquilaron a sus ex discípulos ugandeses en el veloz raid aéreo de Entebbe. Las fuerzas francesas que habían colaborado con el «emperador» Bokassa durante años, instruyendo

a sus militares, fueron las mismas que lo depusieron en solo unas horas...

Algunas ONG proponen dejar de vender armas a los países africanos (pero, en cambio, no cuestionan que se vendan a Europa, quizá porque creen que los europeos están más capacitados que los africanos para utilizarlas). Quizá sería bueno plantearse que si

los africanos se quedan sin armas, serán todavía más vulnerables a las injerencias militares del poderoso Norte, que está dispuesto a intervenir en África con sus armas cada vez que sus intereses económicos o estratégicos peligren.

Todo por la foto

Camerún está lleno de dispensarios abandonados/Tienen paredes, ventanas y

puertas, pero carecen de camas, ambulancias, vendas, esparadrapo, tijeras y personal. Están vacíos. El Estado tiene problemas para reclutar a funcionarios y algunos centros sanitarios están cerrados porque no puede enviarles médicos ni enfermeros. Muchos de estos centros fueron contruidos por la ayuda exterior. Alguna institución del Norte decidió subvencionar la creación de los mismos, sin siquiera preguntarse cómo demonios conseguiría el Estado camerunés mantenerlo en funcionamiento. Cuando se acabaron las obras, se colgó una inmensa placa en la entrada del edificio,

en la que se indicaba que aquel dispensario había sido financiado por determinado gobierno o por cierto consejo regional. Algún político del Norte fue al acto de entrega del edificio y se hizo las fotos de rigor, que más adelante aparecieron en lugar destacado en la propaganda institucional que pagan religiosamente todos los contribuyentes. Los votantes del Norte vieron a su candidato librando un centro sanitario a unos negros inmensamente agradecidos. Quizás incluso se sintieron un poco bien pensando que, por una vez, sus impuestos iban destinados a una buena causa. Muchos de estos votantes jamás

llegarían a saber que ese dispensario nunca funcionó. Tampoco sabrían que la gran campaña de envío de medicamentos contra el sida que se hizo en Senegal en 2008 fue un fraude: en las imágenes reproducidas en los medios de comunicación de todo el mundo se veían grandes cargamentos de cajas de medicamentos, pero era imposible darse cuenta de que aquellos productos caducaban al cabo de dos meses.

La mayor parte de los ciudadanos del Norte votan, pero desconfían de los políticos. No les falta razón: cada vez es más evidente que hay un alto porcentaje de políticos ineptos, un alto porcentaje

de políticos corruptos y un alto porcentaje de políticos ineptos y corruptos. Ellos saben que los ciudadanos sospechan que son unos inútiles y unos corruptos, y por ello deben estar perpetuamente en campaña para mejorar su imagen. La cooperación al desarrollo, con todos los valores positivos que los medios de comunicación le otorgan, constituye un mecanismo magnífico para promocionarse. Con mucha frecuencia a los impulsores de los proyectos no les importa lo más mínimo si un proyecto sale bien o mal; lo que les interesa, básicamente, es que la foto salga bien.

En lenguaje de la cooperación a eso se le llama «visibilidad»: cuando una ONG pide una subvención para un proyecto de cooperación, el posible financiador exige que se le detalle cómo quedará bien claro que ese proyecto ha sido financiado por él.

La máxima ilusión de cualquier alcalde de pueblo es que un misionero originario de su localidad le pida hermanar su municipio con cualquier aldea de África. Que se sepa, un hermanamiento no ha servido nunca para desarrollar ningún lugar, pero en cambio da infinitas posibilidades para hacerse fotos. Y los africanos, que saben muy

bien lo que buscan los europeos en sus países, han sabido responder a estas expectativas de forma inmejorable. Cuando cualquier ministro, director general, alcalde, concejal o eurodiputado visita un pueblo africano, es acogido con una bienvenida impresionante. Los africanos reciben a los políticos europeos mucho mejor que a sus propios electores: cuando llegan a cualquier parte, encuentran danzas tradicionales esperándoles, niños con banderolas, arcos de bienvenida hechos con hojas de palma... Les ofrecen una cabra o una gallina, y brindan con ellos con una calabaza de vino de palma...

Los fotógrafos aprovechan la ocasión para inmortalizar al político europeo en cada uno de estos momentos (eso sí, si el individuo en cuestión acaba pasando la noche con alguna guapa autóctona ofrecida por las autoridades locales, como es frecuente, guardan las cámaras para mejor ocasión).

Los políticos del Norte buscan como desesperados proyectos espectaculares que les ayuden a ganar popularidad entre sus votantes. Cada vez que se produce un tsunami, unas inundaciones, un huracán o un terremoto, mientras los equipos de rescate tratan de salvar a los que todavía puedan estar con vida,

llegan decenas de políticos para dejar bien claro su apoyo a las víctimas (sin importarles lo más mínimo las dificultades que provocan en las labores de salvamento). La muerte atrae tanto a los políticos como a las moscas. Los organismos oficiales de cooperación saben que donde hay desgracias, hay periodistas, y por ello ante una desgracia se apresuran a enviar sus equipos de socorro de la forma lo más espectacular posible: quieren que el votante se identifique con un gobierno que ayuda a los más desgraciados (a veces ni siquiera se avergüenzan de pedir donaciones, como si fueran una

ONG más). Pero la actitud solidaria con frecuencia solo dura lo que duran los periodistas sobre el terreno. En 1994, cuando hubo el genocidio de Ruanda, los donantes internacionales se volcaron sobre este país (incluso los ayuntamientos de pequeños pueblos catalanes, sin ningún conocimiento de África, querían enviar ayuda a los ruandeses). Pero cuando este país dejó de salir en los titulares de los periódicos, todo el mundo se retiró. La cooperación oficial española, que en 1994 figuraba entre los grandes donantes de Ruanda, en 1997 no destinó ni un duro a este país, aunque las

consecuencias del genocidio todavía eran evidentes.

Los Estados africanos más ricos se han sumado a la cooperación, como un instrumento más de promoción internacional. El presidente libio Muamar el Gadafi, cuando era presidente de turno de la Unión Africana, regaló a Guinea Bissau un lote integrado por cuatro todoterrenos, doscientos cincuenta pares de botas, diez fotocopiadoras y algunas cosas más. Por desgracia, todavía no se han evaluado los efectos de este singular regalo sobre el desarrollo bissauense. El presidente de Guinea Ecuatorial,

Obiang Nguema, también es especialista en operaciones de imagen a base de ayuda internacional. En 2004 envió 200.000 dólares a los países asiáticos afectados por el tsunami. Dicen que el donativo se empleó para restaurar el suministro eléctrico en algunos pueblos de la región. En esos momentos, muy pocos pueblos de Guinea Ecuatorial disponían de energía eléctrica.

La letra pequeña

Los que dan ponen condiciones a los que quieren recibir. En un principio aplican la «condicionalidad positiva»: mediante reuniones, cursillos y seminarios tratan

de convencer a los gobernantes y funcionarios africanos para que hagan lo que ellos quieren. Lo llaman «diálogo de políticas», aunque, evidentemente no hay ningún diálogo: los Estados del Norte esperan que los Estados africanos actúen como ellos quieren y basta. Si la «condicionalidad positiva» no funciona, se aplica la «condicionalidad negativa»: se bloquea la cooperación y se paralizan los créditos y la condonación de la deuda hasta que el del Sur rectifica y acepta los dictados de los donantes. Los Estados y los diferentes poderes del Norte aprovechan la ayuda como un medio para influir en el Sur y para

conseguir que los países africanos apliquen aquellas políticas que más les interesan.

Desde que se creó el Fondo Monetario Internacional (FMI), en 1944, este organismo ha asociado desarrollo con difusión del capitalismo. Pero en los últimos años, los organismos internacionales, liderados por el Banco Mundial y el FMI, se han obsesionado en conseguir algo más: la plena liberalización de los mercados en todo el planeta. Y estos han marcado la pauta que siguen las agencias de la ONU y casi todas las instituciones dedicadas a la ayuda internacional. Se dice que para

que haya desarrollo es imprescindible una apertura de los mercados y una privatización de las empresas públicas y, de forma secundaria, se vincula el progreso económico a la democratización, al respeto al medio ambiente y a la promoción de los derechos de la mujer.

En los últimos tiempos, estos principios se han convertido en la Biblia del desarrollo (sea lo que sea el dichoso «desarrollo»). La Organización Mundial de la Salud (OMS) apuesta decididamente por la privatización de parte del sistema sanitario. La Unión Fxiropea, en sus políticas de

cooperación, sigue las mismas pautas. Cuando se refiere a la cooperación en África en materia de agricultura insiste en la necesidad de «redefinir los derechos de propiedad» y de «promover el sector privado» (una política agraria con la que coincide plenamente el Banco Mundial, pero que despierta muchos recelos en África, donde la propiedad comunal se mantiene en pleno vigor y es la base de la supervivencia para muchas personas). En muchos convenios internacionales se obliga a los países africanos a suprimir sus barreras arancelarias, lo cual a veces tiene efectos nocivos para determinados

productos clave de la economía africana. Desde mediados de la década de 1980 hasta el año 2000, las conferencias de donantes impusieron numerosos planes de ajuste estructural (PAE) a los países africanos. Estaban diseñados para dar primacía a la economía de exportación, y así garantizar que África lograra divisas y pudiera pagar su deuda externa. Estos PAE, destinados a mejorar la competitividad del continente a medio plazo, tuvieron unos efectos desastrosos para la población más desfavorecida a corto plazo, ya que fueron acompañados de despidos masivos y de recortes en el

gasto social. Empezaron a faltar maestros, se empezó a cobrar matrícula en las escuelas públicas...

Los donantes, a la vez que promovían políticas con altos costes sociales, enviaban a ONG sobre el terreno para paliar los efectos de estas medidas. Pretendían que actuaran como «bomberos de la pobreza», pero en la mayor parte de los casos estas organizaciones se mostraron impotentes para actuar ante la magnitud del desastre. En realidad, las ONG también formaban parte del programa liberal: era necesario recortar al máximo el poder del Estado, y encargar los servicios que

este ofrecía anteriormente a actores privados. Los efectos nocivos de los PAE fueron especialmente graves en los territorios más pobres de África, ya que las inversiones extranjeras solo llegaron a aquellas zonas donde había minerales o recursos estratégicos. Muchos países, al bloquear sus inversiones en educación y en infraestructuras, vieron paralizado su progreso. Finalmente, los donantes reconocieron que muchos de estos planes no eran adecuados, pero pese a todo se negaron a aceptar ninguna responsabilidad por el fracaso de unas políticas que ellos habían diseñado e impuesto.

De la exigencia de la democracia al despotismo ilustrado

En 1990 el presidente francés François Mitterrand dejó boquiabiertos a sus homólogos del África francófona cuando, en la Conferencia de La Baule, les anunció que a partir de ese momento no todos podrían recibir ayudas de Francia: la antigua metrópolis solo ayudaría a aquellos países que tuvieran gobiernos democráticos. Muchos de los que estaban sentados a aquella mesa eran dictadores que habían accedido al poder mediante golpes de Estado y que administraban sus países como si fueran

su cortijo. Cuando los autócratas africanos todavía no se habían recuperado de este susto, la Unión Europea (UE) les anunció que para formar parte de los acuerdos comerciales entre la UE y la zona África-Caribe-Pacífico (ACP), deberían democratizar sus regímenes. Inmediatamente el gobierno norteamericano y los organismos internacionales se sumaron a esta posición.

Muchos gobernantes africanos llevaban décadas en el poder y habían cometido todo tipo de barbaridades con el objetivo de permanecer en el cargo.

No estaban dispuestos a dejar aquello que tanto les había costado mantener. Pero ante las presiones internacionales se vieron obligados a disimular: algunos consiguieron mantenerse en el poder y siguieron expoliando los recursos del Estado, pero tuvieron que tolerar el multipartidismo y convocar elecciones (aunque, gracias a la persecución de los opositores y al fraude las ganaban sin problemas, a veces con más del 99 por ciento de los votos). En muchos países, la condicionalidad política fracasó estrepitosamente, pero en otros la población, entusiasmada por el apoyo extranjero a la democratización,

consiguió deponer al dictador de turno y establecer un régimen realmente democrático.

La exigencia internacional de democratización iba asociada, en los años noventa, al discurso del «buen gobierno». Se argumentaba que los gobiernos democráticos serían más eficaces porque responderían a los intereses colectivos y favorecerían el desarrollo económico (en realidad, la comunidad internacional frecuentemente no valoraba la democracia *per se*, sino solo como un medio para aumentar la producción). Pero la comunidad internacional, paulatinamente, fue

cediendo a la resistencia de los dictadores africanos. Tras una temporada de tensiones y disputas resurgieron las viejas alianzas: el presidente francés volvió a abrazar a los autócratas africanos, disfrazados ahora de demócratas. El presidente angoleño, José Eduardo dos Santos, fue un fiel aliado de la Unión Soviética hasta que esta se desintegró; ahora dirige un régimen profundamente corrupto y terriblemente autoritario, pero convoca elecciones y las gana por «solo» el 81 por ciento de los votos. Como controla una parte sustancial del petróleo africano, no hay quien lo critique.

El «buen gobierno» ya no se interpreta como el gobierno representativo, el gobierno del pueblo, sino solamente como un gobierno eficaz. Tras un periodo marcado por las presiones políticas sobre los autócratas, la cooperación se vació de cualquier contenido democratizador. Ya no era importante que un gobierno respondiera a la voluntad popular, sino únicamente que incluyera en sus políticas tres «cuestiones transversales»: la situación de la mujer, el medio ambiente y el buen funcionamiento de las instituciones. Se daba prioridad a lo políticamente correcto y se negaba cualquier problema

político de fondo. Se consideraba secundario el encarcelamiento de opositores, el fraude, el robo de los recursos del Estado, la imposición al pueblo de determinadas políticas... Lo que se valoraba de forma prioritaria era la eficacia de las instituciones.

Los dictadores africanos, ante esta situación, encontraron una solución muy simple: promulgar continuamente leyes que respondieran a las exigencias de los donantes, sin ninguna voluntad de cumplirlas. Además, firman documentos en los que se comprometen a gestionar sus presupuestos con transparencia, a preservar el medio ambiente, a aumentar

el gasto social, a suprimir la tortura, a permitir la libertad de prensa... Saben que nadie vendrá a pasarles factura, nunca. Hay países africanos que han firmado todo tipo de convenciones internacionales sobre el respeto a los derechos humanos en los que la policía puede detener a una mujer porque quiere interrogar a su marido y no lo encuentra (y la mantendrá encarcelada, como rehén, hasta que el marido aparezca). En estos países la policía tortura por sistema y las prisiones están llenas de individuos contra los cuales no se ha formulado ninguna acusación: se les ha encerrado por orden de algún comisario

que no lo ha notificado al juez. También hay algunos presos que han sido encarcelados por orden de un ministro, de un diputado, de un alcalde o, incluso, de un primo del presidente. Eso sí, en el ordenamiento jurídico de estos países queda bien claro que nadie puede ser detenido sin ser acusado de un determinado delito y presentado ante el juez.

Pero la cooperación siempre encuentra un remedio para los problemas del continente africano. Para hacer frente a esta situación de falta de respeto a los derechos de los ciudadanos en ciertos países africanos,

las instituciones europeas han hallado una solución ideal: educan a los ciudadanos para explicarles cuáles son sus derechos. Los funcionarios europeos estaban muy preocupados por cómo funcionaba la justicia en un país africano en el que los condenados a muerte eran colgados media hora después de ser condenados por un tribunal militar, sin ninguna prueba en su contra, y sin darles ni siquiera la posibilidad de apelar. La Unión Europea lo resolvió editando una «Guía de acceso a la Justicia», que distribuía entre los ciudadanos de este país. Al parecer, las mentes pensantes de Bruselas creían que si la justicia no

funcionaba era porque los ciudadanos no sabían como usarla.

La Unión Europea asegura que en África hay «administraciones anquilosadas y muy ineficientes» para no reconocer que las administraciones de algunos países africanos son muy dinámicas y tremendamente eficientes para su objetivo principal: preservar el poder de los autócratas. Muchos políticos europeos consideran que los gobernantes africanos son unos bobos; «no saben hacer nada», afirmaba con autocomplacencia un destacado político catalán, refiriéndose a los dirigentes de un país que habían desviado buena parte

del presupuesto del Estado a sus cuentas particulares y que al cabo de unos meses ganarían las elecciones con un 95 por ciento de los votos. Generalmente, los gobernantes africanos, que son muy astutos, piensan lo mismo de los políticos europeos: que son unos bobos.

La zanahoria y el palo

La cooperación busca el beneficio del país donante. Y, pese a todo, representa la cara más amable de las relaciones internacionales: pretende mejorar la situación de los más débiles, aunque refuerza el bienestar de los más fuertes. Pero la política exterior es uno de los

ámbitos más despiadados de la política: los gobiernos del Norte, mientras preparan campañas de imagen enviando cooperación a África, no dudan en aprovecharse de su hegemonía para explotar a los países africanos.

En los medios de comunicación, hace algunos años, se habló mucho de las ayudas que se enviaban a los países del Sahel para combatir la sequía. En esos momentos fueron muy pocos los que se preguntaron porqué no la combatían los malienses o los chadianos por sí mismos. Y la respuesta era bien simple: no lo hacían porque no tenían recursos. Y eso era así porque tenían

problemas para vender su algodón, una de las principales producciones de la zona. El algodón del Sahel debía pagar unos fuertes aranceles para entrar en Estados Unidos y en otros países del Norte (ya que algunos de ellos también producen algodón). Además, los campesinos del Sahel debían espabilarse por sí mismos, en tanto que los campesinos de los países occidentales eran subvencionados por sus gobiernos, que les ofrecían carburante a precio económico, ayudas en caso de granizada, subvenciones para el turismo rural... El algodón del Sahel no podía ser competitivo, no porque el

Norte produjera algodón más barato, sino porque les hacía la competencia desleal. A los gobiernos del Norte les resultaba más simple enviar semillas de árboles, para que los habitantes del Sahel lucharan contra la desertización, que dejar entrar el algodón de esta región en sus mercados, lo que hubiera provocado las protestas de su propio campesinado. El del algodón no es un caso aislado: el Norte bloquea la entrada de un gran número de productos del Sur que son estratégicos para África.

Además, durante mucho tiempo los Estados europeos explotaron a los países africanos mediante la deuda

externa. Con los intereses de la misma, Europa ha sacado mucho más de África de lo que le ha dado en cooperación. En muchos casos los préstamos internacionales sirvieron para financiar proyectos sin ninguna viabilidad; en otros fueron a parar, directamente, a las cuentas suizas de dirigentes corruptos. Los que dejaban el dinero sabían perfectamente que este se malversaba. Al cabo de unos años, los países africanos se vieron obligados a pedir nuevos préstamos para cubrir los intereses de los anteriores. Muchos estados destinan más dinero al servicio de la deuda que a su ministerio de

Educación. El Fondo Monetario Internacional presiona continuamente a la República Democrática del Congo para que pague los intereses de las deudas contraídas por Mobutu, aunque es consciente de que cuando se dieron estos créditos se sabía perfectamente que serían desviados por el dictador... Lo decían los mismos informes del FMI.

Además, el Norte explota a África mediante los acuerdos de pesca, que acostumbran a resultar nocivos para la pesca artesanal, y también mediante el uso abusivo de las leyes de patentes: millones de africanos no podían acceder a los medicamentos contra el sida a

causa de las maniobras de las grandes farmacéuticas (que se defendían alegando la protección de la propiedad intelectual).

Despilfarrar para desarrollar

La ayuda oficial al desarrollo puede resultar extremadamente cara. En 1979 el gobierno español decidió, por primera vez, involucrarse en un gran proyecto de cooperación. En Guinea Ecuatorial había caído la dictadura del hispanóphobo Francisco Macías Nguema y acababa de tomar el poder un joven teniente coronel, Teodoro Obiang Nguema, que había pasado por la

academia militar de Zaragoza y que llegaba lanzando proclamas de amistad eterna entre su país y la antigua metrópolis. El régimen de Macías había dejado el país arrasado y el gobierno español trató de cubrir todas las necesidades existentes. El embajador español, Graullera, se reunía cada mañana con el nuevo jefe de Estado y este elaboraba diariamente la lista de todo lo que necesitaba. Y cada domingo, en el vuelo de Iberia Madrid-Malabo llegaban las peticiones presidenciales: desde uniformes deportivos para la selección nacional de fútbol hasta los alimentos favoritos de la cúpula del

país.

Una parte sustancial del presupuesto de este gran proyecto de reconstrucción lo absorbía un grupo de centenares de médicos, enfermeras y maestros que pretendían hacerse cargo del conjunto de la estructura educativa y sanitaria del país. Cuando llegaron, al no encontrar alojamientos en condiciones, se tuvo que alquilar un barco de pasajeros que cumplía las funciones de hotel amarrado en el puerto de Malabo. Más tarde, el gobierno español se vio obligado construir sendos barrios de viviendas en Malabo y en Bata (para los cuales se contrató a jardineros, administradores,

cocineras, criadas, chóferes y vigilantes). Como no había medios de comunicación para llevar a los cooperantes de una ciudad a otra, se trajeron dos pequeños aparatos militares modelo Aviocar. Pero dado que el país no contaba con un servicio de reparación de aviones, cada mes tenía que viajar a Guinea Ecuatorial un gran avión Hércules del ejército del Aire español con mecánicos y con todos los repuestos necesarios para el mantenimiento de los Aviocares. Y también una vez al mes llegaban dos contenedores para los cooperantes: uno a Malabo y el otro a Bata. En ellos se

acumulaban desde cepillos de dientes hasta latas de patés (sin olvidar unas cuantas cajas de vino de categoría). Evidentemente, el coste de todo este operativo era astronómico y, con el tiempo, se tuvo que reducir.

El desembarco español en Guinea Ecuatorial de 1979 representa un caso extremo de malversación de dinero en el seno de la ayuda oficial al desarrollo, pero casi todos los proyectos gestionados por gobiernos salen carísimos. Un alto porcentaje del gasto público en cooperación se destina a los salarios de los técnicos expatriados y a la adquisición en el exterior de bienes

para ellos. El salario de los técnicos de la AOD es tan alto que a veces supone más del 50 por ciento del presupuesto de los proyectos. Los que trabajan para las agencias de la ONU pueden cobrar donde quieran, y muchos de ellos tienen cuentas abiertas en las Bahamas o en otros paraísos fiscales. Las necesidades del personal encargado de la AOD son extrañas y desmesuradas: normalmente incluyen coches de lujo y aparatos de aire acondicionado (todo libre de impuestos); y pueden alcanzar metas insospechadas. En la oficina de UNICEF en Malabo el personal extranjero exigía leche semidesnatada, en un momento en

que pocos habitantes de esta ciudad se podían permitir el lujo de consumir leche y en que muchos menos podían sospechar la existencia de un producto como la leche semidesnatada. Abdoulaye Bio-Tchané, un economista beninés que fue director de la sección africana del Fondo Monetario Internacional y presidente del Banco de Desarrollo del África Occidental, aseguraba que solo el 46 por ciento del dinero destinado a la AOD llega realmente a sus beneficiarios.

Buena parte de la AOD es muy poco transparente, ya que circula a través de organismos multilaterales que actúan de

forma muy opaca y que son escasísimamente conocidos entre los ciudadanos (como el Banco Africano de Desarrollo, BAD, o la Organización para la Agricultura y la Alimentación, FAO). En realidad, más del 40 por ciento de la AOD española se canaliza a través de la Unión Europea, los organismos financieros internacionales y otros donantes multinacionales. Los ciudadanos tienen muy pocas posibilidades de hacer un seguimiento de estas ayudas, y ni siquiera hay un Parlamento que pueda fiscalizar estos gastos adecuadamente. Solo hubo un intento serio de control de estas

instituciones. En 1998 el gobierno de Estados Unidos encargó a la Comisión Meltzer que evaluara el funcionamiento de los organismos multinacionales en que este país participaba. Los resultados fueron pésimos.

**La ayuda más cara,
con más cara**

La Agencia Catalana de
Cooperació al
Desenvolupament
(ACCD) nació como una
herramienta de
promoción exterior de la

catalanidad más que como una institución de cooperación. Con el tiempo trató de convertirse en un organismo de cooperación «normal», pero jamás se caracterizó por la espectacularidad de sus acciones. Muchos ciudadanos no sabían siquiera que existía hasta que en 2009 la Sindicatura de Comptes (el organismo de la

Generalitat que vela por la corrección del gasto público) hizo una inspección en la ACCD y detectó numerosas irregularidades. Se constató que más de la mitad de los funcionarios tenían tarjetas de crédito, y que algunos las continuaban utilizando incluso cuando estaban en situación de excedencia. Al director de la institución le habían avanzado 1.500

euros, sin ningún justificante, y en la caja faltaban 3.792 dólares, que finalmente se repusieron al cabo de algunos días. Los funcionarios iban a comer a cargo de la ACCD —argumentando que era por trabajo— pero pagaban con tiques restaurante, de tal forma que se quedaban con el dinero de la comida. También se descubrió que la concesión de

ayudas no era transparente, ya que se daban subvenciones a proyectos valorados con puntuaciones muy bajas por los técnicos de la misma ACCD.

Los funcionarios de la Agencia se habían ventilado un dinero que, en principio, se debería haber distribuido entre las ONG para hacer cooperación.

Curiosamente, todas las ONG callaron. Mientras

la oposición denunciaba el caso en el Parlament de Catalunya, las organizaciones humanitarias se hacían los suecos. Todas temían que, si protestaban, en represalia se les pudieran negar otras subvenciones en el futuro.

Cada uno a lo suyo

Los donantes son muy volubles, y se

dejan llevar por las modas. Cuando algún organismo prestigioso, como la cooperación alemana, se dedica a construir granjas de ratas y otros roedores, todos los donantes pasan a imitarlos; cuando los alemanes se cansan y deciden cavar letrinas, todos a cavar letrinas...

En África intervienen miles de organismos de cooperación, entre gobiernos, organismos multilaterales, regiones, ayuntamientos, ONG, universidades, hospitales, sindicatos, cuerpos de bomberos, bibliotecas... La mayoría de estos organismos van a su aire: solo responden a sus prioridades y

no se coordinan ni con el gobierno receptor ni con los otros donantes. El economista Bio-Tchané calcula que solo un 20 por ciento de las acciones de cooperación están coordinadas. En muchos casos los financiadores provocan que la ayuda sea ingobernable y después acusan a los receptores de no gestionarla bien.

Esta falta de coordinación lleva a situaciones absurdas. Un instituto puede tener el apoyo de cinco o seis donantes, mientras que el de la comarca vecina no recibe ningún soporte exterior. La lucha contra el sida se ha convertido en una prioridad absoluta para muchos

donantes, pero para dotar de más recursos a este ámbito, con frecuencia se han retirado fondos a la red sanitaria general. Hay hospitales en África que solo disponen de un vehículo y de un laboratorio, pero ambos están infrautilizados porque, por expresa voluntad del donante de turno, se los destina exclusivamente a la lucha contra el sida. De esta forma, faltan recursos para luchar contra otras enfermedades, como el paludismo, que provocan una mortalidad más elevada que el sida.

Guinea Bissau:

cooperación fallida

Guinea Bissau es uno de los Estados africanos en que la cooperación juega un papel más importante en el aspecto económico. La actividad empresarial es mínima y tanto los grandes hoteles como las pequeñas pensiones viven de la afluencia de cooperantes. Aunque es el PALOP (País Africano de Lengua Oficial Portuguesa) que más ayuda per cápita ha

recibido desde la independencia, sigue en la cola de las estadísticas mundiales. El gobierno de Bissau, sin recursos para nada, acepta cualquier proyecto que le presente cualquier financiador. Y allí actúan de muchos tipos: Estados europeos, como Francia, Portugal y España; Estados africanos, como Angola, Senegal o Guinea Conakry; organismos

multilaterales, como la Unión Europea, la Unión Africana (UA) o la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa (CPLP)... Muchos de estos financiadores aprovechan la debilidad del Estado para imponerle sus proyectos y no es infrecuente que actúen al margen de las autoridades locales.

Cada donante sigue su propia estrategia, y cada uno utiliza la

cooperación con
objetivos diferentes, a
veces incluso
contradictorios: Portugal
quiere consolidar su
presencia en el país
frente a los intentos
franceses de absorberlo
dentro del área
francófona; Senegal
desea lograr la
destrucción de las bases
de los independentistas
de Casamance en Bissau;
la UE trata de evitar que
este microestado se

convierta en una escala del narcotráfico entre América y Europa; España emplea Bissau como un vertedero donde repatriar a los inmigrantes ilegales del África Occidental; Angola trata de hacerse con el control de las minas de bauxita...

Cuando circulas por el centro de la ciudad de Bissau encuentras coches de cooperación en todas las esquinas. Incluso hay

varios del Programa de Control de Armas Ligeras de la ONU, destinados, principalmente, al Barrio Militar de la ciudad, considerado una zona de alto riesgo porque allí, una vez, una chica mató a su novio de un botellazo (en cambio, este programa de la ONU no actúa en algunos suburbios de París, obviamente mucho más peligrosos). Ante los

grandes restaurantes de la ciudad siempre hay una hilera de coches de cooperación: son los mismos que los fines de semana se acumulan en algunas aldeas de los alrededores de Bissau, donde están los chiringuitos en los que se preparan gallinas *da terra* a la brasa y ostras.

Pero cuando te adentras en el país, la cooperación se hace invisible: no encuentras

hospitales, ni escuelas,
ni nada especial que
valga mucho dinero, más
allá de la mejora de los
principales ejes viarios a
cargo de empresas
europeas subvencionadas
por la UE. La mayor
parte de la cooperación
se destina, en realidad, a
tratar de mantener con
vida un Estado agónico,
que tiene grandes
problemas para
funcionar con
normalidad. Con los

ingresos propios, el Estado solo cubre un 20 por ciento de su presupuesto. Con frecuencia los funcionarios pasan meses sin cobrar. Las instituciones no disponen de fondos ni para comprar mobiliario para sus oficinas. Los donantes inyectan continuamente grandes cantidades de dinero al Estado para que no quiebre. Buena parte de

este va directamente a manos del ejército, que se lleva una buena tajada de la cooperación. Y los militares, subvencionados por la ayuda, se pasan el día conspirando y dando golpes de Estado para controlar el aparato de gobierno. Pero la comunidad internacional, donde hay problemas, encuentra soluciones: se ha decidido otorgar más cooperación a Bissau

con el objetivo de
controlar al ejército.

La ruina de la cooperación

Antes de que existiera Internet, en todas las oficinas de las agencias de la ONU de todo el mundo había una habitación reservada al *Manual de procedimientos*. Era una obra de decenas de volúmenes en que se detallaba cómo se tenía que redactar cada uno de los numerosísimos documentos que sus sedes centrales reclamaban continuamente. Ahora,

gracias a Internet, se ahorra espacio en las oficinas y se salvan muchos bosques, pero los procedimientos siguen siendo igual de precisos e igual de molestos. El personal de la ONU se pasa horas y horas descifrando tediosos documentos para producir nuevos papeles que a su vez serán rebatidos en prolijos informes que, en muchos casos, no servirán para nada. Mucha gente se pasa el día redactando informes de eficacia más que dudosa.

Pero el problema de la cooperación no se limita a una cuestión de inoperancia. La ayuda no solo no siempre tiene efectos positivos sobre el

terreno, sino que, además, en ocasiones puede tener efectos extremadamente perniciosos. Los economistas han constatado que en aquellos países en que llega ayuda en grandes cantidades y la cooperación supone un alto porcentaje del PIB, los precios de las mercancías aumentan de forma incontrolable. Pero los ingresos de la cooperación no benefician a toda la población, porque la ayuda tiende a concentrarse en determinados sectores de la sociedad. La inflación hace que empeore el nivel de vida de los que no se benefician directamente de la cooperación (generalmente, los sectores más

desfavorecidos de la sociedad). Así pues, para algunos africanos, más cooperación quiere decir más dificultades.

Cooperación: la revolución imposible

Hace ya algún tiempo que los donantes se han dado cuenta de que es imposible dirigir el desarrollo de toda África desde Nueva York o París. En el fondo reconocen que el

mecanismo de cooperación aplicado hasta ahora no era el adecuado. A partir del año 2005 se empezaron a redefinir los protocolos de trabajo de la ayuda internacional. Se decidió que los responsables últimos del desarrollo debían ser los gobiernos africanos; los organismos de ayuda les darían apoyo, pero los ejecutivos africanos serían los encargados de

diseñar las estrategias de desarrollo y de ponerlas en práctica. En el fondo, lo más simple sería que los donantes del Norte transfirieran dinero a los gobiernos africanos para que estos aplicaran las políticas que quisieran como desearan. El problema es que los financiadores, con razón, no se fían de los gobiernos africanos. No es posible aplicar las nuevas directrices de la

cooperación si no hay confianza mutua. Y no es fácil confiar en algunos líderes que desde hace décadas se dedican al pillaje de la ayuda internacional.

Capítulo VI

El diseño de las políticas de cooperación. Todo para África pero sin África

A las ocho de la mañana, en un país centroafricano, a las puertas de la delegación de UNICEF (la agencia de la ONU para la infancia) se reúnen una cuarentena de personas, bien trajeadas, portando aparatosas carteras. Impera un ambiente de salida escolar: las bromas ingenuas se repiten. Con una puntualidad insólita en estas latitudes, aparecen unos pequeños microbuses en los que se

introducen todos los presentes; como por casualidad, todos los blancos entran en el mismo vehículo.

Los viajeros no se dirigen a ninguna actividad lúdica: van a una reunión entre UNICEF y el gobierno local para discutir los futuros proyectos de cooperación. A pesar del buen humor reinante, muchos de los altos funcionarios africanos presentes no muestran el menor interés hacia los proyectos de cooperación: les importa un pito si los niños van a la prisión o al reformatorio, y no les preocupa cuántas mosquiteras se deben repartir para los bebés del país. Por tanto, *a priori* no

tienen ningún interés en debatir estrategias de desarrollo. Pero para aprobar un programa de cooperación, UNICEF, al igual que otros organismos internacionales, exige que este se haya discutido previamente con todos los departamentos gubernamentales que de alguna forma puedan verse afectados por él. La delegación nacional de UNICEF, para lograr un cierto quorum en estos debates, se había planteado la posibilidad de pagar a los asistentes, pero sus reglamentos impiden establecer salarios para los funcionarios locales. Solo se les puede retribuir mediante dietas. Y los organismos internacionales

tienen unas normas muy estrictas: nada más se pueden ofrecer dietas cuando la gente se desplace más de cuarenta kilómetros.

Justamente por eso, los participantes salen de la capital y se desplazan todos juntos a una localidad situada a poco más de 40 kilómetros de distancia; tras la reunión, la organización se encargará de devolverlos a la ciudad. Gracias a esta cifra mágica, cuarenta, UNICEF puede retribuir espléndidamente no solo a los funcionarios del gobierno, sino también a su propio personal (eso explica la alegría de todos los asistentes). De esta forma, si bien

Naciones Unidas no ha conseguido acabar con la pobreza en África Central, se ha convertido en la agencia de viajes más eficaz de esta parte del planeta. Transporte, catering, distribución de materiales, generadores eléctricos, ordenadores, fotocopadoras, proyectores... todo funciona a la perfección.

La sala de reuniones parece más una escuela que un espacio para una reunión oficial. Unas sillas en círculo y, a su alrededor, una docena de murales cubiertos de papel de embalaje. A cada asistente, al llegar, le entregan rotuladores de colores y unas pequeñas

cartulinas de formas y colores diferentes. El moderador («facilitador» en terminología de desarrollo) empieza la sesión apuntando:

—Que cada uno de ustedes piense en tres problemas de la infancia de este país y que los escriba, en color negro, en una cartulina circular de color rojo.

Los asistentes, de forma disciplinada y a ritmo de tortuga, llenan los círculos. Una vez recogidas las sugerencias, se cuelgan en un mural, agrupando aquellas que tienen contenidos similares.

—Bien, ahora ya tenemos los problemas principales. ¿Cómo creen que se puede solucionar el paludismo?

Escriban tres propuestas, en color azul, en una cartulina cuadrada verde...

Alguien podría pensar que este sistema es el que se utiliza desde hace años en las guarderías, en todos aquellos países en que las guarderías se pueden permitir el lujo de comprar cartulinas y lápices de colores. Nada más lejos de la realidad. Se trata de un método de debate patentado por la ONU. Incluso hay muchos «oficiales de información, educación y comunicación» que viajan miles de kilómetros para asistir a cursos en que algunos «expertos» les enseñan a usar este método, que facilita debates «abiertos y

participativos». La gran ventaja de este sistema es que permite que en cualquier encuentro cualquiera pueda participar, aunque no tenga ni la más remota idea de lo que se está tratando. Así se evita una confrontación directa entre las posiciones del gobierno del país y las de la delegación de la ONU; todo deriva en un desbarajuste en el que cualquier intervención es válida. De esta forma, todos los dosieres enviados previamente a la reunión no sirven absolutamente para nada. Se fomenta la confusión y al fin se aprueba el documento que el organizador quiere; eso sí, en presencia de un montón de participantes

convencidos de haber decidido una cosa que ellos no han decidido. Auténtica prestidigitación al servicio de una buena causa.

Pero hay una manía de Naciones Unidas que pone terriblemente tensos a los funcionarios africanos: a este organismo internacional le encanta rellenar de estadísticas sus informes, para más tarde elaborar tablas comparativas entre los diferentes Estados. A la ONU le da lo mismo que los datos sean obviamente falsos, como lo son en muchos países africanos. Por sistema, cualquier informe va repleto de estadísticas sobre la producción de yuca

o sobre la propagación de enfermedades hepáticas; si bien en algunos países no hay ninguna estructura encargada de elaborar estudios y estadísticas, el censo está desfasadísimo, no hay control de la producción, los ministerios pierden los expedientes...

A los funcionarios africanos les suelen producir vértigo las estadísticas sobre cualquier cuestión: alimentación, estado de la sanidad, disponibilidad de agua potable... Cualquier empeoramiento de los datos respecto a la estadística anterior se puede interpretar como una crítica al gobierno y esto, en un sistema autoritario, no se lo

puede permitir nadie que cobre del Estado. Los altos cargos de la administración, sistemáticamente, cuestionan cualquier estadística que les ofrezca la ONU. No tienen ningún dato para contraponer a los que figuran en el informe, pero negocian hasta que su interlocutor modifica sus cuentas e incluye una cifra algo más elevada. En esta subasta se establecen los datos que más tarde mucha gente utilizará en sus estudios, creyendo que son incuestionables.

A pesar de la tensión producida por la aparición de diversas estadísticas, el joven moderador va muy deprisa. Se

siente satisfecho porque cree que en unas pocas horas habrá liquidado la negociación. Y no acaba de entender por qué el delegado de UNICEF lo mira mal y le hace signos de forma discreta. Al fin, el jefe de proyectos le pasa una nota: «Ve más lento. La reunión debe durar hasta las 16.00». Las estrictas normativas de la ONU establecen que solo se pueden cobrar dietas cuando se pasan más de 6 horas en el sitio de destino. Y los empleados de la ONU, muy severos, respetan la letra y el espíritu de los reglamentos. A diferencia de sus interlocutores africanos, serían incapaces de falsificar sus informes y

mentir a los responsables de Nueva York.

Así pues, el «facilitador» trata de retrasar el ritmo de la reunión y los bostezos se multiplican (en realidad, si muchos asistentes no se duermen es porque con tanto cambiar de cartulinas y de rotuladores resulta muy difícil descansar). Pero no hay forma de conseguir prolongar más el acto. El responsable de programas, ingeniosamente, encuentra la solución. Antes de la discusión del último punto, a la una menos cuarto, decide que se haga una pausa para comer. Por desgracia, se ha encargado un catering a un hotel de la

capital y ya está todo a punto. Aunque se trata de retrasar el ágape, a la una y cuarto todo el mundo ha terminado. De nuevo, resuelve la situación el responsable de programas, un hombre eficaz e imaginativo, tal y como Naciones Unidas exige a su personal. Propone a todo el mundo ir a tomar café en un bar del pueblo. Hay café en la sala de reuniones, casi nadie toma café en este país y todo el mundo sabe que en el bar del pueblo es hartó probable que no haya café. Pero nadie rechista. Todo el grupo, en masa, se lanza a las calles del pueblo, buscando un bar donde tomar las cervezas que la ONU nunca pone en las

salas de reunión. Al fin, en la mesa del diminuto Club Náutico se acumulan muchas botellas de cerveza y ninguna taza de café. Y la euforia del alcohol empieza a hacerse patente: la gente se vuelve más cordial. Cuando la contable de UNICEF paga toda la cuenta, las tensiones de la sesión matinal se olvidan por completo.

Se vuelve a la sala de reuniones paseando con mucha calma. No se habla de reformatorios, ni de guarderías, ni del desarrollo, sino de la familia, de las vacaciones, del coste de la vida... Y la sesión se reemprende en un ambiente muy relajado. Las discusiones se

minimizan. Un par de cuestiones espinosas se resuelven en cinco minutos. Finalmente, el proceso participativo de discusión con el método patentado por Naciones Unidas se ha sellado con un éxito. El documento que resulta de la discusión es prácticamente idéntico al que había preparado el equipo de la delegación nacional de UNICEF la noche anterior.

Solo queda un pequeño problema: el encuentro ha acabado cuarenta minutos antes de las cuatro. Pero todo se resuelve con facilidad. La contable tarda veinte minutos en distribuir las dietas entre los participantes. Éstos, con el

dinero en el bolsillo, esperan satisfechos frente al edificio a que lleguen las cuatro. A la hora en punto suben a los coches y, a toda velocidad, se dirigen hacia la ciudad con la satisfacción del deber cumplido. UNICEF ya cuenta con un plan de acción aprobado para este país africano, y lo ha hecho con la colaboración del gobierno, que figurará como coautor del informe final. Y los funcionarios guineanos se llevan un buen pellizco por haber hecho una sentada y unas cervecitas a cuarenta kilómetros de la capital: con estos extras más de uno seducirá a una joven camarera y se la llevará a una pensión

de mala muerte. Los técnicos de UNICEF también están satisfechos: al día siguiente, a media mañana, los llamarán a contabilidad y les ofrecerán un grueso sobre con sus dietas.

Cooperación mimética

Todas las políticas de cooperación al desarrollo patrocinadas desde Occidente se parecen mucho (en los últimos años han aparecido nuevos donantes, como China, Arabia Saudita o Kuwait, que funcionan de forma diferente). En realidad, son el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) los que diseñan

cuáles han de ser, a grandes rasgos, las líneas de desarrollo del Sur. El BM actualmente es el mayor donante de ayuda internacional (y, pese a todo, como su nombre indica, sigue siendo un banco, preocupado por sus beneficios). A partir de las recomendaciones establecidas por el FMI y por el BM empiezan a trabajar las distintas agencias de Naciones Unidas (UNICEF, encargada de la infancia y de la mujer; UNESCO, responsable de la educación y de la cultura; PNUD, dedicada al desarrollo...). Estos organismos aplican las doctrinas del FMI a las políticas de ayuda a la infancia, a la defensa del

medio ambiente, a las migraciones, a la ayuda en alimentos... Los «expertos» de la ONU tienen una influencia increíble: se reúnen en sesiones a puerta cerrada y establecen los criterios de actuación de todos los países miembros en materia de desarrollo. Tienen mucho poder de decisión, pero no han de rendir cuentas a nadie. Por eso no se han visto afectados por los numerosos fracasos acumulados durante los últimos cincuenta años.

**La pasma
humanitaria**

La SNV, la agencia

oficial de cooperación holandesa, tiene fama de estar muy bien organizada. Tiene sus objetivos bien definidos y suele disponer de cuadros bien formados (muchos de ellos reclutados entre la población del país donde trabajan). Los documentos de la SNV se refieren continuamente a la colaboración de los Países Bajos con las políticas diseñadas por

los propios gobiernos africanos. Siempre lo hacen en términos de «ayuda»: hacen creer que los africanos escogen libremente las políticas que quieren aplicar, y que piden ayuda a los holandeses para hacer lo que ellos no saben o no pueden hacer.

La realidad es mucho más sencilla. La explicaba, sin pelos en la lengua, un alto cargo africano de la SNV,

responsable de la cooperación sanitaria con su país. Aseguraba que ellos hacían de «policía» y que su tarea consistía en garantizar que el gobierno se comprometiera a hacer determinadas cosas que no quería hacer, y a presionarlo para que efectivamente las hiciera. Presumía de que, a veces, incluso lo conseguían.

La comunidad internacional, que apadrina las políticas de desarrollo, no es en absoluto democrática, sino que está sometida al poder hegemónico de Occidente. En los organismos financieros internacionales y en las agencias de Naciones Unidas, la primacía occidental es completa: los Estados que realizan mayores aportaciones económicas tienen mayor capacidad de decisión, y los técnicos están sometidos a las directrices de los donantes más importantes. Cada vez que alguna de las agencias de la ONU se ha resistido a seguir los dictados de las grandes potencias, estas se han

apresurado a dejar bien claro quién manda mediante el bloqueo de sus cuentas. En 1984 la UNESCO, bajo la dirección del senegalés Amadou-Mahtar M'Bow, trató de impulsar una transformación radical en el mundo de la información que ponía en peligro los beneficios de los grandes grupos empresariales que controlan la comunicación a escala mundial. De inmediato, Estados Unidos y Gran Bretaña se retiraron de este organismo. Sin sus cuotas, la organización quedó casi bloqueada y pasó muchos años prácticamente inactiva.

Occidente impone a África

prioridades, líneas políticas y estrategias de desarrollo: dicta qué se debe hacer, cuándo se debe hacer y cómo se debe hacer. Pero las prioridades del mundo de la cooperación (lucha contra el tabaquismo, eliminación del trabajo infantil, promoción de la sociedad civil...) son las prioridades del Norte y no siempre coinciden con las de las sociedades africanas, que mantienen valores morales y modelos sociopolíticos distintos a los occidentales.

Entre las políticas de los diversos donantes no hay diferencias sensibles.

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional patrocinan un modelo de desarrollo que, a grandes líneas, es compartido por los distintos organismos internacionales (la ONU, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la Unión Europea...). Además, las políticas de cooperación de los diferentes Estados occidentales se adaptan a las directrices «técnicas» dictadas por estos organismos. Los municipios y las regiones del Norte que se dedican a la cooperación copian estas políticas, no porque estén muy convencidos de que resulten eficaces, sino por puro y simple

mimetismo. En el fondo, en la mayor parte de asuntos, actúan de forma muy parecida UNICEF, el gobierno italiano, la agencia de cooperación oficial de Canadá, la Unión Europea, el departamento francés del Languedoc-Roussillon y el ayuntamiento de Leganés. En Suecia, si te sientes agotado, el Estado te subvenciona una estancia en un balneario; en cambio, en Estados Unidos, si eres pobre, no puedes acceder a determinadas operaciones quirúrgicas. A pesar de la diferencia radical entre estos modelos sanitarios, la política de cooperación en materia de salud de Estados Unidos es

muuy similar a la de Suecia.

Los países africanos no pueden escaparse de los planes de desarrollo que les «aconsejan» (y que han preparado, siguiendo instrucciones de la comunidad internacional, una serie de «técnicos» que desconocen por completo el territorio donde se aplicarán). Los Estados africanos están profundamente endeudados y dependen de sus financiadores occidentales. Y en las conferencias de donantes, donde se discuten las remesas de dinero y donde se negocia el pago de la deuda, los Estados occidentales condicionan sus créditos a la adopción de determinadas

políticas de desarrollo: imponen la creación de reservas naturales, la reducción del número de funcionarios, la aplicación de programas de control de natalidad... Cabe destacar que los gobiernos africanos, normalmente, obedecen con desgana, ya que tienen la plena convicción de que las imposiciones de las instituciones internacionales no servirán para nada. Hace muchos años que sufren las políticas de desarrollo de la ONU.

Tras haber dictado las grandes líneas políticas, los donantes imponen a los países africanos directrices «técnicas» sobre política económica,

sanitaria y educativa que afectan a temas menores. Cada paso en la estrategia de desarrollo es estrictamente supervisado por los organismos internacionales y por los grandes donantes. Cualquier ministerio africano está sometido a la estrecha «supervisión» (vigilancia) de los donantes. Incluso la programación de preescolar o la contratación de guardias municipales ha de seguir sus directrices. Para trabajar más cómodos, los donantes han despiezado Mozambique en diecinueve partes, y se lo han repartido: cada organismo de cooperación trabaja en una zona y se encarga de todos los asuntos: sanidad, educación, promoción

de la mujer...

En África las políticas sanitarias, educativas, económicas, industriales y agrarias están más condicionadas por los dictámenes de la cooperación que por la voluntad de las propias poblaciones. Los occidentales lo deciden todo y los africanos se limitan a hacer de espectadores pasivos. Eso sí, una de las bases del desarrollo, según los teóricos del tema, es la «participación» de las poblaciones. Pero esta nunca pasa por la toma de decisiones: se «participa» en aquello que han decidido los otros. De esta forma, la cooperación se convierte en

una herramienta de autoritarismo incomparable: los organismos de ayuda al desarrollo han usurpado la soberanía popular. Bajo el pretexto de orientar a los gobiernos africanos sobre cuestiones «técnicas» asumen buena parte de las decisiones políticas. Se reclama que haya democracia en África, pero no se deja que las poblaciones de los países de este continente escojan las políticas que quieren.

Lo más patético es que a algunos políticos africanos esto ya les va bien. En 2001 Ravelomanana fue candidato a las elecciones presidenciales de Madagascar, con el partido Yo Amo a

Madagascar. Cuando los periodistas le preguntaron cuál sería su política económica, se limitó a responder que su programa era el del Banco Mundial (BM) y el del Fondo Monetario Internacional (FMI). Era verdad. Tras ganar las elecciones, recibió continuamente a los representantes del BM, del FMI y de la Unión Europea. Hizo caso a todo lo que le decían. Los organismos internacionales, henchidos de orgullo, condonaron la deuda malgache y las ayudas llovieron sobre el país. Nunca se plantearon si el pueblo malgache debía pintar algo en todo esto. A Ravelomanana lo derrocó una

sublevación popular en 2009: los índices de desarrollo de Madagascar, durante su mandato, habían sufrido una caída espectacular.

Producción de tapas en África Ecuatorial

Los pepinillos en vinagre son un producto muy apreciado como aperitivo en muchos países europeos: en Francia, en Rusia, en Alemania... En cambio, en Guinea Ecuatorial

nadie los conoce: el pepino crece bien en el país, pero no forma parte de los hábitos alimentarios locales. Además, el gusto del vinagre les parece repugnante a muchos africanos. Pese a todo, en una ocasión, un español propuso a la cooperación oficial española una idea realmente revolucionaria: crear una serie de cooperativas de

mujeres dedicadas a la producción de pepinillos de cara a la fabricación de conservas. Aseguraba que el negocio era seguro y obtuvo una subvención millonada.

En la región donde se desarrolló el proyecto no había ninguna tradición de cooperativas, ni de asociacionismo femenino, ni, obviamente, de cultivo del pepinillo. Pese a todo, el proyecto

funcionó mucho mejor de lo que se podía suponer. Al cabo de algunos meses, gigantescas pilas de pequeños pepinos se alineaban a lo largo de la carretera. Pero no llegó ningún comprador. Ninguno. Los pepinillos acabaron pudriéndose. Y el promotor del proyecto tuvo que salir del país a escondidas, porque las airadas agricultoras querían cortarle el cuello. En Guinea nunca

se volvió a saber nada de él; tampoco de las suculentas ayudas que había obtenido para el proyecto.

Eso sí, este encajaba a la perfección con las líneas diseñadas por los organismos de cooperación: lo gestionaban mujeres, o sea que respondía a la «prioridad de género»; se trabajaba en cooperativas, dentro del marco de la llamada

«dinamización de la sociedad civil»; pretendía lograr el crecimiento económico, con lo cual se garantizaba la «sostenibilidad»; estaba orientado hacia la exportación, tal y como recomendaban los organismos internacionales...

Modas en la ayuda

Occidente ha pasado por diversos periodos de crisis en los que no tenía un proyecto de futuro claro. Pero siempre ha tenido una idea muy definida de qué debía hacerse con los africanos. El único problema es que dicha idea ha ido cambiando de forma continua, como mínimo en los últimos ciento veinticinco años.

Durante décadas, los responsables de salvar el continente negro fueron los misioneros (católicos, presbiterianos, metodistas, anglicanos, baptistas...). Prioritariamente llevaban la salvación del alma, y además se encargaban de la educación, de la sanidad y de los

asuntos sociales (cuidaban de los viejos, de los inválidos...). Las iglesias representaban la cara más humana de Occidente en unos momentos en que la presencia de Europa en África, no se caracterizaba precisamente por su humanismo, sino por los áscaris, las cañoneras, los trabajos forzados, la segregación racial, la discriminación legal...

A partir de las independencias, la situación varió sensiblemente. Diferentes sectores de Occidente, que nunca habían estado presentes en África, se lanzaron a ayudarla con proyectos muy diversos. Los primeros en llegar

allí fueron los izquierdistas. Con la descolonización, algunos países se habían quedado sin cuadros y sus gobiernos requerían el auxilio urgente de personal especializado. La izquierda europea, corta de referentes, encontró la vía revolucionaria en Guinea Conakry, en Tanzania, en Congo Brazzaville, en Benín, en Angola, en Etiopía, en Mozambique y en Guinea Bissau (países aliados, en su momento, de la URSS o de China).

En aquellos años, en nombre de una sociedad ideal, se cometieron todo tipo de atrocidades que causaron un número ingente de víctimas: matanzas étnicas en

Angola, campesinos desplazados de sus tierras y reubicados en granjas colectivas en Etiopía, intelectuales encarcelados en Angola, guerras brutales como la del Ogadén entre Somalia y Etiopía... Visto con perspectiva, no deja de sorprender que tantos intelectuales supuestamente lúcidos e ilustrados llegaran a meter la pata tanto. Debe de ser cierto que no hay peor ciego que aquel que no quiere ver. Mientras los habitantes de estos países «afrocomunistas», «socialistas africanos» o «afrorrevolucionarios» apenas lograban soportar a unos gobiernos corruptos, mesiánicos,

autoritarios e ineficaces, los iluminados europeos veían en ellos el paraíso terrenal...

A la vez que llegaban a África los revolucionarios, también llegaban los técnicos. En esa época el gran paradigma de Occidente era la industrialización y todo el mundo pensaba que con la construcción de grandes infraestructuras se garantizaría el desarrollo del Sur. Tanto el bloque occidental como el oriental se lanzaron a promover la presa con más capacidad de toda África, la fábrica de aluminio más productiva del hemisferio sur, la mina de cobre más grande del mundo...

Todo debía ser grande, cuanto más grande mejor. En teoría estas inversiones millonarias dinamizarían la economía de los diferentes países, y en pocos años África alcanzaría el nivel de Occidente. Fue la época de los «elefantes blancos», las espectaculares obras de prestigio. Muchas de estas fábricas, presas y minas se mantuvieron infrautilizadas desde su creación, y con el tiempo acabaron por pararse. Para financiar estos macroproyectos muchos Estados africanos se endeudaron severamente, y algunos de ellos todavía están pagando la genial idea de sus líderes y de sus asesores...

Al hacerse patente el fracaso de los grandes proyectos se pusieron de moda los microproyectos. Algunos teóricos empezaron a asegurar que los grandes cambios, en realidad, proceden de las cosas pequeñas. La cuestión ya no era hacer inversiones millonadas, sino concentrarse en pequeñísimas acciones muy localizadas. Según decían, estas iniciativas, a largo plazo, eran las más rentables. Se suponía que las poblaciones africanas, por sí mismas, acabarían difundiendo estos proyectos hasta extender las mejoras por todo el continente. El símbolo de este periodo fue el horno solar: hecho con papel de

aluminio o con cualquier otro material reflectante, concentraba los rayos solares sobre un espacio reducido, de tal forma que si se colocaba allí un plato o una olla se podía calentar la comida. Centenares de proyectos de construcción de estos hornos se difundieron por todo el continente africano, augurando una nueva cultura culinaria. Curiosamente, este maravilloso horno no llegó a ningún restaurante con tres estrellas Michelin. Y ningún técnico europeo de ninguna ONG instaló este ecológico electrodoméstico en su chalet.

Los microproyectos mostraron una terrible capacidad de resistencia: tras

cada gran moda, y su correspondiente derrumbamiento, aparecía otra. En un determinado momento todo el mundo se puso a hacer letrinas, como si los africanos necesitaran ayuda para cavar un agujero. Más adelante proliferaron las granjas de animales autóctonos: parecía que la cría de la rata debería salvarnos a todos del hambre. Al cabo de algunos años surgieron numerosos centros de preescolar «no formal», en los que se enseñaba en lengua local (paralelamente, el sistema educativo «formal» utilizaba la lengua oficial del Estado)...

Muchos de estos proyectos no solo

eran micro en su alcance, sino también en su duración: de la gran mayoría de estas iniciativas no queda ni rastro. Los europeos también fueron cambiando de opinión sobre cómo debían organizarse los africanos. En un momento determinado se les instó a agruparse en cooperativas, más tarde en asociaciones de mujeres, en algún momento se trató de recuperar las instituciones «tradicionales»... Últimamente se apuesta por el codesarrollo: se debe coordinar la cooperación al desarrollo con los emigrantes de la zona que están en Occidente. Seguro que dentro de algún tiempo aparecerán nuevas ideas.

En los últimos años, Occidente ha descubierto la ecología. Ahora hay quien asegura que si los africanos están subdesarrollados es porque no respetan suficientemente su medio ambiente. Hace algunas décadas se puso de moda entre los europeos ir de safari a África y organizar, por pura diversión, grandes matanzas de rinocerontes, cebras, hipopótamos, leones y, sobre todo, elefantes... Pero en un momento determinado los occidentales se convirtieron en defensores a ultranza de los ecosistemas africanos. Y a partir de entonces los africanos pasaron a ser catalogados como auténticos criminales

por el simple hecho de comerse a los animales de su entorno (para muchos africanos comer carne de mono es tan normal como para un leridano o para un francés comer caracoles).

Los europeos no paran de escandalizarse porque los negros se comen a los «pobres» monos, a los pobres «hipopótamos», a las «pobres» tortugas o a los «pobres» puercoespines. Pero lo que les sienta peor es que algunos africanos cacen elefantes. Eso se considera un crimen de primera magnitud (a pesar de que los paquidermos destrozan los cultivos que dan de comer a muchísimas familias

campesinas). Por tanto, algunas organizaciones proponen que se persiga a los «furtivos» ferozmente y que se los elimine, si hace falta, a tiros. Gracias a las presiones de algunos organismos internacionales, se les ha hecho caso: hoy en día, en algunos países africanos, los guardas forestales y el ejército disparan contra los cazadores que persiguen a los elefantes, y si es necesario los matan. Eso sí, estas leyes no se aplican a quienes cazan furtivamente jabalíes, osos o ciervos en Europa, donde no existe, naturalmente, la pena de muerte.

Pero no acaban aquí las iniciativas

europas para salvar a los africanos. En los últimos años han empezado a llegar a África organizaciones feministas, defensores de los derechos de los niños, partidarios de la descentralización administrativa... Incluso han llegado buenas almas que están enseñando a los africanos las virtudes de la urinoterapia (una práctica terapéutica basada en beberse los propios meados cada mañana). Y no faltan los que tratan de enseñar a los africanos las virtudes de comer tofu, un derivado de la soja, rico en proteínas y la mar de sano (aunque algunos africanos, sorprendentemente, parece ser que siguen prefiriendo la

carne de cocodrilo).

El Papá Noel rojo

En la década de 1960 algunos intelectuales europeos se dieron cuenta de que los arrozales de la Camboya de Pol Pot eran el lugar idóneo para la renovación de la cultura universal. Pero también hubo algunos otros que se fijaron en determinados Estados

africanos y que supieron percibir las promesas revolucionarias que estos ofrecían. Unos cuantos se apresuraron a viajar hacia el Sur para colaborar con unos regímenes que se autoproclamaban «socialistas africanos», «antiimperialistas» o «afrocomunistas» (muchos otros pensadores aplaudieron su decisión, pero no se sintieron lo bastante

tentados como para abandonar la comodidad de su cátedra universitaria o del sofá de su casa). Decenas de profesores franceses de izquierdas se fueron a colaborar con Sékou Touré, el radical presidente de Guinea Conakry, creyendo que así ayudaban a liberar las mentes de los guineanos. A la mayoría de ellos no les importó demasiado que Sékou

Touré sustituyera todos los libros de texto del período colonial por panfletos escritos personalmente por él, ni que la educación se convirtiera en un mecanismo de lavado de cerebro sistemático. Estaban muy satisfechos de su labor revolucionaria.

Agrónomos, médicos, ingenieros y enfermeros occidentales (y cubanos) se

desplazaron, también, a Angola y Mozambique. Creían sinceramente que estos países estaban dando una lección de socialismo al mundo (con solo un pequeño matiz: los cuadros del partido se enriquecían extraordinariamente, en tanto que los pobres sobrevivían o morían en la más absoluta indigencia). Mientras la *intelligentsia* de Occidente alucinaba, los

campesinos de
Mozambique, más
sensatos, llamaban
abaixos a los
funcionarios del partido.
Cada vez que visitaban
un pueblo, los líderes
revolucionarios hacían
un largo discurso en
portugués, una lengua
que pocos campesinos
entendían, y terminaban
su intervención haciendo
corear al público una
larga letanía que
empezaba por «*Abaixo el*

colonialismo»,
«*Abaixo*», «*Abaixo el*
imperialismo»,
«*Abaixo*», «*Abaixo el*
feudalismo», «*Abaixo*»,
«*Abaixo el tribalismo*»,
«*Abaixo*»...

Cuando en la URSS y
en los países del Este de
Europa cayó el
socialismo, las élites
africanas prosoviéticas
reaccionaron muy
deprisa. Los partidos
comunistas, formalmente,
se transmutaron en

socialdemócratas o en liberales (eso sí, sin impulsar paralelamente transformaciones democráticas). De esta forma, se mantuvieron en el poder los antiguos *abaixos*, tan corruptos, autoritarios e ineficaces como siempre. Quince años después, los intelectuales radicales que les apoyaban todavía están pasmados... No entienden qué es lo que pasó.

El derecho de injerencia: licencia para matar

La cooperación al desarrollo, aunque siempre se ha visto marcada por las relaciones desiguales, se complicó todavía más en la década de 1990. A partir de ese momento se extendió internacionalmente la fiebre humanitaria. Se decía que la situación de África, y la de todo el Sur, era la de una emergencia permanente: sus habitantes eran «poblaciones en peligro». Para hacer frente a las amenazas que hacían

peligrar la salud y la vida de los africanos se empezó a exigir la intervención inmediata del Norte. Los medios de comunicación reclamaron la creación de dispositivos de emergencia para ayudar a cualquier país del mundo que sufriera una crisis: hambrunas, tsunamis, inundaciones, sequías, guerras, revoluciones, conflictos étnicos... Las organizaciones de cooperación, a partir de ese momento, se vieron impulsadas a preparar todo tipo de operativos humanitarios. Grandes contingentes de bomberos, médicos, ingenieros y soldados empezaron a viajar desde Occidente hacia África cada vez que se

producía una catástrofe.

Curiosamente estos dispositivos excluyen a millones de personas que, a pesar de sufrir unas condiciones de vida pésimas y de morir de hambre, no se han visto afectados nunca por ninguna «crisis». En muchas zonas de África, el campesinado local mantiene fuertes tensiones con los refugiados de los campos de la región porque estos reciben alimentos, agua y otros servicios, mientras que los autóctonos no disponen de todas estas «comodidades».

Entre las operaciones humanitarias desplegadas en África en los últimos

años, las que han contado con mayor apoyo político y con más recursos han sido aquellas vinculadas a conflictos sociales: guerras, tensiones étnicas, genocidios... Una y otra vez, el Norte ha enviado contingentes militares a África, para «imponer la paz». El símbolo de la paz, en África, ya no es una paloma blanca, sino un tanque pintado de color blanco. Las tropas occidentales, que antes habían representado la cara más tenebrosa de la opresión colonial, ahora se presentan como el instrumento de salvación del continente negro. En la República Democrática del Congo y en Sierra Leona, paradójicamente, han sido

las fuerzas de la antigua potencia colonial las que han sido enviadas para «pacificar» a sus ex colonias (a la colonización, casualmente, también se la llamó «pacificación»).

Esta fiebre intervencionista se ha convertido en una potente arma de Occidente para imponer su hegemonía. Para enviar una intervención humanitaria a una zona de guerra es necesario el visto bueno del Consejo de Seguridad de la ONU, un organismo bajo control de las grandes potencias. Y, evidentemente, la actuación de estas responde, en gran medida, a sus intereses: para ellas es una vieja

tradición intervenir militarmente en el Sur en beneficio propio, pero con pretextos humanitarios.

En realidad, la moda humanitaria se inició en el año 1992. Por aquel entonces, George Bush padre, que acababa de perder las elecciones, quiso sellar su retirada política con un golpe de efecto publicitario, y consiguió que la ONU aprobara el envío de una misión militar norteamericana a la conflictiva Somalia (los medios de comunicación y algunas ONG le dieron un apoyo decisivo al exigir insistentemente que se organizara una operación militar de pacificación). Era la primera vez que el

Consejo de Seguridad autorizaba una intervención en los asuntos internos de un país sin la aceptación previa de sus autoridades. Las organizaciones humanitarias aplaudieron a los *marines* cuando estos, armados hasta los dientes, desembarcaron en la playa de Mogadiscio, llena de niños juguetones y de decenas de periodistas con aparatosas cámaras de televisión. Pero la intervención norteamericana, que había empezado con tan buenos augurios, acabó en un estrepitoso fracaso. Diecinueve años después de la operación Restaurar la Esperanza, Somalia seguía sumida en un duro y

complejo conflicto (y Estados Unidos hacía mucho tiempo que se había retirado de la zona).

La acción humanitaria es muy susceptible de manipulación: no está nada definido dónde se debe actuar, ni cuándo, ni cómo. En cada ocasión, Naciones Unidas toma decisiones diferentes en función de los intereses existentes. En algunos casos muy graves, la ONU se niega a intervenir, como pasó en el sur de Sudán durante décadas. Y, en cambio, en algunas crisis menores se envía a misiones de paz bajo cualquier pretexto (ya se está hablando, incluso, del «derecho de injerencia ecológico»).

Tras la impopular invasión norteamericana de Irak, se hizo patente que las grandes potencias utilizaban el humanitarismo para dominar al Sur, y que las misiones de paz forman parte de sus estrategias políticas y militares. Muchos sectores implicados en la ayuda humanitaria rechazan esta utilización de la cooperación, pero por otra parte son conscientes de que para llevar ayuda a los civiles de ciertas zonas en guerra necesitan del apoyo de las grandes potencias.

La ONU siempre va corta de presupuesto, ya que muchos países deben eternamente sus cuotas. La

financiación de muchas misiones de paz es obtenida mediante contribuciones adicionales voluntarias. Por eso la ONU destina muchos recursos a los conflictos que de alguna forma afectan a Occidente, como el de Kosovo, pero en cambio margina arbitrariamente a otros, como el del este de la República Democrática del Congo, que ya dura doce años y que ha causado más de medio millón de muertos.

La ONU no tiene fuerzas armadas propias, y cada vez que hay un conflicto debe mendigar soldados a los Estados miembros. Con frecuencia no consigue tropas en un primer momento, y cuando

las fuerzas de paz llegan finalmente sobre el terreno, la situación ha degenerado tanto que no sirven para nada. A veces la ONU moviliza a tropas norteamericanas o europeas, bien armadas y entrenadas y con apoyo artillero, cobertura aérea y una buena red de transmisiones; pero en otras ocasiones solo puede conseguir cascos azules de Bangladés o de Pakistán, mal alimentados y mal equipados, con aspecto de ejército de Pancho Villa. En África, obviamente, siempre suelen aparecer los cascos azules de Bangladés o de Pakistán.

Los comandantes de los cascos

azules no lo tienen fácil: con frecuencia tienen instrucciones confusas del Consejo de Seguridad. Es habitual que se los envíe a defender la población civil de un sitio, pero que no se los autorice a atacar a nadie: de esta forma, si hay abusos contra civiles no saben cómo actuar. En el este de Congo, en 2010, los paramilitares hutus saquearon un campo de refugiados y violaron a muchas de las internas; mientras tanto, los cascos azules, acantonados a pocos kilómetros, se negaron a intervenir porque no tenían órdenes claras de sus superiores.

En Ruanda se evidenció el mal

funcionamiento de las misiones de paz. En 1994, antes de las matanzas de tutsis, el general Romeo Dallaire, jefe militar de los cascos azules destacados en ese país, advirtió al Consejo de Seguridad de la ONU de que se acercaba un genocidio y pidió refuerzos. Con unos miles de soldados, y una posición enérgica, probablemente se habría evitado la tragedia. Pero la ONU, que no tenía grandes intereses en la zona, no envió más tropas. Cuando empezó el genocidio no se dieron instrucciones a los cascos azules para que evitaran los crímenes. En pleno caos, en lugar de defender a los tutsis, se dedicaron a

evacuar a los ciudadanos occidentales. Al fin, los genocidas mataron a una decena de cascos azules belgas y la ONU, en vez de reforzar su dispositivo, optó por retirar a todos sus efectivos. Mientras los extremistas hutus se dedicaban a matar a los tutsis a machetazos, en el Consejo de Seguridad nadie quería mojarse impulsando una intervención. Cuando finalmente aparecieron las fuerzas de paz, el genocidio estaba prácticamente terminado. Habían matado a un millón de personas.

Las medallas de la cooperación

armada

Muchas de las intervenciones militares internacionales en África no se han caracterizado por su eficacia y, pese a todo, los gobiernos del Norte las han utilizado publicitariamente. Para los ejércitos occidentales, las misiones de paz constituyen una forma de legitimarse y, paralelamente, de deslegitimar el antimilitarismo. Ultimamente, los ejércitos europeos emplean las operaciones «humanitarias» como herramienta propagandística en sus campañas de reclutamiento: cuando ves los anuncios no sabes si buscan soldados, si anuncian una ONG o si

presentan unas colonias de verano. Ves a cascos azules entregando juguetes a niños, descargando alimentos de helicópteros, vendando a heridos... Federico Trillo, ultraconservador ministro de Defensa español, militar y miembro del Opus Dei, dijo en una ocasión: «Las ONG persiguen los mismos objetivos que las fuerzas armadas: la paz, la seguridad y el tratamiento humanitario en situaciones de conflicto». Quería convencer a sus conciudadanos de que la Legión española, un cuerpo militar con un larguísimo historial de crímenes a sus espaldas, tiene mucho en común con las

Hermanitas de la Caridad. Por si acaso, hay una absoluta falta de transparencia sobre lo que hacen en realidad las tropas españolas en sus misiones al exterior.

La realidad es bastante diferente de la propaganda. Los ejércitos enviados por la ONU al continente africano han tenido un comportamiento muy poco ejemplar. Hay constancia de numerosos abusos en Somalia: los soldados italianos violaron a una niña y mataron a siete presos dedicándose al tiro al blanco, los canadienses torturaron y asesinaron a un adolescente, los belgas maltrataban a los prisioneros... Son

casos que se conocen porque entre los soldados se puso de moda grabar los abusos con los teléfonos móviles, pero es muy probable que la mayoría de los crímenes cometidos no se lleguen a conocer nunca. Buena parte de los cascos azules que cometieron abusos fueron condenados a penas testimoniales, y los gobiernos implicados se negaron a abrir una investigación en profundidad, pues temían desprestigiar a sus misiones de paz.

De vez en cuando han ido saliendo a la luz nuevas revelaciones sobre abusos de las tropas internacionales en Congo,

Liberia, Sierra Leona, Burundi, Mozambique... Sin duda se filtrarían muchas más si estos conflictos no fueran «guerras olvidadas»; si allí aparece algún periodista, lo hace invitado por las fuerzas de paz para hacerles un reportaje de propaganda.

Todo el mundo recibe informaciones sobre el número de víctimas que produjo el último atentado islamista en Irak; la mayoría de la gente ni siquiera sabe que hay cascos azules en el Congo.

Las fuerzas de la ONU actúan con completa impunidad en ciertas zonas de guerra y eso es, justamente, lo que estimula la existencia de abusos: los

cascos azules saben que, hagan lo que hagan, no serán castigados. Y la dinámica de la guerra, en África, en Europa o en la Conchinchina, estimula los comportamientos abusivos.

Las fuerzas de paz más temidas

En el aeropuerto de Lagos he visto cómo los militares nigerianos perseguían con unas largas varas de madera a aquellos de sus compatriotas que se

acercaban excesivamente a la salida de viajeros. Sin ningún escrúpulo, les pegaban azotes secos y contundentes. También los he oído apalear sistemáticamente, en la comisaría del aeropuerto, a unos polizones paquistaníes que se habían colado en un avión que aterrizaba en esta ciudad. He sufrido en propia carne sus intentos de extorsión, a pesar de tener todos

mis papeles en regla y estar ahí solo en tránsito. Cualquier viajero que haya pasado por Nigeria puede explicar todo tipo de experiencias negativas derivadas de sus encuentros con las fuerzas de seguridad. Las calles y las carreteras nigerianas son una trampa inmensa en la que los militares practican todo tipo de abusos: robos, violaciones, extorsiones, atracos...

Los ciudadanos de Nigeria sienten verdadero pánico ante su propio ejército.

Estos militares terroríficos han estado actuando en África Occidental bajo el paraguas de la ONU en los últimos años. Ante los conflictos extremadamente sangrientos de Liberia y de Sierra Leona, los países occidentales decidieron lavarse las

manos para evitar bajas «excesivas» entre sus tropas, y encargaron las misiones de paz a los propios africanos. Así, la Confederación Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO) recibió la misión de organizar fuerzas de paz con la financiación de la comunidad internacional. Pero la CEDEAO es una organización sometida a las directrices de

Nigeria, y el gobierno nigeriano descubrió que los conflictos de Liberia y de Sierra Leona constituían una ocasión inmejorable para consolidar su hegemonía regional y, a la vez, para distraer a su ejército (con una marcada tendencia al golpismo y a la injerencia política). Los soldados nigerianos ocuparon un puesto destacado en las misiones de paz de la

CEDEAO. La población de Liberia y de Sierra Leona, actualmente, no los echa de menos: eran tan indisciplinados y tan criminales como algunos de los combatientes. Hicieron en estos dos países todo lo que hacían en su propia tierra, y algunas cosas más. Se hicieron responsables de maltratos, asesinatos y violaciones, y también de la organización de redes de prostitución.

Nunca fueron castigados.

Capítulo VII

Las sociedades africanas y la cooperación. Entre la ayudadicción y el especticismo

A pesar de la impresión que uno podría formarse viendo los informativos, la mayoría de la población del continente africano no depende de la cooperación para todo. En general, los africanos tienen una relación esporádica con la ayuda internacional. A veces circulan por carreteras financiadas por la cooperación, de vez en cuando consumen medicamentos distribuidos

por ONG extranjeras, en alguna ocasión usan manuales escolares preparados por los organismos internacionales y, muy excepcionalmente, si deciden protestar contra las maniobras del dictador correspondiente, son amenazados con armas procedentes de la cooperación militar francesa...

Habitualmente los africanos dependen, en cuestiones sanitarias, escolares y nutritivas, de sus propios recursos. Muchos pueblos no disponen de ninguna escuela misional, ni tiene dispensario de una ONG, ni se han organizado en una cooperativa agrícola financiada por el Norte... Y muchos de

los que tienen pozo no tienen dispensario, y la mayoría de los que tienen cooperativa agrícola no tienen escuela misional...

La cooperación llega con cuentagotas a los poblados, y todavía tiene mayores dificultades para hacerse visible en las ciudades, donde resulta más complicado organizar a la población. Si se mira a África desde el Norte, parece que allí solo funcione la cooperación. Pero en muchos puntos del continente esta ocupa un espacio no marginal pero sí secundario en el día a día de sus habitantes.

Eso sí, hay un aspecto en el que casi

todos los africanos se han relacionado con frecuencia con la cooperación: las camisetas y las gorras. Las organizaciones de ayuda, obsesionadas por su imagen, reparten cada año millones de camisetas y gorras: de la campaña de lucha contra el sida de la ONU, de la beatificación de la madre fundadora de una orden de monjas francesas, en defensa de las tortugas marinas, por la protección de los derechos de la mujer... O, simplemente, camisetas con el logo de algún organismo de ayuda: el PNUD, la cooperación holandesa, el Instituto Cultural de Expresión Francesa, el

departamento de cooperación del Ayuntamiento de Florencia, los voluntarios cristianos sardos para el desarrollo, Medicusmundi... En los países en que hay dictaduras, la mitad de los ciudadanos visten camisetas y gorras de la cooperación y la otra mitad del partido único (las del partido único llevan, invariablemente, la imagen del autócrata y algún lema para glorificarlo). El lema «sin fronteras» se ha convertido en algo tan habitual en las camisetas que un muchacho de Guinea Ecuatorial llevaba una que ponía «Borrachos Sin Fronteras». No era un cínico ni un miembro de una ONG,

sencillamente la había comprado en un puesto de ropa usada porque le gustaba el diseño.

Cuando el que ayuda es el Sur

En función de la imagen que circula de la cooperación, con frecuencia se cree que siempre es el Norte el que ayuda al Sur. Esto no es verdad. Durante el franquismo, en España era muy popular la

campaña anual del Domund, en que se recaudaba dinero para las misiones católicas. En el año 1953, la diócesis de España que más dinero por habitante aportó fue la de la Guinea Española. Los blancos y los negros de Guinea dieron mucho más para los «negritos» que los españoles de la metrópolis: los habitantes de la colonia dieron 2,61 pesetas de

medía, en tanto que los de Barcelona dieron solo 0,80. Pero hay más: los que daban más para los negros eran los mismos negros, pero estos también daban mucho para los blancos. Los guineanos colaboraron intensamente en las recaudaciones pro-Valencia de 1957 y pro-Barcelona de 1962, destinadas a recoger fondos para paliar la devastación causada por

los temporales de Valencia y del Vallés. De esta forma, los campesinos africanos ayudaron en aquella ocasión a los «pobres» valencianos y a los «pobres» catalanes.

Enganchados a la ayuda

Aunque la cooperación no afecta decisivamente a la vida cotidiana de la mayoría de los africanos, en África hay mucha gente que espera que algún día la

ayuda exterior les solucione la vida. Querrían que su Estado les garantizara el agua, la electricidad, la educación, la atención sanitaria, las pensiones de jubilación... Y como saben que esto no pasará a corto ni a medio plazo, intentan reclamar estos servicios a Occidente.

A pesar de las experiencias negativas acumuladas, muchos africanos reclaman todavía la presencia de las ONG y de los organismos internacionales. Cuando se produjo el genocidio de Ruanda, en muchos países africanos reinó una gran indignación porque «los blancos» no enviaban tropas de paz: nadie se preocupó en

exigir a los gobiernos africanos, que también tienen grandes ejércitos, que intervinieran en el país vecino. En realidad, también había muchos gobiernos africanos que estaban indignados porque «los blancos» no hacían nada en Ruanda.

El viajero que hace turismo por algunas zonas rurales de África, a veces se encuentra con gente que le formula peticiones absolutamente peregrinas. Tras explicarle detalladamente las múltiples «necesidades» de su comunidad, le pide que vuelva más adelante para excavar un pozo de agua o para poner en marcha una granja de

pollos. Y es que en África hay gente que está convencida de que los occidentales son muy buenos y saben mucho, y de que algún día llegarán en masa a su pueblo para resolver todos sus problemas. Algunos creen que si «los blancos» todavía no han llegado es porque no se han enterado de sus desgracias.

El síndrome de ayudadicción no solo afecta a iletrados: a veces también lo sufre gente con mucha formación. Incluso hay partidos políticos africanos que esperan que sean «los blancos» quienes les resuelvan la papeleta. Severo Moto, uno de los dirigentes de la oposición de Guinea Ecuatorial, estaba

convencido de que si en España subía al poder su aliado, el conservador José María Aznar, enviaría a la Legión a la antigua colonia hispana para colocarlo en el poder. Pero en cuanto Aznar ganó las elecciones generales, se olvidó de Moto... Absolutamente previsible.

Aunque hay muchos africanos que casi no tienen contacto con la cooperación, hay otros que dependen de ella por completo. Algunos de los cuadros africanos mejor formados y más disciplinados trabajan para organismos extranjeros de cooperación (especialmente para los de la cooperación oficial). Sus salarios son

astronómicos para los estándares locales, y prefieren hacer planes de desarrollo absurdos para la cooperación internacional que realizar tareas productivas en la administración pública o en la empresa privada del país. Es absolutamente lógico que estos cuadros se agarren como lapas a los organismos de ayuda: con frecuencia, además de su respetable salario, obtienen viajes a Europa o a América, seguros de enfermedad para ellos y para sus familias, becas de estudio para sus hijos...

También a los músicos les ha abducido el universo de la cooperación,

que se ha convertido en el primer financiador de discos y conciertos del continente. En algunos países africanos los cantantes ya no cantan al amor, sino al desarrollo sostenible, a la igualdad de género, a las estrategias de desarrollo del UNICEF, a la mosquitera que evita el paludismo, a las políticas sanitarias de la cooperación alemana... Antes cantaban a la pasión desenfrenada: hoy cantan a los condones.

Los recursos de la cooperación son ingentes, en relación con el nivel de vida local. Por eso la cooperación puede resolver la existencia a mucha gente. Algunos pueblos nómadas

empobrecidos aprovechan los programas de sedentarización impulsados por la comunidad internacional, no para establecerse en pueblos, sino para comprar más cabezas de ganado y continuar con la vida nómada. En Somalia, cuando hubo la invasión norteamericana asociada al despliegue de organizaciones humanitarias, los precios de los alquileres de las casas se dispararon: los propietarios se enriquecieron alquilándolas a la cooperación. Más tarde quienes descubrieron que podían lucrarse a mansalva con los cooperantes fueron los grupos armados. Al más puro

estilo mafioso, les ofrecían protección, y si los organismos de ayuda rechazaban contratarlos como escoltas atacaban sus viviendas y sus hospitales. Además, robaban sus coches, los artillaban y los convertían en vehículos de combate. Las organizaciones humanitarias terminaron por pagar grandes cantidades de dinero a los bandidos para poder gozar de una cierta seguridad, pero así ayudaron a financiar la guerra y a perpetuarla...

La aportación masiva de recursos por parte de la cooperación a veces ha resultado tremendamente negativa para las sociedades africanas. El Programa Mundial de Alimentos de la ONU se

inventó unos programas que llamaban «alimentación por trabajo», para realizar obras de interés comunitario (como escuelas, caminos o diques). Tuvieron tanto éxito que muchos donantes lo imitaron. Hoy en día, mientras las infraestructuras impulsadas por las empresas privadas se construyen con maquinaria moderna, las pequeñas obras impulsadas por la cooperación internacional con frecuencia se hacen a mano, con picos y machetes. Y la gente que trabaja en ellas no cobra un salario, sino que recibe alimentos a cambio. El problema es que en algunas zonas han proliferado este tipo de programas, y

algunos campesinos han abandonado sus campos para dedicarse a participar continuamente en campañas de «alimentación por trabajo». De esta forma, la dependencia de alimentos del exterior no hace sino agravarse.

**Cuando nosotros
vamos, los senegaleses
ya vuelven**

El blanco que llega a cualquier pueblo del norte de Senegal es rápidamente asediado. Todo el mundo quiere

saber si ostenta algún cargo político o si tiene contactos con la administración de su lugar de origen. A un concejal de pueblo le hacen reverencias, a un director de hospital le ofrecen una cabra, y a un alcalde le bailan danzas tradicionales... Y si el que llega es un consultor que busca contrapartes para hacer proyectos de cooperación, en algunos pueblos son capaces de

arrastrarse a sus pies.

Los consultores de cooperación adoran trabajar en Senegal. Los campesinos analfabetos de la más perdida aldea de Senegal saben más de ayuda internacional que cualquier alumno de un máster de cooperación de una universidad europea. Saben si están de moda los centros de preescolar o las granjas de roedores. Saben si los donantes quieren que

sean gestionados por cooperativas de mujeres o mediante el apoyo de los emigrantes del lugar que se han instalado en Europa... Y saben preparar proyectos a la medida de los financiadores, utilizando incluso la terminología que les gusta. En un momento, los lugareños diseñan el proyecto idóneo para cualquier donante: siempre tienen propuestas y saben cómo

exponerlas a los blancos. En un solo pueblo senegalés, de unos doscientos habitantes, en una ocasión me sugirieron la construcción de un preescolar no formal, un proyecto de letrinas, una granja de pollos, la constitución de una cooperativa agraria de mujeres y una fábrica para producir conservas. Si me hubiera quedado un rato más, seguro que

me habrían ofrecido la escuela, el campo de fútbol, el dispensario y una unidad de lucha contra el tabaquismo.

Ningún consultor se va de Senegal con las manos vacías, porque los habitantes de este país están decididos a recibir proyectos, del tipo que sean. Un proyecto de cooperación quiere decir trabajo para algunos vecinos, dinero en metálico que circula por

la comunidad y tal vez incluso un vehículo todoterreno para el más espabilado del pueblo.

Los financiadores agradecen esta predisposición de los senegaleses ofreciéndoles ayudas para los objetivos más diversos: sanidad, derechos de la mujer, pesca, agricultura, preservación del patrimonio natural, educación preescolar,

lucha contra la
desertización, música,
salvaguada de la
tradición, promoción de
los medios de
comunicación... No hay
ayudas para la compra
de coches particulares.
Parece incomprensible,
pero los senegaleses se
los han de comprar ellos
mismos, aunque sean de
segunda mano. Eso sí,
mientras los senegaleses
se pagan los coches, la
cooperación les paga, a

veces, actividades de educación vial.

El África que se onegeíza

En el Sur saben que el Norte tiene dinero para gastar en proyectos y, por tanto, hay una feroz competencia para obtener estos fondos. Pero los países occidentales no están dispuestos a repartirlos al tuntún: es necesario cumplir algunos requisitos para recibirlos. Antes que nada, se debe constituir legalmente una asociación. Importa poco que sean diez o diez mil

socios, lo único esencial es tener los papeles en regla. Muchas ONG africanas tienen un número ínfimo de socios, pero los agentes internacionales las consideran como legítimas representantes de su comunidad. Los donantes suponen que las asociaciones representan al conjunto de la sociedad, por contraposición a unos poderes políticos que no lo representarían. Se considera, no se sabe exactamente por qué, que cualquier asociación africana es democrática (aunque luego se le exige una dinámica empresarial tremendamente antidemocrática). Pero, en realidad, en África, a muchas

asociaciones las impulsan poderes regionales o estatales, y por ello están controladas por partidos únicos o por todo tipo de caciques. De esta forma, algunas ONG del Norte acaban colaborando con grupos terriblemente reaccionarios.

Desde el Norte se ha decidido excluir de las convocatorias de subvención a algunos de los grupos que no siguen determinadas pautas «correctas», a pesar de que están profundamente enraizados en África. No hay forma de pedir ayudas para agrupaciones familiares, a pesar de que son estas las que en África garantizan la

supervivencia de buena parte de la población (la solidaridad familiar es básica en sitios donde no hay pensiones, ni asistencia médica gratuita, ni guarderías...). Los partidos políticos también son excluidos de la mayoría de subvenciones, básicamente porque los donantes no quieren conflictos diplomáticos con los gobiernos africanos (en el fondo, pretenden resolver un problema político, como es el desarrollo, sin modificar el marco político).

La cooperación internacional nunca considera interlocutores válidos a algunos grupos tradicionales que tienen

mucho prestigio, como los consejos de ancianos, porque no son capaces de trabajar con la compleja burocracia que establecen los organismos internacionales. Los pigmeos *bagyeli*, por ejemplo, acostumbran a vivir en grupos con una estructura igualitaria, en la que se toman todas las decisiones por consenso, pero los organismos de cooperación no dan validez a las comunidades pigmeas. En cambio, están dispuestos a trabajar con cualquier asociación pigmea que tenga estatutos y que sea dirigida por una junta con un presidente, un vicepresidente, un tesorero, un secretario y cuatro vocales.

Evidentemente, esta asociación no tendrá ninguna representatividad y no será capaz de impulsar ningún proyecto.

Los africanos, como saben que para obtener fondos es necesario organizarse en ONG, así lo hacen. Cuando en un país se presentan las llamadas «multinacionales de la solidaridad», enseguida se suelen crear muchas ONG locales para trabajar con ellas (es lo que pasó, por ejemplo, en Mozambique tras el fin de la guerra civil). En algunos pueblos se han dado cuenta de que las ONG femeninas tienen muchas más posibilidades de recaudación, y por ello los maridos, de forma profundamente

patriarcal, obligan a sus mujeres a integrarse en las asociaciones femeninas...

Casi todas estas asociaciones se han creado expresamente para recibir apoyo del Norte y por eso se acoplan a la perfección a aquello que esperan los donantes: al fin y al cabo existen para satisfacerlos. Harán el tipo de proyectos que los donantes quieran exactamente como ellos deseen: les da lo mismo repartir preservativos en las escuelas para prevenir el sida o difundir las virtudes de los abonos naturales. La cooperación, en muchos casos, ha pervertido la vida asociativa africana, al

transformar a los grupos preexistentes en títeres de los organismos de ayuda del Norte.

En muchas ONG africanas tanto la cúpula como los socios son conscientes de que su principal objetivo es sacar beneficios particulares de la asociación, y no hacer realidad los proyectos de los donantes. En realidad, algunas ONG del Norte saben perfectamente que sus contrapartes roban fondos, pero les da lo mismo, siempre y cuando gestionen los proyectos acordados.

En África muchas ONG locales son conocidas popularmente por el nombre de su fundador, ya que no son nada más

que una prolongación de sus actividades privadas. No existe una diferencia clara entre empresa y ONG. En realidad, muchas de estas acaban siendo empresas que funcionan con un capital inicial aportado por un financiador exterior. Si un médico africano quiere fundar su propia clínica privada, tiene la opción de crear una ONG y buscar ayudas en el Norte. Con suerte, logrará subvenciones para el edificio, y también podrá obtener medicamentos, equipos médicos e incluso voluntarios europeos que le ayuden mediante cortas estancias. Pero aunque reciba mucho apoyo de la cooperación, con toda probabilidad no

renunciará a llevar esta clínica como si fuera un negocio particular (ya que, al fin y al cabo, esa era su intención inicialmente).

Tampoco hay una distinción nítida entre ONG africanas e instituciones africanas. En unos países en que los funcionarios se pasan hasta seis meses sin cobrar, hay un trasvase constante de funcionarios a ONG locales, a organizaciones oficiales de cooperación del Norte y a ONG internacionales. A los burócratas africanos los conocimientos y los contactos obtenidos en la función pública les resultan muy útiles para tratar con fluidez con las

contrapartes del Norte. Con frecuencia estos cuadros combinan cargos en el mundo de la cooperación con puestos en la administración. Alguien que se presenta en una reunión como secretario de Estado de Cooperación, en el siguiente encuentro ya es presidente director general de alguna ONG.

Algunos individuos influyentes emplean las ONG como trampolín en su trayectoria política: consiguen subvenciones para hacer proyectos en una zona y después exigen a los habitantes de la región que les voten, alegando que son ellos quienes han conseguido la construcción de una

escuela o de un dispensario. En algunas zonas en conflicto, como en Somalia, los diferentes señores de la guerra crearon sus propias ONG locales, ya que constataron que constituían un elemento muy útil para controlar a la población mediante el reparto de ayuda.

En África las ONG son difíciles de legalizar; además, para encargarse de proyectos, deben plegarse a los rígidos procedimientos burocráticos impuestos por los donantes. Justamente por eso son dirigidas por gente con buenos contactos en la administración y con cierto estatus cultural: maestros, médicos, académicos... Para poner en marcha una

asociación es mucho más importante tener directivos que tener socios. Numerosas ONG africanas no disponen de muchos asociados: cuando han de hacer alguna actividad contactan con los grupos que son activos en los poblados, las llamadas «agrupaciones de base», que no tienen una estructura jurídica legalizada. Las ONG hacen de intermediarias entre unos financiadores internacionales que pagan muy bien y unas «agrupaciones de base» que trabajan por cuatro perras. Así, estas fantasmagóricas asociaciones se convierten en una fabulosa fuente de ingresos.

Las ONG africanas se han especializado en cubrir aquellos ámbitos en que sus respectivos Estados han abandonado sus funciones. Por ejemplo, hay ONG que se encargan, regularmente, de la limpieza de los mercados. A los que trabajan en eso, contratados por las ONG, se les llama «voluntarios», aunque no son sino trabajadores precarios y mal pagados. Hay organismos de ayuda que definen al voluntario no como aquella persona que trabaja gratuitamente, sino como alguien que trabaja para el bien de la comunidad (una definición según la cual la práctica totalidad de los trabajadores del planeta

serían «voluntarios»).

Cuando las ONG no consiguen que las instituciones africanas requieran sus servicios (siempre con financiación exterior) tienen que inventarse proyectos para colarlos directamente a las organizaciones de cooperación extranjeras. Por ejemplo, en Bafatá, en Guinea Bissau, siete ONG locales se movilizaron para acondicionar un espacio al aire libre en el que las diferentes ONG de la ciudad se pudieran encontrar. Se limitaron a poner cemento en el suelo y a hacer cuatro bancos con bloques de cemento. Decían que era un proyecto esencial para garantizar la

«dinamización comunitaria», y alegaban que si las ONG no tenían mucha actividad era porque no contaban con un sitio en el que encontrarse todas juntas (a pesar de que en Bafatá no faltan ni las casas ni las plazas). Los cooperantes extranjeros valoraron muy positivamente esta iniciativa. Cabe añadir, pese a todo, que entre las siete ONG solo consiguieron movilizar a seis «voluntarios» para las obras de acondicionamiento del espacio. Y eso que cobraban por el trabajo realizado.

En cambio, hay organizaciones que tiene objetivos claros, al margen del desarrollo, y que para obtener

financiación exterior se camuflan como ONG. Una sección local de la Cruz Roja, en un país centroafricano, se convirtió en un templo de *bwiti*, una iglesia sincrética local. En la sede del movimiento, el presidente de la sección y sus adeptos celebraban rituales en los que ingerían grandes cantidades de un alucinógeno llamado *iboga*. Gracias al *iboga* veían a sus antepasados y hacían multitudinarias curaciones rituales. En la sede nacional de la Cruz Roja se pensaban que las curaciones las hacían con medicamentos y esparadrapo.

Las iniciativas de las ONG africanas tienen una gran capacidad de

prolongarse a lo largo del tiempo: se intenta que los proyectos no se acaben nunca y que las ayudas sigan afluyendo. Una institución regional europea subvencionó una granja de pollos en un poblado de Senegal: les pagaron los primeros pollitos y la construcción de las instalaciones. Gracias a estas ayudas, los promotores de la iniciativa se enriquecieron bastante, porque podían vender los pollos mucho más baratos que el resto de productores (que se quejaban, no sin razón, de esta competencia desleal). Pero no les bastaba con esto: cuando un consultor de la entidad financiadora visitó el

proyecto, sus responsables le pidieron que el patrocinador asumiera, también, el costo del pienso para las aves...

Cuando un financiador se retira, las ONG africanas demuestran enseguida su flexibilidad: una organización que se había presentado como una cooperativa femenina de producción de cacahuete se reconvierte sin demasiados aspavientos en una asociación destinada al saneamiento mediante la construcción de letrinas. El proyecto de cultivo de cacahuete deja de interesar, porque no recibe ayudas, y se prefiere abandonarlo para empezar una nueva iniciativa con financiación exterior. De esta forma la

sostenibilidad de los proyectos se convierte en una auténtica utopía.

De catedráticos a consultores

En los países africanos hay mucho personal académico que trabaja en el ámbito de la cooperación. Los sociólogos, economistas, médicos, antropólogos y periodistas africanos que tienen plaza en la universidad y que se

dedican a temas de desarrollo están muy solicitados. Los organismos de cooperación suelen requerir el aval de algún personaje relevante, en el ámbito del desarrollo, de aquella sociedad en la que se va a realizar un proyecto. Como la oferta es poca y la demanda es mucha, estos «expertos» suelen cotizarse muy bien y continuamente están viajando: de un

seminario en Abidján a una consultoría en Brazzaville, pasando por una reunión de trabajo en Ouagadougou (incluso, cuando hay suerte, un viaje a París, La Meca para los especialistas en desarrollo *bon vivants*).

Para obtener estos trabajos, los «expertos» deben contar con una plaza en alguna universidad, que los legitime como miembros de la cúpula académica.

Pero, evidentemente, cuando uno depende permanentemente de las actividades de la cooperación, no puede dar clases de forma regular. Si tenemos en cuenta que los organismos oficiales de ayuda pueden pagar hasta 5.000 euros por una consultoría de una semana, y que muchas universidades africanas pagan menos de 400 euros al mes a sus

profesores, queda claro quien sale perdiendo al final. Los alumnos que tienen como profesor a algún consultor estrella están condenados a soportar sustitutos, siempre y cuando las eminencias que teóricamente son sus profesores tengan la delicadeza de nombrar a algún sustituto.

En África la investigación aplicada en el campo de la

cooperación ha
desplazado cualquier
tipo de investigación en
otros ámbitos. Es
imposible pedir un
artículo para una revista
científica a la mayoría de
los académicos metidos
en cooperación: las
publicaciones
universitarias no pagan
nada a sus autores, y los
informes para Naciones
Unidas, aunque digan
obviedades o
barbaridades, están muy

bien pagados. A golpe de chequera, los organismos de cooperación han comprado la universidad africana.

Y donde no hay, se inventan

En África hay sociedades que están muy poco predispuestas a aceptar los «consejos» de la cooperación. En ciertas partes del continente, como en Gabón, no hay demasiado interés por crear ONG, ni siquiera a cambio de financiación. A los organismos de ayuda

les disgusta profundamente la actitud de los africanos que no piden: sienten como si les estuvieran robando la razón de su existencia.

Cuando no hay solicitudes de ayuda, los financiadores se inventan proyectos de «dinamización comunitaria» o de «apoyo a la sociedad civil». Mediante cursos y seminarios tratan de convencer a los africanos de que necesitan ayuda de Occidente y de que han de crear ONG para solicitarla. Este absurdo no es nada barato: en algunos países se gasta muchísimo dinero en estas actividades. En Guinea Ecuatorial, entre 2002 y 2007, la Unión Europea destinó

casi 1,3 millones de euros al «apoyo a la sociedad civil» (un 10 por ciento de lo que gastó en cooperación en el país). Tras un trabajo supuestamente intenso, los tres asalariados del proyecto consiguieron legalizar a tres asociaciones de mujeres. Ninguna de ellas fue capaz de mantener un mínimo de actividad, aunque la Unión Europea tenía un presupuesto ingente para financiarlas.

**El contrapunto de
Bissau**

Guinea Bissau está junto

a Senegal. Pero las dinámicas de la cooperación de Bissau son muy distintas de las del país vecino, tal vez porque en Bissau, durante mucho tiempo, hubo un régimen comunista que no toleraba las asociaciones al margen del partido único. Actualmente en Bissau solo hay unas cincuenta ONG locales, todas ellas bastante recientes. Casi todas

tienen muy pocos socios; para hacer frente a cualquier iniciativa deben recurrir, sistemáticamente, a las agrupaciones de base (las pequeñas asociaciones locales, activas pero no legalizadas, que funcionan en diferentes puntos del país). Las organizaciones internacionales confían mucho en las ONG, consideradas «nuevos

actores» del desarrollo; les dan mucho apoyo, no solo financiero, sino también logístico (con clases de portugués, francés, inglés, World, Excel, Internet, dinámicas de grupo...). Ante la inestabilidad política imperante, los donantes pensaban que se podría garantizar el funcionamiento social del país a partir de las ONG. Pero con el tiempo se ha visto que estas

asociaciones tienen estrechos vínculos con los partidos políticos, y que con frecuencia se utilizan como una herramienta de control de la población y no como una herramienta de liberación. Además, la ayuda es desviada continuamente tanto por parte de las ONG locales como de las mismas autoridades. En realidad, en la mayor parte del territorio no se percibe

ni rastro del trabajo
hecho por la
cooperación.

Pero los donantes
tienen un modelo de
trabajo, que pasa por
actuar con las ONG
locales, y no están
dispuestos a renunciar a
él, aunque resulte
evidente que este modelo
no funciona. Una vez, una
antropóloga portuguesa
que hacía
investigaciones sobre el
asociacionismo en

Bissau, y que las llevaba a cabo de forma muy rigurosa, detectó que en una de las cuatro grandes ONG del país se desviaba la ayuda recibida y que el partido de su dirigente la empleaba para ganar votos en las elecciones. Se apresuró a comunicarlo a los donantes. Éstos se escandalizaron y, de inmediato, preguntaron al líder de la ONG si esto

era cierto. El responsable de la asociación, obviamente, lo negó. Y los donantes se quedaron tan satisfechos y siguieron financiando a la ONG.

Ayuda para los menos necesitados

En los discursos de las ONG siempre hay un elemento recurrente: la lucha contra la pobreza. Pero, paradójicamente, estas entidades tienen graves problemas para atender a los

sectores más desfavorecidos de la sociedad africana. Con frecuencia, los proyectos de cooperación que se desarrollan en África acaban beneficiando a los más ricos. Las ONG africanas están lideradas por gente que goza de un alto estatus económico, y no por individuos pertenecientes a los sectores más marginales de la sociedad. Un pobre de un barrio de barracas de Brazzaville no tiene contactos en Europa para presentar ningún proyecto; no tiene dinero para ir al notario a legalizar una asociación; no sabe llenar los complejos formularios de la cooperación, porque apenas fue a la escuela... En el Norte

son los *progres* los que llevan carpetas con adhesivos de los organismos de cooperación; en el Sur los que llevan estas carpetas habitualmente son ejecutivos.

Por más que las ONG del Norte traten de llevar a cabo actividades que beneficien a los africanos más pobres, habitualmente no encuentran la vía para hacer llegar su ayuda a los más necesitados: es imposible llevar cooperación a zonas con ciertos conflictos bélicos, es muy difícil cubrir los territorios mal comunicados, resulta muy complicado trabajar en algunos países que tienen dictaduras

durísimas...

En realidad, los proyectos suelen instalarse en los lugares donde hay más facilidades para establecerlos, y no en los lugares donde más se necesitan. Además, un proyecto siempre tiene un efecto llamada sobre los demás. Quien quiera instalar una red de agua potable tendrá tendencia a hacerlo en un poblado donde ya haya en funcionamiento algún proyecto sanitario o educativo, porque allí habrá ONG locales, habrá una vivienda para el cooperante, las autoridades sabrán como gestionar el tema... De esta forma, a veces las ONG, en lugar de reducir las desigualdades

sociales y territoriales, tienden a agravarlas.

En África, quienes tienen más recursos suelen ser los que más se aprovechan de las ventajas que ofrece la cooperación. Son ellos quienes conocen los tratamientos médicos pagados por la ayuda exterior y los que se benefician de los mismos. Son ellos quienes consiguen becas para que sus numerosos hijos vayan a universidades extranjeras (ya que, en muchos casos, han ido a las mejores escuelas y consiguen las mejores notas en los exámenes). Son ellos quienes llenan los espectáculos de los Institutos Culturales de Expresión

Francesa, porque son los únicos que tienen una formación que les permite entender las óperas de Verdi o las obras de teatro de Moliere...

El problema de fondo es que, todavía hoy, numerosos organismos de cooperación identifican a cualquier negro con un «pobrecito»; así pues, están dispuestos a ayudar a cualquier persona de epidermis oscura sin ni siquiera ocurrírsele que quizá tenga muchísimo dinero. En los centros culturales financiados por la cooperación oficial francesa, con frecuencia los espectáculos tienen una tarifa para blancos y una para negros: un

voluntario europeo de una ONG, aunque no cobre casi nada, para ver un espectáculo de danza tendrá que pagar el triple de lo que paga un multimillonario local.

A veces los organismos de cooperación actúan con una ingenuidad tremenda para no tener que enfrentarse al espinoso problema de las desigualdades en el seno de los países africanos (para evitar problemas diplomáticos, ningún programa de cooperación pretende combatir las desigualdades sociales en África).

Los contribuyentes españoles facilitan que los ricos de Guinea

Ecuatorial dispongan de una buena educación para sus hijos, a diferencia del resto de niños del país, que deben estudiar en centros escolares pésimos. Algunas de las escuelas financiadas con dinero público de España, como las de los Salesianos o las de los Hermanos de La Salle, acogen a los hijos de los más pudientes del país (de hecho, los Hermanos de La Salle afirman abiertamente que quieren «formar élites» en África). Aunque Guinea Ecuatorial tiene, aproximadamente, el mismo PIB per cápita que España, este gobierno da becas a jóvenes guineanos para ir a universidades españolas sin

comprobar su nivel económico. Así, algunos individuos que tienen numerosas mansiones, una flota de todoterrenos y cuentas corrientes con muchísimos ceros han visto con satisfacción cómo los obreros españoles les ayudaban a pagar la formación de sus hijos. Y como gracias a la solidaridad internacional la educación no les sale muy cara, algunos millonarios guineanos tienen numerosos hijos: incluso hay quien supera la veintena.

Pasotismo, escepticismo, rechazo...

En Guinea Bissau solo hay cuatro fuentes de riqueza: la pesca, el cultivo

del anacardo, la cooperación y el tráfico de drogas (Guinea Bissau se ha convertido en una importante escala en el paso de la droga latinoamericana hacia Europa). La pesca de altura solo está al alcance de los inversores extranjeros, porque no hay gente en Bissau con bastante riqueza como para invertir seriamente en este sector. El cultivo del anacardo da beneficios de forma muy repartida, porque es muy fácil participar en este sector. Por eso, solo hay dos posibilidades para quien tiene espíritu emprendedor y quiere prosperar: dedicarse al tráfico de drogas o fundar una ONG. Los que se

han metido en redes de tráfico de drogas (con frecuencia autoridades civiles o militares) tienen tanto dinero que organizan orgías que duran todo un fin de semana, con decenas de putas, grandes cantidades de coca y barra libre. Los que se han metido en el mundo de las ONG no tienen tanto dinero, pero se pueden permitir el lujo de circular en grandes coches, dan trabajo a sus primitos y vecinos y se preparan un trampolín para lanzarse a la vida política. La población no ve demasiadas diferencias entre los que se dedican a la cooperación y los que se dedican al tráfico de drogas. Esta tiene muy poco

impacto sobre el conjunto de la población: en la mayor parte de pueblos de Bissau no hay ningún proyecto, aunque en cualquier rincón de los barrios residenciales de la capital surgen, como champiñones, los cooperantes. Pero la droga tampoco tiene mucho impacto sobre el conjunto de la población: los depauperados cultivadores de anacardo no tienen suficientes recursos como para pagarse una rayita de *farlopa*, ni siquiera de vez en cuando (el narcotráfico representa un problema para los europeos, pero no para los habitantes de Bissau). La población puede criticar a algún

traficante de drogas, pero no por el hecho de serlo, sino por no repartir sus beneficios. En realidad, es la misma crítica que se hace a algunos dirigentes de ONG.

Un número sustancial de africanos no tiene la menor confianza en los proyectos de cooperación. Han visto fracasar ya tantas iniciativas que no se hacen ninguna ilusión sobre las posibilidades de las que llegarán. Hay quien dice que el tiempo verbal correcto para aplicar a la cooperación no es el futuro perfecto ni el futuro imperfecto, sino el «futuro no próspero»: se promete que se hará esto, o que se hará aquello,

pero los resultados no llegan nunca.

Con frecuencia los proyectos de cooperación, en África, despiertan una cierta desconfianza. En Europa la ayuda internacional parte del sentimiento de que nada que suceda a cualquier ser humano es ajeno a cualquier otra persona, un principio que anima tanto a la caridad como a la solidaridad. En África, el sentido de solidaridad se orienta más bien hacia la redistribución dentro del grupo: tienes que ayudar a los tuyos, porque son ellos los que, a su vez, te ayudarán cuando lo necesites. Por eso a veces no se entiende la existencia de ayuda desinteresada. Se sospecha que

quien coopera en realidad saca mucho más de lo que entrega (y a veces, pero no siempre, esto es verdad).

En determinados casos, los proyectos de cooperación incluso generan un rechazo abierto. Ante todo, parte de la población africana tiene un fuerte sentimiento racista contra los blancos y es reticente a ciertas cosas que vienen de ellos, ya que se consideran opuestas a la «tradición» y a la «forma de ser» de los africanos. Algunos de los temas que abordan las ONG, como el suministro de agua potable, la lucha contra el sida o el reciclaje de residuos, son

sistemáticamente menospreciados por gente que los considera «cosas de blancos» que no afectan a los negros. Todavía hoy, en África, hay mucha gente que no está dispuesta a usar preservativos porque cree que el sida no existe y que se trata de un invento de los blancos para imponer el condón y reducir la fertilidad de los africanos.

En realidad, muchos africanos sienten animadversión hacia las ONG porque las ven como una intromisión de los extranjeros en cuestiones que solo deberían afectar a la propia comunidad. Además, les irrita que algunos proyectos de cooperación vayan asociados a la

lucha contra determinadas tradiciones que los occidentales consideran «nocivas» (las medicinas «tradicionales», la agricultura de subsistencia, los patrones familiares distintos de los occidentales...). El rechazo es todavía mayor cuando los proyectos afectan a determinados temas especialmente sensibles, como las relaciones entre hombres y mujeres. En el oeste de Camerún, en los años noventa, una gran campaña de vacunación escolar fracasó estrepitosamente porque la población local se opuso a ella decididamente (ocultaban a las niñas y no las dejaban ir

a clase). Los rumores aseguraban que la vacunación formaba parte de las campañas del gobierno y de los organismos internacionales en favor de la planificación familiar, y que en realidad no se trataba de vacunas, sino de medicamentos esterilizantes.

En cualquier caso, a muchos africanos les irrita lo sobrevaloradas que suelen estar las ONG, especialmente cuando se las considera como representantes de las poblaciones de su zona. Los donantes las convocan a todos los actos públicos e incluso pretenden que participen en el diseño de las políticas de desarrollo. Los vecinos con

frecuencia lo ven como una auténtica usurpación de poderes, ya que los miembros de las ONG solo se representan a sí mismos. Y quienes mejor lo saben son sus conciudadanos.

Lluvia de dinero

Hay un verbo que se utiliza en francés de Camerún y de otros puntos de África, *faroter*, que no tiene ningún equivalente en el francés de Francia, y tampoco dispone de

traducción al español. En realidad, no creo que a ningún francés ni a ningún español se le haya ocurrido nunca *faroter*. El *faroteo* (por llamarlo de alguna manera) es una forma de diversión que consiste en repartir grandes cantidades de dinero. Uno puede ir al pueblo de su mujer, sacar un gran fajo de billetes e irlos distribuyendo, a tontas y a locas, entre

suegros y cuñados. O entrar en una discoteca y ofrecer barra libre a todos los presentes... Un futbolista africano que juega en el extranjero puede volver de vacaciones a su barrio y empezar a repartir dinero a todos sus conocidos, y también a los desconocidos...

No hay límite ni lógica en el arte de *faroter*: el que da, no da para recibir nada a

cambio, sino para ver reconocida su superioridad. Quien se dedica a *faroter* no lo hace porque los otros tengan «necesidades», sino para exhibir su riqueza. En muchos casos la ayuda internacional, en África, es interpretada como una forma de *faroteo*, más que como una muestra de solidaridad. Muchos ven en los proyectos de cooperación una

demostración de
opulencia, y no una
forma de garantizar el
bienestar de los
africanos.

Capítulo VIII

Los gobiernos del sur y la cooperación. Auténticas sanguijuelas

En 1989 el primer ministro portugués, Cavaco Silva, visitó Guinea Bissau. El presidente de este país, el camarada general Niño Vieira, había invitado al dirigente de la antigua metrópolis con el objetivo de sacarle una buena tajada para el desarrollo de la ex colonia (y, probablemente, también para sus cuentas en algún paraíso fiscal). Vieira quería impresionar al portugués, y decidió llevarlo a Cacheu, una localidad que en

otros tiempos había sido un importante centro negrero en el que los españoles y los portugueses compraban esclavos para enviarlos a América. El problema es que este importante enclave negrero, situado a orillas del río Cacheu, con el tiempo se había convertido en una pequeña y tranquila población agrícola en la que apenas había ningún vestigio del tráfico de esclavos.

Pero Vieira estaba decidido a remover la conciencia del portugués y ordenó la construcción de un fuerte negrero junto al centro de la población. Sea porque el presupuesto fuera escaso, sea porque alguien se lo metió en el

bolsillo, el resultado fue frustrante. El «fuerte negrero» de Cacheu es una construcción diminuta, que no tiene ni techo. Más que un centro de tráfico, parece un castillo de juguete, uno de esos Exin Castillos con los que muchos jugábamos cuando éramos niños.

No era la primera vez que los africanos trataban de aprovecharse de la mala conciencia de los blancos para sacarles algo. En realidad, no muy lejos de Cacheu, frente a Dakar, se encuentra la isla de Gorée. Allí, los tocadores de bongos y los vendedores de camisetas étnicas hacen su agosto durante todo el año con los europeos cargados de

sentimiento de culpa que visitan los restos de este antiguo enclave negrero (restos reales, no inventados como los de Cacheu). Algunos de los guías que enseñan la isla son descendientes directos de aquellos que ponían la argolla en el cuello a los habitantes de los pueblos vecinos y los vendían a los tratantes europeos, pero ellos, al parecer, no deben avergonzarse de nada... El problema del tráfico de esclavos queda reducido a un simple problema de tonalidad de epidermis. Y resulta tremendamente efectivo.

Los líderes africanos han sabido explotar hábilmente el sentimiento de

culpa de los blancos. Cincuenta años después de las independencias, todavía hay muchos dictadores que, a pesar de llevar décadas en el poder, justifican la falta de infraestructuras de sus países alegando que los europeos no las construyeron durante la época colonial. Estas salidas de tono son posibles porque determinadas corrientes progresistas nos han querido hacer creer que los negros son inocentes por naturaleza, y que fueron los blancos los que llevaron a África la guerra, el odio y la injusticia (aunque el hombre apareció en África, y no salió de este continente durante buena parte de su

sanguinaria historia).

A veces, aquellos que quieren atacar a los europeos echándoles en cara la «deuda histórica» que representan tantos siglos de esclavitud y de colonialismo son los menos indicados para hablar de desigualdades y de opresión. Según algunos teóricos, el continente africano recibe anualmente 25.000 millones de dólares en ayuda, pero se escapan de él 148.000 millones en fugas de capital. Algunos de los que evaden más dinero figuran entre los que más gritan en contra del saqueo del continente africano por parte de los europeos.

El presidente de Congo Brazzaville,

el ex marxista Sassou Nguesso, suele hacer grandes denuncias contra la explotación de África por parte de los europeos y no deja de criticar a los «descendientes del esclavismo y del colonialismo». Eso sí, él, que subió al poder por la fuerza de las armas mediante una guerra civil, ahora acumula por todas partes lujosos vehículos y grandes mansiones (solo en Francia él y su familia cuentan con dieciocho pisos y casas). El dictador congolés expolia los ingentes recursos petrolíferos de su país mientras sus conciudadanos se ven obligados a viajar en tren, porque en Congo todavía no

existen medios alternativos de transporte. Y no son trenes cómodos y puntuales. La gente suele viajar en ellos amontonada como ganado, hasta el punto de que para entrar y salir de los vagones se debe saltar por las ventanillas. Y, con frecuencia, hay multitudes que se pasan horas y horas en la estación, esperando que llegue el convoy, a causa de los larguísimos retrasos. Eso sí, los trenes congoleños tienen una ventaja respecto a los trenes europeos: en determinados puntos de su trayecto van tan lentos que los pasajeros más jóvenes pueden salir corriendo del tren, detenerse a comprar una cabra, un antílope o un puercoespín

y, a toda velocidad, volver a subir.

El encanto de delegar trabajos

En las décadas de 1960 y 1970, la economía de los países africanos iba bastante bien, y las prestaciones que ofrecían los Estados a sus ciudadanos se fueron incrementando paulatinamente. Parecía posible que en los países africanos, al cabo de un cierto tiempo, llegara a imperar el estado del bienestar. Pero en los años ochenta el sueño se hundió, a la vez que se hundía toda la economía del continente. La mayoría de los Estados vieron cómo sus recursos se reducían rápidamente. Para hacer frente

a la deuda, que se disparaba, la comunidad internacional les impuso planes de ajuste estructural que implicaron un grave recorte en el gasto social. En un momento determinado los hospitales dejaron de dar comida a los enfermos, después empezaron a cobrar los medicamentos, finalmente dejaron de poner sábanas en las camas, porque no había presupuesto para reponerlas... Los universitarios dejaron de tener becas para salir al extranjero, y sus bibliotecas dejaron de recibir novedades editoriales. Se acabaron las subvenciones a los alimentos básicos. Quebraron las compañías de transporte

estatales...

Las instituciones africanas tuvieron que claudicar ante sus acreedores: renunciaron a elaborar sus propias políticas y aceptaron los «consejos» de los financiadores. Un alto cargo del ministerio de Sanidad camerunés, en *petit comité*, retaba a un consultor de un organismo de cooperación: «Ya os espabilaréis “vosotros” con «vuestra» Política Nacional de Salud. En estos momentos, en algunos lugares, la administración depende por completo de la ayuda exterior. Hay países, como Níger o Guinea Bissau, donde incluso facilita los ordenadores de los

ayuntamientos de las grandes ciudades. En Guinea Ecuatorial, antes de que se descubrieran los yacimientos de petróleo, si el ministro de Cultura necesitaba algunas fotocopias debía enviar a su ayudante a hacerlas al centro cultural español.

Hay instituciones africanas (ayuntamientos, consejos regionales, secretarías de Estado...) que no tienen ningún recurso propio, ninguno. No hacen nada, básicamente, porque no pueden. No generan recursos propios y el Estado se limita a pagar al personal; así pues, no se pueden permitir ni siquiera la compra de un bolígrafo. Por

tanto, para mantener una mínima existencia, aunque sea testimonial, necesitan pactar con cualquier donante. Estas instituciones, entre virtuales y reales, están dispuestas a aceptar cualquier proyecto que llegue a sus manos, porque cualquiera supondrá algún beneficio para su institución y, en consecuencia, para sus cuadros. Las ONG occidentales que visitan a los dirigentes de estas instituciones están convencidas de que «dialogan» con ellos. Es falso. Los dirigentes africanos no tienen más remedio que aceptar aquello que les propongan. Cuando un consultor a la búsqueda de proyectos

llega a las puertas de un ministerio africano, todos los altos funcionarios pretenden arrastrarlo hacia su departamento. El secretario general del programa de vacunaciones, el técnico de la lucha contra el paludismo y el médico responsable del programa materno-infantil tratarán de convencerlo de que es en su área, y no en las otras, donde realmente deben invertir los donantes.

A veces las instituciones africanas dan un salto adelante y renuncian a ofrecer servicios a sus ciudadanos. Es una opción muy cómoda. Dejan la sanidad, la educación, el acceso al agua potable y muchos otros servicios en

manos de la ayuda internacional. Todo aquel ciudadano que quiera acceder a un servicio tendrá que espabilarse, constituir una ONG y pedir apoyo al exterior; que no espere nada de su ayuntamiento ni de sus ministerios.

En cualquier caso, los servicios que se ofrecen hoy en día a los africanos no tienen nada que ver con los que se habían planificado tras las independencias: son míseros sucedáneos de aquellos. Ante la falta de medios para formar y contratar maestros, muchos Estados africanos han potenciado la creación de escuelas «comunitarias». En algunos poblados, la

gente aporta aquello que buenamente puede, y con eso se paga la adecuación de un local y el misérrimo salario de un «voluntario» que hace de maestro. En las escuelas comunitarias hay maestros que enseñan sin ni siquiera saber escribir, aulas que no tienen pizarra, instalaciones sin un solo libro... De la misma forma, hace ya algunas décadas se impulsó en buena parte de África el sistema de asistencia primaria de salud (APS). Ya no se planteaba la posibilidad de llevar a los enfermos de los pueblos a la ciudad a visitarse al médico, ni la de enviar médicos a visitar a los pacientes de las zonas rurales. Con

el sistema de APS la salud, en los poblados, quedó en manos de los que pomposamente se llaman «agentes de salud». Se trata de campesinos prácticamente analfabetos a los que los organismos de cooperación, tras un breve curso, entregan un diploma. Estos «agentes» vuelven a sus pueblos con veinte medicamentos básicos para distribuirlos entre sus vecinos en una pequeña cabaña que hace las funciones de «puesto de salud». Pero como hay dificultades para reponer los fármacos, con frecuencia solo tienen ocho o diez específicos, a veces caducados...



Autonomías sin balanza fiscal

Algunos Estados, que están prácticamente en quiebra, han cedido las competencias de todos los servicios a las regiones (es el caso, por ejemplo, de Senegal). Se trata de una descentralización un tanto etérea, en cuanto el poder político permanece en manos del gobernador, designado

desde la capital.
«Evidentemente» no se
cede a las regiones ni
fondos, ni capacidad de
recaudar impuestos. Para
sobrevivir, las
administraciones
regionales deben
espabilarse y buscar
donantes en el exterior.
Si no encuentran
financiadores, los
habitantes de la zona se
quedan sin hospital, sin
escuela, sin campo de
deportes... Para el

gobierno central se trata de una solución perfecta. También para los donantes: en Senegal las distintas cooperaciones extranjeras se han dividido el país y se lo han repartido: cada donante «ayuda» (o controla) una agencia de desarrollo regional.

Los que se comen el pan, también se comen las migajas

La cooperación resulta muy útil para los gobiernos africanos. En el mejor de los casos, les permite dedicar el dinero del Estado a aquello que ellos quieren y dejar las necesidades básicas de la población en manos de los donantes. Así, el gobierno de Guinea Ecuatorial construyó, con dinero público, un hospital privado gestionado por médicos israelíes que solo es accesible a la élite local debido a sus altos precios; paralelamente, delegó en la cooperación exterior el pago de los medicamentos para combatir el sida. Y encargó a una empresa francesa la construcción de una moderna prisión, mientras un

ayuntamiento vasco se dedicaba a construir escuelas de madera para los niños guineanos...

En ocasiones, los gobiernos africanos han conseguido que la cooperación les pague determinadas cosas absolutamente contrarias a lo que en principio pretendían los donantes. Muchos torturadores africanos han obtenido ayudas internacionales para irse «de formación» a Europa (evidentemente, lo han aprovechado para pasarse unas buenas vacaciones). Algunos criminales perseguidos por la justicia se han beneficiado de la inmunidad que les conferían los

pasaportes diplomáticos de la ONU...

La ayuda que viene del Norte con frecuencia no llega a los más desfavorecidos, porque es saqueada por las autoridades africanas (como muchos altos cargos no pueden sacar nada de su institución, porque no cuenta con fondos propios, tienen que robar a la cooperación). Hay países en que se venden las becas: se hacen exámenes de nivel para seleccionar a los candidatos, pero los funcionarios que los corrigen y que elaboran las listas de seleccionados incluyen los nombres que quieren a cambio de sobornos. Incluso han establecido tarifas: las becas para

estudiar en China o en Rusia salen relativamente baratas; son mucho más caras las becas para ir a Francia, y las becas para Estados Unidos tienen precios astronómicos. En algunas ciudades, los autobuses cedidos por la cooperación para el transporte público rápidamente son desviados hacia el transporte escolar o hacia el transporte de personal de grandes empresas: algún funcionario se lucra alquilándolos, mientras los ciudadanos cada mañana deben apretujarse a codazos en diminutas furgonetas.

No es nada raro encontrar en los colmados de África cajas de galletas de

la Cruz Roja o sacos de arroz del gobierno norteamericano con un lema bien visible que indica: «Donación gratuita. Prohibida su venta». La comida que envía el Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas en algunos países es desviada en el mismo puerto: una parte ni siquiera llega a los almacenes. Pero también es frecuente que los maestros, que deberían repartir las galletas y las latas de sardina entre sus alumnos como desayuno, las vendan a los comerciantes locales.

En muchos proyectos se producen fuertes pugnas por controlar las donaciones. Las autoridades africanas

suelen quejarse de que los cooperantes no les delegan las tareas de reparto de la ayuda; pero con frecuencia los cooperantes deben hacer un gran esfuerzo para evitar desvíos. En algunos casos los funcionarios incluso piden sobornos «a cambio» de permitir el reparto de ayuda entre sus compatriotas.

Los vehículos todoterreno se han convertido en todo un símbolo de los proyectos de cooperación y, a su vez, en uno de los bienes más codiciados por las cúpulas africanas. Las ONG africanas siempre piden vehículos para sus proyectos, pero a menudo estos sirven, básicamente, para llevar a los

hijos del líder de la organización a la escuela. Las ambulancias que se envían a los hospitales africanos para evacuar enfermos pronto se convierten en los vehículos privados de los directores de los hospitales (y a veces incluso se los quedan cuando los echan del cargo). No es excepcional ver a un vehículo de una ONG haciendo de taxi por las carreteras africanas. Y, cuando termina un proyecto, los directivos de la ONG africana a la que este se transfiere se apresuran a borrar los logotipos de los *jeeps* y a guardarlos en el jardín de su casa.

Aunque la máxima aspiración de la

mayoría de los miembros de ONG africanas es conseguir un todoterreno, no rechazan otros vehículos de menor categoría. Las agencias de Naciones Unidas suelen organizar campañas de vacunación de una duración de un par de meses. Uno de los elementos básicos de estos programas son las motos, que permiten a los vacunadores llegar rápidamente a los pueblos mal comunicados. Cada vez que los organismos internacionales preparan una nueva campaña, han de comprar motos nuevas. Algunas se averían durante la campaña; otras se las quedan los mismos vacunadores. Pero la mayoría

terminan en manos de los directores de dispensario, de los delegados regionales de sanidad o de los médicos de los hospitales locales.

Los gobernantes africanos se aprovechan de los recursos que los donantes quieren destinar a los más desfavorecidos del país. Aldeas Infantiles SOS creó, en Bata, un internado para acoger a los huérfanos guineanos. Pero pronto se descubrió que los huérfanos de verdad, en Guinea, son más bien pocos (como se ha avanzado anteriormente). La familia extensa todavía está muy vigente, y si se mueren los padres de un niño, este es cuidado

por algún pariente. Ante la falta de huérfanos se tuvo que acoger a otros niños. Enseguida ministros y secretarios de Estado presionaron a los directivos de la institución, y algunos consiguieron que sus hijos y sobrinos ingresaran allí. Muchos de los internos que figuran como huérfanos no lo son, y la institución es plenamente consciente de ello, porque los niños van a pasar las vacaciones con sus familias.

Además, Aldeas construyó una buena escuela para los «huérfanos», que también estaba abierta a otros chicos de la ciudad. La cúpula del régimen se apresuró a enviar allí a sus niños.

Cuando se avecinan las ocho de la mañana, es casi imposible acercarse a este centro educativo, porque los accesos están saturados de cochazos que llevan a los escolares. Los «pobres» padres de los alumnos están indignados por estos embotellamientos y no cesan de exigir a los directivos que compren un autobús para llevar a los niños a clase. En las escuelas estatales no hay embotellamientos en sus accesos. Tampoco hay libros, ni tiza, ni maestros que sepan escribir sin faltas de ortografía... En algunas ni siquiera hay patio; por no haber, no hay ni lavabo. Y los padres no reclaman nada. Saben que

el ministro de Educación de turno no les hará ni caso. En realidad, al ministro no le importa en qué estado se halle la escuela pública, porque sus hijos, o van a alguno de los centros financiados por la cooperación, o estudian en el extranjero.

Los dirigentes africanos han llegado a la cuadratura del círculo al crear sus propias instituciones de beneficencia, eso sí, financiadas por donantes extranjeros. En todos los países autocráticos del continente han proliferado las ONG presididas por la primera dama (la mujer del dictador). Estas organizaciones recaudan fondos de

la comunidad internacional para hacer proyectos y después presentan las ayudas como dones otorgados por el presidente o por el partido en el gobierno (obviamente, son repartidas en función de fidelidades políticas: ningún opositor puede aspirar a beneficiarse de ellas). Con estos organismos, a los líderes africanos la propaganda electoral les sale gratis. He visto como el partido único de un país africano, en un acto solemne, «donaba» a un dispensario algunas camas que había pagado la cooperación internacional. Los habitantes del lugar no paraban de aplaudir cada vez que se repetía el

nombre del dictador.

El placer de homologarse

Una parte esencial de la ayuda oficial al desarrollo pasa por la figura de los homólogos. Estos son funcionarios que reciben un buen sobresueldo para acompañar al «experto» extranjero y aprender de él, con el objetivo de sustituirlo

posteriormente.

Generalmente, el «experto» extranjero ve muy de vez en cuando a su homólogo, que acostumbra a no mostrar el más mínimo interés por su trabajo, excepto cuando llega el momento de cobrar (hay profesores universitarios extranjeros que han visto a su homólogo un solo día: cuando se lo presentaron). Pero aunque se le vea poco,

este personaje es muy solidario con sus compañeros: le espanta tanto el término de un proyecto como al propio cooperante, porque cuando se acaba un proyecto de cooperación, el homólogo pierde el monumental sobresueldo otorgado por la institución financiadora y se queda con su misérrimo salario de funcionario (además, si no maniobra rápido, le

retiran el coche que han utilizado, él y toda su familia, durante el tiempo que le ha durado el «trabajo»). Por eso, cuando se está acabando un proyecto, el homólogo empieza a mariposear alrededor de todas las organizaciones de cooperación presentes en el país para intentar conseguir otra plaza de homólogo en cualquier ámbito. Así, casi ninguno de ellos acaba por

ocupar el cargo para el que se había preparado (o, mejor dicho, para el que debería haberse preparado). En consecuencia, la formación de homólogos se convierte en una herramienta cara y completamente inoperante. Pero, a pesar de todos los fracasos, esta figura ha sobrevivido al paso del tiempo, porque es la plaza idónea para los

primitos y los sobrinitos
de los altos cargos de la
administración.

La cooperación como bandera

Los gobiernos de África, como los de todo el mundo, tienen una verdadera obsesión por la imagen. Muchos regímenes africanos hacen esfuerzos titánicos para convencer a los europeos de que sus países van mejorando para conseguir que las ayudas continúen afluyendo. Así, en la ciudad de Bata, ni siquiera hay agua corriente, pero se ha

construido una alta torre con un restaurante giratorio. Libreville, la capital de Gabón, es una especie de escenario teatral de cartón piedra: en una urbe en la que se amontonan, de forma caótica, las barracas, hay un precioso paseo marítimo en el que se alinean suntuosos edificios oficiales. Esta vía se construyó para impresionar a los visitantes con motivo de una cumbre internacional. Parece mentira, pero esta burda estrategia suele verse coronada con el éxito. Los invitados en visita oficial se alojan en grandes hoteles y recorren el país, siguiendo la ruta que les han preparado sus anfitriones, con

grandes coches con aire acondicionado y cristales ahumados. Vuelven a sus lugares de origen convencidos de que el país que han visitado progresa, porque no han oído las ratas que se pasean por los tejados de las casas, ni han olido las basuras amontonadas por las calles, ni han sufrido los continuos cortes de electricidad, ni han tenido que beber el agua turbia y apestosa que muchos ciudadanos han de beber cada día...

Todo el mundo trata de instrumentalizar la cooperación a su favor, porque al fin y al cabo es una parte esencial de la política de prestigio. Para quedar bien con la

cooperación, los jefes de Estado africanos no tienen ningún problema en comprometerse a hacer todo tipo de reformas, especialmente si no se establece ningún mecanismo para controlarlas. Muchas dictaduras africanas han firmado numerosos tratados internacionales en materia humanitaria y de derechos de la mujer, sin ninguna voluntad de respetarlos. La Carta Africana de los Derechos Humanos, por ejemplo, es un documento con un espíritu muy avanzado, pero absolutamente inoperante, porque solo se ha firmado de cara a la galería. La mayor parte de los gobiernos africanos

son dictatoriales y no han permitido la creación de ningún tribunal que garantice el cumplimiento de este documento.

La hipocresía impera en las relaciones entre los representantes de los donantes y los de los gobiernos africanos. He contemplado, en un país dirigido por un dictador, un acto sobre la libertad de prensa, con debate y pica-pica, organizado por la ONU. Entre los ponentes figuraban diversos enemigos comprobados de la libertad de prensa. Como en el debate alguna persona del público expresó su desacuerdo con las autoridades presentes, la televisión

oficial censuró las intervenciones críticas al retransmitirlo en diferido. La ONU no dijo ni mu. Y al año siguiente volvió a organizar otro acto similar, también con pica-pica.

La hermandad sindical

En Europa los sindicatos cada vez topan con más problemas: tienen pocos afiliados, dependen demasiado de los partidos, les cuesta representar a los

intereses de los
trabajadores que no
tienen contrato fijo...
Pero aún están más
cuestionados en algunos
países africanos. El
prestigio de las
organizaciones
sindicales, en buena
parte del continente, es
nulo. En muchos países
solo hay un sindicato, y
sus líderes son
funcionarios del
ministerio de Trabajo; en
otros territorios, en los

que se ha implantado el multipartidismo, todavía hay sindicatos que son una rémora del partido único.

En una ocasión, una institución de Canarias tuvo una idea genial: organizar un encuentro entre sindicalistas de Europa y de África. Los africanos fueron encantados, pero al parecer no tenían el menor interés por mejorar el futuro de la

clase obrera ni por
hermanar el proletariado
de ambos lados del
Mediterráneo. Parece ser
que su prioridad era
ventilarse whiskys en el
bar del hotel.

¡No pasarán! Resistencia pasiva a la cooperación

No es raro que a los gobiernos africanos les disgusten las actitudes prepotentes de los donantes. En realidad, bajo el paternalismo se esconde un gran

autoritarismo. Los gobernantes y los técnicos en desarrollo africano están obligados a aceptar las políticas que les dictan la ONU, la Unión Europea, las conferencias de donantes, Francia, Gran Bretaña, España, Portugal, o cualquier sabiondo que hable en su nombre. Deben aceptar las políticas económicas, y también las sanitarias, las educativas, las medioambientales... Decenas de delegaciones internacionales llegan diariamente a las capitales africanas: muchas de ellas disponen de nuevas instrucciones sobre cómo gestionar el desarrollo.

Los funcionarios africanos,

instruidos por sus gobiernos, se han habituado a la estrategia de la resistencia pasiva. Nunca se oponen abiertamente a los «expertos»; por el contrario, se muestran muy interesados en todo aquello que les proponen los organismos de cooperación. No obstante, les regatean la información, obstaculizan con pretextos sus inspecciones, les suministran datos falsos, tardan en tramitar sus dossiers, tratan de obtener suculentos sobornos... Son extremadamente hábiles en el arte de bloquear las iniciativas de la cooperación, que con frecuencia consideran como imposiciones

intolerables. Es frecuente que los «expertos» se marchen convencidos de que en aquel país sus interlocutores «no saben» de ese tema o «no entienden nada».

Política, todo es política

A los gobiernos africanos les parece muy bien que las ONG locales se dediquen a la construcción de dispensarios, a la atención a la vejez o a la promoción de la agricultura ecológica, pero les irrita mucho que pretendan representar a la población. Muchos dictadores africanos afirman sin ambages que en la tradición africana

solo manda uno, y que donde manda uno, no mandan dos (en realidad, en muchos países el Parlamento tiene un papel decorativo: todas las decisiones importantes parten de la presidencia). Pero los países del Norte intentan que las ONG africanas tengan voz y voto en todos los foros en los que se debaten cuestiones relativas al desarrollo del continente: en las conferencias económicas, en el diseño de las políticas forestales, en las negociaciones con las petroleras... En realidad, los donantes pretenden que todas las decisiones estratégicas del país se adopten en negociaciones a tres

bandas: gobierno, donantes y «sociedad civil» (ONG). Los gobiernos generalmente no lo aceptan: no han pasado décadas reprimiendo violentamente a la oposición para que ahora cuatro advenedizos quieran fastidiarles el monopolio del poder.

De vez en cuando hay ONG africanas que ganan una cierta proyección política y se enfrentan al poder. En algunos casos, los regímenes autoritarios las ilegalizan; en otros, hacen la vida imposible a sus dirigentes. Por lo general, les cuesta más bien poco controlar a los díscolos. Por si acaso, en los últimos años los sistemas

autocráticos africanos han creado numerosas ONG progubernamentales, subvencionadas por el gobierno y dirigidas por personajes próximos a los dictadores. De esta forma, cuando los donantes convocan a la «sociedad civil» de un país africano, acuden en masa las fuerzas partidarias del dictador.

En cambio, las ONG extranjeras a veces resultan bastante más incómodas para los regímenes totalitarios, porque pueden filtrar al exterior informaciones sobre la realidad del país. Algunas ONG occidentales, para evitar que la retirada de sus proyectos afecte a los sectores más desfavorecidos de la

población, se niegan a efectuar crítica alguna a los regímenes más impresentables. El dilema es difícil: para mantener una escuela o un dispensario se acaban reforzando sistemas terriblemente autocráticos. En 1942 el Comité Internacional de la Cruz Roja se enteró de la existencia de los campos de exterminio nazis, pero no hizo pública esa información por temor a que los alemanes no dejaran trabajar a esta institución en los territorios que ocupaban. Al final de la guerra, cuando se supo cómo había actuado la Cruz Roja, muchos lo consideraron una opción desafortunada. Medio siglo más

tarde, en 1994, Ruanda era uno de los países del mundo con más ONG por kilómetro cuadrado. Prácticamente ninguna de ellas denunció los preparativos del genocidio. Quizás estaban demasiado obsesionadas con los hornos solares y con las guarderías para darse cuenta de la matanza que se avecinaba. Pero es obvio que su actuación no fue nada acertada.

Por lo que respecta a la cooperación bilateral de los Estados del Norte, esta no suele ser conflictiva, porque depende por completo de los ministerios de Asuntos Exteriores. Cuando los recursos de un país africano interesan a las

potencias del Norte, la cooperación oficial obvia cualquier problema político en pro de lo que llaman «contexto de creciente democratización y respeto al Estado de derecho». Y es que todo depende del cristal con que se mira.

Capítulo IX

El proyecto de cooperación.

¿Fracaso puntual o misión imposible?

En casi todos los países de África encontramos proyectos centrados en la preparación industrial de zumos a partir de frutas locales. Muchos organismos de cooperación se han dedicado a enseñar a los campesinos a transformar los productos del campo, con la intención de que compitan con la Coca-Cola y con la Pepsi-Cola. El éxito de estas iniciativas ha sido más bien escaso: en todos los rincones del continente se

siguen vendiendo, básicamente, los refrescos de las multinacionales norteamericanas (excepto en algún país ex comunista, en que todavía impera la cubana Tropicola). Algunos «expertos» se preguntan cómo es posible que no hayan funcionado estas iniciativas. Les sería fácil comprenderlo si se plantearan que estas grandes empresas también han logrado imponerse sólidamente en Europa, donde el potente campesinado cuenta con cuantiosos recursos económicos y con una notable influencia política.

Enseñar la lección

Muchas ONG argumentan, desde el punto de vista teórico, que la causa de los problemas del subdesarrollo se ha de buscar en las desigualdades Norte-Sur. Pero normalmente actúan mediante proyectos que se basan en enviar a África a gente que «enseña» como se debe transformar el continente. Mediante los programas de cooperación se exporta a África un modelo que se considera válido universalmente, en el ámbito de la economía, de la sanidad, de la administración...

Los proyectos de cooperación responden a una lógica subyacente: si África no funciona es porque está mal

organizada.

Para su progreso sería necesario, no modificar las relaciones internacionales, sino la forma de actuar de los africanos. A muchos cooperantes les encanta África, pero se pasan el día tratando de cambiar a los africanos. En esta línea de actuación suelen ser muy útiles los antropólogos, especialistas en el estudio de las «tradiciones». Los organismos de cooperación los contratan con frecuencia para que diseñen estrategias para combatir las «costumbres perversas» de los africanos y para buscar sistemas para que acepten los proyectos de cooperación. En cambio,

no hay ningún organismo de ayuda que financie a ningún antropólogo para estudiar, en su seno, el paternalismo, la prepotencia, el papanatismo o la corrupción. Debe de ser que no los consideran «costumbres perversas».

En los últimos años la palabra mágica en el mundo de la cooperación es «capacitación» (en realidad, cuando hablan de «capacitación» se refieren a formación, pero no lo llaman así porque, según ellos, queda «paternalista»). Un «experto» europeo va a Níger, a Malí o a Congo para «capacitar» al personal local, o incluso se envía a la gente de Níger, de Malí o de Congo a Milán o a

Lyon para «capacitarse» como agentes de desarrollo integral (algo así como convertirse en magos del desarrollo). Gracias a todas estas iniciativas se supone que, en unos años, en África no quedarán incapaces y el continente estará de maravilla.

La lógica de los proyectos de cooperación es, por definición, elitista. Se considera que alguien, que está en la cúspide del sistema, sabe hacer algo que los «beneficiarios» no saben hacer. Es frecuente que los cooperantes expliquen con satisfacción que «esta gente ya ha entendido que...» o que se muestren indignados porque «esta gente no quiere

entender que...». El discurso sobre la superioridad de los valores occidentales ya no está de moda, pero está implícito en muchos proyectos (aunque no se explicita para ser «políticamente correctos»). Muchos responsables de iniciativas de cooperación tienen comportamientos profundamente etnocéntricos. «Nosotros somos muy respetuosos con las “manías” de los africanos, decía sin ningún pudor el responsable de un proyecto universitario que pensaba que los europeos tienen costumbres y los africanos, simplemente, manías.

El discurso de las ONG insiste en

los términos «enseñar, educar, formar»... Con esto refuerza el sentimiento de superioridad de los habitantes del Norte a la vez que estigmatiza a los africanos. Cuando una ONG afirma que «la escuela forma a personas dispuestas a trabajar para el progreso...», en el fondo lo que está diciendo es que la gente no escolarizada debe someterse a las directrices de quienes sí han pasado por la escuela, y que estos pueden decidir por ellos en nombre del progreso. Cuando las ONG aseguran que se debe «capacitar» a los campesinos, a las mujeres o a los técnicos del Sur, en cierta forma

declaran que el problema básico de estos es su incapacidad. En el lema de la ONG Interred se hace patente el etnocentrismo, combinado con grandes dosis de autosatisfacción: «Educar a una mujer es educar a un pueblo». El mensaje de fondo es que los africanos no saben lo que quieren porque, en África, las mujeres no están suficientemente formadas (a diferencia, obviamente, de las mujeres occidentales, consideradas como el paradigma de la mujer bien formada y que sabe lo que quiere). Esta misma ONG informa a sus asociados que uno de sus proyectos tiene como objetivo

«Informar y formar a los congoleños/as en materia de democracia y derechos humanos», como si los congoleños no quisieran la libertad y los occidentales tuvieran que enseñarles a reivindicarla.

La misión no es de doble dirección

Las ONG están dispuestas a exportar todos los «éxitos» de Occidente a África. Se sienten muy orgullosas de lo que hace su sociedad de origen y creen que todo el mundo debería hacer lo mismo. Hay grupos que difunden entre los africanos tendencias occidentales tan discutibles como el *clown*, el vegetarianismo o el catolicismo más

reaccionario. Lo hacen convencidos de que están haciendo un gran favor al continente africano.

En África también hay cosas que valen la pena. En muchas ciudades hay taxis colectivos. Constituyen un medio de transporte mucho más ecológico que los taxis europeos o norteamericanos; mucho más flexible que los autobuses, porque te dejan en la puerta de casa; mucho más práctico que el metro, porque incluso los puedes utilizar para hacer tus mudanzas; mucho más divertido que el tranvía, porque la gente suele charlar en ellos y hacer bromas... Pero no hay ninguna ONG de taxistas

colectivos africanos que se dedique a «capacitar» a los occidentales para que adapten su invento.

En los ritos de las iglesias cristianas de África Central se canta el *ntonove*, un canto coral que suele acompañarse de tambores y xilófonos. Las misas, en esta parte de África, despiertan pasiones: duran horas y horas, y las iglesias siempre están hasta la bandera (a diferencia de las europeas). Quizás están llenas porque a la gente le gusta oír el *ntonove* y ver cómo las miembros del coro bailan en el templo, moviendo rítmicamente sus plumeros de colores. Los africanos no han intentado exportar

el *ntonove* a Occidente, pero han llegado a África jóvenes cristianos europeos con guitarras que han intentado introducir la aburrida música religiosa moderna occidental.

Hay muchas cosas que los africanos aprecian y que ellos creen que son de gran utilidad: el vino de palma, los trovadores llamados *mot mvet*, las discotecas con un gran espejo en la pared para que todo el mundo pueda mirarse mientras baila, las cervezas de 66 centilitros, la carne de boa... Pero, al parecer, no sienten ninguna necesidad de convencer al resto de la humanidad para que adapte sus costumbres.

La exportación de listillos

Con el objetivo de «capacitar» a los africanos, surgen algunas iniciativas que bordean el absurdo. Acción Contra el Hambre se dedica a hacer «formación sobre cocina» en Burundi, como si en aquel país africano la gente jamás hubiera comido (en realidad, todas las culturas del planeta sacan un buen rendimiento nutritivo y gastronómico de su entorno). Resulta ridículo ver cómo los organismos de cooperación insisten en dar consejos de higiene corporal a los africanos. Estos, en buena parte del continente, se lavan con mucha

frecuencia y consideran a los cooperantes, y a todo el resto de los europeos, como gente poco amiga del agua. De la misma forma, es paradójico ver cómo en África algunas ONG insisten, en las zonas rurales, en separar a los animales de los humanos, sacando a los animales de los patios y de las casas (donde a menudo cabras y patos se alimentan de las sobras). En cambio, no impulsan actividades paralelas en el continente europeo, donde hay gente que besuquea a perros, duerme con gatos y acaricia a loros...

Todavía resulta más sorprendente ver cómo algunos grupos progresistas,

últimamente muy en boga, tratan de enseñar a los africanos cómo son. Con este objetivo impulsan vídeos, programas de radio, talleres y publicaciones sobre las realidades africanas, hechas por «las mismas comunidades» o, todavía mucho mejor, por «las propias mujeres». Habitualmente el «experto» acompañado de los jóvenes de un sitio, busca a los más viejos del lugar e intenta que le cuenten, ante la cámara o ante la grabadora, cómo era «tradicionalmente» su comunidad. En Europa estos productos tienen una audiencia mínima: las proyecciones sobre las costumbres

prematrimoniales de las mujeres zande del Congo, grabadas por las propias mujeres zande, solo suelen agrupar a cuatro jóvenes bienintencionados que no pueden ocultar sus bostezos mientras dura el vídeo; pese a todo, salen de la sala convencidos de que su sacrificio ha valido la pena y de que han contribuido a la reconciliación entre las razas y culturas del planeta. En África, en cambio, nadie mira estas proyecciones: todos prefieren ver las películas nigerianas de brujería o las telenovelas latinoamericanas. Y es que nadie paga una entrada para ver la vida de su vecino.

Los organismos de cooperación no están dispuestos a admitir que hay una África que sabe lo que quiere y a la que no es necesario «orientar» ni «enseñar». Una África que ya tiene sus propios modelos sanitarios, arquitectónicos, culinarios, jurídicos y educativos, y que tiene derecho a elegir su futuro. El problema de fondo es que buena parte de los directivos y socios de las ONG todavía creen que solo hay un modelo de desarrollo, y que es el suyo. A los europeos les encanta la cooperación mediante proyectos, porque canaliza la prepotencia occidental y refuerza los estereotipos existentes: los occidentales

lo saben hacer todo y, además, son tan buenos que enseñan a los africanos cómo hacerlo. Y si los africanos no se desarrollan es porque son una panda de inútiles y perezosos que no quieren aprender. Con esta actitud nunca se podrá trabajar seriamente por el futuro de África.

Los «expertos» y los bobos

No solo hay «expertos»
en economía o en
sanidad; también los hay
en los asuntos más

surrealistas. En los años noventa, cuando los Estados occidentales apostaron por la democratización de África, se pusieron de moda los «expertos» en derechos humanos. Su función era asesorar a los dictadores y a sus acólitos sobre la necesidad de respetar los derechos fundamentales. De esta forma, en algunos países se organizaban seminarios

en que un joven cooperante europeo aleccionaba a un grupo de feroces torturadores sobre lo malo que es torturar. El «facilitador» salía de la sesión completamente convencido de que su charla había sido útil y de que los asistentes «ya habían aprendido» que torturar está mal, por lo que la situación de los derechos humanos mejoraría en breve.

El ejército de Sierra Leona siempre ha tenido una excesiva propensión al golpismo. En 1997 el gobierno británico decidió acabar de una vez por todas con esta situación y envió a un comandante escocés a Freetown para adoctrinar a los militares de este país africano sobre las virtudes de la democracia y sobre la necesidad de evitar las injerencias del ejército

en los asuntos políticos. Los estudiantes seguían con suma atención las clases, pero una mañana ninguno de ellos acudió a las lecciones del comandante escocés. Unas horas más tarde, muchos de los alumnos participaban en un golpe de Estado.

El taller que no repara nada

La máxima expresión de esta obsesión

del Norte por enseñar a los africanos es el taller, una actividad en que, en cuatro días, un «experto» explica cosas teóricamente muy útiles a un públicoreducido. El taller gusta todos: a los donantes porque les sale muy económico y les garantiza mucha publicidad; al extranjero que actúa como «facilitador» porque se lleva un buen pellizco; a los asistentes porque cobran dietas; a las autoridades locales porque les permite simular que hacen cosas; y a los restaurantes de lujo de la ciudad porque pueden facturar cantidades exorbitantes por los catering (los bocadillos de media mañana, el café con

pastas de media tarde, la comida de clausura...).

Occidente está preocupado por el nivel de instrucción de los africanos y está convencido de que todavía les debe enseñar muchas cosas, pero no está dispuesto a pagarles estudios superiores a todos. Por eso los donantes organizan continuamente talleres sobre los temas más diversos: desde Ingeniería de Enrejillado de Sillas (cómo hacer sillas de mimbre), hasta Patrimonio Material e Inmaterial (todo y nada) pasando por Defensa del Consumidor. Los talleres estelares, que se celebran anualmente en cualquier ciudad africana de talla media,

son los de Desarrollo Comunitario y los de Formación de Formadores, aunque también tienen mucho éxito los de Microfinanzas y los de Elaboración y Gestión de Proyectos. También hay iniciativas más originales: de vez en cuando se envían a África a cantantes de ópera a hacer talleres, con la esperanza de que los negros aprendan este arte sublime; pero los blancos vuelven a su país y no aparecen los deseados tenores y sopranos negros. Y no es que los africanos tengan una manía especial a esta música. Tampoco tienen mucho éxito los talleres de marionetas o de cine de animación...

En teoría, con un taller se arregla todo: problemas de gestión, de formación, de libertades... A veces es demasiado evidente que los altos cargos de un país desvían fondos hacia sus cuentas en el extranjero, y los medios de comunicación internacionales se hacen eco de ello. En muchos casos es difícil que el presidente los destituya, ya que se trata de aliados, amigos o primos, y porque, no nos engañemos, él mismo también desvía todo cuanto puede. La solución es muy simple: solo es necesario contactar con algún organismo de cooperación para que organice un taller sobre la buena gestión de los

recursos. En este acto el «experto», de forma clara y bien razonada, explicará a los corruptos altos cargos de la administración las ventajas de la transparencia, y los «capacitará» para llevar un control riguroso del dinero público. Es más que probable que la situación no cambie ni pizca, pero cuando alguien vuelva a criticar al régimen, este siempre podrá argumentar que ha habido progresos, porque se ha impartido un taller sobre el tema.

La organización de todos estos talleres es bastante similar. Los donantes organizan y pagan, y se hacen la foto de rigor. Las instituciones locales ni

organizan ni pagan, pero hacen ver que organizan, ponen su logo por todas partes y se hacen la foto de rigor. El «facilitador» pasa unos cuantos PowerPoint y lee lo que hay escrito en las imágenes. Y el público calienta el asiento sin que les sea necesario hacer un esfuerzo intelectual superlativo, porque cuando termine el curso, a todos los asistentes, hayan escuchado o no, se les dará un diploma de participación. Hay funcionarios que casi no saben escribir, pero que acumulan decenas de papeluchos de los organismos de cooperación más diversos, en los que se asegura que están preparados para las

tareas más complicadas.

Hay africanos que se apuntan a todos los talleres, no porque quieran acumular diplomas, sino porque en el continente africano los donantes te pagan para que aprendas, o para que finjas que aprendes; en principio, cualquier taller tiene sus dietas. Así, como el público cobra, es de lo más disciplinado, y aguanta estoicamente lo que le echen. Una vez, en el Centro Cultural de España en Bata, un individuo impecablemente vestido se coló en un curso de escritura creativa cuando la sesión ya había empezado. Soportó en silencio las dos horas de clase. Cuando

la actividad ya había terminado, se dirigió al profesor y le preguntó si era el taller sobre recepcionistas de establecimientos turísticos que organizaban una ONG y el ministerio de Turismo...

La insoportable sostenibilidad

La cooperación ya no quiere regalar pescados: pretende enseñar a pescar. No le basta con educar, curar o alimentar a los africanos: quiere crear sistemas educativos, sanitarios y alimentarios que, a largo plazo, funcionen por sí mismos. Pero hasta ahora los proyectos de cooperación han tenido mucho más

éxito como distribuidores de caridad que como fundamento para futuras estructuras socioeconómicas.

La sostenibilidad de los proyectos de cooperación es omnipresente en los discursos de los organismos de ayuda: en las ruedas de prensa, en los cursos y seminarios, en los folletos que envían a sus socios... Ninguna institución subvencionará un proyecto si sus promotores afirman que no será sostenible. Y, pese a todo, nadie se lo cree.

Todos los que trabajan sobre el terreno saben perfectamente que en cuanto se marche el equipo de

cooperantes y las ayudas de su organización desaparezcan, el proyecto volverá a su estado inicial. Pero hay una cuestión todavía más preocupante: nadie, entre los que trabajan en cooperación en países africanos, cree realmente en la posibilidad de que estos se desarrollen. Si les preguntas: «¿Cuántos años crees que tardará este país en desarrollarse?», suelen mirarte alucinados... El desarrollo del país queda fuera de sus perspectivas.

Proyectos que mueren

En el mundo de la cooperación hay desaprensivos que aprovechan la ayuda

para enriquecerse. También hay muchos *amateurs* que, de repente, deciden meterse en cooperación y se involucran en iniciativas sin sentido. Pero cada vez hay más proyectos diseñados por expertos en cooperación que han estudiado másteres y doctorados, aprobados por funcionarios que han hecho un montón de cursos y seminarios y gestionados por médicos, maestros o agrónomos con una sólida formación en ayuda al desarrollo. Y, pese a todo, fracasan. Aunque se ciñan a las recomendaciones de las agencias de la ONU, del Banco Mundial y de la Unión Europea... fracasan. Cuando los

cooperantes se retiran y los donantes dejan de hacer sus aportaciones, las fuentes se estropean y no se reparan, se acaban los medicamentos del dispensario y no se reponen, se dejan los libros de la biblioteca y no se devuelven, se acaba la gasolina del generador y el quirófano se detiene definitivamente...

En una ocasión, el presidente del Banco Mundial dijo, refiriéndose al desarrollo: «No hacen falta más análisis suplementarios. Sabemos qué se debe hacer». Su autosatisfacción no parece demasiado justificada: a pesar de todos los recursos que destina su institución al

desarrollo, este no llega. Ni siquiera se acerca. El reto mayor que se han propuesto las organizaciones humanitarias, la erradicación del hambre, no se ha podido superar, a pesar de los incrementos en la productividad de la agricultura y de la ganadería. Hay comida para todos, pero no se sabe cómo se puede lograr que todos coman.

Desde que se proclamaron las independencias africanas, las organizaciones humanitarias europeas han tratado de lograr el desarrollo del continente. Pero en los últimos lustros la diferencia de nivel de vida entre el Norte y África tiende a incrementarse.

No es que los proyectos no creen desarrollo en los países africanos, no lo logran en ningún sitio. En las últimas décadas algunas áreas de Asia y de América Latina han experimentado un fuerte crecimiento, pero no ha sido gracias a la ayuda internacional. El único país africano que ha gozado de un proceso rápido de desarrollo, Mauricio, ha crecido gracias a dinámicas empresariales y no gracias a proyectos.

El bien absoluto

Hay algunas ONG a las
que no les basta

colaborar con el Tercer Mundo. Quieren mucho más: pretenden que la ayuda se convierta en una forma de redención para los occidentales (quieren que la cooperación desarrolle a los africanos, y que a la vez purifique a los occidentales). En 1981 las ONG Frères des Hommes y Terre des Hommes impulsaron una campaña revolucionaria para reducir el consumo

de carne en el Norte. Este cambio de pautas alimenticias serviría, en teoría, para implantar; hábitos más saludables entre las poblaciones del Norte, para reducir el sufrimiento de los animales y para mejorar la situación de los campesinos del Sur. Tres buenas causas en una sola acción. Hubo quien que se tomó muy seriamente esta especie de cuaresma permanente,

porque seguía la vieja tradición judeocristiana del sacrificio, que lleva a la expiación de los pecados y a una nueva vida. El único problema es que ningún analista de calidad confirmó las teorías de estas ONG. Según todos los expertos, dejar de comer carne quizá repercutiría en una mejora de la calidad de vida de los habitantes del Norte, pero no en el desarrollo

del Sur.

El escepticismo que crece

Los donantes, aunque continúan impulsando políticas de cooperación, no parecen muy satisfechos. Durante algún tiempo se pensó que si la ayuda internacional no funcionaba era porque no se enviaba en cantidad suficiente. Se creía que si el Norte multiplicaba el presupuesto destinado a la cooperación, los problemas del Sur terminarían. Hoy en día ya se ha comprobado que esto no es tan sencillo. Incluso se ha demostrado

que la ayuda solo puede ser eficaz cuando representa un pequeño porcentaje del producto interior bruto (PIB) del país receptor. A partir de un cierto punto, que algunos sitúan en el 30 por ciento del PIB, los efectos sobre la economía nacional son tremendamente nocivos (y en algunos países la cooperación supone más del 60 por ciento del PIB). Si la ayuda es «excesiva», no consigue mejorar el nivel de vida de la población y la economía local queda absolutamente bloqueada por las estructuras importadas por la cooperación. De esta forma el país depende cada vez más del

exterior. Y esto era, justamente, lo que en principio se trataba de evitar.

El fracaso continuado de los proyectos, en los últimos cincuenta años, ha producido el llamado «cansancio de la cooperación». Hay algunos occidentales que ya consideran que los africanos son insalvables y que no vale la pena hacer nada por el continente africano. Y hay instituciones que ya están recortando sus gastos en cooperación, especialmente en momentos de crisis.

Muchos cooperantes que han pasado años sobre el terreno han vuelto a casa con mal sabor de boca. Algunos han

decidido destapar las cuestiones conflictivas que las ONG tienden a ocultar, y lo han hecho a través de libros y entrevistas. Las críticas a la cooperación también llegan, cada vez con más frecuencia, de los consultores y del mundo universitario. En estos momentos todos los expertos están de acuerdo en que determinados proyectos pueden tener efectos negativos sobre las poblaciones africanas y que no es válido hacer cualquier cosa en nombre del desarrollo.

El fracaso de los proyectos también desanima a los africanos. Los que habían apoyado con entusiasmo

iniciativas fracasadas cada vez actúan de forma más prudente, y hoy en día es muy difícil iniciar cualquier actividad si no es recurriendo a la chequera. Algunos intelectuales del Sur también se han mostrado abiertamente críticos con la cooperación, a la que han calificado de «recolonización». Por primera vez, en algunas ciudades africanas, como Kampala, ha habido manifestaciones en contra de la cooperación al desarrollo. Aunque hasta ahora estas acciones han sido muy minoritarias, no dejan de ser significativas.

Inalcanzable sostenibilidad: el caso de

la sanidad

Los modelos occidentales que se quieren exportar a África son demasiado caros para los recursos disponibles; no hay ninguna posibilidad real de que funcionen. Eso es evidente en el campo de la sanidad. El gasto sanitario por habitante, en muchos países del Norte, es superior al PIB per cápita de muchos países africanos (de la misma forma que el gasto educativo por niño, en ciertos países del Norte, es superior al gasto familiar en algunos países africanos).

El viajero que acaba de llegar a África puede confundirse fácilmente a la hora de valorar el papel de la

cooperación internacional en el ámbito de la sanidad. En las capitales de muchos países africanos hay centenares de coches con logotipos de organizaciones de ayuda médica. Numerosos dispensarios y hospitales lucen placas en su puerta donde consta el nombre de algún patrocinador occidental (o incluso oriental). Y casi todas las políticas sanitarias de los Estados africanos responden a las directrices establecidas por los organismos de cooperación. Y, pese a todo, la cooperación sanitaria no es tan decisiva, económicamente, como podría parecer a simple vista. La mayor parte

del gasto sanitario de los africanos no va a cargo de la Organización Mundial de la Salud (OMS), ni de los Estados africanos, ni de los europeos, ni de las ONG, sino de los enfermos y de sus familias. Mientras que en Noruega el Estado paga el 90 por ciento del gasto sanitario del país, en Camerún solo asume un 11 por ciento, y el conjunto de todos los organismos de cooperación apenas un 7 por ciento; son las familias de los enfermos las que se hacen cargo de todo el resto.

En realidad, los sistemas sanitarios de África son una copia esquelética y esperpéntica de los europeos. Se

construyen hospitales que, externamente, no difieren demasiado de los de Berlín o Bruselas, pero en ellos los enfermos han de traerse el colchón, comprar la comida a los vendedores ambulantes que vagan por los pasillos, limpiar sus habitaciones... Hace algunos lustros la atención médica, en los hospitales públicos africanos, todavía era gratuita: hoy en día debe pagarse por los medicamentos, por las consultas médicas, por las pruebas, a las enfermeras para que te pongan una inyección... Eso sí, los organismos internacionales, expertos en autobombo, presentan como un triunfo que la gente

tenga que cotizar por todo: al pago lo llaman «participación de la población» en la «gestión» del sistema sanitario. A pesar de todo, hay sectores de la población que no pueden «participar» en nada, y hay gente que corre el riesgo de morir en la puerta de un hospital porque no ha sido capaz de abonar el adelanto que le exigen para empezar cualquier tratamiento.

La caída en picado del sistema sanitario ha provocado una estampida de los pacientes de los hospitales y dispensarios: no quieren estar en salas infestadas de ratas, en que los auxiliares de clínica les roban los medicamentos.

Prefieren curarse las fracturas en algún curandero del pueblo, o parir en casa de alguna comadrona del vecindario.

Probablemente, el sistema sanitario de África es frágil, porque el continente, en conjunto, también lo es. Para curar a los enfermos no basta con tener médicos; también es necesario disponer de muchas otras cosas: electricidad, para hacer radiografías y ecografías; carreteras, para llevar los enfermos a los centros sanitarios; agua corriente, para mantener un nivel higiénico correcto; Internet, para que los médicos conozcan los nuevos tratamientos; archivos, para guardar la información de

los pacientes; vehículos, para garantizar el abastecimiento de medicamentos... Nada de todo esto existe en la mayoría de países africanos; en muchos sitios una libreta escolar, que el paciente guarda en su casa, funciona como expediente médico...

Hacer una tortilla sin romper los huevos

Hay tanta competencia en el mundo de las ONG que para captar fondos han tenido que buscar sistemas bien sencillos: envía un SMS, haz clic en esta casilla de la pantalla del ordenador, bébete un refresco de esta marca, utiliza

una tarjeta de crédito solidaria...

De esta forma, algunos habitantes del Norte se han creído que ayudar al Sur es tan fácil como mover el ratón del ordenador.

Las organizaciones de ayuda, para obtener donativos, no han parado de insistir en eslóganes como «depende de ti». Con esta lógica, se oculta el problema mundial de la dependencia y de las relaciones desiguales, y se sustituye por un simple ejercicio de generosidad individual. Evidentemente, este planteamiento es falso: los problemas de África no pueden solucionarse enviando ordenadores

usados ni sillas de ruedas oxidadas. Ni siquiera se resolverían si todos los habitantes del Norte dejaran de fumar y cedieran el dinero que así ahorrarían al organismo de cooperación más eficaz.

Hoy en día, prácticamente todos los economistas apuntan que el problema del subdesarrollo está relacionado con las desigualdades en las relaciones internacionales. Las donaciones para los proyectos de cooperación, pues, no pueden incidir de forma decisiva en el desarrollo del continente africano. Para una mejora sensible de África sería imprescindible una reforma en profundidad del sistema sociopolítico

mundial. Ya no se trata de mejorar el funcionamiento de la ayuda oficial al desarrollo, ni el de las ONG, ni el de los «expertos»...

Paradójicamente, la mayor parte de organismos de cooperación ha tratado de llevar el «progreso» a África obviando el factor político, tanto en el ámbito internacional (relaciones comerciales injustas, problema de patentes...) como en el nacional (evasión de impuestos, desigualdades, fuga de capitales, impunidad...). Los proyectos de cooperación resultan muy cómodos para todos: no afectan a los intereses creados y permiten que los que

ya se han enriquecido mantengan sus privilegios. Según los teóricos de la ayuda, puede haber desarrollo sin que sufran ninguna pérdida los ejecutivos de los grandes bancos, ni los accionistas de las multinacionales, ni los dictadores que evaden capitales a los paraísos fiscales, ni los Estados europeos que expolían a sus neocolonias, ni los empresarios que con prácticas monopolísticas se enriquecen a costa de hundir a los pobres en la miseria... Los campesinos africanos, para mejorar su situación, no deberían combatir a quienes les explotan, sino limitarse a organizarse en ONG para

«autoayudarse». El mundo de la cooperación es un mundo feliz, en el que todos son buenos (por eso los poderes fácticos siguen apoyando estas iniciativas, a pesar de que es obvio que son ineficaces). Un autor español aseguraba que la cooperación constituía la «revolución posible, que libera sin armas, con imaginación y práctica, a todas y cada una de las personas». Esta proclama tan naíf es muy bonita, pero en realidad hay mucha gente que obtiene beneficios del subdesarrollo de los otros y que está decidida a seguir obteniéndolos.

Del proyecto a la denuncia

En Occidente hay muchos tipos de ONG, desde organizaciones de inspiración católica hasta emanaciones de partidos trotskistas. Algunas solo pretenden que sus dirigentes tengan una vida cómoda gracias a las ayudas gubernamentales, pero otros están sinceramente preocupados por el bienestar de las poblaciones africanas. El fracaso de tantos y tantos proyectos, y la persistencia de las desigualdades, ha inducido a algunas organizaciones a cambiar de estrategia. Ya no pretenden arreglar los problemas del Sur con

proyectos, sino actuar como *lobby* en determinados aspectos de la realidad mundial que son decisivos para el bienestar de la población de todo el mundo.

Las ONG han tenido un papel clave, muy positivo, como grupos de presión, y han conseguido situar en la agenda internacional determinados temas importantes, como la fabricación de minas antipersona, la convención contra la tortura, el fomento de la lactancia materna, la lucha contra el trabajo infantil o la necesidad de la existencia de un Tribunal Penal Internacional. Uno de los éxitos más sonados en este campo

lo han obtenido con las campañas contra la deuda, que han gozado de una gran repercusión popular y han obligado a los Estados del Norte a aprobar diversas condonaciones, algunas de ellas bastante cuantiosas. También han dado buenos resultados las campañas «Publica lo que pagas», que defienden la transparencia financiera. El objetivo de las miasmas es obligar a las empresas que explotan el petróleo y otros recursos naturales a hacer públicas las cantidades que pagan a los Estados del Sur, para intentar evitar la corrupción.

Ahora algunas ONG se han lanzado a exigir el establecimiento de un

impuesto universal que debería equilibrar la riqueza a escala planetaria, pero la propuesta parece inviable a corto plazo.

Uno de los máximos potenciales de las ONG es que tienen colaboradores y contactos incluso en los más remotos rincones del planeta y que, por tanto, pueden poner en marcha rápidamente una red de gente capaz de dar testimonio, en todas partes, de lo que está pasando en cualquier punto del mundo. Algunos grupos han decidido aprovechar estas capacidades y combinan los proyectos de cooperación con las acciones de denuncia. Otros ya

han renunciado a trabajar en proyectos sobre el terreno y actúan solo en el Norte, en el campo de la sensibilización al desarrollo. No obstante, hay algunas ONG que creen que la sensibilización constituye un despilfarro de los recursos que se deberían destinar a ayudas materiales para el Sur: continúan inmersos en la dinámica del proyecto y solo les interesa «enseñar» a los africanos. Las instituciones del Norte, obviamente, han favorecido a estas ONG, las «asistencialistas».

Las presiones de los donantes sobre las ONG han provocado una tendencia a la denuncia *light*. Muchas ONG

denuncian las políticas de las instituciones financieras internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, pero no se posicionan en contra de las empresas y de las instituciones de su propio país, que les podrían recortar el financiación o provocarles problemas con los medios de comunicación (y eso les resultaría muy perjudicial para su promoción y, en consecuencia, para su caja). Así pues, critican con gran virulencia «el sistema internacional», «el capitalismo», «las grandes potencias» o «las dinámicas neocoloniales», pero se niegan a hacer campañas contra empresas influyentes,

como Telefónica, Repsol o el Banco Santander Central Hispano, ya que saben que esto podría conllevarles muchísimas complicaciones, incluso legales.

La mayoría de las ONG ni siquiera son capaces de criticar las políticas oficiales de cooperación de sus gobiernos, aunque muchas de estas vinculan las políticas de ayuda a las políticas comerciales. Los responsables de las ONG, evidentemente, tienen miedo a que cualquier crítica haga peligrar sus proyectos y sus puestos de trabajo.

Algunas campañas de denuncia han obtenido un gran eco y un impacto

mundial; pero han sido menos fructíferos los intentos de las ONG de reformar las relaciones internacionales por su cuenta. Muchas ONG han impulsado campañas a favor del «comercio justo»: han llegado a acuerdos con productores de diferentes mercancías para poner a la venta, en el Norte, a un precio superior al habitual, productos elaborados sin explotación (ropa, café, juguetes, licores, artesanía, chocolate...). Algunos miembros de las clases pudientes europeas, si no son muy adictos al cacao, aceptan comprar a un precio superior al de los bombones pastillas de chocolate con sabor a barro,

siempre y cuando se les garantice que los campesinos que cultivan el cacao han recibido una retribución justa. Pero esta misma gente no compra los ordenadores de comercio justo, ni la leche, ni el coche, ni la gasolina, ni los libros, ni los calzoncillos... Las campañas de comercio justo pueden haber servido como denuncia de la injusticia de las relaciones internacionales, pero su impacto práctico sobre las relaciones económicas internacionales es irrelevante.

Y si el impacto de las campañas de comercio justo sobre el continente

africano es escaso, todavía lo es más el de las «inversiones éticas» o «socialmente responsables». Algunas ONG han llegado a acuerdos con empresas «con conciencia» y les han dado una certificación según la cual sus productos se producen de forma correcta, sin explotación laboral, sin contaminación excesiva, sin sobornos... El problema es que las ONG que llegan a acuerdos con estas empresas no tienen capacidad para controlarlas efectivamente, y las empresas con frecuencia vulneran los acuerdos alcanzados con los organismos de ayuda. Además, hasta ahora las

inversiones «socialmente responsables» solo suponen una parte ínfima del total de capitales invertidos en el continente africano.

Capítulo X

Los desarrollados, los subdesarrollados y el fin de la historia

En Guinea Bissau existe un movimiento político llamado Partido Republicano de la Independencia por el Desarrollo. No es extraño, si tenemos en cuenta que en este país incluso hay un ministerio de Función Pública, Trabajo y Modernización. En África todo el mundo recurre al desarrollo y a la modernización para legitimar cualquier iniciativa. Houphouët-Boigny, el viejo dictador de Costa de Marfil, erigió una

inmensa réplica del Vaticano en su poblado natal, Yamoussoukro. Lo hizo asimismo en nombre del desarrollo. Hoy en día esta gigantesca basílica se hunde, como tantos y tantos otros proyectos contruidos, también, en nombre del desarrollo.

Este concepto se ha convertido en un icono que sirve para todas las ocasiones. Hay quien espera que le traiga un trabajo bien remunerado. Otros esperan que les permita conseguir un coche, una casa de cemento o un congelador. Los menos soñadores solo aspiran a tener electricidad sin cortes. Los gobiernos africanos, cada vez que

instalan una central eléctrica, asfaltan una calle o construyen una escuela, anuncian en tono triunfal que el desarrollo ya ha llegado. La prensa oficialista no para de pregonar que ya se acerca, en tanto que la oposición denuncia, una y otra vez, que no se está siguiendo la vía del desarrollo...

El desarrollo no es solo un cuento de la lechera para aletargar a campesinos ingenuos; destacados intelectuales utilizan de forma recurrente este término, aunque con significados muy diversos. Cualquier político africano que quiera presumir de intelectual escribirá un libro en el que la palabra

«desarrollo» figure en la portada. Y, de vez en cuando, en las universidades del Norte y del Sur se organizan espesos debates sobre los «modelos» de desarrollo (el cual a medida que va pasando el tiempo se hace cada vez más etéreo). Por su parte, las instituciones internacionales no paran de prometer a los africanos un desarrollo que, en teoría, representaría la gloria para todos. En África cualquier aula o granja es saludada como una muestra de la irrefrenable fuerza del progreso. La construcción de una letrina es magnificada como si representase la garantía de un futuro mejor. Nunca, en

ninguna parte, un agujero ha sido tan valorado. Con frecuencia, al cabo de un par de años no queda ni rastro de él.

Una vieja leyenda

El desarrollo no es un invento completamente nuevo. En realidad, surge de la idea ilustrada de progreso y ha constituido un elemento clave de la política mundial en las últimas décadas. En África se suele vincular a la idea de modernización de unas sociedades «ancladas» en la tradición. Como si los únicos que tuvieran su propia tradición, en este planeta, fueran los negros: se considera una comida tradicional el

antílope en salsa negra de los bassá de Camerún, y no la hamburguesa norteamericana, de la misma forma que se considera tradicional el *popó*, el «vestido africano» y no la corbata, aunque esta es más antigua que el *popó*...

Los estudiosos aseguran que el término «desarrollo» fue impulsado por Truman, presidente de Estados Unidos, tras la Segunda Guerra Mundial. Para Truman, la estabilidad mundial debía surgir del crecimiento económico de los territorios arruinados por el conflicto (fue el impulsor del Plan Marshall). Y por tanto, desarrollo, para él, equivalía

a desarrollo del capitalismo. Este concepto normalmente se ha usado de forma acrítica y, consciente o inconscientemente, ha vehiculado las viejas concepciones de Truman.

Tras las independencias, en los países africanos hubo algunos intentos de experimentar «terceras vías» para conseguir el desarrollo. También hubo quien recurrió a viejas fórmulas marxistas o socialistas utópicas, como el afrocomunista Agostinho Neto, que llevó el leninismo a Angola, o Julius Nyerere, que impulsó el peculiar socialismo *ujamaa* en Tanzania.

Pero las utopías izquierdistas,

basadas en la solidaridad, pronto se vendrían abajo. Y ya hacía tiempo que en Europa había ido decayendo la caridad cristiana, defendida básicamente por la Iglesia. A finales del siglo XX eran muy pocos los europeos que creían realmente en la llegada del reino del Señor, y muchos menos todavía los que creían que la creación de una sociedad socialista supondría el cielo en la tierra. La utopía de moda, a partir de ese momento, fue el desarrollo. La vía para acceder a él no era la oración, ni la revolución, sino la cooperación. El desarrollo, pues, se ha convertido en el nuevo opio del pueblo, el mito que da

sentido a la sociedad occidental y a todo el resto del planeta.

**Cooperación para
salvar Estados que sus
habitantes no quieren**

Hay algunos Estados, como Guinea Bissau, en los que los funcionarios se han pasado hasta once meses sin cobrar. En Occidente una situación de este tipo habría implicado una catástrofe sin precedentes, pero en

África parece ser que las poblaciones han logrado capear la situación bastante bien. Pese a todo, la comunidad internacional está muy preocupada por la existencia de Estados «fallidos», en que la estructura burocrática corre el peligro de colapsarse y desaparecer (hay varios, como Somalia, Congo Kinshasa o República Centroafricana). Muchos

Estados ni siquiera detentan el monopolio de la violencia: pueden aplicar castigos, también, los líderes étnicos, los jefes religiosos o los dirigentes de instituciones locales, a veces más representativos y menos agresivos que los representantes del Estado.

Y es que en África, hasta tiempos muy

recientes, buena parte de la población ha vivido al margen del Estado: se organizaba en clanes, o aceptaba solo el liderazgo de jefes locales... Las estructuras estatales africanas no están tan consolidadas como las europeas. Pero los países y las empresas del Norte necesitan que en África existan Estados como los suyos, para negociar convenios, firmar tratados, hacer

inversiones... Justamente por esto, los donantes dedican ingentes esfuerzos a intentar salvar a los llamados «Estados fallidos» o «casi Estados». En algunos territorios, como Somalia, son los donantes los que pagan los sueldos a los funcionarios para garantizar que sobreviva la precaria estructura estatal. Así, algunos territorios no mantienen

relaciones exteriores porque son Estados, sino que lo son porque mantienen relaciones exteriores. Son simples marionetas de la comunidad internacional. Los donantes no los ayudan para liberar a sus habitantes, sino con un objetivo absolutamente opuesto: tener la garantía de que su población se mantenga bajo control.

Vamos por buen camino

El desarrollo es una ideología que resulta idónea para los poderes constituidos. La base de las teorías desarrollistas es la autosatisfacción. Se cree que Occidente se sitúa en la cúspide de la escala mundial, y que la dirección que el mundo está siguiendo es la adecuada. En cualquier caso, solo se proponen pequeñas reformas para «extender» los «beneficios» de la sociedad occidental al resto del mundo. Creer en el desarrollo, al fin y al cabo, es creer que vamos por buen camino.

Este mito ha arraigado

profundamente. En realidad, si bien hay críticas a este concepto, estas se reducen a grupos minoritarios, sin capacidad de influencia en la marcha del mundo moderno. La mayoría de los economistas ni se plantean la posibilidad de discutir este término, a pesar de que no está nada definido desde el punto de vista científico. En las universidades, solo algunos especialistas en estructura económica y algunos antropólogos discuten el desarrollo, que para la mayoría de los académicos es una idea inatacable. En los medios de comunicación casi nunca aparece ningún cuestionamiento a este concepto.

Los organismos de cooperación, apoyados por buena parte del mundo académico, argumentan que hay una «teoría del desarrollo» asociada a unas «normas del desarrollo» de valor universal. Estas serían las que, en África, servirían para planificar la sanidad, la educación, la agricultura, la protección del medio ambiente, el establecimiento de impuestos...

En los últimos años se ha procedido a una auténtica globalización del desarrollo. Desde los organismos internacionales se propugna un modelo único de desarrollo para todos los países pobres: un solo modelo

económico (la economía de mercado, con una participación mínima del Estado); un solo modelo político (el Estado-nación descentralizado); un solo modelo familiar (la familia nuclear, en que trabajan los adultos de ambos sexos, pero no los niños); un solo modelo socioeconómico (la aceptación de las desigualdades de clase, pero no de los sistemas de castas); un solo modelo sanitario (la imposición de la biomedicina en todo el planeta, pero costeada a cargo de los propios ciudadanos); un solo modelo asociativo (basado en la creación de una «sociedad civil» articulada mediante asociaciones

privadas); un solo modelo de relación entre los asuntos individuales y los colectivos (en el cual se da una absoluta prioridad a aquello que es individual y se establece una clara frontera entre el ámbito público y el privado)...

A los países pobres solo se les ofrece una única posibilidad de futuro: imitar a Occidente. No se trata solo de extender el sistema sanitario, construir pozos o universalizar la enseñanza: es necesario reforzar el Estado, cambiar los modelos familiares, incrementar las exportaciones, alterar las redes de solidaridad, difundir nuevas creencias, estimular la productividad... La

comunidad internacional apuesta por acabar con la familia extensa e imponer la familia nuclear, eliminar la propiedad comunal de la tierra y vender los campos a las multinacionales o a las empresas chinas, abandonar la carne de caza y comer congelados, olvidar a los curanderos, aceptar que el único que tiene autoridad para castigar es el Estado... Es decir: la estrategia del desarrollo constituye una agresión en toda regla contra las sociedades africanas. Y esta agresión se hace en nombre de la tecnocracia y de la «ciencia» del buen gobierno. Pero la labor de planificar la vida pública de

una comunidad ya tiene un nombre: política. Y no es una ciencia: depende de los intereses de cada cual.

La «teoría del desarrollo» estigmatiza a los pueblos africanos, que son definidos exclusivamente en términos negativos: es subdesarrollado aquel país que no tiene lo que tienen los países desarrollados. A los africanos, en este esquema, se les reserva un único papel: recibir cooperación. Los occidentales tienen otro: dar. De esta forma el africano se convierte en un mendigo, un infrahombre, y el occidental en un héroe, un superhombre.

La «teoría del desarrollo» se ajusta

al milímetro a las prioridades políticas de los donantes. La cooperación tiende a consolidar el individualismo y a erosionar las redes sociales africanas. Muchos organismos de cooperación lo saben y lo potencian, porque consideran que, así, se avanza hacia el capitalismo (o hacia la «modernización», como se alega frecuentemente). El máximo exponente de esta tendencia son los proyectos de microcréditos, que actualmente están muy de moda: se trata de dar préstamos de pequeña cuantía a gente que habitualmente no tendría acceso a un préstamo bancario a causa de su pobreza, con la esperanza de que

se conviertan en empresarios (o en lumpenempresarios) y salgan de su marginalidad. De esta forma las ONG tratan de implantar el capitalismo en lugares del mundo donde incluso los bancos habían renunciado a ello.

Algunos organismos de ayuda también impulsan programas para reforzar el «liderazgo» en África, con el objetivo de crear una «élite» eficaz y responsable que lleve el desarrollo al continente (una «élite» que se parece sospechosamente a una burguesía, pero que no impulsa su propia revolución burguesa para hacerse con el poder, sino que espera a que los organismos

internacionales la aúpen a los cargos clave del Estado). Entre los intelectuales de primera y segunda fila no faltan los espabilados que se ofrecen voluntarios para constituir esta élite «responsable»; creen que después de tanto estudiar, también tienen derecho a conseguir un chalet y un todoterreno.

Los partidos políticos y los movimientos sociales radicales africanos pretenden obtener beneficios para el conjunto de la sociedad mediante cambios en el sistema político, en tanto que las ONG procuran que la gente se agrupe para obtener beneficios particulares sin alterar el marco

sociopolítico. A los poderes fácticos las ONG africanas les resultan muy cómodas y las potencian, porque saben que, cuanto más fuerza tengan las ONG, menos tendrán los movimientos sociales. Y como las ONG dependen de subvenciones, son mucho más controlables.

En Latinoamérica hay algunos movimientos sociales potentes que se articulan con las ONG y tienden a radicalizarlas, estableciendo amplias redes sociales contra la globalización y la imposición del neoliberalismo (estos grupos son muy activos, especialmente en Brasil). Pero en pocos sitios del

continente africano hay organizaciones políticas de izquierdas potentes y con capacidad de movilización social; normalmente las ONG están desideologizadas y aceptan sin discusión las directrices del Norte. En el Foro Social Mundial de Porto Alegre de 2003, de 16.000 participantes solo había 40 procedentes de África, lo que nos demuestra la fragilidad del movimiento antiglobalización en el continente africano.

**De la solidaridad al
individualismo**

Los proyectos de cooperación a menudo parten del llamado «enfoque de las oportunidades». Se argumenta que las sociedades desarrolladas son aquellas en que las personas tienen mayor libertad de elección. El mensaje de fondo es que todo depende del individuo: si vales lo suficiente puedes empezar vendiendo periódicos y acabar

siendo el presidente de tu país (este es, sustancialmente, el mensaje básico del *American way of life*). Solo es necesario buscarse la vida. En cambio, en muchas sociedades africanas la lógica es radicalmente distinta. Muchos padres ahorran para enviar a un hijo a estudiar fuera: es importante que algún miembro de la familia progrese para que ayude

a los demás. En África quien tiene suerte y consigue un buen trabajo se ve obligado a colaborar con parientes, vecinos y amigos: ha de pagarles la dote si se casan, las facturas del médico si se enferman, la escolarización de sus hijos, debe ayudarlos económicamente si abren un negocio... Y cuando se encuentra con ellos, evidentemente, les ha de pagar las cervezas. Los

teóricos del desarrollo consideran que esta actitud es nociva para el desarrollo, porque no fomenta la iniciativa individual. Y, pese a todo, a muchos habitantes del continente africano, esta solidaridad les ha permitido no solo sobrevivir, sino también progresar económicamente.

El gran desconocido

El consenso existente en el empleo del término «desarrollo» contrasta profundamente con la falta de una definición clara de qué es tal cosa. Antes se asociaba con el crecimiento económico. Con este criterio, algunos países africanos que producen petróleo, como Angola o Guinea Ecuatorial, se podrían considerar desarrollados, a pesar del bajo nivel de vida de la mayoría de sus habitantes (en realidad, Angola es uno de los primeros países en importación de motos de agua: parece ser que las cuentas corrientes de la élite

angoleña sí están muy desarrolladas).

Con el tiempo, algunos autores apuntaron que puede haber crecimiento económico sin mejoras sensibles en el nivel de vida de la mayoría, y se inventaron el concepto de «desarrollo humano»; se debía medir no solo la riqueza de un territorio, sino también de qué forma esta afectaba al conjunto de la población (por ejemplo, en el ámbito de la salud y de la educación). La idea era inteligente y loable. La cuestión más espinosa radicaba en cómo valorar el bienestar de la población (con el problema añadido de no contar con datos fiables de muchos países

africanos). En las estadísticas de Naciones Unidas se tienen en cuenta algunos elementos discutibles, como el porcentaje de habitantes de un país que disponen de aparato de radio. En teoría, pues, todos aquellos que no tenemos un aparato de radio estamos subdesarrollados...

En los últimos años, el concepto de desarrollo ha evolucionado más, por influencia de las teorías ecologistas. Ya no basta con un desarrollo «humano», sino que además es necesario un desarrollo «sostenible». Es imprescindible que el nivel de vida de la población mejore, pero sin que haya

una reducción significativa de los recursos naturales disponibles, y sin que el medio ambiente sufra una fuerte degradación. No obstante, este concepto no suele tener muchos seguidores en África, como tampoco los tuvo en la Europa de la Revolución industrial. Los africanos tienen prisa para alcanzar las pautas de consumo del Norte y no sienten ninguna tentación de convertirse en *hippies* neorrurales. Eso lo dejan para los que ya han alcanzado el bienestar.

La Plataforma de las Naciones Unidas define el término «desarrollo» como «el proceso mediante el cual las

sociedades humanas satisfacen las necesidades de sus miembros». Esta definición, en lugar de resolver la problemática conceptual, la agrava, porque incorpora un término muy usado pero terriblemente discutible: «necesidades». En realidad, las necesidades humanas, por naturaleza, pueden llegar a ser infinitas. La gente, en Europa, «necesita» un móvil, «necesita» un monovolumen o «necesita» ir de vacaciones, aunque sus bisabuelos no sabían ni qué era un teléfono, ni qué era un coche, ni qué eran unas vacaciones. Las sociedades no solo responden a las necesidades de sus miembros, sino que

también las crean.

¿Mendigos locos o locos mendigos?

En los libros de viajes, con frecuencia se da la imagen de una África llena de mendigos que asaltan al turista en cuanto llega. Eso es cierto en algunas zonas del continente; no recomiendo a ningún blanco que pasee por el centro de la ciudad de

Niamey: lo seguirán decenas de pequeños mendigos solicitando unas calderillas o algún regalo al grito repetitivo de «*Cadeau, cadeau, cadeau...*» Pero, por el contrario, en otras partes, como en Gabón o en el sur de Camerún, casi no hay mendigos. Solo piden limosna los locos, que circulan desnudos por la calle. En realidad, la lengua fang emplea un mismo

término, *nkukuannem*
(enfermo del corazón)
para designar a un
mendigo y a un loco. Los
vecinos, de vez en
cuando, dan a los locos
del barrio un plato de
comida, un trago de
cerveza o algunos
cigarrillos. Los que no
están locos no mendigan,
porque por pobres que
sean siempre tienen a
algún pariente que los
acoge y les ofrece cama
y comida. Pero nadie ha

valorado nunca como una muestra de desarrollo que en estas sociedades no haya «sin techo».

No hay necesidades básicas y necesidades superfluas: el hombre, desde que es hombre, no solo ha comido y dormido, sino que también ha creado música, ha pintado, ha inventado religiones... Pero para muchos «solidarios», los africanos solo deberían pensar en su supervivencia y en su desarrollo, y no irse a tomar cervezas de vez en cuando. No entienden

que tengan otras prioridades que no sean las de los organismos de cooperación. En muchos pueblos africanos, si les llega dinero, prefieren invertirlo en construir una mezquita, una iglesia o un campo de fútbol que gastárselo en comprar medicamentos para el dispensario. Los organismos de cooperación lo consideran intolerable porque creen que la salud del cuerpo debería ser prioritaria. La campaña «*Shoes for Africa*», en la que se pedía a los donantes españoles que cedieran sus zapatos usados, rechazaba los zapatos de tacón. Obviamente, los promotores de la iniciativa consideraban a los

zapatos solo como un elemento de primera necesidad, sin tener en cuenta que a muchas africanas, pobres o ricas, les gusta vestirse con zapatos de tacón. Y que, para ellas, un zapato de tacón también es una necesidad.

El problema terminológico no solo afecta a los conceptos «desarrollo» y «necesidad», sino también a los conceptos «países subdesarrollados», «Tercer Mundo», «Sur»... Si no está nada claro lo que es el desarrollo, es imposible establecer qué país está desarrollado y cuál no. Como alternativa, durante algún tiempo se habló de países del «Tercer Mundo», un

termino impreciso que designaba a los países pobres que en principio no eran del bloque del Este ni del Oeste. Pero el concepto perdió fuerza a partir de la disolución de la Unión Soviética, cuando desapareció el mundo bipolar. Algunos teóricos pasaron a hablar del «Sur», aunque hay algunos países del hemisferio sur que han logrado altas cuotas de crecimiento económico y que difícilmente se podrían comparar con los países africanos más depauperados. Menos adecuada todavía resulta la expresión «países en vías de desarrollo», que parece indicar que todos estos territorios progresan, cuando

en realidad muchos de ellos están cada vez más alejados de los países ricos, tanto por lo que respecta a su producto interior bruto como en lo referente al nivel de vida de su población.

A pesar de las obvias deficiencias de la teoría del desarrollo, esta ha resultado tremendamente impermeable a las críticas terminológicas. Generalmente, los defensores del desarrollo optan por no mirar atrás: se ponen de acuerdo sobre las prácticas que conducen a este sin haberse puesto de acuerdo previamente sobre qué es. Evidentemente, si no hay consenso sobre qué es la pobreza y qué es el desarrollo

y el subdesarrollo, no puede haber unas prácticas coherentes para mejorar la situación del planeta.

Ante este problema conceptual, un antropólogo especializado en temas de cooperación argumentó que el desarrollo no se define por su existencia ni por su ausencia, sino «por el mero hecho de que hay actores e instituciones que se fijan el desarrollo como objetivo o como fin y que dedican a él tiempo, dinero y esfuerzos profesionales». Para este teórico, pues, el desarrollo solo existe porque hay gente que cree en él. Aunque no lo especifica, en el fondo trata el desarrollo como si fuera una

religión: existe en tanto que tiene fieles.

A pesar de todo, está claro que son los occidentales los que dictan los dogmas de la religión del desarrollo. Se quiere un planeta para todos, un mundo compartido, pero pocos occidentales aceptarían vivir en un sistema en que las reglas del juego no fueran las suyas: las mujeres occidentales no aceptarían nunca la poligamia; los jóvenes occidentales no aceptarían nunca el liderazgo de los ancianos; los laicos occidentales no aceptarían nunca un sistema político basado en la religión... Los que reciben ayuda no pueden desafiar al pensamiento único en materia

de desarrollo.

Papeles para los pigmeos

Hay organismos de cooperación *amateurs* que se dedican a «ayudar» al continente africano, pero que no usan la compleja terminología propia de la mayoría de organismos del sector. Liberados del peso de lo política y académicamente

correcto, expresan de forma simple y diáfana el pensamiento imperante en el mundo de la cooperación. La mallorquina Fundació Liorna actúa en Burundi, entre los pigmeos twa, y lo hace de forma tremendamente etnocéntrica. Los responsables de Liorna están escandalizados porque los pigmeos, «hasta hace poco, no disponían de documentos

de identidad, ni de tierras, ni de otros medios para ganarse la vida». Nunca se han planteado, al parecer, que los pigmeos eran cazadores y recolectores, y que para ganarse la vida no necesitaban tierras. Y que no reconocían a las autoridades estatales, por lo que para ellos no tener papeles era una muestra de libertad y no una muestra de sumisión.

Los pigmeos twa tienen ceremonias matrimoniales distintas de las reconocidas por la Iglesia católica y por el registro civil, como buena parte de los pueblos africanos. No obstante, la Fundación Liona y la ONG Veins Sense Fronteres han preparado acciones para que los pigmeos contraigan matrimonio «legalmente» (es decir, reconociendo la

legitimidad del Estado burundés y no la de la tradición).

Históricamente, a los pigmeos se los ha marginado mucho en Burundi. Para facilitar su «integración social», Liorna les ofrece «formación sobre el aprovechamiento de los recursos energéticos, la deforestación, el funcionamiento de las cocinas mejoradas, y también sobre derechos

humanos, salud, equidad de género y participación democrática». Según la Fundación, los cursos «constituirán para esta población unas herramientas fundamentales para relacionarse con sus conciudadanos». Con esta estrategia de «desarrollo» se procede a una culpabilización sistemática de los pigmeos. Se les dice que si no son ricos y

permanecen en la marginalidad es por su culpa, porque no saben nada sobre la «deforestación», la «equidad de género», la «participación democrática» y, sobre todo, las «cocinas mejoradas». A las víctimas se las tacha de culpables. Y el desarrollo se convierte en una lucha a muerte contra la identidad pigmea. Para

desarrollarse, a los twa solo se les pide una cosa: que dejen de ser twa. Eso sí, les ofrecen cursos para dejar de serlo.

Transversalidades atravesadas

Uno de los conceptos más usados últimamente en la teoría del desarrollo es «transversalidad». Se dice que ciertos temas son básicos para el desarrollo humano y sostenible y que cualquier estrategia de cooperación

debería contemplarlos. Hay diversos elementos «transversales»: el buen gobierno, el medio ambiente y, sobre todo, la situación de la mujer. Estos elementos se presentan como los más progresistas (y políticamente correctos) de la teoría del desarrollo, pero en realidad se han convertido a menudo en los que más presión ejercen sobre los pueblos africanos.

Estos elementos «transversales» en teoría son esenciales para conseguir el desarrollo, pero su eficacia es muy cuestionable. Si se asocia buen gobierno a un sistema representativo de la población, hemos de constatar que

diversas experiencias exitosas de desarrollo (como la de China, la de la Unión Soviética o las de algunos países del sudeste asiático) se han producido en marcos políticos tremendamente autoritarios. Los organismos de cooperación también asocian el buen gobierno a una situación de estabilidad política y de paz, pero muchos conflictos han sido decisivos para desencadenar procesos de desarrollo: la Revolución francesa, la lucha de los pueblos europeos contra el fascismo, la Revolución china... En muchas circunstancias no es posible el progreso sin grandes cambios políticos, y a veces

estos cambios no pueden llegar sin violencia. Pero los analistas del desarrollo tienden a vaciar de contenido político todos los conflictos africanos, que son considerados generalmente como «barbaridades sin motivo».

La vinculación del ecologismo con el desarrollo también resulta extremadamente problemática. La Revolución industrial, en buena parte del Norte, fue asociada a un derroche sistemático de los recursos naturales. Ahora que el Norte ha acabado con sus propios ecosistemas, presiona a los países africanos para que preserven los suyos, argumentando que son bienes que,

en realidad, pertenecen a toda la humanidad. Así pues, África se ve obligada a aplicar numerosas legislaciones proteccionistas, algunas de las cuales pueden dificultar programas agrícolas, forestales o industriales. Pero, en realidad, los países africanos tienen poca responsabilidad en los grandes problemas ecológicos del planeta. Estados Unidos produce 20,6 toneladas de CO_2 per capita, en tanto que Tanzania y Etiopía solo producen 0,1 toneladas. El continente africano, con 900 millones de habitantes, produce conjuntamente un total de 0,7 toneladas de registro bruto de CO_2 , mientras que

Estados Unidos, con una tercera parte de esta población, produce 6 toneladas de registro bruto.

**Perjudicar a las
personas para salvar a
los monos**

Hay unos proyectos que siempre suelen generar suspicacias y enfrentamientos: los de creación de reservas naturales. Estas se ubican normalmente en zonas habitadas por

poblaciones que tienen un modo de vida respetuoso con el medio ambiente (por eso, precisamente, conservan su patrimonio natural). Pero muchos de los conservacionistas están obsesionados en impedir que estos pueblos continúen sacando provecho de su entorno. De esta forma, se prohíbe a los pastores nómadas que lleven sus rebaños a pastar como lo

hacían tradicionalmente, se reduce la extensión de tierras de cultivo y, sobre todo, se impide la caza (aunque la carne de caza es un elemento decisivo de la dieta en muchas zonas de África). En teoría, estas reservas deberían convertirse en polos de atracción del turismo, con lo que los habitantes de la zona se beneficiarían de los recursos que irían afluyendo. Con el dinero

que ganarían haciendo de guías podrían dejar de cultivar y podrían comprar productos agrícolas de otras zonas. O, en vez de cazar, podrían dedicarse a hacer cestos de mimbre y vendérselos a los turistas; así lograrían suficientes recursos para comprar gallinas y cabras. Pero, generalmente, los parques naturales atraen a pocos turistas y el

dinero no llega a los lugareños.

De esta forma, habitualmente las reservas son tan odiadas por las poblaciones locales como elogiadas por los turistas. En algunas zonas los autóctonos acaban implicados en la industria turística y apoyan los espacios protegidos, pero en otros la población local es excluida de los

proyectos
conservacionistas, de
manera que estos son
recibidos con desgana, o
incluso con odio. Es lo
que pasa en Somalomo,
en la Reserva Nacional
del Dja, en Camerún. En
esta reserva conviven
pigmeos baka,
tradicionalmente muy
pacíficos (se dice que
por su adicción a la
marihuana) con bantúes
badjué, tradicionalmente
muy agresivos (según la

vox populi, por su
afición al licor llamado
odontol, que provoca
unas borracheras
tremendamente
escandalosas). Los
badjué, en diversas
ocasiones, han
incendiado las
dependencias
gubernamentales de su
región para combatir
algunas decisiones
injustas de la
administración estatal.
Las turbulentas

reacciones de los badjué causan pánico entre los trabajadores del parque. Las relaciones entre los gerentes de la reserva y los badjué son críticas, especialmente porque los gerentes pretenden acabar con los «furtivos» que practican la caza «ilegal». El problema es que la caza solo es «ilegal» según la legislación estatal, pero no según el derecho consuetudinario badjué,

que siempre han comido serpientes, venados y puercoespines. Los badjué han amenazado en diversas ocasiones a los trabajadores del parque, que suelen vivir atrincherados en un recinto cerrado. Aun así, al parecer envenenaron a uno de ellos...

De mujer a mujer

Pero el aspecto «transversal» en que los

organismos de ayuda últimamente están más intransigentes es en el de la «perspectiva de género». Hay estudios muy completos sobre las mujeres africanas de las distintas etnias, pero en los proyectos de cooperación no se utilizan: se recurre a teorías extremadamente simplistas sobre las relaciones de género. Para muchas cooperantes, la cuestión básica es que una mujer, europea, americana, asiática o de donde sea, por su mera condición femenina es capaz de entender la forma de ser de las mujeres africanas, mientras que cualquier hombre está incapacitado para entenderlas por el mero hecho de

serlo. Así, cualquier «experta» venida del otro extremo del planeta cree conocer mejor a cualquier mujer africana que su marido, su hijo, su padre o su amante.

Los proyectos de género están atiborrados de lemas vacíos que son interpretados como verdades incuestionables. Una pancarta en el centro de Dakar mostraba un lema que ha hecho fortuna y se ha popularizado: «La salud de la mujer africana es clave para el desarrollo». Nadie se plantea, al parecer, que la salud de la mujer africana tiene valor por sí misma, y no solo en función de un fin tan etéreo como

es el desarrollo. También se difunden, de forma reiterada, lemas que apuntan a que la mujer africana es vital para la educación, para la economía... No se sabe si pretenden convencer a los hombres africanos, a las mujeres africanas o a los mismos cooperantes.

En el fondo, tras una terminología terriblemente compleja, la «perspectiva de género» es bastante sencilla: parte de considerar que todas las mujeres son iguales y quieren lo mismo. La única cuestión es que la mujer occidental ha sido iluminada por la buena nueva de su liberación y las del Sur no. En nombre de la liberación femenina se estigmatiza

como estúpidas y cretinas a todas aquellas mujeres que no comparten el modelo de familia occidental.

Algunas mujeres europeas, cuando van a África, se sienten obligadas a exponer las ventajas de su liberación a cualquier negra que encuentren. Una turista feminista que pasó por Guinea Ecuatorial preguntaba sin ningún pudor a todas las mujeres que encontraba si tomaban anticonceptivos. Dudo de que en su pueblo preguntase a la vecina o a la cajera del supermercado si utilizaban preservativos o DIU. Otra turista de la misma especie se fue a una reserva de Kenia; allí a los turistas se les

«enseñaban», además de hipopótamos y cebras, masáis (miembros de un grupo de pastores que conservan su modo de vida «tradicional»). La turista se pasó toda la visita tratando de convencer a las mujeres masáis de que no debían tener tantos hijos: «Mirad, yo me lo paso muy bien viajando... He dado la vuelta al mundo, y todo esto lo he conseguido porque no tengo hijos». Ni siquiera sospechaba que ella, para muchas mujeres africanas, era una desgraciada por el simple hecho de no tener hijos.

El pensamiento desarrollista, en lo referente a la mujer, se deriva

directamente de un viejo prejuicio colonial que establecía que los hombres negros solo sabían rascarse la barriga y explotar a sus pobres y resignadas mujeres, que serían las únicas que trabajarían en toda África. La ONG Interred, en un boletín sobre «Educación y mujeres del Sur», multiplicaba unos estereotipos que creía válidos para todos los países subdesarrollados: «Los padres no confían en la rentabilidad de educar a sus hijas» (aunque en muchos países los padres dedican muchos esfuerzos a la educación de sus hijas y a la de sus hijos); «las familias temen el acoso sexual» (a pesar de que en muchas

culturas africanas no se estigmatizan los embarazos prematrimoniales)... Estos datos etnográficos confusos criminalizaban a los hombres africanos, que eran presentados como unos opresores desalmados: salvajes, machistas, violadores, discriminadores...

Los supuestos erróneos han marcado los proyectos de desarrollo sobre mujeres. Una ONG que trabajaba en el sur de Guinea Ecuatorial quería repartir arroz entre las mujeres de una pequeña ciudad para que, de esta forma, un día por semana, en lugar de trabajar se reunieran y tuvieran un «espacio de

sociabilidad femenino» (los mismos que critican como discriminatorios los espacios masculinos en que no pueden entrar las mujeres hacen campaña en favor de la creación de ámbitos femeninos puros en los que las mujeres no sufran ninguna contaminación de masculinidad). El proyecto de reparto de arroz, diseñado desde Europa, partía de un desconocimiento absoluto de la realidad guineana. Las mujeres de este país tienen dos espacios principales de sociabilización, en los que se reúnen, se organizan y cooperan: son las «fincas» de alimentos y las cocinas. Las mujeres guineanas no se reúnen una vez por

semana: lo hacen cada día. No era necesario inventarse nada, especialmente si esto suponía, como en este caso, agravar la dependencia en el ámbito de la alimentación.

En algunos casos, los proyectos de cooperación en materia «de género» han pretendido reforzar el poder de la mujer mediante su promoción en el ámbito económico. Por toda África se han organizado actividades productivas para mujeres con el objetivo de facilitarles el acceso a la economía monetarizada. El problema radica en que, habitualmente, las mujeres africanas trabajan muchas más horas que los hombres, no solo

porque combinan el trabajo doméstico con el trabajo fuera de casa, sino también porque las jornadas en el campo de las mujeres suele ser sensiblemente más largas que las de los hombres. Así pues, estas estrategias para «empoderar» las mujeres (ampliar su poder) pueden reforzar su explotación: las africanas se pasan un montón de tiempo cultivando su parcela y cargando agua, cocinando, limpiando ollas, vigilando a los niños y lavando ropa. Solo les falta que, cuando terminen con todo esto, llegue una ONG que les haga reforestar el bosque o construir diques.

Con frecuencia hay un malentendido

entre las mujeres africanas y las defensoras occidentales de sus derechos. En tanto que las feministas occidentales abogan por la igualdad, las africanas apuestan por un modelo de separación de funciones entre hombres y mujeres. Es muy frecuente, en algunos países africanos, que las mujeres casadas pudientes que tienen trabajos asalariados no destinen sus ingresos a los gastos de su hogar: el alquiler, la electricidad, la comida, el agua y la escolarización de los niños van a cargo del marido, como responsabilidad exclusiva suya. Y es muy habitual que una mujer africana que presuma de

moderna y feminista exija dinero a los hombres que mantienen relaciones sexuales con ella, porque considera que estos actos deben ser retribuidos.

Las fricciones son frecuentes entre los discursos feministas africanos y occidentales; las africanas tratan de beneficiarse del discurso feminista occidental, pero a la vez, muchas veces tratan de desmarcarse de él, asegurando, por ejemplo, que la maternidad y el cuidado del hogar son elementos básicos de la feminidad. Algunas mujeres africanas rechazan abiertamente que un hombre cocine, porque al cocinar les «roba» un espacio que ellas consideran

propio. Algunas asociaciones de «promoción de la mujer» estimuladas por los organismos de cooperación son utilizadas habitualmente para preparar comida en las fiestas populares (ni se plantea la posibilidad de que los hombres participen en estas tareas). Es más: en algunos poblados, estas asociaciones de «promoción de la mujer» se encargan de buscar chicas para ofrecer servicios sexuales a las visitas relevantes de sexo masculino...

Otro mundo, no solo es posible, sino que es inevitable

En África la cooperación no funciona

para lo que se supone que debería de funcionar. Eso no es ningún secreto. El desarrollo que debería propiciar la cooperación no será una realidad, ni a corto ni a medio plazo. Por eso ya hay estudiosos que afirman que vivimos en la era del «posdesarrollo». No es cuestión ya de repensar el desarrollo, ni de hacer que sea humano o sostenible. El problema es que este no es sino una proyección del sistema occidental que alcanza a todo el mundo (como Michael Jackson o la Coca-Cola). Y este sistema, que hoy en día intenta absorberlo todo, condena a la exclusión a un número ingente de personas de todo el planeta.

África es un continente en el que los planteamientos de las teorías del desarrollo todavía no son hegemónicos. Hay comunidades y Estados enteros que mantienen modelos familiares, sociales y económicos distintos de los occidentales. Con frecuencia se utiliza el argumento de la globalización para legitimar las intervenciones de Occidente en África, alegando que, al fin y al cabo, en los tiempos que corren ya no hay fronteras. Pero esta «aldea global» hoy en día no es una realidad, sino un proyecto político. Y este aboliría la diversidad cultural que todavía existe en el planeta y reforzaría

la hegemonía de Occidente. Paradójicamente, algunos sectores de izquierdas han utilizado últimamente el lema: «Un solo mundo»; uno lo pronostica como una prolongación del mundo occidental, en el que «los otros» estarían subordinados a los occidentales. Entre Sur y Norte, hoy en día, no hay posibilidad de diálogo: el Sur no tienen ninguna posibilidad de influir sobre lo que pasa en el Norte, y en cambio el Norte continuamente pretende modificar las realidades del Sur.

La cooperación a menudo no alivia los problemas de África, sino que los

agrava, al incrementar la dependencia y permitir que la influencia del Norte llegue a determinados sectores sociales a los que no llegan ni la empresa privada ni los gobiernos occidentales. Cubierta con la máscara del humanismo, la cooperación puede desembocar en una utopía tremendamente autoritaria, que legitime cualquier intervención occidental en África con el pretexto de que es necesario resolver, urgentemente, los problemas de los africanos.

Los desafíos del continente africano no se pueden solucionar mediante proyectos de desarrollo: ni con pozos, ni con escuelas, ni con letrinas... Las

causas de los problemas del Sur son tan profundas que solo se pueden atacar mediante cambios estructurales. Cualquier intento de superar los problemas africanos, si no va asociado a una reforma en profundidad de las relaciones Norte-Sur, está condenado al fracaso. La solidaridad con el continente africano no puede pasar por cambiar África en base a las doctrinas de Occidente, sino que se ha de centrar en cambiar las relaciones injustas entre Norte y Sur.

Tras la caída del Muro de Berlín, parece imposible cualquier alternativa al sistema actual. Hay, incluso, quien ha

anunciado el fin de la historia. Pero la historia no acaba aquí. Ningún sistema político es eterno. Algún día, a los humanos el capitalismo les parecerá tan caduco como el Imperio romano o el feudalismo, unos sistemas que se creían, también, eternos e inmutables. Esperemos que, mientras llega otro mundo, este mundo en el que vivimos no acabe con todos los otros mundos que conviven con el nuestro, en África y en el resto de nuestro planeta.



GUSTAU NERÍN. Nacido en Barcelona el año 1968, es Doctor en Antropología por la Universidad de Barcelona, y su tesis fue dirigida por el profesor Paul Preston. En 1990, cuando todavía estudiaba en la universidad, comenzó a viajar a Guinea Ecuatorial, y desde

entonces ha centrado sus investigaciones en este país.

Ha sido profesor de la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial, de la Universidad Paul Valéry de Montpellier (Francia), del Centro Asociado de la UNED en Bata y en el Centro de Cultura Español de la misma ciudad.

Con motivo de sus investigaciones y por su trabajo como consultor en numerosos proyectos de cooperación, ha vivido y viajado por otros países africanos como Senegal, Guinea-Bisáu, Gabón, Camerún, Níger, Congo, Santo Tomé y Príncipe, entre otros.